



**ANTOLOGÍA
DE
NOVELAS
DE
ANTICIPACIÓN
XII**

Lectulandia

Duodécimo volumen de las antologías de anticipación Acervo. En este ejemplar: *Neanderthal*, *Regresión*, *Apología por el físico del hombre*, *El renegado*, *Pirámide eltoniana*, *Una pecera con peces de colores*, *El ciudadano de segunda clase*, *Cultura*, *El hombre del año un millón*, *1.000.000 (d. de J.)*, *En el principio*, *El futuro de las razas del hombre*, *El hombre en evolución*, *El mito de la Kon-Tiki*, *Una medalla para Horatius*, *Omnilingual*, *Para los que vengan detrás*, *Una investigación preliminar del solar de un hombre primitivo en el valle del río Delaware*, *Ritos corporales entre los nacirema*, *La espera*, *Todomundismo en la ciudad de los gatos*, *Hombres en el espacio* y *Desde luego*.

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de anticipación
XII**

Antología de novelas de anticipación - 12

ePub r1.0

Watcher 10-05-2018

Título original: *Apeman, Spaceman*

AA. VV., 1970

Traducción: José María Aroca

Editor digital: Watcher

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

La ciencia-ficción no tiene asignado ningún papel en la sociedad, e incluso resulta difícil situarla exactamente dentro del cuerpo de la literatura. Han habido incontables definiciones de la ciencia-ficción —e incontables discusiones sobre cada definición—, ya que no admite una respuesta fácil como en el caso de la novela policíaca o la novela del Oeste. Tal vez la única definición que nadie puede discutir, aunque pueda parecer una perogrullada, sea esta: «La ciencia-ficción es lo que estoy indicando cuando digo “ciencia ficción”».

Desde que se utilizó el término por primera vez, en 1926, la gente ha estado tratando de cambiarlo, sin resultado. El motivo del fracaso puede ser el hecho de que los dos elementos del nombre son esenciales. Se trata de una ficción, es decir, de una fantasía, relacionada con la ciencia. La ciencia puede ser buena, puede ser mala, o ambas cosas al mismo tiempo. Pero la consciencia que tenemos de vivir en un mundo que lleva la impronta de la ciencia organizada —el estado científico— en cada uno de los compartimientos de la sociedad humana es una parte esencial de toda la ciencia-ficción.

Cuando un lector sabe que la bomba atómica puede destruir su mundo en un instante, ¿cómo puede quedar completamente satisfecho con una obra de ficción que no tenga en cuenta ese o cualquier otro de los impactos de la ciencia y de la tecnología sobre el mundo? La mayoría de las obras de ficción, con un simple cambio de vestuario y de sistema de transporte, pueden situarse en cualquier época dentro de los últimos mil años. La ciencia-ficción es tan nueva como el estado científico del siglo XX, y admite que existe la ciencia.

¿Puede ser la ciencia-ficción algo más que simple entretenimiento? Kingsley Amis, que además de autor es profesor y pedagogo, escribe: «El papel de la ciencia-ficción como fuerza educativa está aún seriamente subestimado». El papel educativo de la ciencia-ficción puede desarrollarse de diversos modos. Uno de ellos, tal como Amis escribe en *New Maps of Hell*, es: «Al margen de la opinión que nos merezcan los tecnólogos, no cabe duda de que son importantes, y dado que yo considero a la ciencia-ficción como una fuerza positiva, desde el punto de vista del humanismo, su circulación entre esas personas se me aparece como un síntoma esperanzador». Si esto es llevar el humanismo a los tecnólogos, la otra cara de la moneda sería llevar la tecnología, o al menos la comprensión científica, al resto de la humanidad. Los relatos de ciencia-ficción no son textos científicos, pero es evidente que muestran un entusiasmo y un respeto positivos por el hecho científico, y los mejores de ellos son una mezcla única de verdad y arte. La verdad comunicada por medio del arte.

La antropología es la ciencia del hombre. Cuenta la historia desde el hombre-mono al hombre del espacio, intentando describir con todo detalle todas las épocas que se han venido sucediendo. Los autores de obras de ficción, y particularmente de

ciencia-ficción, atisban por encima del hombro de los antropólogos a medida que se efectúan los descubrimientos, y luego utilizan el material en sus relatos. Pero en tanto que el científico debe proceder con cautela, partiendo del hecho conocido para dar un pequeño salto hacia lo desconocido, el escritor goza de absoluta libertad para remontarse muy alto en alas de la fantasía. (Aunque también el hombre de ciencia puede estar dotado de una poderosa imaginación: este volumen contiene aportaciones científicas que son tan vivaces e imaginativas como las mejores de las fantasías).

Esta es una antología de especulación, científica e imaginaria, acerca del género humano, y en ella se combinan ciencia y arte. Está dividida en dos partes: la primera intitulada *El Hombre...*, y la segunda... y sus Obras. Esta división no es casual, y el lector avisado habrá comprendido ya que esas dos partes se refieren respectivamente a la antropología física y a la cultural. Este el modo más lógico de contar la historia del género humano, y resulta igualmente lógico disponer todas las subcategorías de un modo similar.

La distancia que hemos recorrido es incalculable. Imaginemos dos hombres, o al menos un casi-hombre y un verdadero hombre, separados por dos millones de años de tiempo. Uno, el hombre-mono, acaba de descubrir las posibilidades que le ofrece el andar y correr sobre dos piernas. El otro viste un traje de astronauta y flota en el exterior de una cápsula espacial que gira en órbita alrededor de la Tierra. ¿Cómo progresaron las generaciones de seres humanos desde el primer hombre que anduvo sobre el suelo hasta el primer hombre que anduvo por el espacio? ¿Podemos atrevernos a decir que la conquista del espacio es la última etapa en el progreso del hombre? Y, si no lo es, ¿qué vendrá a continuación?

Estas son preguntas fascinantes. Lo que sigue son algunas fascinantes respuestas.

Harry Harrison y Leon E. Stover

FÓSILES

La historia más antigua del género humano está escrita en piedra, no con los caracteres cincelados de algún rudimentario alfabeto, sino con los huesos fosilizados de los propios hombres primitivos. De todos los hombres fósiles, ninguno encierra más misterio que el hombre de Neanderthal. ¿Con qué destino, hace tantísimo tiempo, se enfrentó aquella raza sin futuro? Hay que ser poeta para contestar a esa pregunta, y Marijane Allen es la poetisa que trata de contestarla con un poema, «*Neanderthal*».

En un tono más ligero, L. Sprague de Camp examina al hombre primitivo recreándole en el mundo moderno. Su *Gigantanthropus* —un género imaginario que puede ser traducido como «hombre gigante»— es la «regresión» del relato, situado en el mundo actual con inesperados y humorísticos resultados.

Neanderthal

Marijane Allen

«Contempla a este intrigante ejemplar...».
Contemplándole, me pregunto qué sucedió cuando
los profetas no hallaron ningún futuro predecible.
Me pregunto qué pudo ver cuando el olvido le azotó
con vientos helados. ¿Qué infierno
le condujo a las cavernas de Dussel
para morir allí, poseído de hambres insaciables?
¿Qué hambre de mañana tuvo aquella raza
andando hacia la muerte por un camino de aberración?
Cojeando torpemente hacia la extinción
porque el Creador pasó por alto alguna carencia
ignota para nosotros. «Intrigante ejemplar...».
Raza sin futuro, me pregunto qué es lo que vio.

Regresión

L. Sprague de Camp

—¡Hombres que pesan mil libras! —dijo el individuo de corta estatura y aire vivaracho.

El individuo con aspecto de profesor devolvió la botella a su compañero de asiento y se secó la boca con su pañuelo. Habló en voz alta por encima del zumbido de los turboreactores:

—¿No ha estado usted nunca en la reserva de los gigantes?

—No —dijo el individuo de corta estatura—. He visto fotografías en una revista, pero nunca he estado en esos Ozarks. He volado por encima de ellos muchísimas veces, pero nunca había tenido ocasión de acercarme por allí.

—Mi querido amigo, cuando haya fichado a sus jugadores en Springfield, déjese caer por Mushogee y yo le llevaré a la reserva.

—¿Cómo puedo llegar allí? —inquirió el individuo de corta estatura, en tono dubitativo.

—Hay una línea aérea, pero yo le aconsejaría que tomara el tren. Volando a diez millas de altura no podrá apreciar las bellezas del paisaje... —El individuo con aspecto de profesor sacó una tarjeta del bolsillo y garabateó algo en ella—. Tome usted. Me llamo Frybush; enseñé antropología en la Universidad de Toronto. Y he venido aquí para ver los gigantes.

—Yo me llamo Grogan, Oliver Grogan —dijo el otro—. Soy el *manager* de los Lobos de Chicago... —Los dos hombres se estrecharon la mano—. ¿No habrá algún... ejem... peligro? Esos hombres-mono con mil libras de peso no parecen muy de fiar...

El profesor Frybush sonrió.

—En absoluto. El agente del gobierno les vigila, y si alguno no se porta como es debido se procura que no pueda volver a molestar a nadie.

—¿Quiere usted decir que les quitan de en medio?

—¡No! Ya le he explicado que los tribunales han dictaminado que los *Gigantunthropus* son legalmente seres humanos, con los derechos y privilegios de tales. Se limitan a trasladarles a otra parte de la reserva donde puedan arrancar los brazos o las piernas a los visitantes de tamaño normal cuando se enfurecen —Grogan se estremeció visiblemente y Frybush continuó—: ¿Qué pasa, no quiere usted ir? No está obligado a hacerlo; sólo quería hacerle un favor, a cambio de ese trago que me ofreció cuando de veras lo necesitaba. Y, a propósito...

Grogan le pasó de nuevo la botella.

—¡Oh! Iré, desde luego. De buena gana. Pero, dígame, ¿de dónde proceden esos seres? Yo tenía la idea de que se extinguieron hace un millón de años.

Frybush sonrió.

—Y así fue, en efecto, pero han sido re-creados.

—¿Cómo es posible eso? No me gustaría que alguien recreara un dinosaurio o algo por el estilo en el patio de mi casa.

—¿Ha oído usted hablar de los hermanos Héck? —inquirió Frybush.

—No.

—Eran un par de húngaros que re-crearon los extinguidos uros hace doscientos años.

—¿Los extinguidos qué?

—Los uros, unos grandes bisontes salvajes que vivieron en Europa alrededor del año 1600. Aunque llegaron a desaparecer, se habían cruzado con ganado doméstico, principalmente en España y en Hungría. De modo que los Héck recogieron ganado moderno que mostraba vestigios de aquella ascendencia y lo entrecruzaron para obtener la forma ancestral. Resultó más fácil de lo que habían esperado; en unas cuantas generaciones reunieron un rebaño de verdaderos uros. Actualmente puede vérselos en todos los parques zoológicos de Europa.

—A ustedes, los científicos, se les ocurre cada cosa... —dijo Grogan—. ¿Fue eso lo que hicieron con esos gigan... esos hombres-mono?

—Hasta cierto punto, sí. Cuando la gestación extrauterina se perfeccionó, después de las Guerras Mundiales, un norteamericano llamado Huebner vio una posibilidad de re-crear hombres fósiles por el mismo sistema, de modo que empezó a reunir voluntarios que mostraban vestigios de ascendencia del hombre de Neanderthal, del *Gigantanthropus*, etcétera. Aquí está otra vez la azafata... La azafata estaba diciendo con voz clara, modulada:

—Estamos a punto de aterrizar en Springfield, Missouri. Los señores pasajeros con destino a Springfield pueden empezar a recoger sus pertenencias. Todos los señores pasajeros deben abrocharse los cinturones de seguridad.

—Continúe —dijo Grogan, recogiendo su sombrero y su impermeable.

—Bien —dijo Frybush—, el proceso fue un poco más largo que en el caso de los uros, debido a que la herencia resulta más difícil de encontrar entre los seres humanos, y debido también a que una generación humana es varias veces más larga que entre el ganado. Sin embargo, terminaron por ver recompensados sus esfuerzos con el éxito. De modo que ahora tenemos una reserva de hombres de Neanderthal en España, una de *Gigantanthropus* en Oklahoma, etcétera.

—¿Qué hacen esos hombres-mono?

Frybush se encogió de hombros.

—Trabajos agrícolas sencillos, que es lo que la mayoría de ellos son capaces de aprender. ¿Le importa invitarme a otro trago? Estos aterrizajes me fastidian.

Una semana más tarde Oliver Grogan levantó la mirada hacia el profesor Frybush en su hotel de Mushogee y le dijo:

—Oiga, doctor, ¿qué hay de esa visita a los hombres-mono que me ofreció usted?

—Mantengo el ofrecimiento, desde luego. ¿Qué tal le ha ido con sus jugadores de rugby?

—Pésimamente. No he localizado ni uno. Los montañeses de estos andurriales ya no son lo que eran.

En la entrada de la reserva el profesor hizo una seña a Grogan para que pasara. El hombre, con su calva cabeza brillante de sudor, se había mostrado cada vez más nervioso en el curso del viaje, y la vista de un par de rifles en el pabellón del portero no contribuyó a tranquilizarle, precisamente.

—¿A qué distancia se encuentran esos gi... gigantes? —preguntó.

—Hay una aldea a media milla de aquí, siguiendo la carretera. Un simple paseo.

—¿Quiere usted decir que hemos de ir andando?

—Desde luego. No permiten circular a los automóviles por aquí.

—¿No nos acompañará un guardián?

—A nosotros, no. A mí me conocen, ¿comprende?

Grogan empezó a resoplar mientras trataba de que el profesor, con su marcha atlética, no le dejara atrás.

—¿Qué es eso?

«Eso» era un extraño y leve sonido vocal, parecido al rugido de un león.

—Es uno de los muchachos —dijo Frybush; y al cabo de unos instantes—: Aquí están algunos de ellos.

La hierba había sido cortada en una zona de un acre de extensión, aproximadamente, en una pequeña hondonada, y alrededor de aquella zona había cinco grandes seres velludos, cuatro machos y una hembra. Dos de los machos y la hembra estaban tumbados de espaldas y roncaban, en tanto que los otros dos machos jugaban con un balón.

Grogan no se dio cuenta de lo altos que eran hasta que se acercó más y tuvo que levantar la mirada para verles las caras. Medían unos nueve pies, eran mucho más robustos que los hombres normales y mostraban los rostros bestiales y la postura encorvada de los hombres-mono que aparecen en las ilustraciones de los libros sobre la evolución. Grogan comprobó con una sensación de malestar que el balón que se estaban lanzando y recogiendo con una sola mano era un pequeño balón medicinal.

—¡Eh, George! —gritó el profesor.

El hombre-mono más próximo miró a su alrededor, sonrió horriblemente y se acercó a ellos.

—George —continuó Frybush—, quiero presentarle a mi amigo Mr. Grogan. George Ethelbert, ayudante jefe de la tribu septentrional.

Grogan sumergió recelosamente su mano en la del monstruo. Era como

estrecharle la mano a un niño de tres años, a la inversa. Grogan, sonriendo un poco estúpidamente, dijo:

—Mi llegar de Chicago. Volar en gran pájaro. Ustedes tener hermoso lugar.

El hombre-mono arrugó el entrecejo.

—¿Qué le pasa, mister? —gruñó—. ¿Acaso es usted extranjero?

—Bueno yo... no sabía que hablasen ustedes tan bien nuestro idioma —dijo Grogan—. Supongo que les gusta más esto que los mamuths y todo aquello, ¿eh?

—¿Eh? —dijo George Ethelbert, volviéndose hacia Frybush—. Profesor, ¿qué le pasa a este individuo? En mi vida he visto un mamuth...

—Perdóneme, perdóneme —dijo Grogan—. Pensé... bueno, ya sabe, que eran ustedes distintos, como esos seres que vivieron... ¡Oh! No he dicho nada. Usted tiene la palabra, profesor.

Frybush dijo:

—¿Quieres acompañarnos a visitar todo esto, George?

—¿Qué le parece si prescindan de mí y se llevan a Zella por una vez? —dijo Ethelbert—. Estaba jugando muy a gusto.

—De acuerdo.

—¡Zella! —rugió Ethelbert.

Al ver que la hembra continuaba roncando, le tiró su balón medicinal, el cual rebotó contra sus costillas con un sonido semejante al lejano retumbar de un trueno.

—¡Maldito...! —aulló la hembra, incorporándose rápidamente—. Ahora verás...

Y se precipitó contra Ethelbert como un elefante furioso. En el último momento, George se hizo a un lado con una agilidad asombrosa en un ser tan enorme, y Zella pasó de largo. Casi se estrelló contra los dos hombres normales, y los dos monstruos se echaron a reír al ver a Frybush y a Grogan eludiendo a duras penas la embestida. La hembra, aparentemente apaciguada, dio una palmada en la espalda a Ethelbert que hubiese derribado a un rinoceronte.

—De acuerdo —dijo—. Llevaré a esos enanos a dar una vuelta por ahí y luego pondré una serpiente en tu camastro para enseñarte cómo se debe tratar a una dama. ¿A dónde quieren ir ustedes?

—Profesor —dijo Grogan en voz baja, mirando cautelosamente la peluda espalda de Zella que avanzaba delante de él—. Esa... lo-que-sea me recuerda a mi segunda esposa. Por lo que usted me dijo, supuse que esa gente sería más bien mentalmente subdesarrollada. Y no parece ser así.

—Eso depende del individuo —dijo Frybush—. En realidad, no son *Gigantanthropus* puros, ¿comprende? Se tardaría muchas generaciones en eliminar todos los genes actuales. Por otra parte, George es prácticamente un genio entre los gigantes, lo cual significa que es casi tan inteligente como un ser humano de tipo medio.

—Hm-m-m —Grogan ando en silencio, pensativo, mientras Zella señalaba las enormes cabañas de troncos. Al verlas, Grogan dijo—: Tienen un aspecto muy

rudimentario, profesor. ¿No sería más sencillo traer casas prefabricadas de la ciudad?

Frybush sacudió la cabeza.

—Ya lo intentaron, y casi echó a perder la regresión. Los gigantes se vuelven perezosos si se les da todo hecho. Y al mismo tiempo se desaniman. Prefieren vivir por su propio esfuerzo, aunque no sean demasiado eficientes. Más adelante, Frybush dijo:

—Mire, Mr. Grogan. He de hablar con Zella de algunos asuntos educativos. ¿Por qué no me espera aquí? Puede sentarse en aquel banco, o pasear por estos alrededores; no corre usted ningún peligro.

—De acuerdo —dijo Grogan en tono resignado. Cuando la pareja se hubo marchado, se sentó en el banco que le había señalado el profesor y cerró los ojos. Estaba aburriéndose; el lugar no era más que una casa de labor donde todo tenía un tamaño doble del normal, y las casas de labor no atraían a Oliver Grogan.

Apenas había cerrado los ojos, cuando una voz dijo:

—¡Eh, tú!

Grogan abrió los ojos y se puso en pie de un salto. Delante de él había otro de aquellos seres. Por su tamaño y su relativa falta de pelo, calculó que debía tratarse de un niño de la especie. Grogan, que poseía muy pocos conocimientos incluso acerca de los niños corrientes, le atribuyó unos doce años. De todos modos, era casi tan alto como él, y pesaba mucho más de sus ciento treinta libras.

—¿Sí? —dijo, apoyándose contra el banco y rogando por que regresara el profesor.

—Eres otro enano, ¿verdad?

—Supongo que sí, si dais ese nombre a la gente normal.

—¿Has venido con el profesor?

—Sí.

—Dame un poco de goma de mascar, ¿quieres?

—No tengo.

—Vamos, vamos... Todos los enanos tienen goma de mascar. ¿Por qué no quieres darme un poco?

—Déjame en paz. Ya te he dicho que no tengo.

Grogan empezó a deslizarse a lo largo del banco?

—Te la he pedido con buenos modos, ¿no?

El chiquillo agarró la manga de la chaqueta de Grogan.

Grogan sacudió el brazo, tratando de soltarse. Al no conseguirlo, el pánico hizo presa en él y soltó un puntapié al azar, golpeando algo duro.

—¡Ay! —aulló el chiquillo, soltando la chaqueta de Grogan para saltar sobre una pierna y frotarse la lastimada espinilla de la otra.

Grogan echó a correr en la dirección por la cual se había marchado Frybush. Oyó el resonar de los enormes pies del chiquillo detrás de él, y su voz aullando insultos. Luego, unos pesados brazos cogieron sus piernas y le hicieron caer boca abajo, y

unos grandes puños empezaron a aporrear su espalda.

—¡Socorro! —gritó, enterrando la cabeza en sus brazos.

—¡Sal de ahí! —rugió la voz de Zella, y Grogan notó que el chiquillo era arrancado de su espalda.

Rodó sobre sí mismo a tiempo para ver a Zella que agarraba al chiquillo por el cuello con una mano, en tanto que con la otra le propinaba un terrorífico azote en el trasero que le envió a veinte pies de distancia. El chiquillo se incorporó y se echó a llorar.

—¡Me las pagarás, Zella! —dijo—. ¡Y ese enano también! Lo único que he hecho ha sido pedirle con buenos modos un poco de goma de mascar, y me ha pegado una patada en la espinilla. Voy a arrancarle la cabeza...

Al ver que Zella se disponía a salir detrás de él, el chiquillo, sin dejar de aullar, desapareció por la esquina de la cabaña más próxima.

Grogan sacudió el polvo de su traje mientras Zella y Frybush se deshacían en disculpas.

—No tiene importancia —dijo Grogan—. Es más, me ha dado una idea. Profesor, ¿pueden éstos... pueden nuestros amigos abandonar la reserva si lo desean?

—Desde luego, si no han de representar un peligro. No son ciudadanos, sino pupilos del gobierno, con ciertos derechos garantizados. Algunos han viajado mucho, pero siempre regresan aquí.

—¿Por qué?

—Para estar entre los de su propia raza.

—Sí —dijo Zella—. Y tiene usted que admitir que no resulta muy agradable para nosotros viajar en uno de sus pequeños trenes, o dormir en una de sus diminutas camas. ¡Uf! Y las líneas aéreas se niegan a aceptarnos como pasajeros.

Grogan dijo:

—¿Podría hablar otra vez con George Ethelbert?

—Desde luego —dijo Frybush—. Le veremos cuando vayamos hacia la salida.

Cuando vieron a Ethelbert, que continuaba jugando con el balón, Grogan le llamó aparte y le preguntó:

—George, ¿le gustaría ser jugador de rugby profesional?

—¿Eh? ¿Qué? ¿Se refiere usted a jugar al rugby por dinero?

—Sí. Yo podría convertirle en jugador.

George Ethelbert meditó unos instantes, con la frente arrugada. Finalmente dijo:

—Muchas gracias, Mr. Grogan. Espero que no se molestará si rechazo su ofrecimiento.

—¿Por qué no quiere ser jugador de rugby?

Ethelbert se frotó nerviosamente las manos.

—Bueno, a decir verdad, no quiero ser jugador de rugby; quiero ser un artista.

—¿Un qué?

—Un artista. Ya sabe, un individuo que pinta cuadros.

Grogan se echó el sombrero hacia atrás y se rascó la cabeza, desconcertado.

—Vamos a ver, vamos a ver, déjeme pensar... Tal vez encontremos una solución. Vamos a ver... ¡Ya está! Usted me firma un contrato para jugar al rugby, y yo le pago un curso en el Instituto de Arte de Chicago. Tal vez pueda llegar a ser como Harry Whitehill, el jugador de baseball que enseña matemáticas cuando no está jugando.

—No sé, no sé... —dijo Ethelbert—. Déme veinticuatro horas para pensarlo. Pero, dígame una cosa, ¿cómo me llevaría usted a Chicago? No puedo viajar en tren...

—Supongo que tendré que alquilar un camión de mudanzas. Esto me da otra idea. Le embarco a usted hacia el norte en ese camión sin decírselo a nadie, le entreno en secreto, y luego le presento en nuestro primer partido de la temporada como una sorpresa... ¡Muchacho, qué propaganda! A propósito, ¿tiene algo de ropa? No puede andar por Chicago tal como va ahora.

—Sí, tengo un traje para llevarlo en la ciudad. Tuvieron que hacérmelo a medida, naturalmente.

—Muy bien —dijo Grogan.

El primer partido iba a jugarse contra los Gatos Salvajes de Dallas. Ethelbert, equipado de jugador experimentaba cierto temor y cierta esperanza. Por una parte, nunca se había enfrentado con una multitud tan numerosa de personas «normales», y estaba seguro de que quedaría completamente aturdido al saltar al campo de juego. Le mirarían con asombro, le harían fotografías, y si tartamudeaba o cometía algún desliz, los periodistas se ensañarían con él. Más de una vez había lamentado haber abandonado la reserva donde, en su calidad de ayudante jefe, era una especie de personaje entre los suyos y no tenía que vigilarse a sí mismo continuamente.

Por otra parte, una vez la gente le conociera, no tendría que andar ocultándose en todo el mundo. Estaba viviendo en Cicero, en una tienda de campaña, instalada en un patio perteneciente a Bill Szymczak, el capitán del equipo, y viajando hasta el campo de entrenamiento en el camión cerrado de Grogan. Confiaba también en que Grogan le llevaría finalmente al Instituto de Arte, pues, ya no tendría el pretexto de que la gente podía descubrir su existencia. Otros hombres de la raza de Ethelbert le habían advertido de la falta de escrúpulos que mostraban los enanos cuando se les presentaba la oportunidad de aprovecharse de uno de los de su raza.

Grogan dirigió un pequeño discurso estimulante al equipo, terminando con estas palabras:

—... de este partido dependen muchas más cosas de las que podéis imaginar. De modo que, ¡adelante y a por ellos!

—¡Oh! —murmuró Szymczak junto a Ethelbert—. Eso significa que el viejo anda otra vez apurado de dinero.

—¿Otra vez? —inquirió Ethelbert, inquieto.

—Desde luego, siempre está apostando su camisa y perdiéndola, o haciendo otras

tonterías por el estilo. Bueno, confiemos en que no le metan mano antes de que nos haya pagado el sueldo.

—Vamos, muchachos —dijo Day, el entrenador.

El equipo avanzó a través del túnel en fila india, para echar a correr a medida que salían al campo. Ethelbert, la sorpresa del día, cerraba la marcha. Y no tendría que correr, puesto que le bastaba alargar el paso para mantenerse a la altura de los demás.

A medida que el equipo aparecía en el campo, sus partidarios prorrumpían en un rugido de entusiasmo, aunque menos estruendoso que en un gran partido de aficionados, con sus gritos de aliento organizados. Normalmente, el ruido se prolongaba hasta que algunos de los muchachos ocupaban su banco, en tanto que los otros efectuaban ejercicios de precalentamiento.

Sin embargo, en el momento en que Ethelbert salió del túnel, el rugido murió como estrangulado. Ethelbert pudo ver un movimiento fluctuante a través de la masa de cabezas en torno al estadio, mientras los espectadores se volvían hacia sus vecinos para preguntarles algo. Sabía que Grogan había efectuado una inteligente campaña publicitaria para despertar el interés y la curiosidad sobre su nuevo y misterioso defensa, y confiaba en que aquellas personas no quedarían decepcionadas.

Ethelbert se sentó en el banquillo que habían construido especialmente para él y esperó, notando los millares de ojos clavados en él como agujas. Luego, Day se acercó y dijo:

—George, vamos a atacar desde el primer momento. No te adelantes demasiado, y si alguno de los Gatos contraataca no te emplees con demasiada fuerza; podrías matarle. Tómalo con calma. ¿Qué es eso? Grogan se acercó a ellos y dijo:

—Parece ser que nuestros rivales están conferenciando con el arbitro. Supongo que tratan de protestar por alineación indebida... Aquí está.

El arbitro se dirigió a Grogan:

—Me gustaría conocer a su nuevo defensa. Algunas personas ponen en duda lo legal de su alineación.

—No hay inconveniente —dijo Grogan—. Mr. Rosso, le presento a George Ethelbert. ¿Ve algo anormal en él?

Rosso se encogió un poco cuando Ethelbert le alargó una mano del tamaño de un maletín, pero acabó estrechándola.

—N-no —dijo—, a menos que se llame anormal a tener el tamaño de una casa. Los Gatos Salvajes hablaron de que usted iba a alinear en su equipo a un gorila domesticado. A propósito... ¿sabe hablar su nuevo jugador?

—Desde luego que sé hablar —dijo Ethelbert—. ¿Qué quiere usted que diga?

—Veo que habla perfectamente —dijo Rosso—, pero el asunto no acaba de gustarme. ¿Están preparados?

Martin puso en juego el balón por los Lobos. Un Gato Salvaje se apoderó de él y retrocedió hasta la línea de treinta yardas de su propio campo antes de ser derribado.

Mientras se colocaban para la «melée», Ethelbert pudo ver por primera vez a sus

anchas a los Gatos Salvajes, y ellos a él. Lo que vieron no pareció complacerles demasiado. No dejaron de mirarle cuando se suponía que debían estar escuchando a su capitán, el cual daba instrucciones a los jugadores.

Las dos primeras «melées» terminaron con otros tantos saques de banda. En la tercera, uno de los Gatos Salvajes salió disparado con el balón, pasó la primera línea de los Lobos y corrió hacia Ethelbert, el cual, recordando las instrucciones que había recibido, se limitó a extender una mano hacia el contrario, sin demasiada convicción. De todos modos, el balón salió por la línea de banda.

Al ver aquello, la expresión desesperada de los rostros de los Gatos Salvajes pareció relajarse un poco. Sacaron de banda y el balón salió volando en dirección a un delantero que se encontraba desmarcado. Ethelbert se precipitó hacia él, extendiendo sus velludas manos, mostrando sus enormes dientes y gritando: «¡Búú!». El espectáculo mantuvo al jugador tan ocupado en apartarse de Ethelbert, que ni siquiera pensó en recoger el balón, el cual quedó en poder de George.

—¡Muy bien, muchacho! —le gritó Szymczak—. ¡Adelante!

Ethelbert inició la marcha hacia la portería contraria. Un osado Gato Salvaje rodeó una pierna de Ethelbert con los dos brazos, pero Ethelbert sacudió la pierna y envió rodando al jugador a veinte pies de distancia. Cuando otro se lanzó contra él, le cogió con su mano libre y le apartó a un lado. Luego trotó hacia la línea de fondo y obtuvo un ensayo.

Las gradas rugieron; unos hombres vestidos de blanco se llevaron en una camilla al jugador que Ethelbert se había sacudido de la pierna; y los Lobos transformaron su primer ensayo. Siete a cero a favor de los Lobos.

Los Gatos Salvajes estaban tan desmoralizados, que cuando se reanudó el partido perdieron inmediatamente el balón. Este fue a parar a manos de Ethelbert, el cual volvió a iniciar una carrera hacia la línea de fondo. Parecía haber muchos adversarios delante de él, pero ninguno de ellos se atrevió a cortarle el paso, a pesar de los aullidos de su capitán: «¡Placadle! ¡Placadle!». Otro ensayo.

El partido se interrumpió. Ethelbert vio que los Gatos Salvajes se reunían alrededor de su entrenador, agitando los brazos y gritando. Súbitamente, Martin le dijo:

—Dicen que no quieren jugar más. Le has roto una pierna a ese individuo, George.

—¿De veras? Lo siento mucho —dijo Ethelbert.

Ahora, Grogan estaba discutiendo con el entrenador y con el *manager* de los Gatos Salvajes, acaloradamente.

—Los muchachos dicen que no quieren continuar —aulló el *manager* de los Gatos Salvajes.

—¿Qué es esto, una huelga? —gritó George—. Creí que tenían ustedes cláusulas de arbitraje en sus contratos.

—¿Cómo vamos a arbitrar una cosa como ésta en pleno partido? Si no se lleva

usted a ese gorila, los muchachos no jugarán más. Y no se lo reprocho. Dicen que para equilibrar las fuerzas tendrían que contar con un toro salvaje en su equipo.

—¿Quiere usted decir que dan por perdido el partido?

—Llámelo como quiera...

El arbitro se unió a ellos:

—¡No pueden hacer eso! El público va a armar un escándalo. Tendremos que devolverles el importe de sus localidades. Perderán su...

—¡Y yo digo que no voy a sacar a Ethelbert del equipo! —aulló Grogan—. No pienso renunciar a mis derechos.

La disputa se hizo demasiado general para que Ethelbert se enterase de lo que estaba pasando. Se retiró a los bancos con sus compañeros de equipo y se sentó, hasta que el grupo se disolvió y Grogan se acercó a ellos.

—Vamos, muchachos —dijo—. A la lucha. Hoy cobraremos sin tener que jugar.

—¿Podré ir ahora al Instituto de Arte? —le preguntó Ethelbert.

—Desde luego, desde luego, pediré hora para mañana por la tarde.

—Gracias, Mr. Grogan. Y, oiga, ¿no podría dejar de viajar en el interior de ese viejo camión de mudanzas? Encogiéndome un poco, puedo ir al lado del conductor, y puesto que ahora la gente ya me conoce...

—De acuerdo, de acuerdo... Ahora, no me molestes.

Ethelbert encontró el vestuario lleno de informadores y de reporteros gráficos.

—Mr. Ethelbert, ¿cómo le sienta alternar con seres humanos?

—Mr. Ethelbert, ¿quiere usted volver la cabeza para que pueda retratarle de perfil?

—Oiga, George, ¿cómo se las arregla con las cabinas telefónicas?

Y así por el estilo. Cuando le preguntaron en qué estaba interesado, además del rugby, estuvo a punto de hablar de sus aficiones artísticas. Sin embargo, pensó que podían tomárselo a broma y mantuvo la boca cerrada. Al tratar con enanos, tenía que autovigilarse continuamente.

Ethelbert disfrutó su viaje hasta Cicero a través de una leve llovizna en el asiento delantero del camión de mudanzas, a pesar de que tuvo que sentarse encogido, con las rodillas pegadas a la barbilla, y de que el camión se inclinaba visiblemente a estribor. En un momento determinado se encontraron en un atasco, y un taxista impaciente empezó a insultar a Szymczak, que conducía el camión, acusándole de que le cortaba el paso. Ethelbert abrió la portezuela y se asomó por delante del parabrisas, de modo que el taxista pudiera verle. El hombre abrió unos ojos como platos y volvió a ocuparse de su volante, sin pronunciar una sola palabra más.

Cuando llegaron a la pequeña casa de Szymczak, Ethelbert insistió en llamar por teléfono al hospital al que habían llevado al Gato Salvaje lesionado, para enterarse de que su fractura no era grave. Deseaba incluso hacerle una visita al jugador, pero Szymczak dijo:

—No, George, piensa un poco. Si vas a visitarle y te ve entrar por la puerta de su

habitación, puede darle un colapso.

—¡Oh! —gruñó Ethelbert—. Todos los enanos creéis que porque soy mayor que vosotros no tengo sentimientos humanos.

Se retiró al patio a esperar que le sirvieran sus diez libras de cena, preguntándose cuánto tiempo tendría que alojarse aún en aquella tienda de campaña. Aunque estaba acostumbrado a vivir en condiciones difíciles, en las pocas semanas que llevaba en Chicago había podido vislumbrar los atractivos de la civilización. Tal vez algún día podría tener una casa construida especialmente para él, con muebles a la medida...

A la mañana siguiente llamó por teléfono a la oficina de Grogan. Para hacer esto, se colocó al lado de la ventana de la casa de Szymczak, por la parte de fuera. Szymczak marcó el número, ya que los dedos de Ethelbert no cabían en los agujeros del disco, y cuando la oficina contestó Szymczak le pasó el receptor a través de la ventana.

La secretaria de Grogan dijo:

—No, George, Mr. Grogan no está aquí. Ha venido, pero ha tenido que salir corriendo para entrevistarse con su abogado. Creo que se trata de algo relacionado con la reunión que va a celebrarse esta tarde.

—¿Qué reunión? —dijo Ethelbert, sosteniendo el receptor entre el pulgar y el índice.

—¡Oh! ¿No está enterado? El comité ejecutivo de la Liga Nacional de Rugby va a reunirse después de almorzar. Van a tratar del partido de ayer.

—¿Eh? —dijo Ethelbert, y repitió a Szymczak las palabras de la secretaria.

Szymczak silbó.

—Pregúntale si no es una reunión algo precipitada.

La secretaria dijo:

—Desde luego. Dos de los miembros del comité han llegado en avión de California esta misma mañana. El partido de ayer traerá cola.

—¿No ha dicho nada Mr. Grogan de su cita conmigo, para ir al Instituto?

—No, nada. Poco después de salir de aquí, se presentó un oficial del juzgado preguntando por él.

—¿Para qué?

—Lo ignoro. Tal vez una de sus ex esposas ha vuelto a presentar una demanda contra él.

Szymczak, cuando Ethelbert le contó aquello, frunció el ceño.

—Parece que todo el mundo se ha puesto de acuerdo para lanzarse sobre él. Estaba cargado de deudas, y si ahora el comité ejecutivo prohíbe tu alineación, será su ruina.

Ethelbert gruñó:

—¿Por qué no me advirtieron estas cosas antes de que me enredara con un tipo así? ¿Qué hará Mr. Grogan? ¿Huir?

—Es posible. ¿Estás preparado para ir a entrenar? Voy a buscar el camión.

Aquel día, George Ethelbert practicó con sólo la mitad de su mente, mientras con la otra mitad se preocupaba de lo que podía hacer Grogan. A media tarde, el entrenador le llamó desde la banda:

—¡Eh, George!

—¿Sí? —dijo Ethelbert, interrumpiendo su lanzamiento.

—Mr. Grogan quiere verte.

El tono de Day hizo que el corazón de Ethelbert se encogiera mientras se dirigía a los vestuarios. Allí encontró a Grogan, con un rostro tan nublado como el suyo, pensó George.

—George —dijo Grogan—, lamento mucho tener que decirte esto, pero el comité se ha pronunciado en contra de tu actuación como jugador.

—¿Eh?

—Sí, han introducido una nueva norma. A partir de ahora no podrán participar en la Liga gigantes, ni pitecántropos, ni otros productos de los experimentos de Huebner. Para asegurarse, han establecido un límite de peso: trescientas cincuenta libras.

—Vaya —fue lo único que Ethelbert pudo decir.

Day intervino:

—No pueden hacer eso después de haber empezado la temporada, Ollie.

—Tal vez no, pero lo han hecho. George, arreglaré las cosas para que el camión te lleve otra vez a la reserva. Quieres ir allí, ¿verdad? Ethelbert frunció el ceño.

—¿Qué hay de mi curso de arte?

—¡Oh! Olvídalo. Tú no puedes cumplir tu parte del contrato, de modo que no puedes esperar que yo cumpla la mía. Te dejo en completa libertad.

Ethelbert sacudió su enorme cabeza.

—Recuerdo perfectamente el texto del contrato, Mr. Grogan, y decía que yo asistiría al curso, independientemente de si era capaz de jugar o no. Recuerde que insistí en que quedara estipulado así.

Grogan extendió sus manos.

—Sé razonable, George. Me encuentro en una situación económica muy apurada, y si tú no puedes jugar no puedo permitirme costear el curso. No se le pueden pedir peras al olmo, ¿comprendes?

—Quiere usted decir —gruñó George— que desea quedar libre de su promesa, y éste es un buen pretexto. Es usted un tipo asqueroso, y voy a romperle las costillas, ahora mismo...

—¡Ay! —Grogan se ocultó rápidamente detrás del entrenador y rebuscó en su bolsillo—. ¡No des un paso más o te dejo seco!

Su mano empuñaba una pistola. Mientras Ethelbert vacilaba, Grogan se escurrió hasta la puerta y desapareció.

Ethelbert se dirigió hacia la puerta, pero ésta se cerró delante de sus narices. Regresó al interior del vestuario, sacudiendo el edificio hasta sus cimientos, y se

volvió hacia Day. El entrenador palideció.

—No tenga miedo, Mel —rugió Ethelbert—. No estoy enfadado con usted.

—Bueno...

—Sé lo que le pasa. Sólo porque soy grande y feo, cree usted que soy una especie de gorila capaz de destrozarlo todo en un acceso de furor. Pero yo le tenía a usted por un amigo...

—Lo siento, George; por un momento creí que ibas a atacarme. Lo siento mucho. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Usted sabe lo mucho que como, comparado con uno de ustedes; esto quiere decir que el dinero que tengo no me va a durar mucho. ¿Qué hace usted cuando alguien no cumple lo que le ha prometido?

—Bueno, en tu lugar, yo contrataría a un abogado y presentaría una demanda.

—¿No hay que pagar a los abogados un montón de dinero por anticipado?

—Normalmente sí, pero algunos de ellos aceptan casos en condiciones especiales. Si ganan el pleito, cobran un tanto por ciento; si lo pierden, no cobran nada.

—¿Conoce usted a algún abogado?

Day cerró los ojos durante unos segundos.

—Bueno, no me gustaría que Ollie se enterara de esto; después de todo, trabajo para él. Pero si vas a ver a Charlie MacAlpine a esta dirección, se encargará de tu caso. Llévate tu contrato.

Ethelbert se marchó con Szymczak, como de costumbre, y a la mañana siguiente convenció a su compañero de equipo para que le dejara en casa del abogado de camino al entrenamiento.

Cuando Ethelbert empujó la puerta de la oficina de MacAlpine, la muchacha que atendía a las visitas profirió un grito y derribó su silla. El ruido hizo salir de su despacho a MacAlpine: un hombre robusto, de aspecto soñoliento, con una abundante mata de cabellos grises. El abogado tranquilizó a la muchacha:

—Cálmese, cálmese, este es Mr. Ethelbert, que me ha pedido hora por teléfono. No hay por qué asustarse. Pase a mi despacho, Mr. Ethelbert, y cuénteme lo que le pasa. Creo que podrá entrar por esta puerta, si pasa de lado.

Cuando Ethelbert hubo contado su historia, MacAlpine dijo:

—Normalmente, no acepto casos a porcentaje; no lo considero equitativo, ni para mí ni para el cliente. Pero voy a aceptar el suyo. Aunque no perciba un centavo, tendré la compensación de una excelente publicidad completamente gratis.

Después de revisar el contrato y de discutir todas sus cláusulas, MacAlpine dijo:

—De acuerdo, hoy mismo redactaré la demanda, y la presentaré mañana a primera hora.

—¿Qué hago yo entretanto?

—¿Qué quiere usted decir?

—No tengo ningún empleo, y no puedo volver a casa de Bill Szymczak. Y no creo que Mr. Grogan me deje utilizar el camión cuando se entere de que voy a

pleitear contra él.

—Vamos a ver... Sí, conozco a un hombre que vive cerca de aquí y me debe un favor. Es el director de un hotel. Creo que le convenceré para que le permita alojarse allí. Y me ocuparé de que coma usted hasta que se resuelva el caso.

—No sé cómo agradeceréelo, Mr. MacAlpine.

El director del Hotel Elysyan no pareció muy complacido ante la perspectiva de tener a un huésped que pesaba mil libras, y murmuró algo acerca de la resistencia de sus camas.

—No se preocupe —dijo Ethelbert—. No sabría dormir en una cama. Extienda un par de colchones en el suelo y estaré perfectamente.

—¿Y qué pasará si nuestros clientes empiezan a tropezarse con usted en el vestíbulo? Compréndalo, Mr. Ethelbert, no se trata de una discriminación contra las personas de su raza, pero...

—En ese aspecto no habrá problemas —aseguró Ethelbert—. Sólo saldré de mi habitación para ir a ver a MacAlpine. No conozco Chicago lo suficiente como para andar dando vueltas por ahí; me perdería.

A la mañana siguiente MacAlpine telefoneó a Ethelbert:

—Venga en seguida a mi oficina, George. Grogan y su abogado llegarán de un momento a otro.

En la oficina, MacAlpine le dijo:

—Quieren llegar a un arreglo para que el caso no pase al tribunal. Le ocultaré a usted en el despacho interior, y no haga ni diga nada, pase lo que pase. Yo entraré a decirle lo que ofrecen.

—Mr. MacAlpine —dijo Ethelbert—, tal vez estoy siendo demasiado duro con el pobre Mr. Grogan...

—¡Tonterías! Ollie Grogan no le ha dado nunca una oportunidad a nadie, de modo que no se preocupe por él. Ethelbert esperó en el despacho interior, oyendo un leve rumor de voces, hasta que MacAlpine entró:

—George, le ofrece a usted las dos terceras partes del precio de su curso de arte, si retira la demanda. He discutido con ellos. Al principio insistían en que usted no era humano, y he tenido que citarles una docena de casos para demostrarles lo contrario. Querían ofrecerle únicamente una cuarta parte o la mitad.

—¿Qué opina usted?

—Creo que le conviene aceptar. Teniendo en cuenta el estado financiero de Ollie, temo que si tratamos de apretarle las clavijas la cosa se prolongue más de la cuenta y nos encontremos con un hombre completamente arruinado. Corre el rumor de que perdió cincuenta mil dólares en una partida de póquer con un gángster, y que este individuo empieza a presionarle.

Ethelbert meditó unos instantes.

—De acuerdo, Mr. MacAlpine. ¿Qué hago ahora?

—Veremos.

MacAlpine condujo a su cliente a la oficina exterior, donde saludó a Grogan y a su abogado, intercambiando con ellos unas heladas sonrisas. Grogan dijo:

—Si esperas hasta mañana, George, te pagaré...

—¿Por qué no hoy, Mr. Grogan?

Grogan se encogió de hombros.

—Tengo que reunir el dinero...

—Perdone, pero seguramente tiene usted cuenta corriente en un banco. Puede extenderme un cheque.

—No soy partidario de los bancos. Guardo mi dinero en efectivo.

—Bien, entonces iré con usted a su casa, y puede pagarme allí.

MacAlpine dijo:

—Eso me parece razonable, Mr. Grogan. Después de todo...

—De acuerdo —suspiró Grogan—. ¿Están dispuestos a ir ahora mismo?

MacAlpine dijo:

—Creo que George puede ir con usted, y yo estaré en el tribunal dentro de una hora. Vaya con él, George, y yo me pondré en contacto con usted.

Cuando llegaron a la calle, el abogado de Grogan alegó que tenía que atender a otros asuntos y se separó de ellos.

Ethelbert dijo:

—¿Dónde vive usted, Mr. Grogan? —Y cuando Mr. Grogan se lo dijo—: ¿Tiene el camión aquí?

—No —dijo Grogan secamente.

—De acuerdo. ¿Queda muy lejos eso? ¿Un par de millas? Será un simple paseo.

—Pero...

—Vamos, usted me mostrará el camino.

Grogan se rindió y condujo a Ethelbert en *zigzag* a través de Chicago hasta el distrito de Loop. Llegaron a un pequeño hotel.

—Espere aquí —dijo Grogan.

—Si no le importa, esperaré dentro —dijo Ethelbert—. Si me quedo en la calle la gente se para a mirarme.

—De acuerdo.

Grogan entró en el vestíbulo, y Ethelbert le siguió. Al verle, la recepcionista se tragó la goma que estaba mascando. Grogan desapareció en el ascensor, y Ethelbert esperó.

Esperó un poco más.

Finalmente le preguntó al ascensorista:

—Oiga, mister, veo que tiene usted un teléfono. ¿Puedo llamar al apartamento de Mr. Grogan?

—Sí —dijo el ascensorista, acercándose a él cautelosamente—. Utilice este receptor, y apriete este botón.

Ethelbert apretó el botón y acercó el receptor a su oído. No pasó nada. Volvió a apretar el botón, sin resultado.

—¿Está seguro de que hay que apretar este botón?

—Desde luego —dijo el ascensorista, tras haberlo comprobado.

Ethelbert lo intentó otra vez, sin éxito, y dijo:

—¿Puede usted subirme al piso de Mr. Grogan?

—Bueno... no creo que nuestro ascensor pueda resistir tanto peso.

—¿Cuántas personas caben en él?

El ascensorista consultó la tablilla que colgaba de una de las paredes interiores del ascensor.

—Ocho.

—Bueno, yo peso como seis de ustedes, de modo que puedo subir.

Mientras Ethelbert, encogiéndose, penetraba en la cabina, el ascensorista protestó débilmente:

—¡Oiga, no va a quedar sitio para mí!

—Queda el suficiente para que pueda manejar los botones.

Ethelbert pulsó el timbre de la puerta de Mr. Grogan, sin resultado. Gritó: «¡Eh, Mr. Grogan!», y aporreó la puerta. Silencio. Finalmente, descargó un verdadero puñetazo contra la puerta, la cual se abrió de par en par, medio astillada.

El apartamento mostraba el desorden de una marcha precipitada. Cuando se convenció de que Grogan no estaba allí, Ethelbert regresó al ascensor.

—¿Tiene usted un teléfono desde el cual pueda llamar al exterior?

—Desde luego —dijo el ascensorista—. En la planta baja.

—¿Ha visto bajar a Mr. Grogan después de que subió a su apartamento?

—No.

—¿Hay alguna otra salida? ¿Una escalera de incendios, quizás?

—No. Sólo este ascensor y la escalera, naturalmente.

Una vez en la planta baja, Ethelbert llamó por teléfono a Day al campo de entrenamiento. Después de contarle los acontecimientos del día, terminó:

—... de modo que el individuo ha desaparecido. ¿Qué supone usted que está haciendo?

Day contestó:

—Tengo la impresión de que se ha fugado con todo el dinero del club. Siempre he sospechado que podía hacer algo por el estilo, si las cosas se ponían demasiado feas para él. No se mueva de ahí y mantenga los ojos muy abiertos. Yo iré en seguida con un agente de policía y una orden de detención.

Ethelbert se preguntó si sería conveniente registrar todos los apartamentos del hotel. No, no era posible; si no se pertenecía a la policía, no podía molestarse a un inquilino diciéndole que le permitiera a uno mirar debajo de sus camas. Además, mientras él registraba un apartamento Grogan podía largarse tranquilamente por la escalera.

Mientras Ethelbert esperaba impacientemente en la entrada del edificio, el zumbido de un motor dominando los ruidos de la calle le hizo levantar la mirada a tiempo para ver un helicóptero que parecía a punto de posarse sobre el tejado del mismo inmueble. Inmediatamente supo dónde estaba Grogan. Se precipitó hacia el ascensor, y estuvo a punto de aplastar a un inquilino que en aquel momento salía de la cabina.

—¡Al último piso! ¡Rápido! —aulló Ethelbert. El ascensorista obedeció, sin atreverse a hacer ningún comentario.

Cuando llegaron al último piso, Ethelbert inquirió:

—¿Cómo se sube al tejado?

—Por aquella... pequeña puerta —tartamudeó el ascensorista.

La puerta estaba abierta, pero era demasiado pequeña para Ethelbert, el cual salió al tejado arrastrando con él la mayor parte del marco de la puerta. El helicóptero estaba suspendido a unos cuantos pies de la superficie del tejado, y Oliver Grogan le tendía un maletín al piloto. —¡Eh! —rugió Ethelbert.

Grogan trepó por la corta escalerilla como un mono asustado. La puerta del helicóptero se cerró detrás de él, y el aparato empezó a elevarse.

Ethelbert miró frenéticamente a su alrededor buscando algo con que detenerlo. Pero en el tejado no había ningún objeto suelto. El saliente más próximo era el extremo superior de una tubería de hierro.

Ethelbert agarró el extremo de la tubería con las dos manos y gruñó. La tubería se partió con un seco crujido, y Ethelbert lanzó el trozo de dos pies de longitud contra el rotor principal.

El proyectil dio en el blanco y el helicóptero, como un ave herida en un ala, osciló y cayó sobre el tejado. Al caer, la puerta se abrió y Grogan y su maletín salieron disparados. El maletín se abrió a su vez y mostró su contenido: camisas, calcetines, y dos fajos de billetes de banco atados con una goma. Grogan rodó sobre sí mismo, se incorporó rápidamente y echó a correr hacia el borde del tejado.

Ethelbert se precipitó hacia él. Grogan se asomó por encima de la barandilla del tejado y vaciló. Miró la calzada de la calle, diez pisos más abajo, luego a Ethelbert, y saltó.

Ethelbert disparó su largo brazo y cogió a Grogan al vuelo. Le atrajo de nuevo hacia el tejado, murmurando:

—Imbécil, no quería hacerle ningún daño.

—¡Eh! —dijo otra voz. Era el piloto del helicóptero, que acababa de salir de entre los restos de su aparato—. ¿Qué pasa aquí? He venido a buscar a ese individuo, para llevarle al aeropuerto, tal como nos ha pedido por teléfono...

—Quédese donde está, amigo —dijo Ethelbert—. Este pasajero suyo es un delincuente.

—Ese no es motivo para destrozar mi aparato. Tendrá usted que entendérselas con el Victory Air Cab Service...

Seguían discutiendo cuando se presentó Day con un agente de policía.

Tres días más tarde, George Ethelbert se presentó en la audiencia para comparecer como testigo de cargo en el juicio previo contra Oliver Grogan, acusado de desfalco. Grogan, pálido y ojeroso, fue introducido en la sala. Mientras esperaban al juez, Grogan llamó a Ethelbert:

—¡Eh, George!

—¿Sí, Mr. Grogan?

—Gracias por haberme salvado la vida.

—¡Oh! Olvídelo, no tiene importancia.

—Yo no opino lo mismo. He estado pensando, ¿sabes? Y he llegado a la conclusión de que es una estupidez suicidarse por una pequeña dificultad financiera.

—Desde luego —asintió Ethelbert.

—Y no tendrás que prestar testimonio contra mí, ¿sabes? Voy a declararme culpable.

—¿Qué?

—Sí. He estado pensando, como ya te he dicho. Entre mis ex esposas, mis acreedores y esos gángsters que me limpiaron cincuenta mil dólares jugando al póquer, creo que la cárcel será el lugar más seguro para mí. Y tú, ¿piensas volver a Oklahoma?

—¿Yo? No, ahora soy policía.

—¿Qué? —exclamó Grogan.

—Sí. Cuando le conté al sargento cómo le había capturado a usted, dijo que había efectuado un brillante servicio, y llamó al teniente, y firmé una solicitud para ingresar en el Cuerpo. Esta mañana he pasado el examen preliminar y el reconocimiento médico, y mañana ingresaré en la Academia de la Policía.

—Me alegro mucho.

—Y yo. ¿No es maravilloso? El mes próximo, cuando empiecen los nuevos cursos en el Instituto de Arte, podré asistir a ellos en mis horas libres. El teniente dice que cuando se sepa que pertenezco a la policía, el problema de la delincuencia en Chicago quedará resuelto de una vez para siempre.

EL MONO SIN PELO

Los ultrajados Victorianos acusaron a Darwin de afirmar que la raza humana descendía de los monos. Darwin nunca dijo eso. Dijo que el hombre y los monos africanos tenían un antepasado común. ¿Cómo explicar, si no, las similitudes existentes entre nosotros y los que podrían ser llamados nuestros primos, el chimpancé y el gorila? El gorila debe ser nuestro primo más cercano, a juzgar por el hecho de que las proteínas de su sangre son muy semejantes a las nuestras. Ernest A. Hooton, tan irascible y misántropo como lo fue H. L. Mencken, echa una mirada crítica a la estructura de nuestros cuerpos desde el punto de vista de nuestro pariente sanguíneo, el gorila. En «Apología por el Físico del Hombre», ni Hooton ni el gorila se sienten satisfechos con lo que ven.

Los gorilas, desde luego, no pueden expresar su agravio contra el hombre; carecen de la capacidad para ese tipo de pensamiento abstracto.

«El Renegado» se desarrolla en una comunidad de gorilas en la cual se ha producido una mutación genética, y Lester del Rey, al igual que Ernest A. Hooton, permite a nuestro velludo primo sostener un espejo ante su pariente sin pelo.

Apología por el físico del hombre

Ernest A. Hooton

Su desnudez

Si fueran ustedes unos respetables monos antropoides echándole la vista encima por primera vez a un ejemplar de hombre, su recato quedaría horrorizado ante el espectáculo de su impúdica desnudez. En realidad, resulta un espectáculo insoportable incluso para el propio hombre, a menos que se trate de un salvaje desprovisto de cultura, o de un nudista desprovisto de sensibilidad. Ya que se trata de un mamífero anormal, que carece de la habitual envoltura de piel o de pelo, y muestra solamente matas y mechones que brotan desagradablemente en zonas inadecuadas. ¿Qué extraña dolencia capilar ha atacado a este animal para desposeer así a su cuerpo del abrigo de pelo que protege la delicada epidermis de arañazos y abrasiones, aísla los órganos vitales, y evita también la rápida pérdida de calor o el rescaldado de los tejidos por los rayos actínicos del sol? ¿Por qué ha conservado el hombre abundante pelo únicamente en lugares donde es relativamente inútil, tales como la caja cerebral, que se encuentra ya protegida adecuadamente por un sólido caparazón de hueso, y la cara, donde barba y bigote son un inconveniente para la llegada de los alimentos a la boca? Para cubrir su desnudez corporal, el hombre se ha visto obligado a sacrificar a animales más afortunados a fin de taparse con sus pieles, o a tejer telas con fibras vegetales para confeccionarse incómodos, antihigiénicos y generalmente ridículos vestidos. Por otra parte, para librarse del pelo superfluo y molesto de su cabeza y de su rostro, el hombre ha tenido que inventar muchos aparatos para arrancar, cortar y afeitar. El macho adulto Blanco no ha cesado de hacer experimentos a través de varios milenios, probándolo todo, desde una lámina de pedernal hasta una cortadora eléctrica, a fin de limpiar su rostro de pelo sin lastimar su epidermis. Cada mañana se inmola a sí mismo durante diez minutos sobre el altar de la ineficacia evolutiva, hasta que a la edad de sesenta y tantos años ha pagado un tributo de 3050 horas de sufrimiento: tortura física, si se la ha infligido él mismo; tortura física y mental, si ha acudido a un barbero. Y en esta cuenta no figuran los cortes de pelo.

Probablemente, las teorías sugeridas para explicar los caprichos del crecimiento del pelo humano han sido elaboradas por los científicos durante sus períodos de afeitado matutino. Podemos descartar rotundamente la ingenua suposición de que amplios sectores del cuerpo han sido desposeídos de pelo por la fricción de las ropas. La menor cantidad de pelo corporal se encuentra, por una parte, en grupos negroides que han ido desnudos durante más de 30.000 años, y, por otra parte, en mongoloides que han ido tapados de pies a cabeza durante una parte considerable de ese período.

No recuerdo el origen de la sugerencia de que la falta de pelo en el hombre se desarrolló en los trópicos para permitirle librarse de los parásitos externos vulgarmente llamados piojos. Sólo quiero señalar que, de ser cierta, el mecanismo evolutivo ha fracasado lamentablemente.

Su construcción y postura corporales

El segundo aspecto del hombre que sublevaría a un antropoide es el monstruoso alargamiento de sus piernas, sus pies deformados con sus inútiles dedos, sus débiles y abreviados brazos, y su postura y andar extraordinarios. Empezando por la intersección de los miembros inferiores y el tronco y evitando detalles groseros, un antropoide observador comentaría desfavorablemente la excesiva protuberancia de las nalgas humanas. La mirada del antropoide, resbalando apresuradamente hacia abajo, se nublaría de disgusto ante los pegotes de músculo, las nudosas rodillas, las tibias insuficientemente protegidas por delante y absurdamente acolchadas por detrás, los talones salientes como martillos, los corcovados empeines, rematados por unos dedos inútiles, semejantes a apéndices vermiformes externos...

Posando esos extraños pies en el suelo, el hombre anda sobre sus grotescas extremidades posteriores, haciendo sobresalir su tórax, su abdomen y aquellos órganos que en los cuadrúpedos están decentemente suspendidos debajo de una masa corporal que los oculta. Esta burda y grosera descripción no podría impresionar al más refinado de mis lectores tan penosamente como la realidad impresiona a un mono antropoide. Intentemos, por una vez, vernos a nosotros mismos tal como nos podrían ver los primates.

El renegado

Lester del Rey

Harvey Lane se puso en cuclillas junto a la puerta de la choza del jefe, con su atención dividida entre los laboriosos esfuerzos del jefe para coser un botón perteneciente a los únicos pantalones de Lane y la vida de la propia aldea. Externamente, era poco distinta de la de cualquier otra comunidad africana del interior, aunque la limpieza y la ausencia de un continuo parloteo confuso resultaban extraños. Pero todo lo demás, las robustas hembras ocupadas en sus huertos o sacándole todo el partido posible a la materia prima de que disponían para fabricar variados cacharros, los jóvenes entregados a sus juegos, y los macizos centinelas apostados en las ramas más bajas de los árboles alrededor de la aldea, resultaba evidentemente anormal.

Lane estaba acostumbrado a ello. En ocho años, un hombre puede llegar a habituarse a cualquier cosa, incluso al espectáculo de unos centenares de gorilas entregados a tareas que normalmente son de hombres. Conocía a cada uno de los peludos y musculosos monos de la aldea, hasta el punto de que ya no veía sus rostros como cosas feas, sino como las facciones individuales de amigos y discípulos.

El jefe terminó de coser y Lane pudo ponerse de nuevo sus remendados pantalones.

Ajub, el jefe, había estado pensando; ahora reanudó la conversación en el punto interrumpido, hablando lentamente, distorsionando a veces las consonantes; pero su inglés, el que había sustituido alegremente su primitivo e inexpresivo lenguaje, no era peor que el que puede encontrarse en algunos sectores de las grandes ciudades humanas.

—Creo que fue hace unos cincuenta años cuando decidimos venir aquí y levantar una aldea lejos de todas las tribus humanas; antes de eso habíamos estado tratando de aprender de ellas durante un centenar de años, quizá, pero lo único que nos demostraron fue odio, miedo, y un deseo de matarnos y devorarnos, de modo que lo dejamos por imposible. Y el único hombre blanco que vimos antes de tu llegada no se mostró amistoso, precisamente; mató a varios miembros de nuestra tribu y nos vimos obligados a eliminarle, a él y a su grupo. Más allá de eso, nuestra memoria y nuestro lenguaje rudimentario no nos dan ninguna pista. ¿Son corrientes esas mutaciones, Lane?

—Bastante, Ajub, aunque creo que en ellas influye mucho el azar —dijo Lane—. Fue una verdadera suerte que os afectara una mutación útil y dominante al mismo tiempo. Y aún así, resulta difícil aceptar que, en menos de quinientos años, hayáis

dejado de ser una tribu de animales salvajes como los otros gorilas para convertirnos en una raza casi tan inteligente como el hombre.

—Nuestra suerte ha sido la de que tú sepas las cosas que sabes. Antes, buscábamos a tientas las verdades sin darnos cuenta siquiera del orden de la naturaleza; pero ahora hemos avanzado mucho, apoyándonos en tus conocimientos... Especialmente los jóvenes. —En efecto, mientras los miembros más jóvenes de la tribu mostraban una sorprendente destreza, incluso para el aprendizaje de la escritura, los más viejos se acercaban a las tareas delicadas con mucha decisión y poca habilidad—. En fin, si quieres cenar, será mejor que empecemos la caza. ¿Qué te gustaría?

Lane meditó unos segundos.

—Antílope, creo. Un buen filete de antílope me sentará bien.

Contempló cómo se alejaban los robustos monos detrás de su jefe, algunos armados con pesados arcos, otros con jabalinas y lanzas que Lane les había enseñado a fabricar y utilizar recientemente. Ajub llevaba una lanza, y Lane estaba convencido de que los leones tendrían muy pocas posibilidades contra semejante combinación de arma, inteligencia y músculo. Había visto al jefe arrojar la lanza de doce libras a quinientos pies de distancia, atravesar limpiamente a un león de gran tamaño y clavarse en el suelo por el otro lado. No faltarían los filetes de antílope para cenar.

Lane era inútil para una cacería, debido a su debilidad y a su desmaña, de modo que se quedó donde estaba, cómodamente sentado al sol, intercambiando saludos con los que pasaban por delante de la puerta de la choza y dando instrucciones de cuando en cuando a la más joven de las esposas de Ajub que había empezado a moler grano en un mortero. A cierta distancia podía ver a un grupo de monos que construían dos pesadas ruedas de madera para una nueva carreta, y Lane pensó una vez más en lo conveniente que resultaría encontrar una veta de mineral para disponer de mejores herramientas. Más allá, otro miembro de la tribu, más joven, estaba construyendo laboriosamente una cabaña de troncos estilo pionero, para demostrarle a una hembra que sería un excelente compañero. Lane se retrepó perezosamente contra el marco de la puerta, masticando unas frutas secadas al sol.

Los viejos días se habían desvanecido. La reputación de *playboy*, la grosera demanda de divorcio que Linda le había planteado, las orgías a las que se había entregado buscando el olvido, todo aquello formaba parte de un remoto pasado. Lane había sido un fracaso allí, como lo había sido en la descabellada expedición de caza a este país. Luego se le había ocurrido la absurda idea de buscar el origen de las leyendas de los nativos que aludían a los «hombres salvajes de los bosques», sin la ayuda de guías expertos. Había sido tan estúpido, que su única respuesta a los temores supersticiosos de sus portadores fue la promesa de más dinero, más tarde. Y una mañana se despertó y se encontró completamente solo; lo único que le habían dejado era su rifle y un par de cartuchos.

Ahora, aquel Henry Lane estaba muerto; murió mientras andaba a la deriva, presa

de una fiebre que le llevó a la pequeña aldea de los gorilas, los cuales le atendieron y le curaron antes de que su delirio remitiera y pudiera darse cuenta de que no eran unos seres normales. Aquí, ahora, Harvey Lane era más importante todavía que el jefe, en su calidad de maestro de los jóvenes y de los viejos que deseaban ávidamente aprender; vivía en la propia tienda del jefe y era alimentado por la lanza del jefe. Desde primeras horas de la mañana hasta media tarde les enseñaba todo lo que podía, y a partir de entonces holgazaneaba o hacía lo que quería. La aldea estaba bajo su mando, y el fracasado de antaño se había convertido en el sumo sacerdote del conocimiento, que sabía que las estrellas eran otros soles y que el polvo que pisaban estaba compuesto de incontables átomos.

El pequeño Tama se acercó a la choza, arrastrando detrás de él una pesada caja e interrumpiendo la ensoñación de Lane.

—¡Maestro!

—Ahora no, Tama. La clase ha terminado. Mañana volveré a hablarte de los gérmenes. Ahora, vete a jugar.

Su mayor dificultad estribaba en contener sus ávidas mentes dentro de unos límites razonables: todo lo contrario de lo que les sucedía a la mayor parte de los profesores que había conocido.

Pero esta vez Tama no estaba dispuesto a obedecer a su oráculo, poseído por la importancia de lo que tenía que decir.

—¡Maestro, he encontrado algo! ¡Creo que está lleno de *libros*!

—¿Eh? —El único libro que había en la aldea era un pequeño manual de primeros auxilios que Lane llevaba encima cuando se extravió y que casi estaba gastado de tanto hojearlo—. ¿Dónde, Tama?

—En esta caja.

El joven mono arrancó unas cuantas maderas y señaló el contenido de la caja que había traído. Presa de una súbita excitación, Lane arrastró el objeto al interior de la choza y lo examinó. Era una pesada caja de madera, que había llegado del mundo exterior, a juzgar por las letras estampadas en los lados, ahora ilegibles.

Le indicó rápidamente a Tama que arrancara toda la cubierta y sus ojos se abrieron asombrados al descubrir el contenido de la caja.

—¡La *Enciclopedia Británica*! ¡Son libros, Tama! La colección de todos los conocimientos del hombre. ¿Dónde has encontrado esto?

—Un hombre negro muerto bajó por el río en una embarcación, como las embarcaciones que subieron hace dos meses. Pensé que te gustaría, maestro, de modo que nadé hasta ella y la llevé a la orilla —Levantó la mirada hacia Lane, y éste inclinó la cabeza en un gesto de asentimiento, sabiendo la aversión que sentían los monos por el agua—. Los libros estaban dentro de la embarcación, debajo del hombre negro; arrojé al negro al agua y cargué con la caja para tí.

En África nada resulta sorprendente; Lane había visto jefes llevando relojes despertadores atados alrededor de sus cabezas como coronas; había conocido otros

con acento de Oxford, y había dejado de maravillarse por sus idiosincrasias; probablemente, alguno de ellos había encargado la enciclopedia, y otros negros se la habían robado. Cualquiera que fuese su procedencia, a Lane le impresionó únicamente la rara y afortunada casualidad que la envió río abajo y permitió que el pequeño Tama recogiera aquel tesoro.

—Buen muchacho, Tama. El propio Ajub te dará una lanza por esto, y yo contestaré todas tus preguntas durante un mes. ¿Había algo más en la canoa?

—Unas cuantas cosas, maestro. La embarcación está en la orilla del río, si quieres echarle una mirada.

Lane asintió, siguiendo al complacido y excitado mono a través de la aldea y en dirección al río. Miró a los centinelas, recibió como respuesta un gruñido que significaba que el camino hacia el río estaba despejado y continuó avanzando, tras recoger la lanza de un chiquillo, suficientemente ligera para que él pudiera manejarla. Normalmente, el río estaba desierto, pero de vez en cuando una o varias canoas de nativos subían o bajaban por el curso de agua, apresurándose a dejar atrás aquella región descrita con tintas muy negras en sus supersticiones; por su parte, los monos procuraban no dejarse ver, o fingían ser los simples animales que aparentaban.

Tama, reflexionó, había desobedecido las órdenes que regían para la tribu al deslizarse hasta el río. Pero no le dijo nada al chiquillo, tratando de imaginar la expresión del rostro del jefe cuando regresara y encontrara toda la serie de libros de la enciclopedia esperándole. Lane había mencionado aquellos libros con bastante frecuencia cuando agotó su pequeño bagaje de conocimientos generales.

Cuando terminó el corto sendero, Tama echó a correr rápidamente para arrastrar un poco más la canoa hacia la orilla.

—Mira, maestro. Sólo saqué al hombre negro y la caja.

La canoa contenía los pequeños tesoros que un nativo puede adquirir: retales de abigarradas telas, unos cuantos abalorios, y algunos productos alimenticios echados a perder que Lane se apresuró a tirar al río. Debajo de aquello había el manchado y sucio zapato de una mujer blanca; era del número tres, demasiado pequeño para cualquier nativa. Lane lo cogió lentamente, dándole vueltas entre sus manos sin oír las preguntas que le formulaba Tama. Un dorado zapato de baile, número tres Triple A, perdido en este continente salvaje, cargado de sugerencias acerca de la mujer que lo había calzado. Una mujer bajita, esbelta, probablemente joven, calzando unos zapatos dorados de tacón muy alto y puntiagudo, riendo y bailando en alguna ciudad populosa, bebiendo y flirteando, como Linda había hecho en Nueva York, cuando él fue lo bastante estúpido para creer que ella le amaba por sí mismo y no por la fortuna que su padre le había dejado.

Por un instante, mientras lo sostenía entre sus manos, imaginó que podía percibir un leve rastro de perfume femenino dominando el hedor de la canoa. La ilusión se desvaneció, pero los recuerdos que le habían asaltado persistieron, incluso cuando el zapato cayó de su mano al río y empezó a alejarse, hundiéndose lentamente.

Muchachas, mujeres, clubs nocturnos, bailes, fiestas... el ritmo de una orquestina de jazz, la risa de una multitud, la excitación de la noche de fin de año en Times Square, la mueca burlona de una muchacha negándose a un beso que más tarde daría de buena gana; el roce de sedosas telas, y la suavidad de una espalda femenina dejada al descubierto por un vestido de noche; la súbita mirada que podía cruzarse entre dos personas por encima de un vaso, mientras estaban sentadas en el mostrador de un bar... Mujeres, carreras de caballos, risas, música: la parte puramente humana de la civilización.

—¿Maestro?

La voz de Tama sonó intrigada, y el pequeño mono tiró de la manga del hombre tímidamente.

Lane se irguió, tragándose las absurdas lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos y tratando inútilmente de dominar la aflicción que le invadía, sabiendo que no había de lograrlo.

—No pasa nada, Tama.

Pero sabía que estaba mintiendo. Casi involuntariamente, sus pies le llevaron hacia adelante y sus brazos se extendieron hacia la proa de la canoa, demasiado pesada para que pudiera moverla sin ayuda. Tama se dio cuenta y se adelantó de un salto, feliz al poder prestar aquella ayuda a su maestro. La canoa se adentró en el río y Lane subió a bordo de la pequeña embarcación, con el rostro vuelto hacia el río y sus manos alargándose inconscientemente hacia el canaleta. Tama se dispuso a trepar a su vez a la canoa, pero Lane sacudió la cabeza rápidamente.

—No, Tama.

—¿Por qué maestro?

—Porque voy a marcharme, Tama, y tú no puedes acompañarme al lugar adonde voy. Dile a Ajub que los libros le harán mejor servicio que el que yo puedo prestarle, y que regreso con mi gente. Adiós, Tama.

—¡Maestro! ¡No te vayas! ¡Vuelve!

Fue una angustiada llamada, mientras el pequeño mono corría a saltos por la orilla, pero la embarcación se deslizaba ya río abajo. Lane suspiró al contemplar por última vez el familiar paisaje. Detrás de él, el pequeño mono seguía llamándole:

—¡Maestro, vuelve! ¡No te vayas, maestro! ¡Vuelve!

El sonido pareció acosar a Lane durante las breves horas de luz diurna que se extendían delante de él; luego se desvaneció en la noche de la jungla, ahogado por los gritos de los grandes felinos y el constante murmullo del río. Le dolían terriblemente los hombros, desacostumbrados al esfuerzo de remar. Su estómago estaba vacío. Pero Lane no se daba cuenta de la fatiga ni del hambre, atento únicamente al torbellino de emociones que le embargaban.

En alguna parte, el río tenía que desembocar en un lago o en el mar, y antes de llegar allí encontraría hombres blancos. África no estaba completamente explorada, pero los blancos se encontraban por todas partes, excepto en algunas zonas dispersas,

tan inhóspitas como la que la tribu había escogido. Los blancos podían encontrarse a cien millas de allí, o quizás a mil millas, pero el río discurría hacia ellos, a una velocidad de setenta millas diarias, aparte del impulso que el canaleta daba a la canoa.

Se detuvo una vez para acercarse a la orilla y localizar un paraje más limpio, en el lugar en que un diminuto arroyo vertía sus aguas al río. Se inclinó por encima de la canoa para saciar su sed, agarrándose a la rama de un árbol para que la embarcación no se moviera. Del mismo árbol colgaban numerosos frutos, y Lane arrancó unos puñados y los depositó delante de él antes de reanudar la marcha.

Continuaba remando cuando el sol volvió a levantarse, acallando los gritos de los carnívoros y llenando el aire de vida. Lane comió apresuradamente la fruta que había recogido y volvió a beber agua que no estaba demasiado limpia, eludiendo por muy poco a una serpiente que se había deslizado de la rama de un árbol. Empuñó de nuevo el canaleta. Un cocodrilo abrió sus fauces y las cerró de golpe a unas pulgadas de su canaleta, pero Lane apenas lo vio.

Sin embargo, la fatiga no podía ser evitada o ignorada eternamente, y llegó un momento en que Lane tuvo que soltar el canaleta, incapaz de sostenerlo por más tiempo entre sus dedos entumecidos. Se tumbó en la canoa, dejándose vencer por el sueño.

Llegó otra noche, y su canaleta se levantó y cayó monótonamente hasta que se hizo de día y el calor y la fatiga le obligaron a detenerse de nuevo. Y había transcurrido una tercera noche cuando el río se ensanchó súbitamente y Lane divisó un grupo de chozas de nativos en una de las orillas. Algunos de los hombres le vieron y gritaron, pero había señales de blancos cerca de ellos, y Lane levantó una vez más el canaleta, y luego lo hundió en el agua para alejarse de la aldea. Ahora, al menos, estaba llegando a una región habitada y tenía que haber hombres blancos cerca, en alguna parte.

Aquel día remó sin tener en cuenta la fatiga, viendo otras aldeas a lo largo del camino. En un momento determinado, una canoa despegó de la orilla, pero regresó a ella tras una breve persecución, sin que Lane llegara a descubrir si le habían seguido en plan amistoso u hostil. Pero el jefe llevaba un sombrero de copa, lo cual evidenciaba la proximidad de hombres blancos. Hora tras hora, Lane remó incansablemente, sin detenerse siquiera a beber el agua sucia; su provisión de fruta se había agotado y no había otras a mano, pero Lane se olvidó del hambre pensando que una hora más de remar podía llevarle a un poblado blanco.

El hedor de otra aldea negra había llegado y desaparecido cuando Lane oyó el chapoteo de numerosos remos detrás de él; volviendo la cabeza, vio tres canoas que le seguían, llenas de negros, aullando algo en un idioma nativo incomprensible. Pero el tono del mensaje distaba mucho de ser amistoso, y Lane redobló sus esfuerzos, tratando de dejarles atrás. Incluso en zonas semicivilizadas de África, un hombre

blanco solo puede ser más valioso por sus posibles posesiones que por la civilización que su raza había traído sin que nadie se lo pidiera.

Las canoas estaban cada vez más cerca, y Lane sabía que no tenía ninguna posibilidad contra aquellas embarcaciones perfectamente manejadas, pero le quedaba la esperanza de llegar más allá de la distancia que sus perseguidores estaban dispuestos a recorrer. Súbitamente, una jabalina con una aguzada punta de hierro pasó a unas cuantas pulgadas de su hombro. Al parecer, después de aquello esperaron a ver si empuñaba un arma de fuego y contestaba a su ataque, pero se envalentonaron al comprobar que no pasaba nada. Otras jabalinas salieron disparadas en dirección a él, y una de ellas se clavó en la popa de la canoa y quedó allí, vibrando.

Lane apretó los dientes y agachó la cabeza, sin dejar de remar, preguntándose si el canibalismo había desaparecido del todo. Si al menos apareciera un blanco en alguna parte, o alguna otra aldea cuyos habitantes se mostraran amistosos... Pero las orillas del río, delante de él, aparecían completamente despejadas.

Sus perseguidores habían dejado de lanzarle jabalinas, probablemente esperando acercarse más y disponer de una mejor oportunidad, y Lane echó una breve mirada hacia atrás, para ver a un hombre de pie en la proa de cada embarcación, empuñando una lanza. Mientras Lane miraba, uno de aquellos hombres echó sus brazos hacia atrás con un rápido movimiento.

Falló el blanco por unas pulgadas mientras Lane se tumbaba en la canoa, soltando el canaleta. Luego, un ruido pareció hendir el aire desde la orilla, y hasta sus oídos llegó el sonido de un choque brutal y los confusos y asustados gritos de sus perseguidores. Lane alzó la cabeza a tiempo para ver algo que volaba hacia una segunda canoa, en el preciso instante que una lanza rozaba su frente produciéndole una intensa sensación de dolor.

Cayó de espaldas, notando que perdía el conocimiento, mientras la sangre cálida empapaba su rostro y se mezclaba con la suciedad del fondo de la canoa. Las embarcaciones perseguidoras habían dejado de remar, a no ser que los oídos de Lane fueran ya incapaces de oír el chapoteo. Se preguntó vagamente quién habría atacado a los negros hostiles, pero la idea se desvaneció al tiempo que penetraba en su cerebro y Lane perdió definitivamente el sentido.

Lane no supo cuanto tiempo anduvo a la deriva. Tenía la confusa noción de haber oído unos gritos, de que alguien le sacaba de la canoa y de que unas manos amables le transportaban a alguna parte. Y le parecía recordar el sonido de unas palabras junto a él, algo blando debajo de su cuerpo en lo cual se hundía, y algún borroso rostro femenino. Y una vaga sensación de que transcurría el tiempo.

Lo que le rodeaba no fue ninguna sorpresa para Lane el décimo día, cuando la fiebre desapareció súbitamente, dejándole débil y enfermo, pero completamente lúcido. Encima de él, el rostro de una mujer de mediana edad —una mujer blanca— se movía alrededor de una habitación con todas las características de la civilización.

De la mujer se desprendía un leve olor a perfume barato, ahora sólo un fantasma de la última vez que lo había utilizado. Lane se sintió muy débil, y luchó por mantener los ojos abiertos mientras ella acercaba a sus labios una taza de caldo. Al ver que los ojos de Lane estaban abiertos, la mujer sonrió.

—¿Dónde...? —empezó a decir Lane.

—¡Shush! —le interrumpió ella—. Está usted entre amigos, Mr. Lane. Encontramos su canoa por casualidad, y le hemos estado cuidando. Dentro de una semana se encontrará usted perfectamente. Un sorbo más... eso es. Ahora no debe hablar; descanse y duerma. Y no se preocupe por nada; todo irá bien.

Las palabras, la voz femenina y la sonrisa se mezclaron en su mente después de que ella hubo cerrado la puerta; Lane permaneció inmóvil en la cama, saboreando la sensación de encontrarse de nuevo entre los suyos. Pero el sueño no llegó, a pesar de que Lane cerró los ojos y trató de obedecer a su enfermera. Oyó que la puerta se abría una vez más, para volver a cerrarse rápidamente, y la voz de la mujer susurrando al otro lado en respuesta a una pregunta en voz baja:

—Está dormido, Sam. ¡Pobre diablo!

¡Gente; su gente! Hombres y mujeres que hablaban demasiado de cosas que no tenían la menor importancia, que reían cuando no había motivo para hacerlo, que lloraban cuando no experimentaban ningún dolor... Débiles, mezquinos, estúpidos seres como él mismo, trepando lenta y erráticamente hacia arriba, hacia el sonido de su ociosa cháchara.

Era demasiado para traducirlo en palabras mientras yacía allí, contemplando el rayo de luna que penetraba a través de una ventana protegida por una persiana para cruzar la habitación, rozar la cama y posarse sobre algún cuadro colgado en la pared. Las voces de los hombres que hablaban en el exterior llegaban hasta él de un modo confuso, pero el oír su propio nombre le hizo aguzar la atención.

Era una voz recia, probablemente la del hombre al cual había hablado antes la mujer.

—Imagina que Lane ha estado perdido en la selva durante más de ocho años, Harper; es un milagro que haya regresado, sin haber enloquecido del todo. Aunque me pregunto cómo encontrará ahora la vida.

—¿Qué quieres decir?

La segunda voz era más joven, segura de sí misma, arrogante.

—Que las cosas han cambiado mucho para él. Ha sido declarado legalmente muerto, desde luego. Era todo un personaje, a juzgar por los periódicos que leí cuando fui a visitar a mi hermana en Nueva York. Pero no creo que ahora le quede el dinero suficiente para vivir. Desde luego, no le quedará para vivir del modo que vivía. Se encontrará en un mundo extraño, sin amigos...

—Sí, supongo que sí. Pero no puede ser más extraño que el que le ha rodeado durante estos últimos ocho años, Livy.

—Hm-m-m.

El tono era dubitativo, pero los dos hombres se habían callado, ahora, y un leve olor a tabaco se filtró a través de la ventana. Harvey Lane permaneció completamente inmóvil, dando vueltas en su cerebro a lo que acababa de oír y esperando otras palabras que no llegaron.

No había pensado en todo aquello, desde luego, pero tendría que hacerlo. Al ver que no regresaba, los buitres no habrían perdido tiempo en agitarse para reclamar su dinero; y, conociéndolos, las dudas de Sam Livy acerca de lo poco que podía quedarle estaban plenamente justificadas. Lo que los impuestos y los abogados habían dejado, se habría volatilizado ya, indudablemente. Sin embargo, Lane se preguntó hasta qué punto le importaba aquello.

El anillo que llevaba le aseguraría el pasaje de vuelta y unos centenares de dólares para hacer frente a la situación. Ya llegaría el momento de preocuparse por el futuro, aunque Lane no ignoraba que carecía de toda preparación para ganarse la vida; la existencia entre los monos le había endurecido y le había enseñado a apreciar la sencillez. Y no le temía al trabajo. Saldría adelante, no importa cómo, con tal de estar de nuevo entre los de su propia especie. La voz de Harper continuó la conversación interrumpida.

—Creo que voy a emprender la marcha mañana, Livy. Los muchachos están preparados, y el grupo que dirijo no puede disimular su impaciencia. Espero que no será una expedición inútil.

—Yo no estaría tan seguro. Lane ha vivido un verdadero infierno, y es muy posible que ello se haya reflejado en los delirios producidos por la fiebre. ¡Una tribu de gorilas que se expresa en un inglés perfecto! ¡Fantasías!

—No perderemos nada con comprobarlo. En el peor de los casos, se trata de una región inexplorada y en ella tiene que abundar la caza. Además, recuerdo el caso de un francés que pasó dos años entre unos gorilas sin que le causaran el menor daño. Es probable que Lane haya mezclado realidad y fantasía en sus desvaríos, pero lo cierto es que ha demostrado estar muy enterado de las costumbres de los monos.

Siguió un breve silencio, interrumpido por el sonido de un fósforo al ser encendido, y luego la voz de Harper continuó:

—Por otra parte, el viaje no es complicado: lo único que tenemos que hacer es seguir el río, del modo que Lane indicó. Si no hay gorilas, tendremos un viaje delicioso y los cazadores se cargarán de trofeos; si los gorilas están allí, conseguiré un par de pieles estupendas, y con un poco de suerte tal vez consiga capturar vivas unas cuantas crías. Si su pelaje es del color que ha dicho Lane, alcanzarán un buen precio.

—Bueno, te deseo suerte, pero...

—No necesito suerte, Livy. Con el equipo que llevamos, una docena de tribus de gorilas tan listos como los que ha descrito Lane no serían obstáculo para nosotros. Creo que...

Pero Lane no les escuchaba ya. Estaba viendo al viejo Ajub disecado en un

museo, con una tablilla pegada al pedestal; y estaba viendo al pequeño Tama llorando en una jaula en alguna parte, mientras unos imbéciles discutían si un mono puede ser inteligente. O al pequeño Tama siendo examinado por unos científicos para cerciorarse de su capacidad para pensar, mientras se organizaban otras expediciones para ir en busca de otros ejemplares de aquellos curiosos antropoides. ¡Oh! Alcanzarían un elevado precio, desde luego.

Quizás era lógico que el hombre no admitiera posibles rivales para su supremacía. Pero, en cualquier caso, el desenlace no ofrecía dudas. Incluso los primitivos de su propia raza lo habían pasado bastante mal, y los monos, al margen de su inteligencia, serían solamente unos animales curiosos, que quedarían indefensos y a merced de todos los empresarios de espectáculos y teóricos del mundo.

Muy lentamente, sin hacer ruido, Lane se deslizó fuera de la cama, obligándose a sí mismo a mantenerse en pie a pesar de su debilidad. Por un instante pareció que iba a desmayarse, pero superó la crisis; mientras sus rodillas temblaban y la habitación parecía dar vueltas a su alrededor cerró los ojos y se repuso lo suficiente como para acercarse al armario visible a la luz de la luna. En su interior había unas ropas que no le pertenecían pero que le sentaban bastante bien, y se vistió con ellas, apoyándose contra una pared.

Las siluetas de los dos hombres en el porche no se movieron mientras Lane registraba apresuradamente la habitación, buscando un rifle o una pistola. Pero no encontró ninguno. Y no se atrevió a aventurarse en las otras habitaciones. Había muy pocas cosas que tuvieran algún valor para él, a excepción de unos caramelos que introdujo en su boca para que le proporcionaran las energías que necesitaba. Levantando cuidadosamente la persiana de la ventana de la parte trasera de la habitación, se deslizó a través de ella y se dejó caer al suelo, agarrándose con todas sus fuerzas al marco de la ventana.

Descartó la utilización de una canoa, sabiendo que no podría remontar con ella la corriente del río. Más allá, en los establos, un caballo relinchó suavemente. Lane estuvo a punto de dirigirse hacia allí, pero cambió de idea; si salía montado en un caballo le verían fácilmente, y no estaba en condiciones de cabalgar con la rapidez necesaria. Además, los caballos podían dar la alarma si un extraño se acercaba a ellos, y su única posibilidad estribaba en marcharse sin que se dieran cuenta.

Escogiendo las sombras más profundas, se alejó de la casa en dirección a la verja del recinto, cuya vigilancia corría a cargo de un muchacho que no había cumplido los veinte años y que estaba profundamente dormido. Sus ronquidos no se interrumpieron cuando Lane cruzó la verja y el gran continente se extendió delante de él. Vio la cinta del río brillando a la luz de la luna y se encaminó hacia allí, sabiendo que debía mantenerse pegado al curso del agua para poder regresar al lugar del cual había venido. Era una aventura completamente absurda, sin la menor esperanza de éxito, y su mente racional lo sabía. Aunque pudiera resistir el largo viaje, y eludir a todos los animales carnívoros y humanos hostiles sin extraviarse, la tarea resultaba

casi imposible, sin ningún equipo ni provisiones. Además, Harper y su grupo avanzarían rápidamente, doblando la distancia que él recorrería en un día. Y siempre existía la posibilidad de que decidieran seguirle, en la creencia de que se había marchado del recinto en un acceso de delirio; a caballo, podían alcanzarle en muy poco tiempo.

Súbitamente, y a medida que avanzaba, oyó algo que se movía a su lado y detrás de él por entre los árboles a lo largo del sendero que discurría paralelo a la orilla del río; el sonido era el de un animal, de gran tamaño, moviéndose con cierta cautela, aunque sin preocuparse demasiado del ruido que pudiera hacer. Por un momento, Lane pensó si le convenía trepar a un árbol para ponerse fuera del alcance de aquel animal, pero era casi de día, y probablemente se trataba de un león que regresaba a su guarida después de efectuar su habitual correría nocturna en busca de alimento. El hecho de que pudiera oírle resultaba estimulante, ya que sabía que los grandes felinos eran capaces de avanzar silenciosamente cuando se lo proponían. Lane reemprendió la marcha.

El sonido volvió a producirse, esta vez más cercano; quizás el león, si era un león, regresaba a su guarida hambriento... En ocasiones, cuando no habían tenido suerte, los leones no desdeñaban variar su dieta con un poco de carne humana. Lane se detuvo, tratando de localizar a su perseguidor, cuando alguien pronunció su nombre.

—¡Lane! ¡Harvey Lane!

Lane se sobresaltó. Creyó que le habían descubierto, y que probablemente le estaban rodeando con cautela pensando que era víctima de un acceso febril y que podía resultar peligroso... Se deslizó a un lado del sendero, buscando un lugar donde ocultarse, cuando la voz llegó de nuevo a sus oídos, esta vez más clara.

—¡Maestro!

—¡Ajub!

El gran mono apareció silenciosamente en el sendero, delante de él, empuñando su enorme lanza.

—¡Hola, Lane! Me pareció localizar tus huellas que se alejaban del recinto de los hombres blancos, aunque no podía estar seguro debido a los numerosos rastros humanos que se entrecruzaban allí.

Lane se sentó en el suelo, aliviado y al mismo tiempo poseído de nuevos temores.

—Ajub, esa gente, los otros blancos, está organizando una expedición de caza contra vosotros. Hablé más de la cuenta en mi delirio, y probablemente ya han salido.

El rostro de Ajub permaneció impassible, sin reflejar ninguna emoción.

—Lo sé. Conseguí acercarme a sus chozas, y he estado escuchando sus planes. No tiene importancia.

—Pero esta vez están muy bien equipados. No podréis eliminarlos a todos...

—Naturalmente. Pero no encontrarán nuestra aldea. Otro miembro de la tribu vino conmigo, y le he hecho regresar con el aviso. Nos trasladaremos a otro lugar que descubrimos hace mucho tiempo, y que es un escondite todavía mejor. Cuando tus

amigos lleguen a la antigua aldea, sólo encontrarán una zona de tierra calcinada, sin ningún rastro que nos traicione.

La carga que se desprendió de los hombros de Lane fue casi física, y se incorporó de nuevo, con la ayuda de uno de los musculosos brazos de Ajub.

—¿Por qué me has seguido, Ajub? Tenías los libros, y ellos contienen más conocimientos que los que yo puedo darte. No tenías necesidad de volver a capturarme.

—Ni necesidad ni intención; eras libre para marcharte en el momento en que lo desearas, Lane... Creí que lo sabías desde siempre —Ajub sacudió la cabeza—. Físicamente, no eres más que un chiquillo para nosotros, ¿sabes?, y necesitabas protección; nos hemos limitado a servirte de guardaespaldas a lo largo de las orillas del río. De no haberlo hecho así, aquellos guerreros de las canoas te hubiesen capturado. Y cuando te encontraron los blancos, enfermo y delirando acerca de nosotros, quise quedarme, naturalmente.

Lane debió suponer que sólo la gente de Ajub podía haber atacado las canoas a aquella distancia de la orilla sin utilizar armas de fuego; pero no había vuelto a pensar en aquel incidente. Palpó la cicatriz de su frente, haciendo una mueca, y se encogió de hombros.

—Podías haber dejado que me capturasen —murmuró—. Así no hubiera podido traicionarte a los blancos. Bueno, no la demores más.

—¿De qué estás hablando?

—De tu venganza, desde luego. Por eso te has quedado, ¿no es cierto? Supongo que yo haría lo mismo, de modo que no necesitas juzgarme antes de la ejecución.

Durante unos instantes, Ajub le miró con una expresión de profundo desconcierto. Luego, lentamente, asomó a su rostro una divertida sonrisa, casi humana.

—No, Harvey Lane; me he quedado para darte instrucciones a fin de que pudieras encontrarnos si alguna vez querías visitarnos. Mira, he dibujado un mapa de la nueva ruta lo mejor que he sabido. Ahora, permíteme que te devuelva al hogar de tus amigos, antes de que yo regrese al mío.

Recogió a Lane como podía haber manejado a un chiquillo, cargándoselo al hombro y reemprendiendo la marcha río abajo, tocando con la otra mano en el suelo mientras corría. Y, lentamente, el hombre se relajó, física y mentalmente, por primera vez en muchos días.

—Ajub —murmuró al oído del mono—, creo que te has equivocado de dirección. Según el mapa que has dibujado, mis amigos se encuentran al norte de aquí... mucho más al norte.

Oyó la súbita risa del jefe, notó que el robusto cuerpo daba media vuelta y echaba a correr en sentido contrario, y al cabo de unos instantes dormía apaciblemente, con la cabeza semienterrada en el rojizo pelaje del mono.

Ajub sonrió, mientras la distancia que les separaba del hogar se iba acortando.

ESPECIE DOMINANTE

Aquí estamos: en la cumbre, la especie dominante sobre este planeta, tercero del sistema solar. Nos hemos estado diciendo esto a nosotros mismos durante mucho tiempo, desde el Génesis en la Biblia hasta Linneo, el hombre que intentó por primera vez clasificar a todos los seres de la tierra y establecer sus parentescos. Ralph W. Dexter nos da un ejemplo gráfico de cómo funcionan esos parentescos con su «Pirámide Eltoniana».

Una mirada a esa pirámide ha de producirnos un sentimiento de satisfacción. En la parte inferior puede haber una lucha de garras-y-colmillos, pero en la cima se encuentra el hombre guisando, comiendo o vistiendo los cuerpos y las pieles de todos los seres de los niveles más bajos. Pero, tal como Robert A. Heinlein se pregunta, ¿no es posible que estemos un peldaño más abajo de lo que creemos, que exista un nivel oculto en la pirámide por encima del hombre sin que tengamos conocimiento de ello? «Una pecera con peces de colores» propone una respuesta estremecedora a esa pregunta.

Damon Knight se plantea el mismo problema en «El ciudadano de segunda clase». Los humanos estamos en la cima de la pirámide, desde luego, pero el terreno es allí resbaladizo e inseguro. Si nos empujaran fuera de él, ¿podríamos competir con los animales de los peldaños inferiores?

Quizás la propia tierra no es más que un peldaño en una pirámide mayor, cósmica... Cuando un antropólogo habla de cultura se refiere a las conductas aprendidas por el hombre. «Cultura» es el título del relato de Jerry Shelton, y en él, con pinceladas ásperas y oscuras, nos describe un lejano planeta visitado por primera vez por el hombre. ¿Es posible, se pregunta, que la cultura humana sea algo cultivado en algún inimaginable terreno galáctico?

Pirámide eltoniana

Ralph W. Dexter

Un
hombre
come foca
de una manada
que come truchuelas
y rodaballos del Atlántico
los cuales devoran crustáceos
y equinodermos, que a su vez comen
bivalbos y anélidos. Los mariscos filtran
del agua detritus y plankton que contienen
ciliados, bacterias, algas e incluso diatomeas,
todos los cuales construyen, eslabón a eslabón, nivel
a nivel, un principio ecológico: la pirámide Eltoniana.

Una pecera con peces de colores

Robert A. Heinlein

Sobre el horizonte yacía la nube inmóvil que remataba las increíbles trombas marinas conocidas como las Columnas de Hawai.

El capitán Blake inclinó sus binóculos.

—Allí están, caballeros.

En el puente del navío de investigación hidrográfica U.S.S. *Mahan*, se encontraban, además de los marinos de guardia, dos hombres vestidos de paisano; las palabras del capitán estaban dirigidas a ellos. El más bajito y de más edad de los dos miró ávidamente a través del catalejo que le había pedido prestado al contraamaestre.

—No veo nada —se quejó.

—Pruebe con mis prismáticos, doctor —sugirió Blake, entregándole los binóculos.

Jacobson Graves los ajustó a su visión y volvió a concentrar su atención en la lejanía.

—¿Ve usted algo ahora? —inquirió el capitán al cabo de unos minutos.

—Creo que sí —respondió Graves—. Dos rayas verticales oscuras, desde la nube hasta el horizonte.

—Eso es.

El otro paisano, Bill Einsenberg, había cogido el catalejo cuando Graves lo soltó para tomar los prismáticos.

—Yo también las veo —anunció—. El catalejo funciona perfectamente, doctor. Pero no parecen tan grandes como había esperado —admitió.

—Están aún más allá del horizonte —explicó Blake— Usted ve únicamente los segmentos superiores. Pero tienen una longitud de once mil pies desde la línea de agua hasta la nube... si es que continúan formándose.

Graves alzó rápidamente la mirada.

—¿Por qué esa reserva mental? ¿No lo han hecho hasta ahora?

El capitán Blake se encogió de hombros.

—Desde luego. Delante mismo de nuestras narices. Pero no tendrían que estar allí: hace cuatro meses no existían... ¿Cómo puedo saber lo que van a hacer hoy... o mañana?

Graves asintió.

—Comprendo su punto de vista, y estoy de acuerdo con él. ¿Podemos calcular su altura por la distancia a que se encuentran?

—Voy a ver —Blake se asomó a la sala de derrota— ¿Alguna lectura, Archie?

—Un momento, capitán. —El navegante aplicó los labios a un tubo y gritó—: ¡Distancia!

Una voz apagada contestó:

—Distancia ¡...ninguna lectura!

—Algo más de veinte millas —dijo Blake alegremente, dirigiéndose a Graves—. Tendrá que esperar, doctor.

El teniente Mott ordenó al contramaestre que anunciara la hora de la cena. El capitán abandonó el puente, advirtiéndole que debían informarle cuando el buque se acercara al límite crítico de tres millas de las Columnas. Graves y Einsenberg le siguieron a regañadientes; apenas disponían, de tiempo para vestirse antes de cenar con el capitán.

Los modales del capitán Blake eran anticuados; no permitía que la conversación afectara a temas serios hasta que servían el café.

—Bueno, caballeros —dijo, mientras encendía un cigarro—. ¿Qué se proponen hacer?

—¿No le ha informado el Departamento de Marina? —inquirió Graves, con una rápida mirada.

—Superficialmente. He recibido una carta, ordenándome que pusiera mi barco y mi mando a su disposición para unas investigaciones relacionadas con las columnas, y un cablegrama diciéndome que embarcarían ustedes esta mañana. Sin más detalles.

Graves miró nerviosamente a Einsenberg, y luego al capitán. Se aclaró la garganta.

—Hum... Nos proponemos, capitán, ascender por la columna Kanaka y descender por la Wahini.

Blake le miró fijamente, empezó a hablar, cambió de idea, y finalmente dijo:

—Doctor, tendrá que perdonarme, no pretendo mostrarme descortés... pero lo que acaba usted de decir es una locura. Un suicidio, ni más ni menos.

—Puede ser un poco peligroso...

—¡*Hummph!*

—... pero disponemos de los medios para realizarlo si, como creemos, la columna Kanaka suministra el agua que se convierte en la columna Wahini en el viaje de regreso.

Describió el método a grandes rasgos. Entre Einsenberg y él sumaban veinticinco años de experiencia en batisferas, ocho Einsenberg y diecisiete él mismo. Habían traído a bordo del Mahan una batisfera modificada que ahora reposaba en la sentina. Externamente era una batisfera sin anclas de lastre; por dentro se parecía mucho a los complicados toneles utilizados por algunos temerarios exhibicionistas para deslizarse espectacular e inútilmente por encima de las Cataratas de Niágara. Suministraría aire enrarecido pero respirable, durante cuarenta y ocho horas; contenía agua y alimentos concentrados para el mismo período de tiempo; disponía incluso de rudimentarias

aunque apropiadas instalaciones higiénicas.

Pero su característica principal era un arnés antichoque, una camisa de fuerza, en la cual un hombre podía colgar suspendido de las paredes por medio de una red de fibras Gideon y muelles de acero. En ella, un hombre podía sobrevivir a los choques más violentos con los huesos y las vísceras intactos.

Blake señaló con el dedo el boceto que Graves había dibujado para ilustrar su descripción.

—¿De veras se proponen intentar el ascenso a las Columnas en eso?

Einsenberg respondió:

—El no, capitán. Yo.

Graves enrojeció.

—Mi maldito médico...

—Y sus colegas —añadió Einsenberg—. La situación es esta, capitán: los ánimos del doctor son inmejorables, pero tiene un corazón desajustado, un par de oídos submarinos y unas arterias en malas condiciones. De modo que el Instituto me ha encargado que no le pierda de vista.

Graves protestó:

—Bill, no sea tan obstinado y atienda a razones. Yo soy un viejo; nunca tendré otra oportunidad como esta.

—Ni hablar —replicó Einsenberg—. Capitán, deseo informarle a usted de que el Instituto me ha concedido plenas atribuciones sobre el material que hemos subido a bordo, precisamente para evitar que este anciano testarudo cometa alguna locura.

—Eso es asunto suyo —dijo Blake—. Yo he recibido instrucciones en el sentido de que debía facilitar las investigaciones del doctor Graves. Suponiendo que uno de ustedes desee suicidarse en ese ataúd de acero, ¿cómo se proponen penetrar en la Columna Kanaka?

—Usted se encargará de ello, capitán. Situará la esfera al pie de la columna ascendente, y volverá a recogerla al pie de la columna descendente.

Blake frunció los labios y luego sacudió lentamente la cabeza.

—No puedo hacer eso.

—¿Eh? ¿Por qué?

—No acercaré mi barco a menos de tres millas de las Columnas. El *Mahan* es un buque sólido, pero no está construido para navegar a grandes velocidades. No puede recorrer más de doce nudos por hora. En algún lugar dentro de aquel círculo la corriente que alimenta a la columna Kanaka superará los doce nudos. No tengo el menor interés en descubrir dónde, a costa de perder mi barco.

»Últimamente se han perdido un gran número de barcos pesqueros de las islas. No quiero que el *Mahan* pase a engrosar la lista.

—¿Cree usted que subieron por la columna?

—Sí.

—No tiene usted que arriesgar el barco, capitán —sugirió Bill Einsenberg—.

Puede soltar la esfera desde la lancha a motor.

Blake sacudió la cabeza.

—Ni pensarlo —dijo secamente—. Aunque las lanchas estuvieran construidas para esa tarea, que no lo están, no pondría en peligro a uno solo de mis hombres. Esto no es la guerra.

—Me estaba preguntando... —dijo Graves en voz baja.

—¿Qué?

Einsenberg dejó oír una risita.

—El doctor tiene la romántica idea de que todos los fenómenos raros que se han producido durante estos últimos cinco años deben ser atribuidos a una sola y siniestra causa: desde las Columnas hasta las bolas de fuego de LaGrange.

—¿Las bolas de fuego de LaGrange? ¿Qué relación pueden tener con las columnas? No son más que electricidad estática. Lo sé; las he visto.

Los dos científicos se volvieron simultáneamente hacia el capitán, con una nueva atención.

—¿De veras? ¿Dónde?

—Mientras jugaba al golf, en Hilo, el pasado mes de marzo. Yo estaba...

—¡*Aquel* caso! ¡Fue uno de los casos de desaparición!

—Sí, desde luego. Es lo que trataba de decirles. Yo estaba cerca del agujero número trece, cuando se me ocurrió levantar la mirada...

Un día tranquilo y despejado. Barómetro normal, brisa ligera. Nada que sugiriese perturbaciones atmosféricas, ausencia de manchas solares, sin interferencias en la radio. De pronto, media docena, o más, de gigantescas bolas de fuego flotaron a través del campo de golf en una especie de despliegue en guerrilla, formando una línea que algunos observadores describieron como matemáticamente simétrica: una afirmación negada por otros.

Una turista que jugaba al golf, profirió un grito y echó a correr. La bola más próxima a ella abandonó su lugar en la línea y se puso a danzar detrás de la mujer. Nadie parecía estar seguro de que la bola la hubiese tocado —el mismo Blake no podía decirlo, aunque había sido testigo presencial—, pero cuando la bola hubo pasado, la mujer yacía sobre la hierba, muerta.

Un médico local que tenía fama de extravagante insistió en que había encontrado pruebas de coagulación y de electrolisis en el cadáver, pero el jurado que se nombró para el caso siguió el consejo del forense y atribuyó la muerte a un fallo cardíaco, un veredicto calurosamente aprobado por la cámara local de comercio y la oficina de turismo.

El hombre que desapareció no trató de correr; su destino fue a su encuentro. Era un *caddie*, un mestizo japonés-kanaka, sin parientes conocidos, un hecho que pudo haber dejado su nombre fuera del caso, de no mediar la curiosidad de un reportero entrometido.

—Estaba de pie sobre el césped, a menos de veinticinco metros de distancia del

lugar donde yo me encontraba, una especie de depresión llena de arena —contó Blake—, cuando las bolas de fuego se acercaron. Quedé situado entre dos de ellas. Noté que me ardía la piel, se me erizaron los cabellos y percibí un intenso olor a ozono. Permanecí inmóvil...

—Eso le salvó —dijo Graves.

—Tonterías —dijo Einsenberg—. Lo que le salvó fue pisar arena seca.

—Bill, es usted un tonto —replicó Graves—. Esas bolas de fuego actúan con una consciencia inteligente.

Blake interrumpió su relato.

—¿Por qué supone eso, doctor?

—No importa, por ahora. Continúe con su historia, por favor.

—Hm-m-m. Bueno, pasaron junto a mí. El *caddie* se hallaba en la trayectoria de una de ellas. No creo que la viera.

Estaba de espaldas a las bolas, ¿comprenden? La bola le alcanzó, le envolvió, continuó su camino... pero el muchacho había desaparecido.

Graves asintió.

—Eso coincide con los relatos de que tengo noticia. Lo raro es que no recuerde haber visto su nombre en ellos...

—Me mantuve al margen del asunto —dijo Blake brevemente—. No me gustan los reporteros.

—Hm-m-m. ¿Algo que añadir a los informes que se publicaron? ¿Algún error en ellos?

—Ninguno que yo recuerde. ¿Mencionaron los informes la bolsa de mazos de golf que llevaba el *caddie*?

—Creo que no.

—Fueron encontrados en la playa, a seis millas de distancia.

Einsenberg se puso en pie.

—Eso es una novedad —declaró—. Dígame, ¿había algo que sugiriera desde qué altura habían caído? ¿Estaban aplastados o rotos?

Blake sacudió la cabeza.

—No tenían un solo arañazo, y la arena de la playa no aparecía removida. Pero estaban... fríos como el hielo.

Graves esperó que continuara. Cuando el capitán no lo hizo, inquirió:

—¿Yo? No me lo expliqué. Lo atribuí a un fenómeno eléctrico sin clasificar. No obstante, si quiere una teoría, le daré una. Esa bola de fuego es un campo estático de alta frecuencia. Envuelve al *caddie* y le carga de electricidad, convirtiéndole en otra bola... y electrocutándole, incidentalmente. Cuando la carga se consume, el muchacho cae al mar.

—¿De veras? En Kansas ocurrió un caso semejante, bastante lejos del mar.

—Es posible que no encontraran el cadáver.

—Nunca se ha encontrado. Pero, incluso así, ¿cómo explica usted que los mazos

fueran depositados sobre la arena tan suavemente? ¿Y por qué estaban fríos?

—¿Cómo quiere que lo sepa? No soy ningún teórico. Soy ingeniero naval de profesión, y empírico por naturaleza. Supongamos que me lo dice usted...

—De acuerdo. Pero no olvide que mi hipótesis es puramente especulativa, una base para la investigación. Yo veo en esos diversos fenómenos, las Columnas, las bolas de fuego gigantes, y otros varios fenómenos extraños que no debieron producirse, pero que se produjeron —incluyendo el caso de un pequeño pico montañoso situado al sur de Boulder, en Colorado, cuya altura disminuyó «espontáneamente»—, yo veo en esas cosas la evidencia de una dirección Inteligente, de una sola causa consciente... Se encogió de hombros—. Llamémosle el factor “X”. Yo estoy buscando el factor “X”».

Einsenberg asumió una expresión de burlona simpatía.

—¡Pobre doctor! —suspiró—. Por fin ha tenido que soltarlo.

Los otros dos ignoraron la pulla. Blake inquirió:

—Usted es esencialmente un ictiólogo, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cómo se le ocurrió interesarse por todo esto?

—No lo sé. Por curiosidad, supongo. Mi chistoso y joven amigo le diría a usted qué ictiología se deriva de «Ictus».

Blake se volvió hacia Einsenberg.

—Pero, ¿no es usted ictiólogo?

—¡No! Soy un oceanógrafo especializado en ecología.

—Está bromeando —observó Graves—. Háblele al capitán Blake de Cleo y de Patra.

Einsenberg pareció ligeramente desconcertado.

—Son unos simpáticos animalitos domésticos —dijo, a la defensiva.

Al ver la expresión intrigada del rostro de Blake, Graves explicó:

—Cleo y Patra son un par de peces de colores. ¡Peces de colores! En este momento se encuentran en el lavabo de su camarote, si quiere verlos.

—¿Interés científico? —inquirió Blake.

—¡Oh, no! Bill cree que le tienen afecto.

—Son unos simpáticos animalitos domésticos —insistió Einsenberg—. No ladran, no arañan, no se ensucian... ¡Y Cleo tiene *tanta* expresión!

Ofreció los servicios de su jefe de buceadores, un veterano oficial de toda confianza, y de su tripulación técnica.

—Existe más de un motivo —añadió— para creer que su batisfera hará el viaje en redondo, al margen del axioma de que lo que sube tiene que bajar. ¿Conocen ustedes el caso del VJ-14?

—¿Se refiere al avión naval que se perdió durante las primeras investigaciones?

—Sí —Blake habló a través de su comunicador—: Díganle a mi escribiente que me traiga el expediente del VJ-14 —ordenó.

Inmediatamente después de su descubrimiento se habían efectuado varias tentativas para reconocer la extraña nube «permanente» y sus increíbles trombas marinas. Lo que se averiguó fue muy poco. Un avión penetraba en la nube. Sus motores se paraban y caía, sin sufrir ningún daño, hasta que los motores volvían a funcionar. Regresaba a la nube: los motores volvían a pararse. El alcance vertical de la nube era mayor que el techo de cualquier avión.

—El *VJ-14* —explicó Blake, consultando ocasionalmente el expediente que acababan de entregarle— efectuó un reconocimiento aéreo de las Columnas el 12 de mayo, ayudado por el U.S.S. *Pelican*. Además del piloto y del radiotelegrafista, llevaba a bordo un operador cinematográfico y un jefe aerógrafo. Mm-m-m-m... Sólo las dos últimas anotaciones parecen tener sentido: «Cambiamos de ruta. Volaremos entre las Columnas: 14». Y «0913: el avión no responde a los mandos: 14». Observaciones telescópicas desde el *Pelican* permitieron comprobar que el avión ascendía en espiral alrededor de la Columna Kanaka y era absorbido por la propia columna. No se vio caer nada.

—Incidentalmente, el piloto, teniente... m-m-m-m... sí, Mattson, el teniente Mattson fue exonerado a título póstumo por el tribunal que investigó el caso. Sí, aquí está el punto que nos interesa: pertenece al diario de navegación del *Pelican*: «1709: Recogidos restos identificados como parte del *VJ-14*. Véase folio adjunto para descripción detallada»—. No necesitamos molestarnos con eso. Lo que importa es que los recogieron a cuatro millas de la base de la Columna Wahini, al otro lado de la Kanaka. La deducción es evidente y su plan podría dar resultado. Pero no espere salir con vida.

—Me arriesgaré —afirmó Einsenberg.

—M-m-m-m sí. Pero yo iba a sugerir que enviáramos un peso muerto, digamos una canasta de huevos empaquetados dentro de un tonel.

El comunicador del puente zumbó; el capitán Blake alzó la voz en dirección a la campana de bronce de un tubo parlante.

—Sí.

—Las ocho, capitán.

—Gracias —Blake se puso en pie—. Discutiremos los detalles mañana por la mañana.

Una lancha a motor de cincuenta pies se mecía sin descanso a popa del *Mahan*. Un cable de nueve pulgadas de fibra de corteza de coco la unía al barco; atada a él a intervalos de una braza había un cable telefónico que terminaba en un par de auriculares encajados en el casco del señalador instalado en la cámara del bote. A su lado veíanse un par de gallardetes y un catalejo.

En la lancha se encontraban ya el timonel, el mecánico, el oficial de la lancha, Graves y Einsenberg. Con ellos, en la parte delantera, había un barril de agua, dos latas de cincuenta galones de gasolina... y un tonel. Contenía no sólo una canasta de

huevos cuidadosamente empaquetados sino también un aparato de señales de humo, un transmisor de radio manipulado desde el barco y una penetración de agua salada para completar un circuito eléctrico.

El oficial de la lancha dio la señal de listos al puente. Un megáfono aulló: «¡Despeguen con cuidado!». La lancha se alejó lentamente del barco, dirigiéndose hacia la Columna Kanaka, a tres millas de distancia.

La Columna Kanaka se irguió encima de ellos, impresionante, a pesar de encontrarse aún a una milla de distancia. El lugar en el cual desaparecía en la nube parecía casi encima de sus cabezas, cayendo hacia ellos. Su tronco de quinientos pies de espesor resplandecía con un color negro-púrpura, más semejante a acero bruñido que a agua.

—Pruebe otra vez el motor, piloto.

—Sí, señor. —El motor tosió, agarró la marcha; el mecánico soltó el engranaje y la lancha avanzó, tensando la estaca.

—Pare el motor. —El oficial se volvió hacia sus pasajeros—. ¿Qué pasa, Mr. Einsenberg? ¿Está asustado?

—No. Mareado. No resisto las embarcaciones pequeñas.

—Mal asunto. Creo que tenemos un poco de vinagre...

—Gracias, pero el vinagre no me serviría para nada. No importa, puedo aguantar.

El oficial se encogió de hombros, volvió la cabeza y dejó vagar su mirada a lo largo de la columna. Emitió un silbido, cosa que había hecho cada vez que la había mirado. Einsenberg, a quien el mareo había puesto nervioso, estaba empezando a encontrar repelentes aquellos silbidos.

—¡Uf! ¿De veras piensa usted trepar ahí arriba, Mr. Einsenberg?

—¡Desde luego!

El oficial de la lancha pareció sorprendido por el tono de la respuesta, se echó a reír y añadió:

—Bueno, su mareo de ahora no es nada comparado con lo que le espera, si quiere saber mi opinión.

Einsenberg no quería saberla. Graves conocía el temperamento de su amigo, de modo que llevó el peso de la conversación durante los minutos siguientes.

—Ponga el motor en marcha, piloto.

El piloto lo intentó e informó rápidamente.

—El arranque no funciona.

—Ayude al mecánico a colocar una estaca en el volante. Yo cuidaré del timón.

Los dos hombres se afanaron en el motor, sin resultado.

El oficial de la lancha ordenó al señalador que comunicara la situación al barco.

—Lancha 3 llamando a puente. Lancha 3 llamando a puente. Puente, ¡conteste! Llamando... llamando... —El señalador se quitó uno de los auriculares—. El teléfono no funciona, señor.

—Utilice los gallardetes. Dígales que nos remolquen.

El oficial se secó el sudor que empapaba su rostro y contempló nerviosamente las olas que chocaban contra el costado de la lancha.

Graves tocó su brazo.

—¿Qué pasa con el tonel?

—Déjelo caer por la borda, si quiere. Yo estoy ocupado.

¿No puede usted levantarlos, Sears?

—Lo estoy intentando, señor.

—Vamos, Bill —le dijo Graves a Einsenberg.

Los dos se deslizaron hacia la proa de la lancha, alejándose de los tres hombres que sudaban sobre el volante. Graves cortó la cuerda que sujetaba el tonel y Einsenberg trató de ayudarlo a agarrarlo. El tonel, incluida la carga, pesaba menos de doscientas libras, pero resultaba difícil de manejar, especialmente sobre la oscilante cubierta de la lancha.

Por fin consiguieron lanzarlo por la borda, a costa de un dedo aplastado para Einsenberg y una espinilla dolorida para Graves. El tonel cayó pesadamente, empapándoles de agua salada, y se alejó rápidamente hacia la Columna Kanaka arrastrada por la corriente que la alimentaba.

—¡El barco contesta, señor!

—¡Bien! Dígales que tiren de nosotros... *con mucho cuidado*.

El oficial de la lancha se apartó del motor y corrió a comprobar si la estacha que les unía al barco estaba bien atada.

Graves le tocó en el hombro.

—¿No podríamos quedarnos aquí hasta que veamos que el tonel penetra en la columna?

—¡No! Más vale que rece para que la estacha resista, en vez de preocuparse por el tonel... o también nosotros subiremos por la Columna. Sears, ¿ha contestado el barco?

—Ahora mismo lo está haciendo, señor.

—¿Por qué llevamos una estacha de fibra de corteza de coco, Mr. Parker? —inquirió Einsenberg, que en la excitación del momento se había olvidado de su mareo—. Yo confiaría más en un buen cable de acero...

—Porque la fibra de corteza de coco flota y el acero no —respondió secamente el oficial—. Dos millas de cable nos arrastrarían al fondo. ¡Sears! Dígales que aflojen la tensión.

Estamos cargando agua.

—¡Sí, señor!

El tonel tardó menos de cuatro minutos en alcanzar la columna y penetrar en ella, un hecho que Graves comprobó pidiéndole prestado el catalejo al señalador para seguir su recorrido hasta el último momento, lo cual le hizo ganarse una mirada de enojo del nervioso oficial de la lancha. Unos minutos después, cuando la lancha se encontraba a unos quinientos metros del lugar más próximo a la columna que habían

alcanzado, el teléfono resucitó súbitamente. Inmediatamente comprobaron el arranque del motor, el cual empezó a rugir.

Realizaron el viaje de regreso con el motor en marcha para aliviar la tensión de la estacha, a media velocidad y maniobrando continuamente para evitar que la hélice se enredara con el cable.

Bill Einsenberg trepó al sillín del aparato en el cual iba a recibir tratamiento antipandeo: media hora de duro trabajo para estimular su circulación al tiempo que respiraba una atmósfera de helio y oxígeno, al final de cuyo período el nitrógeno normalmente disuelto en su corriente sanguínea sería ampliamente reemplazado por helio. El aparato no era más que una simple bicicleta vieja montada sobre una plataforma fija. Blake le echó una ojeada.

—No era necesario que se molestara trayendo esto —observó—. A bordo tenemos algo mejor. Actualmente es una práctica normal para las operaciones de buceo.

—No lo sabíamos —respondió Graves—. De todos modos, esto será suficiente. ¿Todo a punto, Bill?

—Creo que sí —Einsenberg miró por encima de su hombro hacia el lugar donde reposaba la masa de acero de la batisfera, desembalada, revisada y lista para ser enganchada a la grúa del barco—. ¿Tienen los precintos a mano?

—Desde luego. El condestable y yo cerraremos la compuerta. Aquí está su mascarilla.

Einsenberg cogió la mascarilla de inhalación y empezó a colocársela. Graves observó la expresión de su rostro.

—¿Qué pasa, hijo?

—Doctor... uh...

—¿Sí?

—Bueno... cuidará usted de Cleo y de Patra, ¿verdad?

—Desde luego. Pero no van a necesitar nada durante el escaso tiempo que usted estará fuera.

—Um-m m-m... No, supongo que no. Pero, ¿cuidará usted de ellos?

—Desde luego.

—Gracias.

Einsenberg se ajustó la mascarilla y agitó la mano en dirección al condestable que esperaba junto a las botellas de gas. El condestable aflojó las válvulas, se oyó el siseo del gas y Einsenberg empezó a pedalear como un corredor de los Seis Días.

Con media hora de espera por delante, Blake invitó a Graves a que le acompañara a dar un paseo por cubierta y a fumar un cigarrillo. Había dado una veintena de vueltas cuando Blake se detuvo junto a la grúa, se quitó el cigarrillo de la boca y observó.

—¿Sabe una cosa? Creo que su compañero tiene una buena posibilidad de completar el viaje.

—¿De veras? Me alegra oír eso.

—Sí. El éxito de la prueba con el peso muerto me ha convencido. Si ese globo desciende por la Columna Wahini, *lo encontraré*.

—Estoy seguro. Tuvo usted una buena idea al hacerlo pintar de amarillo.

—Nos ayudará a localizarlo, desde luego. Sin embargo, no creo que su compañero descubra nada nuevo. A través de las escotillas sólo verá agua azul, desde que penetre en la columna hasta que lo recojamos.

—Es posible.

—¿Qué otra cosa podría ver?

—No lo sé. Qué es lo que ha hecho esas columnas, quizás.

Blake tiró cuidadosamente la ceniza de su cigarrillo por encima de la barandilla antes de contestar:

—Doctor, no le comprendo. En mi opinión, esas columnas son un fenómeno natural.

—Y para mí es igualmente obvio que no son «naturales». Muestran una interferencia inteligente con los procesos normales de la naturaleza con tanta claridad como si llevaran colgado un letrero indicándolo así.

—No sé cómo puede decir eso. Es evidente que no están hechas por la mano del hombre.

—No.

—Entonces, ¿quién las ha hecho... si es que las ha hecho alguien?

—No lo sé.

Blake empezó a hablar, se encogió de hombros y se calló. Los dos hombres reanudaron su paseo. Graves se volvió a un lado para tirar la punta de su cigarrillo por la borda.

De pronto, gritó:

—¡Capitán Blake!

—¿Eh? —El capitán se volvió y miró hacia el lugar que Graves señalaba—. ¡Santo Dios! ¡Bolas de fuego!

—Eso me había parecido.

—Están bastante lejos —dijo Blake, más para sí mismo que para Graves. Se volvió con aire decidido—. ¡Puente gritó—. ¡Puente!

—¡Puente, capitán!

—Mr. Weems: pase la orden: «Toda la tripulación bajo cubierta». Cierren todas las escotillas. Y toquen alarma general.

—Sí, señor.

—¡Dése prisa! —Volviéndose hace Graves, el capitán añadió—: Vamos dentro.

Graves le siguió. El capitán se detuvo a echar el cerrojo a la puerta por la cual habían entrado. El barco estaba lleno de la ronca voz de los altavoces, el sonido de pasos apresurados y el monótono y amenazador *cling-cling-cling* de la alarma general.

El vigía del puente luchaba aún con la última de las pesadas escotillas de cristal cuando el capitán se acercó a él.

—Yo la cerraré, Mr. Weems —dijo. Empezó a moverse de un lado a otro del puente, revisándolo todo, hasta que su mirada fue a posarse sobre las bolas de fuego, visiblemente más próximas y dirigiéndose directamente hacia el barco—. Su amigo no se ha enterado de la noticia —le dijo a Graves.

A continuación agarró la palanca que servía para abrir y cerrar la escotilla de popa del puente.

Graves miró por encima del hombro de Blake y vio que la cubierta estaba vacía, con la única excepción de una figura solitaria que pedaleaba sobre una bicicleta fijada a una plataforma. Las bolas de fuego de LaGrange se estaban acercando.

Blake tiró de la palanca, pero la escotilla no se abrió.

El capitán se dirigió rápidamente al tablero de mando de los altavoces y conectó la línea general, sin entretenerse en escoger el circuito adecuado.

—¡Einsenbergl! ¡Vaya abajo!

Einsenbergl debió oír que pronunciaban su nombre, ya que volvió la cabeza y miró por, encima de su hombro —Graves lo vio claramente—, en el preciso instante en que la bola de fuego le alcanzaba. La bola pasó, y el sillín de la bicicleta quedó vacío.

Cuando pudieron examinarlo, descubrieron que el aparato no había sufrido ningún daño. El tubo de goma que iba conectado a la mascarilla de inhalación había sido cortado limpiamente. No había sangre, no había ninguna huella. Bill Einsenbergl había desaparecido, sencillamente.

—Voy a subir —dijo Graves.

—No está en condiciones físicas para hacerlo, Doctor.

—A usted no le alcanza ninguna responsabilidad, capitán Blake.

—Lo sé. Podrá usted ir, si lo desea... después de que hayamos buscado el cadáver de su amigo.

—¡Déjese de historias! Yo subiré a buscarle.

—¿Eh? ¿Qué quiere decir?

—Sí tiene usted razón, Einsenbergl está muerto, de modo que no servirá de nada buscar su cadáver. Si yo estoy en lo cierto, sólo existe una posibilidad de encontrarle... ¡allí!

Y Graves señaló la gran nube suspendida sobre las Columnas.

Blake le miró unos instantes en silencio y luego se volvió hacia el jefe de buceadores.

—Mr. Hargreave, busque una mascarilla de inhalación para el doctor Graves.

Mientras el doctor realizaba los ejercicios de acondicionamiento, Blake le contemplaba con el ceño fruncido. La tripulación del buque, lo mismo los oficiales que los marineros, se mantenía en un segundo plano y sin hablar: cuando el Viejo tenía aquella expresión andaban con pies de plomo.

Terminado el ejercicio, los buceadores vistieron a Graves rápidamente y le introdujeron inmediatamente en la batisfera, a fin de no exponerle demasiado al nitrógeno del aire. Poco antes de que se cerrara la compuerta principal, Graves llamó al capitán.

—¡Capitán Blake!

—¿Sí, doctor?

—Los peces de colores de Bill... ¿Cuidará usted de ellos?

—Desde luego, doctor.

—Gracias.

—No hay de qué. ¿Está usted preparado?

—Preparado.

Blake avanzó unos pasos, introdujo un brazo a través de la compuerta y estrechó la mano de Graves.

—Buena suerte. —Retiró el brazo—. Cierren la compuerta.

La grúa depositó la batisfera sobre el agua; dos lanchas a motor la remolcaron media milla en dirección a la Columna Kanaka donde la corriente era suficientemente intensa para arrastrarla. La soltaron allí y retrocedieron hacia el barco.

Blake siguió la maniobra con sus prismáticos desde el puente. La batisfera se deslizó lentamente al principio, para ganar velocidad a medida que se acercaba a la base de la columna. Recorrió con mucha rapidez los últimos centenares de metros; Blake vio una especie de fognazo amarillo encima mismo de la línea del agua... y nada más.

Ocho horas... y ninguna señal. Nueve horas, diez horas, nada. Después de veinticuatro horas de patrullar en las proximidades de la Columna Wahini, Blake estableció contacto por radio con el Departamento.

Cuatro días de vigilancia: Blake supo que el pasajero de la batisfera tenía que estar muerto; no importa si por sofocación, implosión, ahogado o por cualquier otra causa. De modo que informó a sus superiores y recibió órdenes de proceder de acuerdo con sus obligaciones. La tripulación del barco se reunió en cubierta; el capitán Blake leyó en voz alta el servicio para los difuntos, dejó caer por la borda unos capullos marchitos de hibiscos y se dirigió al puente para fijar el rumbo hacia Pearl Harbor. Pero antes se detuvo unos instantes en su camarote y llamó a su ordenanza:

—En el camarote que ocupaba Mr. Einsenberg encontrarás unos peces de colores. Busca un recipiente apropiado y ponlos en mi camarote.

—Sí, capitán.

Cuando Bill Einsenberg recobró el sentido se encontraba en un Lugar.

Lo siento, pero ninguna otra descripción es apropiada; carecía de características. ¡Oh! No del todo, desde luego: no era oscuro, no se hallaba en un estado de vacío, no

era frío ni demasiado pequeño desde el punto de vista de la comodidad. Pero carecía de características hasta el punto de que Einsenberg tropezó con dificultades para calcular el tamaño del lugar. Téngase en cuenta que la visión en estéreo, mediante la cual calculamos el tamaño de las cosas *directamente*, no funciona más allá de veinte pies. A distancias superiores, dependemos del conocimiento previo del verdadero tamaño de los objetos familiares, y solemos efectuar nuestros cálculos subconscientemente: Un hombre de tal *estatura* se encuentra a tal *distancia*, y viceversa.

Pero el Lugar no contenía ningún objeto familiar. El techo se encontraba a una considerable distancia de su cabeza, demasiado lejos para alcanzarlo de un salto. El suelo se curvaba hasta unirse con el techo, impidiendo así un avance lateral de más de una docena de pasos. Einsenberg se dio cuenta del obstáculo al perder el equilibrio. (No disponía de líneas de referencia a través de las cuales calcular la vertical; además, su innato sentido del equilibrio estaba afectado por las lesiones que habían sufrido sus oídos internos durante años enteros de buceo. Resultaba más fácil sentarse que andar, y no había ningún motivo, para andar, después de los primeros intentos inútiles de exploración).

Cuando despertó por primera vez se desperezó y abrió los ojos, mirando a su alrededor. La falta de detalles le confundió. Era como si estuviera en el interior de una gigantesca cáscara de huevo; iluminada desde dentro por una luz suave y ligeramente ambarina. La vaguedad sin forma le molestó; cerró los ojos, sacudió la cabeza y volvió a abrirlos: todo continuaba igual.

Estaba empezando a recordar su última experiencia antes de perder el sentido: la bola de fuego acercándose, sus frenéticos e inútiles intentos de eludirla... Su mente ordenada empezó a buscar explicaciones. Un frío muy intenso, pensó, y su nervio óptico paralizado. Se preguntó si estaría ciego.

De todos modos, no debieron dejarle solo en sus actuales condiciones.

—¡Doctor! —gritó—. ¡Doctor Graves!

Ninguna respuesta, ningún eco: Einsenberg se dio cuenta de que allí no había *ningún* sonido, excepto el de su propia voz, ninguno de los ocasionales pequeños ruidos que llenan por completo el normal silencio «muerto». Este lugar era tan silencioso como el interior de un saco de harina. ¿Tenía también destrozados los oídos?

—No, puesto que había oído su propia voz. En aquel momento se dio cuenta de que estaba mirando sus propias manos. En consecuencia, a sus ojos no les pasaba nada; podía ver perfectamente con ellos.

Pudo verse a sí mismo. Estaba desnudo.

Pudo haber sido varias horas más tarde, pudo haber sido al cabo de unos instantes, cuando llegó a la conclusión de que estaba muerto. Era la única hipótesis que parecía encajar con los hechos. Agnóstico dogmático, no había esperado sobrevivir después de la muerte; había esperado apagarse como una luz, con una

repentina pérdida de la conciencia. Sin embargo, había sido sometido a una carga de electricidad estática más que suficiente para matar a un hombre; cuando recobró el conocimiento, se encontró sin la habitual experiencia que se acumula viviendo. Por lo tanto, estaba muerto. R.I.P.

Desde luego, parecía tener un cuerpo, pero Einsenberg estaba familiarizado con la paradoja subjetivo-objetivo. Aún tenía memoria; la norma más fuerte en la memoria de uno es la conciencia del cuerpo. Este no era su cuerpo, sino su detallada sensación memorística de él. Probablemente, pensó, su cuerpo-sueño se desvanecería a medida que se apagara su memoria del cuerpo-objeto.

No había nada que hacer, nada que experimentar, nada con que distraer su mente. Finalmente se quedó dormido, pensando que si esto era la muerte resultaba muy aburrido...

Despertó más despejado, pero con una intensa sensación de hambre y, sobre todo, de sed. Había dejado de preocuparse por si estaba muerto o no; no le interesaba la teología ni la metafísica. Tenía hambre.

Además, al despertar experimentó un fenómeno que destruyó la mayoría de las bases para su creencia intelectual en su propia muerte, que nunca había alcanzado la fase de convencimiento emocional. Aquí, en el Lugar, encontró objetos materiales distintos a él mismo, objetos que podían ser vistos y tocados.

Y comidos.

Aunque esto último no era inmediatamente evidente, ya que no tenían el aspecto de alimentos. Eran de dos clases. El primero era un trozo amorfo de nada en particular, ligeramente grasiento al tacto, y poco apetitoso. El segundo era un grupo de objetos de aspecto uniforme y delicioso. Eran esferas, un par de docenas; cada una de ellas le pareció a Bill Einsenberg el duplicado de una bola de cristal que había comprado en cierta ocasión: auténtico cristal de roca brasileño, a cuya perfecta belleza no había podido resistir; lo había comprado y llevado a su casa, para disfrutarlo en privado.

Las pequeñas esferas tenían el mismo aspecto. Tomó una. Era suave como el cristal y tenía la misma casta frialdad, pero era blanda como gelatina. Temblaba como la gelatina, haciendo que las luces que había en su interior danzaran deliciosamente, antes de recobrar su perfecta redondez.

A pesar de lo agradable de su aspecto no parecían comestibles, en tanto que el trozo grasiento y jabonoso podía serlo. Partió una pequeña porción, la olfateó y la probó. Tenía un sabor agrio, desagradable. Einsenberg, hizo una mueca y deseó de todo corazón poder lavarse los dientes. Si aquello era comida, pasaría mucha hambre...

Volvió su atención a las deliciosas esferas de gelatina cristaloides. Las hizo girar en las palmas de sus manos, saboreando su suavidad y su frescor. En el centro de cada una de ellas vio su propio reflejo, miniaturizado, estilizado y gracioso. Casi por primera vez adquirió conciencia de la serena belleza de la figura humana, cuando era

observada como una composición y no como una masa de detalles coloidales.

Pero la sed se hizo todavía más apremiante que la admiración narcisista. Se le ocurrió que las lisas y frías esferas, introducidas en la boca, podían provocar la salivación, del mismo modo que un guijarro. Lo probó; la esfera que había escogido chocó contra sus dientes mientras la introducía en su boca, y sus labios y su barbilla quedaron repentinamente húmedos, mientras unas gotas se deslizaban por su pecho. Las esferas eran agua, nada más que agua, sin ninguna piel de celofán, ni recipiente de ninguna clase. Le habían servido agua, limpiamente empaquetada, por medio de algún truco esotérico de tensión superficial.

Probó con otra, manejándola con más cuidado para asegurarse de que no se rompía entre sus dientes hasta que la tuviera en la boca. La cosa dio resultado: su boca se llenó de agua pura y fresca... Con demasiada rapidez; sus dientes quedaron doloridos. Pero había descubierto el truco y se bebió cuatro de las esferas.

Satisfecha su sed, su interés se concentró en el extraño truco por medio del cual el agua se convertía en su propio recipiente. Las esferas eran duras; Einsenberg no pudo romperlas arrojándolas contra el suelo: rebotaron como pelotas de golf. Consiguió pinchar una entre las uñas de sus dedos pulgar e índice. Se rompió inmediatamente, y el agua se deslizó entre sus dedos: únicamente agua, sin ninguna piel ni sustancia extraña. Al parecer, sólo un corte podía afectar al equilibrio de tensiones; el humedecerlas no servía para nada, ya que Einsenberg pudo introducir una cuidadosamente en su boca, sacarla y secarla sobre su propia piel.

Decidió que, en vista de que su provisión era limitada, y no había más agua en perspectiva, sería prudente conservar la que tenía y no hacer más experimentos.

El alivio de la sed se tradujo en una mayor exigencia del hambre. Einsenberg volvió de nuevo su atención a la otra sustancia y descubrió que podía obligarse a sí mismo a masticar y engullir. Podía no ser comida, podía incluso ser veneno, pero llenó su estómago y calmó sus punzadas. Llegó a sentirse satisfecho, después de disipar el sabor con otra esfera de agua.

Cuando hubo comido Einsenberg volvió a ordenar sus pensamientos. No estaba muerto, o, si lo estaba, la diferencia entre vivir y estar muerto era imperceptible, verbal. Alguien sabía dónde estaba y se preocupaba por él, ya que le habían suministrado comida y bebida, de un modo misterioso pero muy hábil. *Ergo*: era un prisionero, una palabra que lleva implícita otra: un *guardián*.

¿Prisionero de quién? Había sido herido por una bola de fuego LaGrange y se había despertado en esta celda. Einsenberg se veía obligado a admitir que el doctor Graves, según todas las apariencias, estaba en lo cierto: las bolas de fuego eran controladas inteligentemente. Además, la persona o personas que las controlaban tenían ideas nuevas en lo que respecta al modo de atender a los prisioneros, así como unos sistemas muy especiales para capturarlos.

Einsenberg no era cobarde. Poseía el alto grado de valor tan corriente en la raza humana, una raza capaz de concebir la muerte, pero capaz al mismo tiempo de

enfrentarse diariamente con su probabilidad, en la autopista, en la sala de partos, en el campo de batalla, en el aire, en el Metro... y de enfrentarse valientemente con la certeza de la muerte como final.

Eisenberg estaba preocupado, naturalmente, pero no dominado por el pánico. Su situación era decididamente interesante; ya no estaba aburrido. Si era un prisionero, lo más probable sería que sus captores se presentaran en cualquier momento, quizás para interrogarle, quizás para tratar de utilizarle de algún modo. El hecho de que no le hubieran matado presuponía alguna clase de planes para su futuro. Muy bien, se concentraría en recibir lo que pudiera llegar con una mente tranquila y despierta. Entretanto, no podía hacer nada para recobrar la libertad; se había asegurado de ello. Esta era una prisión que chasquearía al propio Houdini: paredes lisas y continuas, sin nada a que agarrarse.

En un momento determinado creyó que tenía una clave para escapar; la celda tenía una instalación sanitaria de alguna clase, ya que lo que su cuerpo eliminaba iba a parar a alguna otra parte. Pero no adelantó nada por ese camino; la jaula estaba siempre limpia, sencillamente, sin que Eisenberg pudiera descubrir cómo se efectuaba la limpieza.

De repente, volvió a quedarse dormido.

Cuando despertó, sólo había cambiado un elemento: la comida y el agua habían sido repuestas de nuevo. El «día» transcurrió sin ningún incidente, a excepción de sus propios atareados e infructuosos pensamientos.

Y el «día» siguiente. Y el siguiente.

Eisenberg decidió permanecer despierto el tiempo necesario para descubrir cómo eran introducidas en su celda la comida y la bebida. Realizó un esfuerzo colosal, utilizando medidas drásticas para estimular su cuerpo y mantenerlo consciente. Se mordió los labios, se mordió la lengua.

Pellizcó violentamente con sus uñas los lóbulos de sus orejas. Se concentró en difíciles problemas mentales.

De repente se adormiló; al despertar, la comida y la bebida habían sido repuestas.

Los períodos de vigilia iban seguidos de sueño, hambre y sed, satisfacción de estas necesidades y más sueño. Eisenberg decidió que necesitaba algún calendario en beneficio de su salud mental. No disponía de ningún medio para medir el tiempo, aparte de sus períodos de sueño, a los que designaba arbitrariamente como días. No disponía de ningún medio para hacer anotaciones, exceptuando su propio cuerpo. Y lo utilizó. Un trozo de uña le sirvió de aguja. Rascando con ella su piel conseguía arañarla; el rojo arañazo persistía un par de días y podía ser renovado. Siete arañazos hacían una semana.

Había marcado la segunda serie de siete arañazos en el dedo anular de su mano izquierda cuando ocurrió el acontecimiento que vino a turbar su soledad. Al despertar de su sueño, se dio cuenta de que no estaba solo.

Había una figura humana durmiendo a su lado. Cuando se hubo convencido a sí

mismo de que estaba realmente despierto, agarró a la figura por el hombro y la sacudió.

—¡Doctor! —aulló—. ¡Doctor! ¡Despierte!

Graves abrió los ojos, se incorporó y extendió su mano.

—Hola, Bill —dijo—. No sabe cuánto me alegro de verle.

—¡Doctor! —Einsenberg palmeó la espalda del anciano—. No sabe cuánto me alegro yo de verle a usted.

—Lo supongo.

—¿Dónde ha estado usted? ¿Cómo ha llegado hasta aquí? ¿Le arrastraron también las bolas de fuego?

—Cada cosa a su tiempo, hijo. Vamos a desayunar.

Había una doble ración de comida y de agua en el «suelo», cerca de ellos. Graves cogió una esfera, la mordisqueó expertamente y se la bebió sin derramar una sola gota. Einsenberg le contemplaba, admirado.

—Por lo que veo, lleva usted aquí algún tiempo.

—Desde luego.

—¿Le arrastraron las bolas de fuego al mismo tiempo que a mí?

—No —Graves alargó la mano hacia la comida—. He llegado subiendo por la Columna Kanaka.

—¿Qué?

—Lo que oye. En realidad, le estaba buscando a usted.

—¡No es posible!

—A las pruebas me remito. Al parecer, mi descabellada hipótesis era correcta; las Columnas y las bolas de fuego son manifestaciones distintas de la misma causa: X.

—Pero, doctor... bueno, eso significa que *alguien* ha hecho todo esto. Alguien que ahora nos ha encerrado aquí.

—Es evidente —dijo Graves, masticando lentamente. Parecía cansado, más viejo y más delgado de lo que Einsenberg le recordaba—. No cabe duda de que existe un control inteligente. No hay otra explicación.

—Pero, ¿quién?

—¡Ah!

—¿Alguna potencia extranjera? ¿Nos encontramos ante un arma completamente nueva?

—Lo dudo. ¿Cree usted que los japoneses, por ejemplo, se molestarían en servirnos el agua así?

Graves sostuvo en alto una de las pequeñas y coloreadas esferas.

—¿Quién, entonces?

—No lo sé. Llamémosles marcianos: ese es un modo conveniente de pensar en ellos.

—¿Por qué marcianos?

—Por ningún motivo concreto. He dicho que era un modo conveniente de pensar

en ellos.

—¿Conveniente?

—Sí, porque evita que uno piense en ellos como en seres humanos... cosa que no son, evidentemente. Ni animales. Algo muy inteligente, pero no animales, porque son más listos que nosotros. Marcianos.

—Pero... pero... espere un momento. ¿Por qué supone usted que sus X no son humanos? ¿Por qué no han de ser humanos, cuando estas simples bolitas nos plantean un problema científico que somos incapaces de resolver?

—Esa es una pregunta razonable —dijo Graves—. Y le daré una respuesta razonable. Porque en el actual estado de paz mundial y de buena voluntad sabemos dónde se encuentran los mejores cerebros del planeta y qué están haciendo. Unos avances como ese no podrían mantenerse ocultos y tardarían mucho tiempo en desarrollarse. X ofrece pruebas de media docena de líneas distintas de desarrollo que están más allá de nuestro alcance y que exigirían años de trabajo de docenas de investigadores, en el mejor de los casos. *Ipsa facto*, se trata de, ciencia no-humana.

»Desde luego —continuó—, si se pronuncia usted por un científico loco y un laboratorio secreto, no puedo discutirlo. Pero yo no estoy escribiendo suplementos dominicales.

Bill Einsenberg permaneció en silencio largo rato, mientras consideraba lo que Graves había dicho a la luz de su propia experiencia.

—Tiene usted razón, doctor —admitió finalmente—. Es curioso: siempre que tenemos una discusión la razón suele estar de su parte... Tienen que ser marcianos. ¡Oh! No me refiero a habitantes de Marte; me refiero a alguna forma de vida inteligente del exterior de este planeta.

—Es posible.

—¡Pero, usted ha sido el primero en decirlo!

—No, dije que era un modo conveniente de enfocarlo.

—Pero; tienen que serlo, por eliminación.

—Proceder por eliminación equivale a razonar haciendo trampa.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—M-m-m-m., No estoy preparado para decir lo que opino... todavía. Pero existen motivos más poderosos que los que hemos mencionado para llegar a la conclusión de que nos enfrentamos con seres no-humanos. Motivos psicológicos.

—¿De qué tipo?

—El trato que X da a los prisioneros no corresponde a las normas de conducta humana. Piense en ello.

Tenían muchas cosas de que hablar; Graves le contó a Bill cómo se le había ocurrido subir a la Columna. Y Bill se sintió conmovido por el relato de su envejecido y frágil amigo:

—Doctor, tiene usted muy mal, aspecto.

—No me extraña.

—El subir a la Columna ha sido algo demasiado duro para usted. No debió intentarlo.

Graves se encogió de hombros.

—No ha sido ninguna proeza —dijo.

Pero Graves se dio cuenta de que el viaje le había afectado físicamente más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Durmieron, comieron, hablaron y durmieron de nuevo.

La rutina a la que Einsenberg se había acostumbrado continuó, aunque con compañía. Pero Graves no se recuperaba.

—Doctor, tendríamos que hacer algo.

—¿Acerca de qué?

—De esta situación. Lo que nos ha sucedido a nosotros es una intolerable amenaza para toda la raza humana. No sabemos qué puede ocurrir debajo...

—¿Por qué dice usted «debajo»?

—Bueno, usted *ascendió* por la Columna.

—Sí, es cierto, pero ignoro cómo y cuándo fui sacado de la batisfera, y a dónde pueden haberme llevado. Pero, continúe. Exponga su idea.

—De acuerdo. Ignoramos lo que puede haberle ocurrido al resto de la raza humana. Las bolas de fuego pueden estar raptando a los hombres, uno a uno, sin que tengan ninguna posibilidad de luchar ni de descubrir lo que está pasando. Nosotros tenemos cierta idea de la respuesta. Tendríamos que escapar y advertirles. Es posible que exista algún medio para luchar contra la amenaza. Es nuestro deber; todo el futuro de la raza humana puede depender de ello.

Graves permaneció silencioso por espacio de tanto tiempo cuando Bill terminó su arenga, que Einsenberg empezó a sentirse un poco en ridículo. Pero cuando finalmente habló, el anciano se mostró de acuerdo con sus palabras.

—Creo que tiene usted razón, Bill. Creo que es muy posible que tenga usted razón. No necesariamente, pero con muchos visos de posibilidad. Y esa posibilidad nos impone una obligación ante todo el género humano. Lo sé. Lo sabía antes de que ocurriera esto, pero no disponía de datos suficientes para justificar el gritar: «¡Que viene el lobo!».

»El problema —continuó— estriba en saber cómo podemos advertirles... ahora.

—¡Tenemos que escapar!

—¡Ah!

—*Tiene* que haber algún medio.

—¿Puede usted sugerir alguno?

—Tal vez. No hemos podido descubrir ningún medio para entrar o salir de este lugar, pero es evidente que existe; a nosotros nos metieron en él. Además, todos los días introducen aquí nuestras raciones. Una vez intenté permanecer despierto el tiempo suficiente para ver cómo lo hacían, pero me quedé dormido...

—Lo mismo me ocurrió a mí.

—No me extraña. Pero ahora somos dos; podemos turnarnos en la vigilancia, hasta que suceda algo.

Graves asintió.

—Vale la pena intentarlo.

Dado que no disponían de ningún medio para medir la duración de los períodos de vigilancia, cada uno de ellos montó guardia hasta que no pudo resistir el sueño, y entonces despertaba al otro. Pero no ocurrió nada. Sus provisiones se agotaron y no fueron repuestas. Racionaron cuidadosamente sus bolas de agua, que al final quedaron reducidas a una, que no se bebieron porque los dos insistieron en que debía bebérsela el otro. Pero sus invisibles captos no dieron señales de vida.

Al cabo de un incalculable período de tiempo, insoportablemente largo, Einsenberg despertó súbitamente mientras Graves le tocaba y pronunciaba su nombre. Se incorporó, parpadeando, desorientado.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Me he quedado adormilado —dijo Graves, con aire contrito—. Lo siento, Bill.

Einsenberg miró hacia el lugar que Graves señalaba. Su comida y su agua habían sido renovadas.

Einsenberg no sugirió una repetición del experimento. En primer lugar, parecía evidente que sus guardianes no estaban dispuestos a permitir que descubrieran la combinación de su celda, y eran lo bastante inteligentes como para hacer fracasar sus tentativas, necesariamente débiles. En segundo lugar, Graves era un hombre enfermo; Einsenberg no se atrevió a sugerir otra prolongada famélica vigilia.

Pero, sin conocer la combinación, parecía imposible salir de allí. Un hombre desnudo es un ser particularmente indefenso; sin materiales para construir herramientas, no puede hacer nada. Einsenberg pensó que sus posibilidades de salir de la jaula eran las mismas que tenían sus peces de colores, Cleo y Patra, de abrirse camino a través de una pecera de cristal.

—Doctor.

—Sí, hijo.

—Creo que hemos enfocado esto equivocadamente. Sabemos que X es inteligente; en vez de tratar de escapar, deberíamos intentar establecer comunicación.

—¿Cómo?

—No lo sé. Pero tiene que existir algún medio.

Pero, si existía, no pudo descubrirlo. Suponiendo incluso que sus captos pudieran verle y oírle, ¿cómo se haría entender a base de gestos o palabras? La raza humana, trabajando en condiciones mucho más favorables, no había conseguido aprender los lenguajes de las otras razas de animales...

¿Qué podía hacer para llamar su atención, para estimular su interés? ¿Recitar la Proclama de Gettysburg? ¿O la tabla de multiplicar?

—Doctor.

—¿Qué pasa, Bill?

Graves se estaba hundiendo; aquellos «días», rara vez iniciaba una conversación.

—¿Por qué estamos aquí? Siempre había pensado que *eventualmente* nos sacarían y harían algo con nosotros... Tratar de interrogarnos, tal vez. Pero no parece que vaya a suceder nada de eso.

—No, no lo parece.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí? ¿Por qué se ocupan de nosotros?

Graves tardó largo rato en contestar.

—Creo que están esperando que nos reproduzcamos.

—¿Qué?

Graves se encogió de hombros.

—Pero eso es absurdo...

—Desde luego. Pero, ¿lo saben ellos?

—Son inteligentes.

Graves se echó a reír, la primera vez que lo hacía en muchos sueños.

—¿Conoce aquel verso de Roland Young acerca de la mosca?

*«La Mosca es un curioso animal.
No puede distinguirse a Ella de El.
Pero El puede hacerlo... y también Ella».*

»Después de todo —continuó Graves—, las diferencias visibles entre hombres y mujeres son completamente superficiales y casi desdeñables... excepto para los hombres y las mujeres.

Einsenberg encontró la sugerencia repulsiva; luchó contra ella.

—Mire, doctor, por poco que nos hayan estudiado se habrán dado cuenta de que la raza humana está dividida en sexos. Al fin y al cabo, no somos los primeros ejemplares que han capturado.

—Tal vez no nos estudian.

—¿Eh?

—Tal vez somos simplemente... animalitos domesticados.

¡Animales domesticados! La moral de Bill Einsenberg se había mantenido muy alta frente al peligro y la incertidumbre. Este ataque era más sutil. ¡Animales domesticados! Había pensado en Graves y en sí mismo como en prisioneros de guerra, o, posiblemente, objetos de investigación científica. Pero, animales domésticos...

—Sé lo que siente —continuó Graves—. Resulta humillante desde un punto de vista antropocéntrico. Pero creo que puede ser verdad. Y puedo exponerle también mi propia teoría particular acerca de la naturaleza posible de X, y de la relación de X con la raza humana. Desde luego, se trata de una simple conjetura, basada en muy pocos datos. Pero encaja con los hechos conocidos.

»Yo concibo a los seres X como apenas conscientes de la existencia de los

hombres, sin el menor interés por ellos...

—¡Pero nos dan caza!

—Tal vez. O tal vez nos han atrapado ocasionalmente por casualidad. Muchos hombres han soñado en una incidencia de inteligencias no-humanas sobre la raza humana. Casi sin excepción, el sueño ha asumido una de dos formas, invasión y guerra, o exploración y mutua interrelación social. Ambos conceptos presuponen que los no-humanos son lo bastante semejantes a nosotros cómo para luchar con nosotros o hablar con nosotros: es decir, para tratarnos como iguales, en uno u otro sentido.

»Yo no creo que X esté suficientemente interesado en los seres humanos para desear esclavizarlos, o incluso exterminarlos... Es posible que ni siquiera deseen estudiarnos, después de haberse dado cuenta de que existimos. Tal vez carecen de espíritu científico, si entendemos por él una curiosidad simiesca por todo lo que se mueve. A ese respecto, ¿hasta qué punto estudiamos nosotros a las otras formas de vida? ¿Le ha preguntado usted alguna vez a sus peces de colores lo que opinan sobre la poesía o la política de los peces de colores? ¿Piensan las termitas que el lugar de una mujer está en el hogar? ¿Prefieren los castores a las rubias o a las morenas?

—Bromea usted.

—No, no bromeo. Tal vez las formas de vida que he mencionado ríen están implicadas con ideas semejantes. Pero la que quiero subrayar es que nunca podremos saber si lo están o no. No creo que X conciba a la raza humana como inteligente.

Bill meditó unos instantes y luego dijo:

—¿De dónde cree usted que proceden, doctor? ¿De Marte, quizá? ¿O del exterior del sistema solar?

—No necesariamente. Ni siquiera probablemente. Mi opinión es que proceden del mismo lugar que nosotros: *del barro de este planeta*.

—Doctor...

—No me mire como a un bicho raro, Bill. Puedo estar enfermo, pero no he perdido la chaveta. ¡*La Creación duró ocho días!*

—¿Eh?

—Estoy utilizando un lenguaje bíblico. «Y Dios les dio, su bendición y les dijo, Creced y multiplicaos y llenad la tierra, y sometedla: y ejerced vuestro dominio sobre los peces del mar, y las aves del aire y sobre todos los seres vivientes que se muevan encima de la tierra». Y así ocurrió. Pero nadie mencionó la estratosfera.

—Doctor... ¿está seguro de que se encuentra bien?

—¡Deje de una vez de tratar de psicoanalizarme! Se trata de una alegoría... Lo que quiero decir es que nosotros no somos la última ni la más elevada de las fases de la evolución. En primer lugar se poblaron los océanos. Luego aparecieron los anfibios, y la evolución continuó hasta que los continentes quedaron poblados y, con el paso del tiempo, el hombre dominó en la superficie de la tierra... o al menos la creyó así. Pero, ¿se detuvo ahí la evolución? Yo creo que no. Piense un poco: desde el punto de vista de un pez, el aire es un vacío inhabitable. Desde nuestro punto de vista,

las capas superiores de la atmósfera, a una altura de sesenta, setenta o cien mil pies, semejan un vacío inadecuado para la vida. Pero no son un vacío. Hay en ellas materia y energía irradiante. ¿Por qué no puede haber vida, vida inteligente, altamente evolucionada, pero procedente de unos mismos antepasados?

Einsenberg respiró profundamente.

—Un momento, doctor. No discuto la posibilidad teórica de su hipótesis, pero me parece muy inconsistente. Nunca hemos visto a esos supuestos seres, no tenemos ninguna evidencia directa de ellos. Al menos, no la habíamos tenido hasta ahora. Y tendríamos que haberlos visto.

—No necesariamente. ¿Acaso ven las hormigas al hombre? Lo dudo.

—Si... pero un hombre tiene mejores ojos que una hormiga.

—¿Mejores ojos para qué? Para sus propias necesidades. Supongamos que los seres X se encuentran a demasiada altura, o son demasiado tenues, o se mueven con demasiada rapidez para que nosotros podamos percibirlos. Incluso una cosa tan grande, y tan sólida, y tan lenta como un avión puede elevarse a una altura suficiente para pasar inadvertida. Si X es tenue e incluso semitransparente, nunca podríamos verlo, ni siquiera como una sombra proyectada contra la luna, aunque en realidad se ha contado más de una extraña historia acerca de esa clase de fenómenos.

Einsenberg se puso en pie y echó a andar de un lado para otro.

—¿Pretende usted sugerir —inquirió— que unos seres tan insubstanciales como para flotar en un vacío han constituido las Columnas?

—¿Por qué no? Trate de explicar cómo un embrión desnudo y semiacabado como el *homo sapiens* construyó el Empire State Building.

Bill sacudió la cabeza.

—No acabo de entenderlo.

Graves cogió una de las milagrosas esferas de agua.

—¿De dónde cree usted que procede *esto*? Mi opinión es la de que la vida sobre este planeta está partida en tres sectores, sin ninguna interrelación entre ellos. Cultura oceánica, cultura terrestre y otra... llamémosla estratocultura. Tal vez exista una cuarta, debajo de la corteza de la tierra, pero no lo sabemos. Conocemos algo acerca de la vida submarina, porque somos curiosos. ¿Pero qué saben ellos acerca de nosotros? El descenso de unas cuantas docenas de batisferas, ¿constituye una invasión? Un pez que viera nuestra batisfera podría marcharse a casa y acostarse con un intenso dolor de cabeza, pero no hablaría a nadie de ello, y si lo hiciera no le creerían. Si un montón de peces nos vieran y juraran que nos habían visto, no faltaría un pez-psicólogo que explicaría el hecho atribuyéndolo a una alucinación colectiva.

»No, hace falta algo tan grande, tan sólido y tan permanente como las Columnas para ejercer algún efecto sobre los conceptos ortodoxos. Las apariciones casuales no sirven para nada.

Einsenberg permaneció largo rato en silencio. Finalmente, exclamó:

—¡No lo creo! ¡No quiero creerlo!

—¿Crear qué?

—Su teoría. Si está usted en lo cierto, doctor, ¿se da cuenta de lo que significa? Estamos indefensos...

—No creo que se preocupen demasiado de los seres humanos. No lo habían hecho hasta ahora.

—No se trata de eso. Hasta ahora, teníamos cierta dignidad como raza. Luchábamos y hacíamos cosas. Incluso cuando fracasábamos, teníamos la trágica satisfacción de saber que a pesar de todo éramos superiores y más capaces que los otros animales. Teníamos fe en la raza... Pero si no, somos más que uno de los animales inferiores, ¿qué objeto tienen nuestros esfuerzos? Yo no podría continuar diciendo que soy un «científico», si pensara que no era más que un pez arrastrándome por el fondo de una charca. Mi trabajo no *significaría* nada.

—Tal vez no signifique nada.

—Tal vez —admitió Einsenberg—. Pero yo no quiero rendirme a la idea. ¡No quiero! Es posible que tenga usted razón. Es posible que esté equivocado. El saber de *dónde* proceden los seres X no parece tener demasiada importancia. Lo que importa es que son una amenaza para nuestra propia especie. ¡Doctor, tenemos que salir de aquí y advertirles!

—¿Cómo?

Graves permaneció en estado de coma la mayor parte del tiempo antes de morir. Bill prestó una continua atención, permitiéndose únicamente descabezar un sueño de cuando en cuando. No podía hacer nada por su amigo, pero sabía que el simple hecho de estar a su lado era un consuelo para los dos.

Pero estaba dormitando cuando Graves le llamó. Se despertó inmediatamente, a pesar de que el sonido fue apenas un susurro.

—¿Sí, doctor?

—Mis fuerzas se están agotando, hijo. Gracias por cuidar de mí.

—No diga tonterías, doctor.

—No olvide para qué está aquí. Algún día se le presentará una oportunidad. No la desaproveche. La gente tiene que ser advertida.

—Lo haré, doctor, se lo prometo.

—Buen muchacho. Y luego, con voz casi inaudible—: Buenas noches, hijo.

Einsenberg veló el cadáver hasta que estuvo completamente frío. Entonces, agotado por su prolongada vigilia, se sumió en un profundo sueño.

Cuando despertó, el cadáver había desaparecido.

Aquella desaparición le dio una idea. Estaba convencido de que no podría escapar de su celda. Pero ciertas cosas *salían* de la celda: los restos de alimentos, los excrementos... y el cadáver de Graves. Si él moría, su propio cadáver sería sacado de allí, sin duda alguna. Y sabía que algunas de las cosas que habían subido por las Columnas habían vuelto a bajar. ¿No era verosímil que los seres X se librasen de

cualquier masa pesada que no les sirviera para nada dejándola caer por la Columna Wahini?

Muy bien, su cadáver retornaría a la superficie, eventualmente. ¿Cómo podía aprovechar el hecho para transmitir un mensaje a sus compañeros humanos? No tenía materiales para escribir sólo disponía de su propio cuerpo.

Pero del mismo modo que había trazado un calendario podía escribir un mensaje. Podía arañar su piel con un trozo de uña. Si arañaba el mismo lugar una y otra vez, no permitiendo que la herida cicatrizara, acabaría por formarse una costra.

Las letras tenían que ser grandes; y no disponía de más espacio que la parte delantera de su cuerpo. Por lo tanto, la advertencia tenía que ser breve y concisa.

A su debido tiempo, su pecho y su abdomen quedaron cubiertos por un tatuaje digno del jefe de una tribu de bosquimanos. Por entonces, Einsenberg estaba muy delgado y la palidez de su piel revelaba los efectos de su prolongado encierro; las cicatrices destacaban claramente.

Su cadáver fue encontrado flotando en el Pacífico, por unos portugueses que no pudieron leer el mensaje, pero que pusieron el hecho en conocimiento de la policía de Honolulu. La policía fotografió el cadáver, tomó sus huellas dactilares y procedió a su entierro. Las huellas dactilares fueron enviadas a Washington, y William Einsenberg, científico, miembro de numerosas y distinguidas sociedades, tipo elevado de homo sapiens, fue dado por muerto oficialmente por segunda vez con un nuevo misterio unido a su nombre.

El informe de su reaparición alcanzó la oficina del capitán Blake en un puerto del Atlántico. El informe incluía unas fotografías del cadáver, junto con un oficio en el que se ordenaba al capitán que, en vista de su relación con el caso, proporcionara toda la información posible.

El capitán Blake examinó las fotografías por enésima vez. El mensaje trazado con cicatrices era muy visible: «CUIDADO: LA CREACIÓN DURÓ OCHO DÍAS». Pero, ¿qué significaba?

De una cosa estaba seguro: Einsenberg no tenía aquellas cicatrices en su cuerpo cuando desapareció del *Mahan*.

El hombre había vivido durante un considerable período de tiempo después de ser arrastrado por la bola de fuego: esto era seguro. Y se había enterado de algo. ¿De qué? La referencia al primer capítulo del Génesis no se le escapaba; pero sí su posible utilidad.

El capitán Blake continuó redactando el informe destinado a sus superiores.

«... el mensaje de las cicatrices añade un nuevo elemento al misterio, en vez de aclararlo. Me veo obligado a admitir que las Columnas y las bolas de fuego LaGrange están relacionadas de algún modo. Opino que debe ser mantenido el servicio de patrulla alrededor de las Columnas. Si surgieran nuevos métodos para investigar la naturaleza de las Columnas, deberían desarrollarse con toda la rapidez posible.

Lamento decir que no se me ocurre nada en ese sentido...».

El capitán Blake se levantó de su escritorio y se acercó a un pequeño acuario en el cual, nadaban dos peces de colores. Al observar el nivel del agua, llamó a su ordenanza.

—¡Johnson!

El ordenanza se presentó inmediatamente.

—Johnson, has vuelto a llenar demasiado esta pecera —le dijo el capitán—. Pat está intentando saltar otra vez fuera.

—Lo arreglaré en seguida, capitán.

(No sé por qué guarda el Viejo esos peces de colores. No está interesado en ellos, eso es seguro).

En voz alta, añadió:

—A ese Pat no le gusta la pecera, capitán. Siempre está tratando de escapar. Y yo no le soy simpático.

Los pensamientos del capitán se habían alejado ya del pez; estaban concentrados de nuevo en el misterio.

—Decía que a ese pez no le soy simpático. Cada vez que limpio la pecera trata de mordirme el dedo.

—No digas tonterías, Johnson.

El ciudadano de segunda clase

Damon Knight

Aunque estaba acostumbrado al sol tropical, una astilla de luz reflejada por una de las ventanas del laboratorio hirió la cabeza de Craven mientras cruzaba la calzada al frente del pequeño grupo de continentales. Se sentía intranquilo y febril. Ojalá no se confirmaran sus temores. Era un mal momento, con el resto del personal en Charlotte Amalle pasando el fin de semana.

—¿A qué hora ha dicho usted que llegaba ese avión de Miami? —preguntó el hombre panzudo del bigote gris, consultando su reloj—. En estos momentos tendría que estar en Nueva York. Tal como está la situación, no me gusta estar lejos de casa.

—A las dos y cuarto —dijo Craven secamente—. Le queda a usted mucho tiempo.

—¿Qué opina *usted* de la crisis, doctor Craven? —preguntó una de las mujeres. Era regordeta y tenía los cabellos grises—. ¿No le preocupa estar aquí solo? A mí me preocuparía...

—¡Oh! Espero que todo se arregle —dijo Craven en tono indiferente—. Siempre se llega a un acuerdo de última hora.

—Bueno, es cierto, siempre han llegado a un acuerdo —dijo el hombre panzudo, como si el recordarlo le aliviara. Se detuvo, mirando más allá de los encerraderos de hormigón blanco—. He visto algo que saltaba por allí... Ahí va otro. ¿Son algunos de los animales?

—Sí, son los delfines —dijo Craven, avanzando hacia la puerta abierta del laboratorio—. Por aquí, por favor.

Dentro hacía más frío que en el exterior, pero la estancia estaba bañada por la luz del sol que penetraba por los grandes ventanales que daban al mar. En la pared había un cartel con dibujos en brillantes colores de objetos sencillos. El suelo era de hormigón, y en el extremo más apartado formaba un canal abierto por los dos lados. A Craven empezaba a dolerle la cabeza.

—Aquí es donde realizamos la mayor parte de nuestro trabajo con los delfines —dijo—. Un momento. Veré si puedo hacer venir alguno para ustedes. —Se acercó a un tablero encajado en la pared, pulsó un interruptor y habló por el micrófono—. Pete, soy Charles. Ven, por favor.

Le respondió una especie de gorgoteo a través del altavoz.

—De acuerdo, puedes venir —dijo Craven, desconectando el micrófono.

—¿Qué ha sido eso? —inquirió una de las matronas—. ¿Acaso era uno de los delfines, *hablando*?

Craven sonrió.

—Exactamente. Era Pete, nuestro discípulo más aventajado. Miren por la ventana, y manténganse un poco apartados del canal, por favor.

Se produjo un nervioso arrastrar de pies mientras algunos de los visitantes se apartaban del borde y otros se agrupaban más cerca de las ventanas. Por el canal de hormigón que enlazaba directamente los encerraderos con la pared del laboratorio avanzaba algo gris a sorprendente velocidad. Estaba sumergido, pero de cuando en cuando levantaba un chorro de agua con su chapoteo. Los visitantes empezaron a murmurar, alarmados; algunos se apartaron de la ventana.

—¡Ahí está! —aulló alguien.

La forma gris penetró en la estancia; el agua del canal se levantó como si fuera a sobresalir, y luego volvió a caer ruidosamente. Se produjo un movimiento general de retroceso, y luego una risa nerviosa.

En el canal, balanceándose medio fuera del agua, había una forma aerodinámica. Habló, con el mismo gorgoteo de antes.

—De acuerdo, Pete —dijo Craven—. Puedes salir.

—¿De veras estaba *hablando*? —preguntó alguien detrás de él—. ¿Puede usted comprender lo que dice?

Craven, sin molestarse en contestar, pulsó un interruptor del tablero de control. De un hueco de la pared surgió una grúa eléctrica que sostenía una curvada y robusta plataforma de metal. La plataforma descendió hasta el agua, y el delfín se colocó encima de ella. Craven pulsó otro interruptor; la plataforma se levantó, chorreando agua. La grúa se movió otra vez hacia adelante, y luego depositó a su pasajero en una armazón con ruedas que se erguía al lado del canal. Se oyó un click. Los brazos de la grúa, desenganchados de la plataforma, retrocedieron.

Sobre la plataforma, que ahora formaba el lecho de la armazón con ruedas, yacía un mamífero de ocho pies de longitud. Uno de sus ojos no perdía de vista a Craven. La boca, abierta en lo que parecía ser una agradable sonrisa, estaba llena de afilados dientes cónicos.

—¡Dios mío! —exclamó una de las mujeres—. ¡Espero que no muerda!

—No se sabe de ningún delfín que haya atacado a un ser humano —aseguró Craven. Apretó un botón del tablero de la pared—. Saluda a nuestros visitantes, Pete.

El delfín dirigió una mirada vivaz a las personas que se encontraban detrás de Craven y emitió uno de sus chorros de sonido. Para los oídos adiestrados de Craven, las palabras resultaban borrosas pero comprensibles. Para los otros no eran más que ruido.

Apretó otro botón del tablero. Al cabo de unos instantes, la voz grabada del delfín, más lenta y más estridente surgió por el altavoz:

—Hola, damas y caballeros.

Se produjo un murmullo general, alguna risa nerviosa, y alguien comentó suspicazmente:

—Su boca no se ha movido mientras hablaba.

Craven hizo una mueca.

—No la utiliza para hablar: eso es para los peces. Habla a través de su respiradero, situado en la parte superior de su cabeza. Acércate, Pete, deja que te echemos una mirada.

Obedientemente, el delfín se deslizó sobre su carretilla, arrastrando una larga manguera de plástico. Unos chorros de agua habían empezado a brotar de los perforados tubos situados a ambos lados de la carretilla, haciendo brillar de humedad la piel del delfín, el cual contemplaba a los visitantes con amistoso interés.

—¡Tiene la misma forma de un avión a reacción! —observó uno de los visitantes masculinos—. Miren la curva de su cabeza, el hocico...

Craven dirigió una sonrisa al hombre.

—Soluciones similares para similares problemas —dijo—. Pete tiene una forma aerodinámica, como un avión a reacción. Es un delfín de hocico de botella —*Tursiops truncatus*—, perteneciente a la misma familia que utilizó Lilly en sus primeros trabajos. Pesa alrededor de cuatrocientas libras; su cerebro es un poco mayor que el de un hombre. Pete es más inteligente que un perro o un mono. No sólo puede entender órdenes en inglés: puede contestarnos. Por eso consideramos tan importante esta investigación. Lo que estamos haciendo es enseñar a otra especie a formar parte de la comunidad humana.

Hubo unos instantes de impresionado silencio.

—¿Para qué son todos esos artilugios? —preguntó finalmente un hombre.

—Pete controla los motores de la carretilla con esas palancas situadas debajo de sus aletas —dijo Craven—. Las otras palancas de los lados son para la conducción: las maneja con sus aletas delanteras. La gran desventaja de Pete estriba en que no tiene manos ni pies, pero nosotros estamos tratando de compensarla. Vamos, Pete, demuéstroles lo que sabes hacer.

—De acuerdo, Charles —dijo el delfín alegremente.

La carretilla se deslizó a través del suelo hacia un banco situado en un extremo del laboratorio, dejando un rastro húmedo detrás de ella. Unos brazos articulados se extendieron delante de la carretilla, y sus pinzas metálicas cogieron un puntero.

—Señala la manzana, Pete —dijo Craven.

El puntero se levantó, osciló en el aire y fue a apoyarse en la manzana dibujada en el cartel de la pared.

—Ahora el niño —dijo Craven. Hubo murmullos de admiración mientras el delfín señalaba al niño, al perro, a la barca—. Ahora, deletrea gato, Pete —dijo Craven—. El puntero señaló las letras G-A-T-O. —Buen muchacho, Pete. Hoy tendrás una buena ración de pescado.

El delfín abrió la boca y estalló en una ruidosa carcajada. Entre los visitantes se produjo una especie de revuelo, provocado por el nerviosismo.

—Antes ha dicho usted que no se sabía de ningún delfín que hubiera atacado a

una persona —dijo una muchacha de ojos grises.

Era la primera vez que hablaba, pero Craven ya se había fijado en ella; una muchacha delgada y bonita, que se mantenía muy erguida.

—Es cierto —dijo Craven—. Y no será porque no puedan: no ignora usted que son capaces de matar a un tiburón. Pero nunca lo han hecho.

—¿Ni siquiera cuando la gente les ha lastimado? —inquirió la muchacha.

Sus ojos grises tenían una expresión muy seria.

—Ni siquiera entonces —respondió Craven.

—¿Y es cierto que muchos delfines han resultado muertos en el curso de esta investigación?

Craven se sintió ligeramente irritado.

—Se produjeron algunos accidentes fatales, antes de que aprendiéramos a manejarlos —replicó secamente—. Ahora, vamos a intentar algo más difícil. Muéstrales el experimento de química, Pete.

Mientras el delfín se volvía de nuevo hacia el banco, Craven comentó:

—Esto es algo que Pete acaba de aprender. Estamos muy orgullosos de ello.

Sobre el banco había un estante con varios frascos tapados, un cubilete de cristal y una hilera de tubos de ensayo. Controlando los brazos articulados con sus aletas delanteras, el delfín los extendió, cogió un frasco y lo destapó. Un juego de pinzas metálicas sostuvo el frasco; el otro cogió un tubo de ensayo. Lentamente, Pete vertió el contenido del frasco en el tubo, llenándolo del todo y derramando un poco de líquido. El delfín se removió nerviosamente en su carretilla.

—Tranquilo, Pete —dijo Craven—. No te pongas nervioso. Todo marcha bien. Adelante.

El delfín soltó el frasco y vertió el contenido del tubo de ensayo en el cubilete. Las pinzas se extendieron hacia otro frasco, resbalaron y probaron de nuevo. Lo cogieron al segundo intento, pero fallaron al ir a coger el tubo de ensayo. Al rectificar, el delfín hizo entrechocar el frasco y el tubo, y este último se rompió.

El delfín hizo retroceder su carretilla y se acercó a Craven.

—Demasiado difícil, Charles —se lamentó—. Demasiado difícil.

Craven crispó los puños, decepcionado. El animal lo había hecho perfectamente en las tres últimas tentativas.

—No importa, Pete —dijo—. Lo has hecho muy bien. Ahora puedes marcharte a jugar.

—¿Terminado? —preguntó Pete.

—Sí. Hasta luego.

—Hasta luego.

El delfín hizo girar su carretilla y la condujo hasta el borde del canal. Los brazos articulados se contrajeron. La plataforma osciló ligeramente; el delfín se deslizó hasta el agua, casi sin un chapoteo. Unos segundos después el canal estaba vacío.

Mientras se dirigían hacia el hidroavión, Craven se encontró andando al lado de la muchacha de ojos grises.

—Bueno, ¿qué le ha parecido? —le preguntó.

—Lo he encontrado *patético* —dijo la muchacha. Sus ojos grises tenían una expresión indignada—. Hablaba usted de hacerles formar parte de la comunidad humana. ¡Es un error! Se trata de un delfín, no de un hombre. Se esforzó en llevar a cabo el experimento, pero a mí me produjo la misma impresión que me hubiera producido un niño tullido y mentalmente retrasado. ¡Me dio mucha *lástima*!

Horas después de que los visitantes se habían marchado, Craven se sentía aún roído por la inquietud. Recordaba lo que la muchacha había dicho; había en ello mucho de verdad. Craven echó una ojeada a los negros titulares del periódico de Miami del día anterior, y finalmente conectó la televisión.

«... las iniciales corresponden a “emisores de calor no-radioactivo” —estaba diciendo un hombre de cabellos grises, articulando claramente cada palabra—. Ahora, el problema estriba en saber cuáles serán las consecuencias para *nosotros* si esas armas...».

Su voz se interrumpió bruscamente y un letrero llenó la pantalla: NOTICIA ESPECIAL. Durante unos instantes no ocurrió nada. Craven encendió un cigarrillo y esperó pacientemente. Probablemente se trataba de algo más acerca de las interminables conversaciones de paz de Nueva Delhi.

Una voz dijo súbitamente:

«Interrumpimos este programa para comunicarles...».

Luego se interrumpió, y el letrero se desvaneció. En la pantalla no quedó nada, y del altavoz sólo surgía un leve zumbido.

Al cabo de unos instantes Craven aplastó su cigarrillo contra el cenicero y manipuló en el selector de canales. No había nada en ninguno de los canales, excepto en el 13: por un momento apareció en la pantalla una borrosa imagen gris, y luego se desvaneció.

Craven contempló fijamente el aparato, y de pronto se sintió asustado. Si el televisor tenía alguna avería, ¿por qué el canal 13...?

Descubrió que estaba temblando. Sin tratar de comprender lo que hacía, se despojó rápidamente de su camisa y sus pantalones. Una vez desnudo corrió hacia el armario y sacó la mascarilla, las aletas, los tanques de aire y el regulador.

El cielo estaba azul y vacío mientras Craven corría hacia el muelle: ni siquiera un avión a la vista. Craven se equipó rápidamente y se sumergió en el agua.

Cuando se hallaba a medio camino de la estación submarina, nadando a dos brazas de profundidad, Craven supo que no se había equivocado. Un súbito zumbido resonó por encima de él y, al levantar la mirada, vio descender una lluvia de chispas doradas, cada una de ellas en su furiosa nube de burbujas. Una llegó tan cerca que

casi notó su calor en su piel. Apartándose con rapidez, contempló sin dar crédito a sus ojos cómo caía hasta el fondo, diez brazas más abajo.

A su alrededor, las chispas doradas estaban desapareciendo en la arena, cada una de ellas marcada aún por un hirviente remolino de burbujas. El agua estaba ahora un poco más caliente.

Craven comprendió, desconcertado, que lo que no tenía que ocurrir había ocurrido: alguien había utilizado las armas que eran demasiado terribles para ser utilizadas.

La estación submarina se hallaba a dieciséis brazas de profundidad, la máxima que permitía la presión del agua sobre la cúpula. Se apoyaba en un fondo rocoso, y aunque varias de las chispas doradas habían caído a su alrededor, ninguna de ellas parecía haber alcanzado a la cúpula. Craven nadó hasta la compuerta, la abrió y penetró en la estación.

Dirigió una desesperada mirada al desierto lugar: las dos literas, los instrumentos de observación, las estanterías de suministros... El aire era opresivamente cálido y Craven se inclinó a mirar el termómetro, dispuesto a cortar el suministro de aire exterior y poner en marcha los tanques: pero la temperatura era normal.

Se oyó a sí mismo decir en voz alta: «¡Dios mío! ¿Qué voy a hacer?».

Recordó retazos de información de otras emisiones de TV. Aquellas infernales bolitas emitirían calor durante meses enteros. Y ésta debía de haber sido únicamente una dispersión accidental: en los centros poblados del interior habrían caído tan espesas como granizo. Y en todas partes donde habían caído, el suelo no tardaría en ser demasiado caliente para que pudiera vivirse sobre él. Únicamente el océano podía arrastrar tanto calor...

En la estación submarina había un compresor y un generador que funcionaba aprovechando el flujo y reflujo de las mareas, de modo que Craven podría recargar sus tanques indefinidamente. Pero, ¿qué comería, cuando se agotaran las provisiones almacenadas en la estación?

Pescado.

Craven se ajustó de nuevo la mascarilla y salió a través de la compuerta.

No parecía haber más bolitas en el fondo, y no caía ya ninguna. Reuniendo todo su valor, Craven nadó hasta la superficie. Levantando su mascarilla, miró hacia la isla.

Los laboratorios estaban envueltos en llamas. Detrás de ellos, la montaña era una masa de humo amarillento: toda la isla era una hoguera.

El cielo parecía estar vacío, pero Craven no pudo soportar su gigantesca mirada azul. Bajó su mascarilla y volvió a sumergirse.

En las claras profundidades azules, Craven oyó conversar a unos delfines, y una o dos veces vio sus grises formas deslizándose a lo lejos. Una manada de cipseluros azules surgió delante de él. Craven nadó hacia los peces.

En la estación había fusiles submarinos, pero Craven no había pensado en llevarse uno. Nadó hacia los peces, tratando de agarrarlos con las manos, pero se dispersaron fácilmente a su alrededor.

Tengo que aprender —pensó Craven—. *Este es ahora mi elemento, el mar... Tengo que adaptarme...*

Algo grande y gris nadó hacia él. Craven se envaró, pero luego se dio cuenta de que era Pete, que le observaba con amistosa curiosidad.

La manada de cipseluros había vuelto a reunirse no lejos de allí. Súbitamente, el delfín se apartó de Craven y salió disparado en dirección a la manada. Al cabo de unos instantes regresó, con un gran cipseluro azul entre sus mandíbulas.

—¿Has visto, Charles? —dijo amablemente—. Así es como se captura un pez...

Cultura

Jerry Shelton

Bloodson era gordo. Era también grande. Grande y gordo: física y financieramente. Su enorme cuerpo permaneció inmóvil detrás del inmenso escritorio negro mientras eran introducidos los dos hombres tambaleantes. Fríamente, Bloodson contempló a los hombres que, arrastrando los pies, iniciaban el largo viaje hacia él a través del deslumbrante suelo blanco. ¡Efectivo!

Los ojillos de Bloodson parpadearon súbitamente cuando una punzada en el estómago le envió el doloroso mensaje de que su estómago recién instalado estaba desarrollando ya las habituales úlceras. Su cuarto estómago. Esta vez no aceptaría más excusas del equipo de cirujanos. Castigaría su negligencia... en cuanto aquellos hombres fuesen eficazmente tratados, desde luego.

Los hombres se detuvieron cansadamente. No... cansadamente, no. Bloodson se puso en guardia. Aquellos hombres tenían algo más. Algo... anormal. Bloodson notó que una parte de su mente se sumergía con rapidez en los canales más profundos del pensamiento, buscando algo que sirviera de precedente. Los pelos de su nuca hormiguearon a medida que el proceso mental se revelaba infructuoso. De modo que *había* algo desacostumbradamente anormal allí. También él podía sentirlo. Sus psicomédicos —los muy estúpidos— no le habían prevenido contra aquella posibilidad. Bien, les demostraría que él *era* Bloodson.

Su cerebro se encogió. Análisis: los hombres se limitaban a estar allí, de pie. Sus desgarrados uniformes grises revelaban la violencia con que habían sido arrancados todos los emblemas. Los emblemas de las EMPRESAS EXPLORATORIAS BLOODSOX. Rostros: grises. Ojos: apagados... no: desenfocados. Respiración: lenta. Tensión: brazos y dedos flácidos. Varios shocks nerviosos... quizá. Las fosas nasales de Bloodson palpitaron. Sólo el más bajo de los dos hombres mostraba algo: una lenta contracción de su mejilla izquierda.

Bloodson echó una breve ojeada a las notas que tenía sobre su escritorio, inclinó su maciza mole hacia adelante y... su elegante sillón crujió. Aquel crujido resultaba terrorífico. En la increíble amplitud de aquella estancia de pulida belleza y eficacia, aquel crujido crispaba los nervios. ¡Efectivo!

Y en el momento adecuado pronunció las dos únicas palabras, «¿Por qué?» Suavemente.

El músculo de la mejilla izquierda del más bajo de los hombres de rostro grisáceo se paró un instante... y luego continuó contrayéndose. Lenta y rítmicamente. El silencio se hizo más profundo. La estancia permanecía inmóvil, a excepción del

músculo de la mejilla.

Bloodson enarcó las cejas. Movi6 la cabeza para mirar profundamente a los ojos desenfocados del m6s bajo. En seguida, su mente vibr6 bajo el impacto de algo que trajo un s6bito sudor a sus sobacos. Encerrado all6 —detr6s de aquellas dos ventanas visuales—, hab6a un cerebro helado en la torturada forma de algo demasiado horrible para que una mente humana pudiera soportarlo. Los fusibles de aquella mente se hab6an quemado bajo la terrible sobrecarga, dejando al indefenso cerebro aprisionado en una ca6tica confusi6n. Bloodson se estremeci6 y trat6 de superar su desconcierto mental. ¡Atacar!

Estall6. Una montaa de carne con una voz restallante como un l6tigo:

—¿Quieren darme a entender que han sido psicotizados? —Poderosas como el trueno, rodando y retumbando, sus amplificadas palabras aplastaron a los dos hombres, rebotando para ir a estrellarse contra las distantes paredes de la amplia estancia—. ¿Qu6 explicaci6n pueden ofrecer? Toda una expedici6n; millones de cr6ditos; a6os de trabajo... Todo perdido... excepto dos hombres obstinadamente silenciosos.

La voz de Bloodson baj6 de tono.

—¿Y las vidas de la expedici6n? ¿Cu6ntas? Si ustedes no quieren hablar —rugió la voz—, dispongo de medios para *hacerles* hablar. ¡Mataron ustedes a nueve de los hombres con sus propias manos! ¿Por qu6?

Los hombres permanecieron all6, de pie.

—¿Qu6 les sucedi6 a los otros hombres que ustedes no mataron?

Silencio.

—Les advierto —la voz de Bloodson era ominosa— que ten6a una neurograbadora Keybell en aquella nave. Puedo hacer que les psicoticen. Puedo hacer que mis psicom6dicos reconstruyan lo que ocurri6. Pero les advierto que la p6rdida de energ6a nerviosa que sufrir6n sus cuerpos les convertir6 en unos idiotas durante a6os enteros. ¿Hablar6n?

Silencio.

Los dientes de Bloodson produjeron un sonido audible. Rechinando.

—Psicot6cenles.

Inmediatamente, la luz de la estancia se hizo m6s difusa y unos hombres se acercaron, empujando una m6quina montada sobre ruedas. Pesada y maciza. Se hincharon unos sillones neum6ticos y los hombres de rostro gris6ceo fueron obligados a ocuparlos, mientras unos m6dicos embutidos en batas blanqu6simas desenrollaban apresuradamente unos finos alambres de la Keybell.

El m6sculo de la mejilla del m6s bajo se contrajo r6pidamente mientras las diminutas pinzas insertaban los alambres en los lugares adecuados. Su mand6bula se movi6. Arriba y abajo. Pero no brot6 ninguna palabra. Su compa6ero permaneci6 inm6vil, indiferente a lo que los m6dicos estaban haci6ndole.

Presi6n de un interruptor; un leve zumbido; y una nube de color lechoso

solidificado en el centro de la estancia. Vagas imágenes girando y parpadeando. Voces confusas... pensamientos desarticulados vibrando en la habitación.

—¿No pueden hacer algo mejor que eso? —gritó Bloodson—. ¿Para qué les pago a ustedes?

La bruma parpadeante se estabilizó y súbitamente se trocó en una realidad clara como el cristal. Tridimensional. El interior de una nave espacial... un grupo de hombres... y una voz juvenil sincronizada con un pensamiento de creciente preocupación...

«—... tiene que haber una explicación detrás de todo esto —Hardwick trató de ignorar la mordedura del hambre en su estómago y al mismo tiempo hacer que su voz sonara convincente—. Se trata simplemente de un factor omitido que debe ser encontrado—. La creciente preocupación le dominaba cada vez más: convertirse inesperadamente del Mando más joven en el Mando más antiguo, con el problema de una emergencia que no figuraba en los manuales, resultaba alarmante—. Ese factor omitido significa nuestra supervivencia o...

»Benton le interrumpió.

»—Si iba usted a decir nuestra supervivencia o todo lo contrario, yo lo cambiaría por “nuestra supervivencia o nuestra psicotización”. ¿Eh?

»Benton miró a su alrededor como si esperara una risa. Nadie rió. Todos los rostros estaban muy serios.

»Hardwick luchó por dominar sus nervios en tensión.

»—Déjeme terminar, Benton. Los grupos de exploración regresarán de un momento a otro. Si no han encontrado ningún rastro del capitán Houseworth ni de los demás, tendremos que considerarles... muertos. Y eso significará que asumiré el mando de un modo definitivo.

»Hardwick miró a cada uno de los hombres directamente a los ojos. Aquellos hombres estaban con los nervios a flor de piel. Su forzosa y prolongada dieta de concentrados había hecho estragos en sus sistemas nerviosos. Y el hecho de que supieran que Hardwick, actuando como Comandante, era tan novato en el más profundo espacio como ellos mismos, no contribuía precisamente a mejorar las cosas. Sabían también que debía llevarse a cabo una tentativa inmediata para obligar a salir a la superficie al invisible e insospechado *algo* que parecía crecer sobre este planeta enterrado en el espacio. Hardwick trató de localizar algún síntoma de resentimiento ante el hecho de que se daban cuenta de que sus vidas dependían de su capacidad para enjuiciar correctamente la situación... y para decidir lo que debía hacerse sin demora. ¡Ahora!

»Su mente abrió un leve resquicio a la esperanza. No pudo detectar ningún resentimiento declarado... todavía. El siguiente movimiento le correspondía a él.

»Hardwick respiró profundamente. Se volvió hacia el mecánico.

»—¿Qué pasa con los motores?

»—Todo sigue igual —respondió el mecánico, en tono de fastidio—. Estoy asqueado de tanto explicárselo a todo el mundo. Los motores funcionaron perfectamente hasta el tercer período de sueño después de nuestro aterrizaje. Luego se pararon. Eso es todo. Su estado es perfecto... pero no funcionan. ¿Comprende? — Su voz se hizo más estridente—. Los he desmontado pieza por pieza y he vuelto a montarlos media docena de veces. Todo está en perfectas condiciones, pero...

»—Pero no funcionan —terminó Benton, secamente—. ¿Y cuánto tiempo podremos resistir con las baterías de emergencia? Cuatro períodos más de sueño, como máximo. No tendremos que preocuparnos en comer concentrados. Esta es *mi* opinión. ¿Eh?

»Hardwick dirigió una prolongada mirada a Benton.

»—Si nuestros cultivos sin tierra no hubiesen desaparecido, no tendríamos que comer concentrados. Aquellos cultivos estaban a su cargo, y usted no ha ofrecido aún ninguna explicación satisfactoria.

»Benton se encogió de hombros.

»—Todavía no comprendo cómo esos indígenas estúpidos y desnudos pueden haber robado cuarenta toneladas de tanques de cultivos sin tierra. Demasiado grandes. Demasiado pesados. La compuerta estaba vigilada... ¿o no lo estaba? Yo no soy psíquico. Y los indígenas no parecen comer, de todos modos. No sabemos aún si comen, y, en caso afirmativo, dónde obtienen sus alimentos. No hay agricultura; no hay industrias... Lo único que parecen hacer es jugar. Los muy estúpidos...

»Resonaron unos pasos metálicos que se acercaban.

»—Aquí hay *algo* que no es tan estúpido. —Era el doctor Marshal, el médico—. ¿No ha regresado aún ningún otro grupo de exploración?

»Hardwick sacudió la cabeza.

»—¿No han localizado ustedes al capitán ni a los hombres? —inquirió a su vez.

»Una sombra nubló los ojos de Marshal.

»—No —respondió—. Y esto hace recaer sobre sus hombros la responsabilidad del mando, muchacho. Su especialidad es la organización, de modo que ahora tendrá ocasión de poner a prueba sus aptitudes. Le deseo mucha suerte —Marshal flexionó sus macizos hombros—. Hemos inspeccionado aquel templo negro del valle.

El sociólogo sentado en un rincón intervino con voz irritada:

—Recuerden que insistí en lo peligroso que resulta inmiscuirse en los aspectos religiosos de cualquier civilización, o tratar de establecer contacto con sus mujeres.

—¿Quién ha hablado de religión o de mujeres? —replicó Marshal—. ¿Qué sabemos acerca de su religión o de sus mujeres? ¿Dónde están sus mujeres, después de todo?

¿Cuándo se oyó hablar de una raza compuesta *únicamente* por varones cuyas edades oscilan entre los diez y los cincuenta años? ¿Dónde están los niños? ¿Dónde están los viejos?

«—¿O las mujeres? —gruñó Wassel, el experto en idiomas.

»—Un momento —intervino Hardwick en tono conciliador—. Aunque es cierto que somos la primera expedición que ha llegado a esta zona del espacio, no creo que los problemas sociológicos deban preocuparnos demasiado. Tuvimos la suerte de descubrir un planeta rico en depósitos de carbón. Hemos tratado de comerciar honestamente con los indígenas por sus hidrocarburos, tan valiosos para nuestros laboratorios. Nuestros transportes han llenado las bodegas de la nave. Y a pesar de que los nativos no parecen estar interesados en cobrarlos, dejaremos aquí su importe, de todos modos.

—Si podemos marcharnos —dijo Benton suavemente.

»El sociólogo disparó una negra mirada contra Benton.

»—Estamos discutiendo unas consideraciones sociológicas más importantes que una emergencia temporal.

»—¿Temporal? —inquirió Benton en tono sarcástico.

»El sociólogo le ignoró.

»—Admito que es una desviación de la norma el hecho de que una raza humanoide no parezca interesada en un comercio provechoso... ni en aceptar unos regalos. Esos nativos me han desconcertado más de lo que me atrevo a confesarme a mí mismo. Les he ofrecido desde baratijas y abalorios hasta comunicadores sub etéreos. Los han rechazado, no les interesan. Por lo tanto, al margen de lo que podemos dejar como pago, suponiendo que nos llevemos el carbón, *si* el pago no tiene ningún valor para ellos... estamos robando el carbón. Ese es mi punto de vista, y debo añadir que podría ser una pista hacia aquel factor omitido que usted mencionó.

»Benton resopló.

»—Yo apuesto a que los motores volverían a funcionar si dejáramos el carbón en el lugar donde lo recogieron los transportes. Podría tratarse de algo de tipo religioso. Entonces tal vez podríamos salir de este condenado agujero. Aunque no comprendo cómo diablos han podido averiar así nuestros motores. Y yo tengo hambre —miró a Wassel—. Si pudiéramos descubrir cómo o dónde comen... ¡Eh, Wassel! ¿Qué le parece? ¿Por qué no les pide *usted* una limosna?

»Con los labios apretados, Wassel replicó:

»—Soy un experto en analizar, comprender y hablar cualquier idioma... disponiendo de tiempo. Cualquier idioma...

»—Menos éste —dijo Benton.

»—Benton —estalló Wassel, poniéndose en pie de un salto—, si no deja usted de interrumpir a la gente...

»—Tranquilo —se mofó Benton—. No pasa nada. Dentro de diez períodos habrá aprendido usted cincuenta y tres palabras y siete gestos.

»—Ha hecho todo lo que ha podido —intervino Hardwick bruscamente. Luego se dirigió al doctor Marshal—: ¿Qué me dice de ese templo?

»—Nos proporcionó un susto de muerte —dijo Wassel.

»Marshal se apresuró a decir:

»—No fue un susto, exactamente. Fue algo...

»Meditó unos instantes como si buscara la palabra apropiada.

»—Fue algo a lo que no podíamos dar crédito —añadió Wassel.

»Hardwick notó un lento escalofrío a lo largo de su espina dorsal.

»—¡Lo que nos faltaba! —estalló el mecánico—. Más cosas a las que no podemos dar crédito. Nuestro comandante se volatiza en el interior de una sala de control cerrada. Salen unos hombres a dar un paseo y no regresan. No conocemos su lenguaje... no conocemos su religión... los cultivos sin tierra han desaparecido... y mis motores están en perfectas condiciones pero no funcionan.

»—¿Qué le pasa ahora? —gritó Benton—. Se pasa la vida tranquilamente sentado, dentro de la nave, mientras nosotros andamos por ahí, expuestos a mil peligros desconocidos, y aún se queja. Yo digo que devolvamos el carbón...

»Hardwick experimentó una extraña sensación de despegue mientras las palabras hirientes y las acusaciones restallaban a su alrededor. Que discutieran. Que hablaran. En alguna parte, sus mentes estimuladas por la rabia iban a encontrar el hilo que todos ellos habían omitido. Los nervios estaban alcanzando el punto de ruptura. No podían hacerse reproches a los hombres. El buscar algo contra lo cual luchar y no encontrarlo podía destrozar los sistemas nerviosos mejor templados. Especialmente cuando los estómagos no podían llenarse de algo sólido.

»Había que hacer algo. Hardwick era ahora el Comandante de la nave... y los hombres esperaban de él que organizara las cosas. Se sintió muy joven y turbado mientras dejaba que su mente volviera a concentrarse en los ruidos que resonaban a su alrededor.

»Marshal estaba hablando:

»—... cuando llegamos a la puerta del templo negro del valle revisamos las cargas de nuestras pistolas desintegradoras. Los nativos junto a los cuales habíamos pasado nos ignoraron prácticamente, como de costumbre.

»—Hasta aquel momento —intervino Wassel—, ninguno de nosotros se había aventurado en el interior de un templo —señaló al sociólogo con la cabeza—, de acuerdo con sus ideas. No habíamos encontrado ningún rastro del Comandante, y el doctor estaba devorado por la curiosidad después de ver a un nativo con un brazo herido entrar en aquel templo y salir unos instantes después... completamente curado. La curiosidad estaba más que justificada, ¿eh, doctor?

»Marshal gruñó algo ininteligible.

»—Además —continuó Wassel—, aunque limitado por el pequeño vocabulario que he logrado recoger, yo había pasado todo el anterior período interrogando a un nativo cuya atención tuve la suerte de retener. La cosa resultó difícil, ya que su lenguaje está sincronizado con gestos.

»—Esperen a oír lo que viene ahora —dijo Marshal—. Se quedarán de piedra.

»—Bueno... traté de descubrir lo que quería darse a entender con este signo —Wassel gesticuló—, acompañado del sonido largo de doble vocal. Hizo una pausa,

para acentuar el efecto de lo que iba a decir—. ¡Significa “Voy al Cielo”!

»—¿Qué?

»La pregunta brotó de varias gargantas al mismo tiempo.

»—Sí. Por lo que pude entender, esos nativos se limitan a vivir hasta que les llega el momento de ir a un lugar que para nosotros equivaldría a “cielo” —Wassel miró a su alrededor nerviosamente—. *¡Pero ellos también regresan!* Evidentemente, lo hacen con bastante frecuencia. Ir al cielo y regresar para esperar con impaciencia la próxima vez. Cuando apremié al nativo para que me explicara cómo tenía lugar el proceso y por qué, se encogió de hombros como diciendo: *Tendrá que ir allí y comprobarlo por sí mismo.*

»Se produjo un silencio mortal. Wassel miró a su alrededor.

»Hardwick pudo captar de un modo casi físico cómo los hombres —sus mentes llenas ya a rebosar de contradicciones— trataban de digerir aquella asombrosa información... y la rechazaban. Sus nervios, entretanto, se habían tensado un poco más.

»Hardwick preguntó tranquilamente:

»—¿Qué ocurrió dentro del templo, doctor?

»Wassel enrojeció.

»—Comprendo... —murmuró—. Cree usted que no interpreté correctamente...

»—Olvídelo —le interrumpió Marshal—. Lo que voy a decirles yo no mejorará las cosas, precisamente. Seré breve. En el interior del templo había un montón de artilugios que no pudimos entender. De modo que los pasaré por alto. Esperamos. No tardaron en presentarse dos nativos que transportaban a un tercero, horriblemente mutilado. Bueno... abrieron una puerta roja y le metieron dentro. Luego, los dos hombres volvieron a salir y esperaron, después de cerrar la puerta. —El doctor Marshal cerró los ojos—. Ignoro lo que sucedió detrás de aquella puerta roja, pero unos momentos después aquel nativo salió por su propio pie, completamente curado.

»Una pausa.

»—¿Eso es todo? —susurró el mecánico con voz ronca.

»—Eso es todo —dijo Wassel bruscamente.

»El silencio sólo se veía turbado por el siseo del sistema de emergencia de renovación del aire.

»Benton lo rompió sarcásticamente:

»—Supongo que no trataron ustedes de ver lo que había detrás de la puerta...

»Hardwick se encaró con él.

»—¿Lo haría usted, Benton?

»Benton enrojeció.

»—Yo... desde luego... Yo...

»—De acuerdo —Hardwick notó que sus obligaciones de comandante le conferían fuerza—. Póngase su traje especial. Eso es lo que usted y yo vamos a hacer.

»Las posteriores órdenes de Hardwick quedaron interrumpidas cuando Miller regresó de su viaje de exploración. Estaba solo. Cruzó la compuerta como un muerto. Pálido. Sin pronunciar una sola palabra pasó por delante del asombrado grupo y continuó su camino en dirección a su camarote.

»—¡Miller! —le llamó Hardwick. Y al ver que Miller no se detenía se volvió hacia Benton—: Vaya a buscarle.

»Benton trajo a Miller, el cual se sentó como un autómatas.

»Hardwick notó un extraño hormigueo en su espinazo.

»—¿Dónde están Thompkins y McKesson?

»Miller empezó a sacudir la cabeza de un lado a otro. Lentamente. Pero de sus labios no salió ninguna palabra. De pronto empezó a sollozar. Sus ojos estaban secos. El doctor Marshal abofeteó sus mejillas sin contemplaciones, pero Miller continuó sollozando.

»Hardwick luchó por serenar su voz mientras decía:

»—Miller es uno de nuestros mejores hombres. ¿Qué puede haberle puesto así?

»Marshal frunció el ceño y empezó a interrogar a Miller con voz apaciguadora, hasta que brotaron las palabras, entrecortadas:

»—Fuera... Thompkins... casi aquí... y entonces...

»Miller se estremeció. La voz se interrumpió.

»—Rápido —ordenó Hardwick—. Vean si Thompkins está fuera. Búsquenle.

»Cuando entraron lo que quedaba de Thompkins, Hardwick apretó los puños hasta que las uñas se clavaron profundamente en las palmas de sus manos. Vio a la impresionada tripulación apartar la mirada, tratando desesperadamente de dominar su náusea. Benton murmuró:

»—Sáquenlo de aquí...

»Hardwick tuvo que obligarse a sí mismo a mirar los restos depositados sobre el puente. El cadáver ofrecía un aspecto repugnante.

»Algo estalló dentro del cerebro de Hardwick.

»—¡Basta! —rugió—. ¡Ya hemos aguantado bastante! Preparen sus equipos de combate: vamos a arreglar esto, o volaremos todos esos malditos templos. Marshal: usted y Wassel arránquenle a Miller lo que ha ocurrido, exactamente. Que les diga qué ha sido de McKesson. Dróguenle, si es preciso, pero que lo cuente todo. Y grábenlo. Quiero oírlo antes de que salgamos de aquí. Ahora, ¡muévanse!

»Aquella explosión verbal resultó muy beneficiosa. Los hombres se movieron rápidamente, cada uno en la tarea para la que había sido adiestrado. Esto era algo que podían comprender: acción, por fin, después de una interminable espera. Las órdenes de Hardwick rodaron a través de los altavoces. La nave vibró de voces excitadas, de pasos precipitados, de entrechocar de armas...

»Cuando resonó la sirena, los hombres se precipitaron hacia la compuerta.

»Hardwick los contó:

»—... doce, trece. Una docena de fraile. De acuerdo. Hemos estado tratando de manejar esto de modo civilizado, según las reglas que un burócrata redactó sentado ante un escritorio. Por seguir las reglas hemos perdido cuatro hombres. Son demasiados hombres. Ahora trataremos de manejarlo a nuestro modo. Marshal, ponga la grabación que obtuvo de Miller.

»Los hombres permanecieron silenciosos y atentos mientras la entrecortada voz de Miller, excitada por la droga, llenaba la estancia:

»Tres de nosotros... subimos al gran templo... en lo alto de la colina... negro... cinco millas cuadradas... sí... la abertura... McKesson se decidió a entrar. —Una larga pausa—. Se hundió en la oscuridad... y su linterna y su transmisor se apagaron... —Una pausa—. Esperamos largo rato... decidimos que lo mejor sería regresar a la nave... casi llegábamos cuando un viento y un sonido susurrante... algo descendió... pude ver a Thompkins luchar y algo... le retorció hasta... hasta... —Una larga pausa mientras la voz del doctor Marshal decía: “Podríamos darle otra dosis”. Luego, Miller—: Debí desmayarme porque cuando recobré el sentido vi... vi...

»Empezaron de nuevo los sollozos.

»Hardwick pulsó el botón de paro de la grabadora.

»—Bien. Empezaremos por echarle una ojeada a ese templo. Lleven dos desintegradores semiportátiles con la correspondiente munición.

»Los hombres iniciaron la marcha en formación cerrada, con un desintegrador semiportátil en vanguardia y otro a retaguardia. Sin ellos, el grupo podía haber llegado al templo con la ayuda de sus repulsores en un tiempo diez veces menor. Pero el andar resultó beneficioso para sus músculos faltos de ejercicio debido a su larga permanencia en la nave. Los desnudos nativos con los que se cruzaron apenas les dedicaron una breve mirada. El sol del atardecer arrancaba opacos destellos de sus formidables armaduras de combate mientras ascendían la colina hacia el negro templo cuadrado. Mucho más abajo, su nave fue encogiéndose hasta semejar una diminuta flecha dorada.

»Hardwick se detuvo delante de la abertura. El edificio —si es que era un edificio— era una sólida masa negra sin aparentes aberturas ni manchas. Se erguía, cuadrado y macizo, a cinco millas de altura. No trataron de averiguar de qué sustancia estaban compuestas sus paredes, ni porqué, ni cómo, ni cuándo había sido construido semejante edificio. La entrada sólo resultaba visible porque era más negra que las paredes. Parecía tener varios centenares de yardas de anchura y alrededor de media milla de altura. Hardwick no podía estar seguro. ¿Qué motivo podía haber tenido una raza de nativos desnudos para una cosa semejante?

»Mientras los hombres le observaban, Hardwick se acercó a la abertura e introdujo cuidadosamente el extremo superior de su hacha de combate en la oscuridad. Desapareció, simplemente. Hardwick no notó nada. Retiró el arma y la examinó escrupulosamente. Perfecta. Procurando mantenerse apartado del negro velo

—parecía un velo— introdujo de nuevo el hacha a través de él y la fue bajando hasta que tocó algo sólido en lo que debía ser el nivel del suelo. Se incorporó y retrocedió. Al volverse, notó que el sol poniente se estaba retirando ante las alargadas sombras que se tragaban lentamente la nave y el valle, debajo de ellos. Un escalofrío recorrió su espina dorsal. ¿Los Poderes de las Tinieblas? Los hombres estaban esperando.

»—¡Hardwick! —estalló de pronto una voz, llena de alarma.

»Los hombres estaban corriendo hacia él y señalando a algo detrás de su espalda.

»Giró en redondo, con las dos manos crispadas sobre el mango de su pesada hacha de combate. Alguien estaba saliendo a través del velo. Era un nativo. Bronceado y completamente desnudo. El nativo avanzó hacia ellos, murmurando palabras y haciendo gestos. Hardwick experimentó la sensación de que había conocido a aquel nativo en alguna parte.

»El nativo se aproximó a Benton y dijo, en un terrestre perfecto:

»—Bueno... No creí causaros tanta sorpresa. Vamos...

»Marshal se había quedado boquiabierto.

»—Habla terrestre —dijo—. Parece un...

»...¡Cogedle! —ordenó Hardwick, mientras el nativo cogía del brazo al desconcertado Benton y le arrastraba hacia la negra abertura.

»Uno de los hombres empuñó su desintegrador, y los ojos del nativo se abrieron desmesuradamente, alarmados:

»—¡No! —gritó—. ¡No comprendéis! No...

»El proyectil le alcanzó en el hombro y le hizo dar media vuelta sobre sí mismo, mientras se agarraba desesperadamente a Benton, que parecía deslumbrado por la proximidad del fogonazo.

»Saltando hacia adelante, Hardwick vio que el nativo, con un último gesto agónico, empujaba al pasivo Benton a través de la abertura.

»Hardwick y Marshal se precipitaron sobre el nativo, apartándole del velo.

»—¡Hablas terrestre! —gritó Hardwick—. Y vas a decirnos los que pasa aquí...

»—Se parece a Benton —le interrumpió Marshal.

»El nativo murmuró:

»—Soy Benton.

»La voz se apagó y los párpados aletearon.

»Hardwick profirió una exclamación de asombro. Era *cierto*: aquel hombre era Benton. Un Benton distinto. Con la piel bronceada de pies a cabeza. Un poco más viejo, quizá. Con los pies descalzos encallecidos.

»El bronceado Benton se humedeció los resecos labios y trató de reunir fuerzas.

»—¿Recuerda lo que dijo Wassel? ¿Que uno tenía que ir al Cielo por sí mismo? —Su voz se hizo más ronca y sus ojos se nublaron—. Yo he estado en el Cielo: montones de mujeres. Hermosas mujeres y montones de niños: *mis* niños. Iba a explicárselo... pero ustedes ...—Un prolongado estremecimiento empezó a recorrer su cuerpo—. No vaya... ellos...

»Benton estaba muerto.

»Hardwick se sobresaltó al ver que el doctor Marshal se erguía súbitamente. Su rostro se había quedado sin sangre.

»—Vamos a regresar a la nave —ordenó.

»—No —replicó Hardwick en tono firme—. Yo voy a entrar ahí para ver...

»—No serviría de nada —dijo Marshal—. Tengo que regresar a la nave. Entonces lo sabré a ciencia cierta. —Puso en marcha sus repulsores—. Me marchó ahora mismo. ¿Viene, Wassel?

»La mente de Hardwick era un torbellino. ¿Aquello resultaba increíble! ¿Había asumido el mando... o no lo había asumido? ¿Era posible que Marshal chaqueteara? La rabia ardió dentro de él.

»—Voy a entrar ahí.

»—Si es su deseo... —dijo Marshal en tono indiferente—. Pero no servirá de nada. Yo lo sabré a ciencia cierta cuando llegue a la nave.

»Pulsó los mandos de sus repulsores y se remontó, perdiéndose en la oscuridad.

»Wassel miró a Hardwick.

»—¿Debo ir con él? ¿Cree que me necesita?

»—Necesita cualquier cosa. No se preocupe, nosotros podemos manejar esto —respondió Hardwick.

»Ni siquiera levantó la mirada cuando oyó que los repulsores de Wassel zumbaban, mientras el experto en idiomas emprendía el vuelo hacia la nave.

»Hardwick pasó a la acción inmediatamente, como único medio de dominar sus emociones.

»—Taylor: engánchese al cable de mi cintura; detrás de usted se enganchará Gregor, y así sucesivamente a lo largo de la línea. Yo entraré hasta donde alcance la longitud del cable. Si mi transmisor se apaga, no entren a no ser que dé tres tirones. Si doy un solo tirón, sáquenme rápidamente. Si quieren ustedes que salga, den dos tirones y luego sáquenme de todos modos. ¿De acuerdo?

»Los hombres se movieron silenciosamente. Sus linternas encendidas y sus brillantes armaduras de combate les conferían una apariencia de gnomos. Hardwick se amonestó a sí mismo: debía controlar mejor sus nervios, o empezaría a imaginar cosas. Se echó a reír, con una risa que sonó como un gruñido. ¿Acaso necesitaba imaginar cosas? ¿No habían sucedido ya suficientes?

»Lentamente, prudentemente, se acercó a la cortina negra. Introdujo su hacha de combate a través de ella. Nada. Luego su brazo. Ninguna sensación. Luego, despacio, adelantó el pie derecho. La oscuridad parecía sólida. Ya estaba casi dentro... casi.

»Inmediatamente, negrura. Hardwick se estremeció, pero inició un lento avance, pulgada a pulgada. Su transmisor estaba muerto. No debía perderse. La idea le hizo girar en dirección a la abertura, detrás de él. No vio nada. Le invadió el pánico, y estaba a punto de tirar del cable cuando sin previo aviso tiraron de él violentamente.

Se sintió arrastrado a través del espacio para aplastarse sobre una dura superficie.

»Hardwick abrió los ojos. ¡Estaba en el exterior! Caído en el suelo. Todo era un caos. Pudo ver a los hombres disparando rápidamente en todas direcciones. Disparando contra algo que él no podía distinguir. Algo estaba ocurriendo. Algo que Hardwick no comprendía. Incorporándose, echó a correr hacia el lugar donde uno de los desintegradores estaba escupiendo fogonazos al oscuro cielo, y tropezó con un cuerpo. A la claridad de los relámpagos del desintegrador vio que era el cadáver aplastado y mutilado de Taylor. El recio cable había sido arrancado del cinto como si fuera un hilo. A unos pies de distancia vio otro cadáver aplastado contra el duro suelo como por el golpe de una gigantesca maza.

»Por encima de su cabeza giraban y revoloteaban cosas. La mirada de Hardwick no pudo captar ninguna imagen definida. Los hombres se habían reunido, formando un apretado círculo —espalda contra espalda—, disparando de un modo aparentemente inútil.

»Hardwick dio la orden de regresar a la nave, dejó caer su cable y puso en marcha su repulsor. Esperó hasta que el último hombre se hubo marchado y entonces se remontó rápidamente y emprendió el vuelo hacia la nave. Con todos los músculos en tensión, los ojos muy abiertos, esperaba que le sucedería algo. Silbó el viento. Unas cosas vagas le rozaron... o lo imaginó, simplemente. Le dolía la rodilla.

La nave aumentó de tamaño a medida que Hardwick descendía. Vio unas diminutas figuras que cruzaban la compuerta. La iluminada abertura bostezó... y se lo tragó. ¡Estaba dentro!

«—Siéntese, Hardwick.

»La voz era ominosa. Ominosa como la muerte.

»Hardwick se volvió.

»El doctor Marshal estaba delante de él, empuñando un desintegrador.

»Asombrado, Hardwick permaneció inmóvil.

«—Siéntese. No creo que nos molesten ahora que hemos regresado aquí para portarnos como buenos chicos —Marshal hizo oscilar el desintegrador—. Perdone por esto, pero primero he de saber cómo reaccionan ustedes ante lo que tengo que decir. No es agradable.

»Hardwick apenas oyó aquellas palabras. Había notado un leve y familiar latido bajo sus pies. Lo cual significaba que los motores volvían a funcionar. Que podían ponerse de nuevo en movimiento.

«—Los motores... Vamos a marcharnos...

«—No vamos a ir a ninguna parte —le interrumpió Marshal bruscamente.

»Transcurrieron varios segundos antes de que el cerebro de Hardwick aceptara el increíble conocimiento que sus oídos le aportaban.

«—¿No... vamos a ir... a ninguna parte? —se oyó repetir a sí mismo antes de reaccionar—. ¡Desármene! Vamos a salir de aquí.

»Nadie se movió. Todos los ojos estaban clavados en el desintegrador que Marshal empuñaba con firmeza.

»Por primera vez, Hardwick se dio cuenta de que Wassel estaba de pie, ligeramente detrás y a la derecha de Marshal. Sus ojos tenían una expresión que hizo parpadear a Hardwick. Miró al doctor Marshal y también allí vio un aire de irremediable y absoluta derrota.

»Hardwick se sentó.

»—Eso está mejor —dijo Marshal, en tono casi amable—. Lo siento, Hardwick. Lo siento por todo el mundo. Incluso lo siento por mí. —Hizo una breve pausa, como si tratara de formar una frase. Finalmente, pareció haberlo conseguido—: Si somos los hombres que yo creo que somos... todos somos hombres muertos.

»Los nervios de Hardwick se tensaron. Tenía que manejar esta situación psicológicamente. El doctor Marshal, su viejo amigo, había perdido la razón. Trató de relajarse y de hablar con voz tranquila.

»—Bueno, doctor —dijo—, suelte ese desintegrador y empecemos por el principio.

»Marshal sonrió sin alegría.

»—No hay principio ahora: esto es el final. —Empuñó con más fuerza el arma—. De modo que no insista para que suelte el arma. Esto es el final para todos nosotros. He hablado con Wassel, le he dicho lo que he analizado y él está de acuerdo. ¿No es cierto, Wassel?

»La expresión del rostro de Wassel y su modo de inclinar la cabeza, asintiendo desesperadamente, inspiraron a Hardwick la primera duda sería. Los ojos de Wassel contenían un mensaje. Un terrible mensaje. ¿Qué habían descubierto para sentirse tan indefensos, dos hombres como ellos? ¿Qué habían decidido?

»Hardwick trató de dominar sus nervios. Tenía que dejar hablar a Marshal... y aprovechar el primer descuido para apoderarse de aquel desintegrador. Pero debía actuar con mucha rapidez, ya que el doctor era un experto con un arma de aquella clase.

»Marshal continuó:

»—Hardwick, durante su breve actuación como comandante, hizo usted todo lo que pudo. Estoy seguro de que los hombres opinan lo mismo. Se encontraba usted bajo los efectos de una enorme tensión. Nadie podría exigirle más a un hombre.

»El corazón de Hardwick dio un vuelco. ¿Por qué hablaba Marshal en pasado? *¡Como si su mando hubiera terminado!*

»—Explíquese mejor —estalló—. ¡Esto es sedición!

»El doctor Marshal sacudió la cabeza.

»—Es mucho más que simple sedición. Pero yo me hago responsable de todo. Y mi principal responsabilidad es la de conseguir que todos ustedes se suiciden... o matarles a todos, uno a uno.

»Hardwick pudo oír a su propia mente repitiendo aquel asombroso mensaje

palabra por palabra, una y otra vez, como una cinta de magnetófono. No tenía sentido. Los motores volvían a funcionar...

»En aquel momento, Wassel estalló:

»—¿No se da cuenta? ¡Los conejos! ¡Igual que los conejos del laboratorio del doctor!

»La cansada voz del doctor Marshal dijo:

»—Igual que mis conejos. —Hizo una pausa, como si hubiera levantado mentalmente un gran peso. Luego—: Hardwick, tengo mi laboratorio lleno de animales. Los tengo allí con fines experimentales: toxinas, cultivos, vitaminas... Los humanos criamos seres para nuestros objetivos egoístas. Los conejos machos están separados de las hembras. Los conejos no saben quién construye sus jaulas. Ni por qué. No saben cómo aparece mágicamente la comida, ni de dónde procede. No saben cómo son curados. Para ellos, el tiempo es distinto de lo que es el tiempo para nosotros. No saben cómo un conejo es transportado milagrosamente de una jaula a otra. Para un macho, el cielo de los conejos es una jaula llena de...

»—¡BASTA! —Hardwick quedó asombrado al darse cuenta de que había sido su propia voz la que gritó aquella orden—. ¿Todos esos humanoides que hay por ahí no son más que...? —No pudo terminar—. Entonces, ¿por qué no nos marchamos de aquí?

»—No olvide lo que dije al principio —replicó Marshal—. *Si somos los hombres que yo creo que somos... todos somos hombres muertos.* La raza humana —nuestra civilización— no podría aceptar nunca el conocimiento que nosotros tenemos ahora. Piense lo que sería para nuestra civilización saber que no era más que una raza de... conejos salvajes que no había sido descubierta. Los humanos no podrían enfrentarse nunca con el hecho de que existía una raza tan superior a ellos como para que no fueran más que animales utilizados en experimentos.

»Wassel intervino:

»—Después de todo, la idea no es tan descabellada. Unas formas de vida más elevadas podrían necesitar unas formas de vida superiores a los conejos para utilizarlas en experimentos destinados a protegerles contra algo mortal para ellos.

»El doctor Marshal dijo:

»—Si usted criara conejos blancos y de repente descubriera que algunos conejos negros se han introducido en las jaulas, ¿qué es lo que haría? —No esperó una respuesta—. En primer lugar se aseguraría de que no pudieran escapar. Luego sacaría unos cuantos ejemplares y los examinaría; los abriría en canal, analizaría su anatomía... ¿Y qué haría usted después?

»—Tratar de asustarles para que regresaran al lugar del cual procedían —dijo Hardwick.

»—Exactamente —dijo Marshal—. Cuando regresamos a la nave, supe que era eso lo que se esperaba de nosotros.

»—Los motores funcionan de nuevo —dijo Wassel.

»Marshal continuó:

»—Sea lo que sea lo que hay ahí afuera, descubrió lo que quería saber. Ahora quiere que regresemos al lugar del cual procedemos. O tal vez apoderarse del resto del grupo. No podemos saberlo. Y no tenemos ninguna posibilidad de explicarnos ni de suplicar. Es posible que para su modo de razonar ni siquiera seamos seres pensantes. Nosotros, nuestra civilización, esta nave, somos una especie de juguetes. Pero lo que eso —sea lo que sea— no sabe es que el hombre está dispuesto a sacrificarlo todo, incluso la vida, para salvar la raza. Era inevitable que nuestra expansión acabara por conducirnos demasiado lejos. Que nos precipitara contra algo tan superior a nuestro propio desarrollo que no pudiera ser manejado con los medios normales. Ya hemos llegado a ese punto. Pero creo que podremos manejarlo.

»El mecánico empezó a suplicar y a maldecir.

»—¡Salgamos de aquí!

»Los otros hombres se contagiaron. Hardwick captó el creciente deseo colectivo de huir de algo que resultaba incomprensible. Si Marshal estaba en lo cierto, estaban condenados a muerte. Tenían que morir para evitar que fuera descubierta su lejana civilización.

»El mecánico rugió:

»—¿Por qué hemos de suicidarnos? ¡Yo no voy a hacerlo, y usted no va a matarme!

»El rostro de Marshal se convirtió en una máscara de dolor mientras miraba al mecánico.

»—Si esa cosa ve que no nos marchamos o cree que estamos tratando de burlarla, ¿quién sabe lo que puede hacer? ¿Quién sabe lo que puede extraer de nuestros cerebros, suponiendo que no lo haya hecho ya? —Alzó ligeramente el desintegrador—. Lo siento, créame.

»Y disparó.

»En aquel instante, Hardwick saltó hacia adelante para apoderarse del desintegrador... y en aquella misma fracción de segundo, mientras su cuerpo se desplazaba, supo que era demasiado tarde.

»Vio como en un sueño los ojos de Marshal y la llameante boca del desintegrador. El tiempo pareció detenerse.

»El impacto le cogió de lleno. Oyó vagamente que Marshal decía:

»—¿Cómo prefieren morir ustedes? Tienen que morir, de todos modos...

»Luego debió desmayarse, y cuando recobró el sentido todo estaba silencioso, salvo Marshal que decía:

»—... lo siento por Hardwick. Pero no había otra solución.

»Hardwick luchó contra la debilidad. Marshal tenía que saberlo. Su garganta consiguió susurrar:

»—Ha hecho usted lo que debía, doctor... Lo que debía...

»Y luego Hardwick notó que la oscuridad invadía su mente, y supo que el doctor

Marshal estaba en lo cierto. Y la oscuridad se hizo más intensa. Y los pensamientos y la conciencia de que había sido Hardwick se apagaron definitivamente.

»Marshal contempló el cuerpo sin vida de Hardwick; Luego miró a Wassel.

»—Ahora quedamos usted y yo...

»Las figuras de los dos hombres oscilaron súbitamente, y las paredes de la nave espacial ondularon mientras una espesa blancura lechosa giraba en torno y...».

Los asustados ojos de Bloodson contemplaron fijamente las ahora borrosas imágenes tridimensionales, y luego se volvieron hacia los dos hombres silenciosos, de rostros grisáceos, sentados en los sillones neumáticos.

—¡Marshal! —rugió—. ¡Y usted, Wassel! ¡Estúpidos! ¿Cómo se les ocurrió regresar con la nave, y...?

«¡BASTA! —se abrió paso el pensamiento alienígena—. SE SUGIERE DEJAR EN PAZ A SERES EXPERIMENTALES. NO SIRVEN PARA NUESTROS PROPÓSITOS. INICIATIVA INDIVIDUAL E INSTINTO DE CONSERVACIÓN RACIAL DEMASIADO DESARROLLADOS. PROHIBIDA RETENCIÓN DEL CONOCIMIENTO DE NUESTRA EXISTENCIA. SE SUGIERE DESINFECCIÓN DEL ÁREA LOCAL».

Aterrorizado, Bloodson vio que una de las figuras se derrumbaba como un balón deshinchado, en tanto que la otra figura se levantaba del sillón neumático empuñando un instrumento de extraño aspecto.

—¡No! —gritó Bloodson—. ¡No!

Y luego se hundió en su espléndido sillón, esperando no sabía qué.

EVOLUCIÓN INACABADA

Una de las cosas acerca de la evolución que con más frecuencia se pasa por alto es el hecho de que todavía está en marcha. La evidencia nos rodea por todas partes. Otros animales deben adaptarse a nosotros o morir. Los humanos acabaron con la paloma silvestre, casi eliminaron al bisonte americano y están obteniendo mejores resultados en la liquidación de la grulla. Menos espectaculares que la destrucción son los cambios graduales, tales como los de las mariposas blancas que actualmente encuentran más fácil sobrevivir en las zonas rurales de la industrializada Inglaterra con las alas teñidas de gris. Si aceptamos el hecho de que el género humano evolucionó de unos antepasados de aspecto más bien brutal, tenemos que aceptar el hecho de que la evolución todavía está en marcha y nosotros continuamos evolucionando... ¿hacia qué? H. G. Wells se respondió a sí mismo esta pregunta en 1893 y, tratándose de Wells, la contestó en «*El hombre del año un millón*». Aunque escrito como un relato de ficción, Wells sabía el terreno que pisaba cuando lo subtítulo «*Un pronóstico científico*». Al mismo tiempo conocía lo suficiente a sus conciudadanos del siglo XX como para no firmarlo.

Wells estaba en lo cierto. Su visión de nuestros probables descendientes fue muy mal acogida, y un anónimo poeta de Grub Street se permitió comentarla con un satírico poema que apareció en el semanario *Punch* con el título de «1.000.000 d. de J.».

En nuestra época somos más tolerantes, y Morton Klass —un antropólogo— no ha tenido inconveniente en dar su nombre a «*En el principio*». Klass analiza la posibilidad de que pudiéramos intervenir en nuestra propia evolución mediante el uso de la ingeniería biotécnica, y cuál podría ser el resultado.

Carleton S. Coon va más adelante, todavía. En «*El Futuro de las razas del hombre*» examina las excitantes y reales posibilidades de modelar nuestra evolución, y al hacerlo suministra temas para una docena de relatos de ciencia-ficción.

El hombre del año un millón, 1.000.000 (d. de J.)

Herbert G. Wells

No cabe duda de que la literatura está muy bien, a su manera, aunque para el hombre contemplativo resultan mucho más fascinantes los libros que no han sido escritos. A estos últimos no hay que molestarse en sostenerlos; no hay páginas que volver. Pueden leerse en la cama las noches de insomnio sin una vela. Centrando la cuestión en otro tópico, el hombre primitivo, en las obras de los antropólogos descriptivos es ciertamente un personaje muy curioso y divertido; pero el hombre del futuro, si dispusiéramos de los hechos, nos atraería muchísimo más. Pero, ¿dónde están los libros? Tal como Ruskin ha dicho en alguna parte, hablando de Darwin, lo que debería interesarnos no es lo que el hombre ha sido, sino lo que será.

El hombre contemplativo, sentado en su cómoda butaca, meditando en esta última afirmación, ve súbitamente en el fuego, a través del humo azul de su pipa, uno de esos grandes volúmenes sin escribir. Es de gran tamaño, y debajo del nombre del autor —un tal Profesor Holzkopf, al parecer Catedrático de la Universidad de Weissnichtwo—, figura el título: «Las Características Necesarias del Hombre del Remoto Futuro Deducidas de la Corriente de Tendencias Existentes». El erudito Profesor es rigurosamente científico en su método, y cauteloso en sus deducciones, descubre el hombre contemplativo a medida que le sigue en su tesis, y sin embargo las conclusiones son notables. Es lo menos que puede decirse de ellas. Debemos imaginar al excelente Profesor exponiendo la materia con toda amplitud, voluminosamente técnico, pero el hombre contemplativo —dado que tiene acceso al único ejemplar— goza de absoluta libertad para extractarla a su gusto en beneficio del lector poco versado en cuestiones científicas. Aquí, por ejemplo, hay algo de factible lucidez que él considera digno de ser citado.

»La teoría de la evolución —escribe el Profesor— es aceptada ahora universalmente por zoólogos y botánicos, y se aplica sin reservas al hombre. Algunos discuten que sea válida para su alma, pero todos están de acuerdo en que tiene validez para su cuerpo. El hombre, se nos asegura, desciende de unos antepasados simiescos, moldeados por las circunstancias en hombres, y aquellos antepasados descendían a su vez de formas ancestrales de un orden más inferior, y así sucesivamente hasta llegar a la original gelatina protoplástica. Por lo tanto, es evidente que el hombre, a menos de que el orden del universo haya llegado a su fin, continuará modificándose en el futuro, hasta que dejará de ser hombre, para dar paso a otro tipo de ser animado. O Inmediatamente surge la fascinante pregunta: ¿Qué será ese ser? Contemplemos

brevemente las influencias plásticas actuando sobre nuestra especie.

»Del mismo modo que las aves son los animales alados, moldeados y modificados para volar, y los peces son los animales que nadan, y tuvieron que enfrentarse con un problema de hidrodinámica, el hombre es el animal del cerebro; vivirá por su inteligencia, y no por su fuerza física, si es que tiene que vivir. De modo que lo que hay en él de puramente “animal” está siendo, y debe ser, incuestionablemente, suprimido en su desarrollo definitivo. La evolución no es una tendencia mecánica a la perfección según las ideas en boga en el año de gracia de 1892; es simplemente la adaptación continua de la vida plástica para bien o para mal a las circunstancias que la rodean... Nosotros observamos esta decadencia de la parte animal que nos envuelve en la pérdida de dientes y pelo, en la degeneración de las manos y los pies de los hombres, en sus quijadas más pequeñas. El hombre realiza ahora a través de ingenio, máquinas y acuerdos verbales, lo que en otras épocas realizaba a base de rudos esfuerzos; ya que en otros tiempos tenía que capturar su alimento, cazar a su esposa, huir de sus enemigos, y continuamente se ejercitaba a sí mismo, por amor a sí mismo, para cumplir bien aquellas obligaciones. Pero ahora todo ha cambiado. Los carruajes, los trenes y los tranvías han hecho innecesaria la velocidad, la adquisición de alimentos resulta más fácil; su esposa no es ya cazada, sino que por el contrario, tal como se encuentra el mercado matrimonial, es ella la que trata de pescar marido. La actividad física se ha convertido en una droga, en una trampa: el atletismo agota a un hombre y le incapacita para los negocios. En un medio donde lo esencial es la inteligencia, sólo sobreviven los que están mejor adaptados a él».

El hombre del futuro, por tanto, tendrá evidentemente un cerebro mayor y un cuerpo ligeramente menor que el actual. Pero el Profesor hace una excepción a esto.

«La mano humana, dado que es la profesora y la intérprete del cerebro, se hará cada vez más poderosa y sutil, en tanto que el resto de la musculatura decaerá».

La fisiología de nuestros descendientes, con sus cerebros en expansión, sus manos grandes y sensibles y sus cuerpos en decadencia, experimentará grandes cambios.

«Vemos ahora —dice el Profesor— en los sectores más intelectuales de la humanidad una creciente sensibilidad a los estimulantes, una mayor incapacidad para el consumo de alcohol, por ejemplo. Los hombres ya no pueden beberse toda una botella de oporto; algunos no pueden beber té; es demasiado excitante para sus delicados sistemas nerviosos. Estos hechos conducen lógicamente a la comprensión de otros. En otros tiempos, la carne cruda era un manjar digno de un rey. Ahora, las personas refinadas no prueban la carne si no se les presenta astutamente disfrazada. Los nabos se han convertido en una hortaliza incomible, pero hubo una época en que eran devorados con una especie de éxtasis. Y llegará el momento en que el cambio afectará a todos los otros frutos de la tierra. Incluso ahora, solo los más jóvenes comen manzanas crudas: los jóvenes siempre conservan características ancestrales después de su desaparición en los adultos. Algún día, incluso los niños contemplarán

las manzanas sin la menor emoción. El niño del futuro contemplará una manzana con la misma indiferencia con la que ahora contempla un trozo de pedernal.

»Además, los nuevos descubrimientos químicos ejercerán su influencia modificativa sobre los hombres. La boca del hombre ha dejado de ser un instrumento para agarrar la comida; cada día es menos prensil, sus dientes son más pequeños, sus labios más delgados y menos musculares; posee un nuevo órgano, una mandíbula que no es de tejido irreparable, sino de hueso y acero: un cuchillo y tenedor. No hay ningún motivo para que las cosas se detengan en la parcial división artificial que se ha alcanzado; todo permite creer, por el contrario, que el proceso continuará hasta que aparezca algún ingenioso mecanismo que mastique e insalive la comida del hombre, haciéndolos completamente innecesarios».

Siguiendo por este camino, ¿qué es lo que no desaparecerá? ¿Para qué servirán las orejas, la nariz y las cejas? Estas últimas protegieron en otros tiempos los ojos de lesiones provocadas en peleas o caídas, pero en el futuro el hombre se mantendrá firme sobre sus dos piernas y vivirá en paz. Así, el lector puede evocar súbitamente una borrosa y extraña visión del rostro del hombre del futuro:

»Ojos grandes, lustrosos, bellos, espirituales; encima de ellos, sin la separación de las cejas, se encuentra la parte superior de la cabeza, una cúpula reluciente y desprovista de pelo, cilíndrica y bella; no hay ninguna nariz que destruya la simetría de aquel rostro apacible, y lo mismo puede decirse de las orejas; la boca es una pequeña abertura, completamente redonda, sin dientes y sin encías, sin mandíbulas; ninguna emoción vulgar afectará a su redondez mientras reposa, como una luna llena o el lucero vespertino, en el amplio firmamento del rostro.

»Desde luego, el cuerpo y las extremidades sufrirán modificaciones similares.

»Todos los días se gastan muchas horas y muchas energías en la digestión; una especie de letargo se apodera de los hombres mortales después de las comidas. Esto puede y debe ser evitado. El hombre aumenta cada día sus conocimientos de la química orgánica. Actualmente, puede ya ayudar artificialmente a las glándulas gástricas. Tenemos pepsina, pancreatina, ácido gástrico artificial. ¿Por qué no podemos llegar a prescindir del estómago? Un hombre que no tuviera que masticar ni digerir sus alimentos gozaría de grandes ventajas sociales. En este sentido, los siguientes hechos pueden estimular quizás vuestra imaginación. No puede haber duda de que los artrópodos, una categoría de animales más antiguos e incluso ahora más comunes que los vertebrados, han experimentado más modificaciones filogenéticas —una hermosa frase— que los más modificados de los animales vertebrados. Formas simples como la langosta muestran una estructura primitiva similar a la de los peces. Sin embargo, en formas tales como el degenerado *Chondracanthus*, la estructura se ha diversificado mucho más de su tipo original que en el caso del hombre. Entre algunos de esos crustáceos más modificados, la totalidad del canal digestivo forma un sólido cordón completamente inútil: el animal se alimenta —es un parásito— absorbiendo el líquido nutritivo en el cual nada. ¿Existe alguna imposibilidad

absoluta en la suposición de que el hombre está destinado a un cambio similar? ¿En imaginar que llegará a nutrirse sumergiéndose en un baño de líquido alimenticio?

»Imaginemos un edificio, una cúpula de cristal, a través de cuya superficie transparente pasan, palidecen y cambian unos chorros de los más puros colores del prisma. En el centro de aquella cúpula transparente y camaleónica hay un estanque circular de mármol lleno de un líquido ambarino, en el cual se sumergen y flotan unos extraños seres. ¿Son aves?

»Son los descendientes del hombre... cenando. Contempladles cómo saltan sobre sus manos —un sistema de avanzar preconizado ya por Björnsen— alrededor del blanco suelo de mármol. Tienen unas manos grandes, unos cerebros enormes, unos ojos suaves, líquidos, espirituales. Todo su sistema muscular, sus piernas, sus vientres, se han reducido a la mínima expresión».

Las visiones ulteriores del Profesor son menos halagüeñas.

«Los animales y las plantas se extinguirán antes que los hombres, a excepción de los que él conserve para su alimento o deleite. Los bichos y las plagas sucumbirán tarde o temprano en virtud de su incansable inventiva y de su disciplina en incesante crecimiento. Cuando aprenda (los químicos están acercándose ya al secreto) a hacer el trabajo de la clorofila sin la planta, su necesidad de otros animales y plantas sobre la tierra desaparecerá. Tarde o temprano, donde no existe capacidad de resistencia ni necesidad, se produce la extinción. En los días finales, el hombre estará solo sobre la tierra, y su alimento será ganado por la química a las rocas muertas y a la luz del sol.

»Y la irracional camaradería del hombre se convertirá en una cooperación intelectual, y la emoción caerá dentro del esquema de la razón. Indudablemente, falta todavía un largo espacio de tiempo, pero un largo espacio de tiempo no es nada en relación con la eternidad, y todo hombre que piense en estas cosas debe mirar a la eternidad cara a cara.

»Además, la tierra está irradiando siempre calor en el espacio, nos recuerda el Profesor. De modo que al final llega una visión de querubines terrenales, cabezas salarinas, grandes inteligencias insensibles, y pequeños corazones, luchando juntos contra el frío cada vez más intenso. Ya que el mundo se está enfriando: lenta e inevitablemente, va haciéndose más frío a medida que transcurren los años.

»Debemos imaginar a esos seres —dice el Profesor— en galerías y laboratorios hundidos profundamente en las entrañas de la tierra. El mundo entero estará cubierto de nieve y de hielo; todos los animales, toda la vegetación, se habrán desvanecido, a excepción de esta última rama del árbol de la vida. Los últimos hombres tendrán que hundirse más profundamente aún, a menudo que vaya en aumento la disminución de calor en el planeta, y tendrán que construir ventiladores cada vez mayores para obtener el aire necesario».

Así termina el horóscopo del Profesor, con una visión de aquellos topos humanos enterrados en sus profundas galerías, con sus enormes máquinas y ventiladores funcionando ininterrumpidamente, zumbando sin cesar, y las luces artificiales

brillando y proyectando negras sombras. La humanidad en desalentada retirada ante el frío, ha cambiado más allá de todo posible reconocimiento.

Sin embargo, el Profesor es bastante razonable, sus hechos son ciencia admitida, sus métodos ordenados. El hombre contemplativo se estremece ante la perspectiva, empieza a hurgar el fuego, y el conjunto de este notable libro que no ha sido escrito se desvanece como por arte de magia entre el humo azul de su pipa. Esta es la gran ventaja de la literatura sin escribir: no hay que molestarse en cambiar de libro. Nuestro hombre contemplativo se consuela a sí mismo por el destino de la especie con los fragmentos perdidos del Kublai Khan.

1.000.000 (D. DE J.)

Anónimo

Lo que será el *Genus Humanum* dentro de un millón de años es una cuestión realmente peliaguda; sin embargo, un profeta nos ha visto en aquella época tal como seremos.

El Hombre, modificado por la implacable Evolución, desarrollará un cráneo «cupulado, calvo, cilindrico»; y su boca no tendrá mandíbulas, ni encías, ni dientes: para él se habrá terminado el comer y beber.

Se sumergirá en un cristalino baño de pepsina (Confiemos en que para entonces no habrá sobrevivido ningún ROBERT), y andará apoyándose sobre las manos y los pies: ¡un porte casi querubínico!

No explorará ya la tierra ni el mar; el mundo será una extensión desolada, muerta. Y en vez de mirar hacia el cielo se hundirá cada vez más en las entrañas de la tierra.

Si la *Pall Mall Gazette* nos ha dado una anticipación exacta de ese enorme cambio, agradezcamos a nuestra estrella el que no estemos vivos dentro de un millón de años.

En el principio

Morton Klass

HOMO SAPIENS Significa: «Hombre que aprende». Un mamífero vertebrado, del orden de los primates, familia de los homínidos. Después de la desaparición de la especie precedente, *Neanderthalensis*, la *Sapiens* se convirtió en la única especie de hombre existente sobre la Tierra. Pobló eventualmente todo el planeta, logrando enormes desarrollos tecnológicos y complicadas variaciones culturales, señalando...

El profesor Philo Putnam no estaba de humor para discutir la existencia de un alma. Cualquiera que hubiese visto su rostro una hora antes, mientras examinaba los restos calcinados de su Brontosauro doméstico, podía haberles dicho a los delegados de la Liga-Resurrección que cometían un grave error al introducirse en la oficina del profesor.

—¡Putnam! —rugió Mrs. Featherby, yendo directamente al grano.

Apartó de su camino a la secretaria del Departamento de Biología, Miss Kalish, y avanzó hacia el escritorio del profesor como un excitado tanque Mark IV. El caballero rostrilargo y la dama rostricorta avanzaron detrás de ella.

—Mrs. Featherby —murmuró el profesor Putnam, en tono de fastidio.

—Acabo de enterarme, por boca de alguien que goza de todo mi crédito, que sigue usted adelante con el monstruo —exclamó impulsivamente Mrs. Featherby—. He... hemos venido aquí para obtener una inmediata negativa.

El profesor Putnam contempló con aire pensativo la superficie de su escritorio.

—¿A qué... ejem... *monstruo* se refiere? —preguntó cautelosamente.

—Lo sabe perfectamente —cloqueó Miss Hasson detrás de la protectora masa de Mrs. Featherby—. Ese hombre prehistórico. El hombre de Ne-nean...

—El hombre de Neanderthal —la sacó del apuro el doctor Trine, con su resonante voz de barítono—. No le basta, al parecer, haber puesto en tela de juicio las decisiones del Cielo, devolviendo a la Tierra aquellos pobres animales que fueron barridos para siempre de ella. No, ahora debe usted añadir el insulto a la injuria, el sacrilegio a la profanación. Construyendo una impúdica caricatura de la más noble creación...

—¡Que no tiene alma! —intervino Mrs. Featherby. Le fastidiaba que sus subordinados se le comieran el terreno—. Será un desalmado e inhumano monstruo Frankenstein... amenazando las vidas de mujeres y niños.

Entonces fue cuando el profesor perdió los estribos.

—¿Qué se propone usted hacer para impedirlo? —preguntó salvajemente,

poniéndose en pie y acercando peligrosamente su enrojecido rostro a la cara de Mrs. Featherby. Señaló hacia el suelo—. Aquí debajo, en el laboratorio, tenemos ocho fetos Neanderthal en tanques. ¿Quieren ustedes bajar y romper los tanques? Alguien lanzó una granada de mano en el corral del Brontosauo, esta mañana. ¿Por qué no vuelan todo el Instituto? ¿O prefieren esperar a que hayan nacido y poner cristal machacado en su comida? El sistema dio resultado el mes pasado con nuestro valioso Eohippus...

—¡Cómo se atreve! —ladró Mrs. Featherby—. ¡Acusar a la Liga Anti-Resurrección de estar comprometida en actividades criminales!

Dio media vuelta para enfrentarse con la crispada Miss Hasson.

—¡Se lo advertí! —dijo, furiosamente—. Les advertí que el profesor Putnam no atendería a razones. Por algo fue el hombre que inició este asqueroso asunto de las resurrecciones. ¿Cómo va a atender a razones? Tomemos medidas sin consultarle, dije. Pero, no. ¡No me hicieron caso!

Miss Hasson inclinó la cabeza.

—Profesor —intervino el doctor Trine, conciliador—, estoy convencido de que en realidad no piensa usted lo que acaba de decir. La Liga Anti-Resurrección está compuesta únicamente por ciudadanos responsables, sinceramente preocupados por este terrible problema. Pero bajo ningún concepto aprobamos los actos de violencia. Una disculpa por su parte será suficiente para...

—¡No me disculpo de nada! —exclamó el profesor Putnam, golpeando el escritorio con el puño cerrado—. Su organización pretende ser enemiga de los actos de violencia, pero todo lo que escriben en sus periódicos o dicen por la radio está calculado para enardecer a unos idiotas y estimularles para que nos quemem en la hoguera. Si no se dan cuenta de lo que están haciendo, son ustedes mucho más estúpidos de lo que creía...

—No tenemos necesidad de escuchar más insultos —declaró Mrs. Featherby, dando media vuelta y dirigiéndose hacia la puerta, seguida por su cohorte.

Antes de cruzar el umbral se detuvo para lanzar una última andanada.

—Si estuviera en su lugar, profesor Putnam, empezaría a vaciar los cajones de mi escritorio. ¡Le garantizo que mañana por la mañana no ocupará usted esta oficina!

El doctor Trine, el último en salir, cerró suavemente la puerta detrás de él.

Putnam se dejó caer en su sillón y se pasó una mano temblorosa por los ojos.

—¿Puede... puede hacer eso, profesor? —preguntó tímidamente Miss Kalish desde el rincón más apartado de la oficina.

—¿Hacer qué? —inquirió el profesor Putnam, mirando a su secretaria—. ¡Oh! Se refiere a Mrs. Featherby... ¿Hacer que me despidan? No lo sé. Probablemente. Dicen que una tercera parte de los miembros del Consejo de Administración pertenecen a la Liga Anti-Resurrección.

Se encogió de hombros y se puso en pie.

—No voy a preocuparme ahora por eso —añadió—. Tenía que ocurrir, tarde o

temprano. Lo importante es que el *Neanderthalensis* completa hoy su ciclo de gestación. Quiero estar allí...

Echó a andar hacia la puerta, luego vaciló.

—¿Le importaría venir, Miss Kalish? No tengo que decirle lo que esto significa para mí.

Miss Kalish clavó la mirada en el suelo, alisando con aire ausente una arruga en su severa falda.

—Yo... —vaciló—. No se enfade conmigo, profesor Putnam, pero... lo que dijo el doctor Trine... —Levantó súbitamente la cabeza y respiró a fondo—. ¿Serán... serán realmente unos seres de aspecto horrible?

El profesor Philo Putnam pasó una mano a través de sus cabellos grises.

—Miss Kalish —dijo, en tono de amable reproche—, no estoy enfadado, sino sorprendido. No es usted un biólogo, desde luego, pero ha sido secretaria mía desde que me convertí en jefe del departamento. En estos quince años de trabajar juntos, supongo que ha aprendido *algo* acerca de lo que estoy haciendo...

—¡Eso no es justo, profesor! —le interrumpió Miss Kalish acaloradamente—. ¡Creo que sé tanto de algunas cosas como la mitad de sus graduados! ¿Acaso no mecanografié el manuscrito final de su memoria sobre el útero artificial? Pasé con usted toda una noche mientras esperaba que cobrara vida su primer embrión en el tanque. Y no hice ningún comentario cuando usted empezó a resucitar fósiles... a pesar de los que mi madre me dirigió a mí. Pero esto es diferente...

—¡No hay la menor diferencia! Si puedo operar con células óseas de un *Stegosaurus* fósil, ¿por qué no puedo hacerlo con las de un fósil *Neanderthal*? El método y el resultado son los mismos. Sólo que en el primer caso obtengo una cría de *Stegosaurus*, y en el segundo...

Miss Kalish hizo un gesto de impaciencia.

—No me refiero a eso, profesor. He visto surgir de sus tanques cosas bastante horribles, y nunca me he impresionado. —Tragó saliva—. Pero si empieza usted a trabajar con crías *humanas*, o algo que se les parezca, y salen con el aspecto que ha dicho el doctor Trine, y crecen para convertirse en espantosos animales... Bueno, en tal caso no quiero bajar a su antiguo laboratorio.

Y Miss Kalish estalló en llanto.

Philo Putnam sonrió comprensivamente. Se acercó a ella y rodeó sus hombros con su brazo. Era la primera vez, en quince años, que tenían un contacto íntimo, y el hecho les turbó a los dos considerablemente. Miss Kalish se envaró y dejó de llorar, y el profesor Putnam dejó caer su brazo rápidamente. En su fuero íntimo, el profesor estaba asombrado al darse cuenta de que era también la primera vez en quince años que veía a su secretaria como una mujer.

—El... ejem... feto con un desarrollo de nueve meses —dijo, aclarándose la garganta— no resulta nunca atractivo. Pero estoy seguro de que ha visto usted más de un ejemplar puesto en conserva sin asustarse absurdamente. Los del laboratorio están

vivos, desde luego, lo cual no debe preocuparla. Prácticamente no existe ninguna diferencia entre ellos y otras crías humanas. Le garantizo que dentro de un mes serán lo suficientemente atractivos como para provocar los habituales murmullos femeninos.

Levantó una mano para anticiparse a una posible interrupción.

—En cuanto al aspecto que tendrán cuando alcancen la madurez —continuó—, es uno de los motivos por los que llevamos a cabo estos experimentos. Conocemos la estructura ósea del hombre de Neanderthal y todo lo que puede inferirse de ella. Pero ignoramos si estaba cubierto de pelo, por ejemplo. Si nuestros ejemplares llegan a desarrollarse, tendrán unos cinco pies de estatura, pulgada más pulgada menos, la frente y la barbilla retrógradas, los brazos muy largos y las piernas ligeramente arqueadas. Tal vez no resulten demasiado guapos para usted, pero al fin y al cabo no es usted una dama Neanderthal.

El profesor Putnam dirigió una sonrisa de ánimo a su secretaria.

—Y ahora, Miss Kalish, ¿quiere usted acompañarme al laboratorio?

—Desde luego. Gracias, profesor —dijo Miss Kalish sencillamente.

Echó a andar hacia la puerta. Avanzando rápidamente, el profesor Putnam consiguió llegar a tiempo para mantenerla abierta para ella.

Sólo había dos hombres en el laboratorio cuando ellos llegaron, pero la amplia estancia parecía sorprendentemente atestada. Esto no se debía, desde luego, a la presencia de Oscar Felzen, el ayudante de laboratorio del profesor Putnam. Decíase que Felzen dormía en el laboratorio, en un camastro instalado en el departamento de esqueletos. En realidad, el viejo Felzen era parte integrante del laboratorio, en la misma medida que las jaulas de polluelos Pterodáctilos y el penetrante olor a formaldehído.

Pero el hombre del traje azul a rayas, que andaba impacientemente de un lado para otro delante de la hilera de tanques, no pertenecía a un laboratorio. Era, ni más ni menos, el presidente Abernathy Grosvenor en persona.

—¡Ah! Profesor Putnam... ¡Por fin ha llegado usted! —exclamó el presidente Grosvenor, mientras el biólogo y su secretaria entraban. Tras una leve vacilación, continuó—: Su ayudante me ha estado enseñando todo esto —Felzen le miró fijamente, asombrado—, y he de confesar que la visita ha sido muy instructiva para mí. Magnífico laboratorio. Buen trabajo. Me gustaría disponer de más tiempo para ver todas las cosas estupendas que están haciendo aquí. Por desgracia, la presidencia de un instituto es una tarea que absorbe todas las horas. Hay que olvidar lo que a uno le gustaría hacer, y concentrarse en los desagradables aunque absolutamente necesarios detalles de la administración que únicamente yo...

El presidente Grosvenor se interrumpió para inhalar una profunda bocanada de aire. Era evidente que había llegado al punto crucial de su visita.

—A propósito, eso me recuerda el motivo de que haya venido a verle, profesor. —Sacudió la cabeza tristemente—. En realidad, profesor, debió usted mostrarse más

diplomático con Mrs. Featherby y su comité. He hecho todo lo que he podido para explicarles que es usted un científico —temperamental, profundamente absorto en su trabajo—, pero temo que no he logrado convencerles. Estaban demasiado furiosos. Debió usted recordar que desde los horrores de la guerra atómica la gente odia a los científicos... Bien, Mrs. Featherby habló de llevar el asunto al Consejo de Administración y se marchó, muy excitada. Le llamé a usted a su oficina, y al ver que no contestaba nadie vine aquí. Y, a propósito, ha tardado usted bastante en llegar...

—No he venido directamente —dijo el profesor Putnam, mientras su rostro enrojecía casi tanto como el de Miss Kalish—. Mi secretaria y yo... ejem... teníamos que discutir unos asuntos. Pero siento haber perdido los estribos con aquel insoportable comité. De todos modos —se apresuró a añadir—, ¿qué podía hacer? Básicamente, no quedarán satisfechos hasta que renuncie a continuar con este experimento. Y si ahora cedemos, más tarde nos obligarán a renunciar a otras cosas. Eventualmente, tendré que dedicarme a criar nuevas razas de geranios o algo igualmente inofensivo. ¿Está usted dispuesto a continuar con esto, presidente Grosvenor? ¿O he de decirle a Felzen que empiece a dismantelar el equipo?

El presidente Grosvenor levantó la cabeza de un modo melodramático.

—¡Por favor, profesor! Mientras yo sea presidente de este Instituto, ningún grupo y ningún individuo, por poderosos que sean, pondrá en peligro la libertad científica. ¡Tiene usted mi palabra!

Hizo una pausa y se rascó la barbilla con aire ausente.

—Por otra parte, hay que admitir que este pequeño... hum... contratiempo llega en un mal momento. Y los miembros del Consejo de Administración pueden resultar difíciles de manejar. ¿No sería preferible... digamos... aplazar este experimento? Estoy seguro de que existen amplias zonas de vida prehistórica que usted no ha estudiado aún. Podría olvidar el hombre de Neanderthal y resucitar otro animal cualquiera... Pensándolo bien, el hombre de Neanderthal no *era* más que un animal, y resulta ridículo llevar las cosas a unos extremos tan desagradables por un animal.

El profesor Philo Putnam frunció el ceño.

—El hombre de Neanderthal —dijo, lentamente— no *era* un animal... no en el sentido en que usted utiliza la palabra. Era un ser humano, de una especie distinta, quizás, pero indiscutiblemente humano.

El presidente agitó una mano implorante.

—¡Por favor, profesor! —advirtió—. Para los objetivos de esta conversación, no es preciso que nos mostremos rígidamente técnicos. El animal pudo ser aproximadamente humano, pero también lo es un gorila. El Neanderthal era un subhombre, con una rudimentaria capacidad para pensar, para crear, o para hacer cualquier cosa de las que nosotros calificamos como humanas. Tiene usted que admitirlo.

Philo Putnam se volvió hacia su mesa de trabajo y cogió un trozo de roca. El presidente Grosvenor retrocedió un paso, súbitamente alarmado. Mostrando la roca,

el profesor Putnam preguntó:

—¿Sabe usted lo que es esto, presidente Grosvenor? Probablemente no, de modo que voy a decírselo. Es una hacha de pedernal que perteneció a un hombre de Neanderthal hace más de trescientos mil años. Un antropólogo amigo mío me la regaló el año pasado. Y desde entonces no he dejado de pensar en ella. ¿Quiere que le diga por qué?

Oscar Felzen y Miss Kalish hicieron un gesto afirmativo, pero el profesor estaba mirando a Grosvenor.

Con voz tranquila, continuó:

—Es un arma tosca, fea. Comparada con una bomba nuclear resulta patética, y desde luego no tendría la menor posibilidad contra un rifle. En realidad, ni siquiera podría competir con las flechas de nuestros antepasados Cro-Magnon. Pero si la mira usted desde otro ángulo, es una cosa tremenda.

Hizo girar la roca entre sus manos.

—No me refiero a la técnica del tallado, aunque comprendo que se trata de una obra de artesanía. Olvidemos este ejemplar, y pensemos en la primera que fue construida. Porque tuvo que existir una primera hacha. Y un hombre que la construyó. Antes que él, extendiéndose hacia atrás hasta el principio, hubo una línea ininterrumpida de seres que podían usar sus dientes o sus garras. Animales simiescos, que podían agitar una rama y lanzar una piedra o un coco. Pero aquel... aquel *hombre*... escogió un trozo de pedernal y trabajó en él hasta que consiguió algo que encajaba perfectamente en su mano si lo agarraba por un extremo. Y modeló el otro extremo de un modo que resultara útil para aplastar la cabeza de un bisonte.

»Fíjense en la palabra “útil”. Lo que había hecho era una herramienta, la primera que existió en este planeta. Después de él, otros construyeron herramientas más variadas y más complejas, pero la suya fue la primera. Los que vinieron detrás aumentaron la lista, pero trabajaron con herramientas que ya habían sido inventadas. Y, lo que es más importante, trabajaron con el conocimiento de que las herramientas existían. Pero el hombre que concibió la primera herramienta como tal, que creó la primera herramienta, superaba en inteligencia a todos los genios posteriores. ¡Y usted le califica de sub-hombre!

El presidente Grosvenor se aclaró la garganta.

—Una teoría muy interesante, profesor, aunque un poco fantástica, supongo. Todo esto no tiene nada que ver con el asunto que me ha traído aquí, pero puesto que hemos llegado tan lejos, me gustaría señalar un punto débil en su argumentación. Yo me dedico a las ciencias históricas y políticas —no a ciencias de laboratorio—, y lo que me impresiona no son las habilidades mecánicas del hombre de Neanderthal, por grandes que puedan o no puedan haber sido. Usted mismo ha señalado que no hubiera podido competir con las flechas Cro-Magnon. Pragmáticamente, pues, era inferior. No fue capaz de superar la dura prueba de la supervivencia. Fue suplantado por un humano superior...

—¡Superior! ¡Desde luego! Pero, superior, ¿cómo? —Putnam escupió las palabras furiosamente—. ¡Superior como un salvaje... como un asesino... como una bestia! Ha tildado usted de fantástica a mi teoría... ¡Dejémonos llevar por la fantasía! Pensemos en el hombre de Neanderthal como en el primer ser racional y creador que existió sobre la tierra, con sus herramientas, su arte, su religión y su cultura. Supongamos que era un ser pacífico, básicamente civilizado, que elaboraba penosamente las primeras formas de cultura humana. Luego llegaron nuestros antepasados: nobles salvajes, perfectos salvajes. Adquirieron su conocimiento, lo perfeccionaron de un modo típicamente salvaje —para construir mejores elementos de destrucción—, y destruyeron al hombre de Neanderthal, que era realmente superior, como han destruido posteriormente a todos los seres que se han cruzado en su camino.

—Sin embargo, el hombre de Cro-Magnon salió vencedor. Tiene usted que admitir que eso es una demostración de superioridad...

El profesor Putnam se encogió de hombros.

—Si lo hiciera, tendría que admitir la superioridad congénita de cada tiburón que devora a un nadador. Es la superioridad de la bestia en su *hábitat* natural. Si mi tesis es correcta, el hombre de Cro-Magnon era superior al de Neanderthal en salvajismo. Desde luego, sus realizaciones como ser civilizado no son como para echar las campanas al vuelo...

—¡Todo esto es absurdo! —exclamó el presidente Grosvenor—. Estamos perdiendo el tiempo discutiendo tonterías. Lo que importa es saber si va usted a continuar o no su actual experimento. Eso es lo que va a preguntarme dentro de poco el Consejo de Administración, y he venido aquí para asegurarme de que puedo darles una respuesta satisfactoria.

Philo Putnam meditó unos instantes. Miró los preocupados rostros de Oscar Felzen y Miss Kalish, les dirigió una breve sonrisa y se dirigió lentamente hacia la hilera de tanques.

—Lo siento mucho, presidente Grosvenor —dijo finalmente—, pero no pienso renunciar a mi experimento. No quiero mostrarme irrazonable, ni causarle problemas, pero cuando trabajo en algo lo hago porque es exactamente lo que tengo que hacer en aquel momento. Todo lo demás, o ha sido hecho ya, o tiene que esperar hasta que haya asimilado los resultados de este experimento.

—¿Se da cuenta de su situación, profesor Putnam, de *nuestra* situación? Si pudiera le protegería, pero no puedo. La Liga Anti-Resurrección es demasiado poderosa, y esta vez han decidido acabar con usted. Si al menos... ¿Qué pasa, profesor?

Putnam estaba contemplando el interior de uno de los tanques con creciente excitación. Después de consultar el cuadro de instrumentos fijado a la pared, dio media vuelta.

—¡Miss Kalish! —gritó, haciendo restallar su voz como un látigo—. Prepare

canastillas para ocho recién nacidos y colóquelas en fila sobre aquel banco. Asegúrese de que tenemos a mano todo lo que necesitamos... ¡*Muévase!*

Ahogando una exclamación, la secretaria se dirigió rápidamente hacia el fondo del laboratorio y abrió la puerta de un gran armario. El profesor volvió su atención a Felzen.

—Será mejor que ponga las incubadoras en marcha, Oscar: podemos necesitarlas. Y aumente la temperatura del laboratorio: hace mucho frío.

Putnam se dirigió hacia el último tanque de la hilera. El boquiabierto presidente le agarró por un brazo.

—¡Oiga, profesor! No sé lo que está pasando, pero tenemos que dejar resuelto un importante asunto. El Consejo de Administración...

—¡Al diablo el Consejo de Administración! —estalló Philo Putnam—. ¡Y suelte mi brazo! ¿No comprende? ¿No se da cuenta de que se han encendido las luces rojas encima de los tanques? ¡Los niños están a punto de nacer!

—Todo eso está muy bien —dijo el presidente Grosvenor en tono firme—. Pero persiste el hecho de que hay que aclarar su situación en este Instituto. Me niego a marcharme hasta que me dé usted una respuesta concreta.

El rostro del profesor enrojeció. Pero, cuando habló, lo hizo con voz sorprendentemente tranquila.

—Dígales a los miembros del Consejo de Administración —y a la Liga Anti-Resurrección— que mientras esté al frente de mi laboratorio decidiré por mí mismo los experimentos que voy a realizar. Si usted y los otros deciden claudicar ante las exigencias de la Liga, es asunto suyo, no mío. Hagan lo que quieran, pongan a Mrs. Featherby al frente del Departamento de Biología... Pero, en este momento, el jefe soy yo, y le ordeno a usted que salga inmediatamente de *mi* laboratorio. ¡Tengo mucho trabajo!

Su voz se elevó peligrosamente mientras pronunciaba las últimas palabras, y el presidente le soltó y retrocedió unos pasos.

—Su actitud es absurda, Putnam, completamente absurda.

—Haré lo que pueda, pero... —Se detuvo en la puerta—. Si estuviera en su lugar...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! ¡He vaciado ya los cajones de mi escritorio! ¡Ahora, fuera de aquí!

Antes de que el ruido del portazo se hubiera apagado del todo, el profesor Putnam estaba inclinado sobre el último tanque uterino, canturreando alegremente en voz baja.

Dos horas más tarde Miss Kalish propuso tímidamente un descanso para tomar café. Dos horas de preparativos, de comprobación de aparatos, de cuidadosa anotación de todos los movimientos fetales, les habían agotado a los tres. El profesor Putnam asintió y Oscar Felzen, con un suspiro de alivio, puso a calentar un pote de café.

—¿Cuánto tardarán en nacer, profesor Putnam? —preguntó Miss Kalish, agujereando una lata de leche condensada.

El profesor se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Los nacimientos humanos se prolongan de una a dieciocho horas. Los tanques están preparados para responder a las necesidades de los fetos individuales, de modo que podemos pasarnos aquí toda la noche. —Dirigió una amable sonrisa a su secretaria—. No es preciso que se quede, Miss Kalish; puede marcharse a casa.

Miss Kalish sacudió la cabeza vigorosamente.

—¡Desde luego que no! Es decir, si no tiene usted inconveniente, me gustaría quedarme. Desde que murió mi madre, no tengo a nadie que me pida cuentas.

Sus ojos se iluminaron y sonrió alegremente.

—Parece que hayamos vuelto a los viejos tiempos, ¿verdad? ¿Recuerda cuando nos sentábamos a esperar que nacieran los primeros polluelos, bebiendo café? Y no nacieron, profesor Putnam, no nacieron.

El profesor se aclaró la garganta.

—Es cierto, no nacieron. Pero, nacieron los siguientes. Y, llámeme Philo... ejem... Leona. De todos modos, creo que mi carrera de profesor está terminando.

—No terminaría, si se hubiese mostrado usted más diplomático con el presidente —gruñó Oscar Felzen, mientras servía café—. Bueno, no creo que pensara usted realmente todas esas cosas que le dijo... Lo de que la Neanderthal había sido una raza superior, y el hombre moderno inferior a él. Esto no es científico...

—Lo sé, Oscar... tiene usted razón. Fui demasiado lejos. Por lo menos en lo que respecta al *Neanderthalensis*. Admito que *aquella* parte pudo ser un vago teorizar, pero mantengo todo lo que dije acerca de la especie que le suplantó.

—¿Qué hay de malo en nosotros? —preguntó Miss Kalish.

El profesor Putnam se encogió de hombros y sorbió su café. Hizo una mueca y añadió otra cucharada de azúcar.

—¿En nosotros? Como individuos, tal vez nada, tal vez mucho... No lo sé. Pero, como especie, tenemos mucho de que avergonzarnos. ¡Oh! Construimos casas y edificamos ciudades, pero todo el mundo sabe que esto es solamente el principio. Una vez ponemos en marcha la civilización, ¿qué ocurre siempre? ¿Qué les ocurrió a Babilonia, a Grecia, a Samarkanda, a todas las demás? O se destruyen a si mismas con sus luchas internas, o llegan unos aullantes conquistadores y lo aplastan todo.

Hizo una pausa para beber un sorbo de café. Su secretaria aprovechó la ocasión para intervenir:

—Pero no puede usted reprocharle eso a los individuos. La gente no quiere luchar, ni destrozarse cosas, ni matar. Es toda una sociedad la que enloquece. No puede culpar a los pobres hombres y mujeres...

—¿A quién, si no, puede culparse? ¿Quién forma la sociedad? ¿Qué es una multitud?

—Ha habido personas que no han seguido la corriente —observó Felzen.

El profesor Putnam asintió violentamente.

—¡Desde luego! ¿Y cómo terminan? Cada vez que un Sócrates o un Miguel Servet abre la boca, la muchedumbre, la masa de individuos, le despedaza. ¡Enfrentémonos con los hechos! La raza humana es lo bastante inteligente para saber en qué consiste la civilización para planearla y empezar a construirla... pero no puede vivir en ella. No es suficientemente estable, a mi modo de ver. Está compuesta por excelentes salvajes, aptos para las cavernas y nada más. Si miramos atrás...

Se interrumpió bruscamente al tiempo que se abría la puerta.

Entró el presidente Abernathy Grosvenor, con aire preocupado. Le seguía Mrs. Featherby, con aire satisfecho.

Philo Putnam soltó su taza y se puso en pie.

—¡Ah! profesor Putnam —dijo el presidente Grosvenor—, temo que traigo malas noticias para usted...

—¡Quiere decir que está usted despedido! —intervino Mrs. Featherby—. ¡Despedido!

Putnam la ignoró deliberadamente.

—Presidente Grosvenor, no ignora usted que tengo un contrato —puntualizó.

Grosvenor palideció.

—Desde luego. En realidad, venimos a pedirle su dimisión. Después de todo... para estar a disgusto... Bueno, me refiero a que...

El profesor Putnam asintió.

—No se preocupe. Tendrá usted mi dimisión. Pero, a cambio de ella, exijo una semana de absoluta libertad para completar mis experimentos, y el derecho a llevarme los ejemplares que desee. ¿De acuerdo?

El presidente Grosvenor pareció inmensamente aliviado.

—¡Desde luego, profesor! Y si hay alguna otra cosa...

—Sí. Busque otra secretaria para el Departamento de Biología. Miss Kalish y yo pensamos contraer matrimonio, y ella se marchará conmigo.

—Y yo también presenté mi renuncia —dijo Oscar Felzen tranquilamente, sirviéndose otra taza de café.

Philo Putnam le dirigió una sonrisa de aprobación.

—¡Bien! Vendrá usted con nosotros... —Su mirada se encontró con la de Mrs. Featherby y su sonrisa se heló—. Este es todavía *mi* laboratorio, Presidente Grosvenor, de modo que llévese a esa... mujer de aquí antes de que...

—¿Ha oído usted lo que ha dicho? —aulló Mrs. Featherby en tono indignado, mientras el Presidente tiraba de ella apresuradamente.

—Intolerable, Mrs. Featherby, intolerable.

Dirigió una última mirada al profesor Putnam, como disculpándose por el papel que se veía obligado a representar, y cerró la puerta detrás de ellos.

Se produjo un breve silencio.

—¿A dónde iremos, profesor? —preguntó finalmente Oscar Felzen.

—A mi granja de California, naturalmente —respondió el profesor—. Usted y yo criaremos a los *Neanderthalensis* y continuaremos nuestros experimentos. En cuanto a Miss Kalish... es decir, Leona... —Se volvió hacia ella súbitamente preocupado—. Vendrá usted con nosotros, ¿verdad? Recuerde que le he anunciado al Presidente que vamos a casarnos.

Miss Kalish se ruborizó e inclinó la mirada.

—Desde luego, Philo —murmuró. Luego alzó los ojos de nuevo, asaltada por un súbito pensamiento—. ¿Qué granja?

Putnam echó la cabeza hacia atrás y estalló en una carcajada.

—Hace años que veía llegar esto —dijo—. Me he estado preparando desde que fue linchado el primer físico. Compré un centenar de acres de terreno en una zona prácticamente deshabitada. Hay un pozo, una buena casa, electricidad y un excelente laboratorio. Además...

—¡Profesor! ¡Mire! —gritó Oscar Felzen excitadamente—. ¡La luz verde está parpadeando sobre el primer tanque! ¡El feto está completado!

Deteniéndose únicamente a recoger unos guantes esterilizados y una mascarilla, el profesor Putnam se dirigió apresuradamente hacia el tanque. Con grandes precauciones, levantó la tapadera transparente y la apartó a un lado. Mientras Oscar Felzen y Miss Kalish contenían la respiración, Philo Putnam se inclinó a recoger su diminuto y arrugado ocupante.

El primer niño Neanderthal abrió la boca, se agitó en brazos del profesor Philo Putnam y empezó a llorar ruidosamente.

... con ello su paso relativamente breve por la Tierra. Aunque sorprendentemente ingenioso, el *Sapiens* era emotivamente inestable. Durante los treinta mil años que vivió sobre la Tierra, llevó a cabo incesantes tentativas para destruirse a sí mismo y a todas las demás especies. Sin embargo, antes de su última —y fructuosa— tentativa de autodestrucción, el *Sapiens* volvió a introducir en la Tierra al más estable *Homo Neanderthalensis II*, el cual fue capaz de sobrevivir al cataclismo final del *Sapiens*, heredando así el planeta...

ENCICLOPEDIA GALÁCTICA

El futuro de las razas del hombre

Carleton S. Coon

Cada Hombre un Genio, y el Retorno de Centauro

Cada dos o tres años, el suplemento dominical del *New York Times* publica el pronóstico de algún famoso antropólogo acerca del aspecto que tendrán nuestros descendientes en una época más o menos lejana. En el pronóstico en cuestión suele incluirse una lámina con la figura de un hombre de cráneo voluminoso, mandíbulas pequeñas y cuatro dedos en cada pie. Los escritores de Ciencia-Ficción son menos conservadores, lo mismo que nosotros.

Pero no se necesita un escritor de Ciencia-Ficción para predecir lo que *puede* suceder. Herman Muller, Joshua Lederberg, J. B. S. Haldane y otros renombrados científicos, algunos de ellos Premios Nobel, lo han demostrado claramente. El doctor Muller desea establecer bancos de esperma en los cuales pueda conservarse a baja temperatura el semen de hombres geniales, para fecundar eventualmente a mujeres bien dotadas. En realidad, la inseminación artificial de mujeres casadas incapaces de concebir por los esfuerzos de sus propios maridos se ha estado realizando discretamente desde hace algún tiempo, y el proceso de conservación de la esperma a baja temperatura fue desarrollado con éxito hace varias décadas, con células de ranas, por Hudson Hoaglan y Gregory Pincus, el inventor de la píldora que lleva su nombre. No hay nada de impracticable en la idea del doctor Muller.

Joshua Lederberg ha hecho varias propuestas más bien desconcertantes, las cuales pueden ser absolutamente factibles. Una de ellas es la de aumentar el número de neuronas *en* el cerebro humano inyectando hormonas adultas en el cerebro de los fetos, antes de que quede fijado en ellos el número de neuronas. Otro es la de utilizar un virus para introducir los modernos mensajes DNA en las células reproductoras humanas, y de este modo cambiar permanentemente los genes de la persona. Lederberg lo ha realizado ya con microorganismos. Y los DNA pueden ser extraídos de las células somáticas de un genio mediante una simple biopsia.

Un poco más remota es la posibilidad de cortar cromosomas vivos con diminutas cuchillas llamadas *Nanaknives*, o con lasers, y combinarlas de nuevo. Esta innovación exige una gran habilidad técnica y conocimiento más profundo que el que ahora tenemos del mapa genético de los cromosomas humanos. El difunto J. B. S. Haldane, un poco en broma, sugirió en 1962 que podían realizarse cruces intergenéricos combinando piezas de cromosomas, incluso cruzando seres humanos con focas para conseguir hombres-rana.

Lo malo de todos esos planes, por muy inteligentes que puedan resultar, es que la

gente tiene que dar su consentimiento para su puesta en práctica. Las iglesias, sinagogas y mezquitas del mundo no están dispuestas a permitir esos juegos frankensteinianos con las fuerzas de la naturaleza. Los comunistas podrían seguir el esquema de Lederberg, pero la mayoría de ellos sólo han empezado a trabajar en genética moderna. Esto puede dejar atrás a los rusos y a los chinos continentales, al menos en el futuro inmediato. Pero los japoneses, que son excelentes genéticos, bioquímicos y fabricantes de microscopios, y lo bastante disciplinados como para haber introducido en el mundo el control de la natalidad, podrían dar un salto y colocar su rama de la subespecie mongoloide delante del resto de nosotros.

Una ciencia que puede encontrar muy poca o ninguna oposición será la geriatría. La gente vive más tiempo a cada generación que transcurre. Pero hay muy pocas personas, si es que hay alguna, que sobrepasen los ciento quince años. Con muy escasas excepciones, los nonagenarios y centenarios no son unos ciudadanos muy productivos. El segundo objetivo de la geriatría, más útil que la simple prolongación de la vida, es el de controlar y detener el proceso de envejecimiento. Si podemos conservar nuestros tejidos y procesos fisiológicos en una edad óptima, digamos treinta y cinco años, y luego continuar aprendiendo en la medida máxima de nuestra capacidad mental, el hombre encontrará finalmente la fuente de la eterna juventud y vivirá en la belleza y el conocimiento hasta que muera a consecuencia de un accidente que no admite un trasplante de órganos. Predecimos que la prolongación de la vida y la conquista de la decadencia senil son perspectivas reales que pueden ser alcanzadas antes de que el público acepte esquemas que afecten a los cromosomas y a la materia gris fetal.

Si esos triunfos de la geriatría llegan lo bastante pronto como para afectar a personas que en la actualidad tienen más de cincuenta años, esos individuos continuarán reaccionando desfavorablemente a las innovaciones genéticas. Los hombres capaces de vivir indefinidamente no querrán ceder el control del mundo a una nueva y mucho más brillante generación. Si la conquista de la senilidad se demora hasta que ellos estén muertos, los futuros Muller, Lederberg y Haldane pueden tener su oportunidad.

Hasta ahora hemos mencionado algunas de las posibilidades corrientemente conocidas que podrían afectar al género humano en su conjunto en el futuro, pero, ¿qué hay acerca de la raza? A cada día que pasa puede mencionarse menos el problema de la raza. Predecimos que durante las dos próximas décadas, como mínimo, los estudios raciales continuarán declinando. Predecimos también que en algunos aspectos se acentuarán las diferencias raciales debido a que los geriatras y los genéticos son en su mayor parte europeos, norteamericanos, japoneses y chinos. ¿Querrán esos brujos tratar de prolongar las útiles vidas de miembros de razas que no sean la suya, o aumentar su capacidad intelectual? Los antropólogos podrían optar por la conservación y el mejoramiento intelectual de los antiguos aborígenes australianos, para que sirvieran de informadores permanentes a las futuras

generaciones de estudiantes, pero los antropólogos pesan muy poco en el campo de la política.

Los negros, entretanto, pueden esperar otra innovación. Recientes investigaciones sobre los efectos de dos hormonas segregadas por la glándula pineal permiten afirmar que dentro de poco la gente podrá cambiar el color de su piel por medio de simples inyecciones. Una mujer de color, podrá convertirse en blanca con menos esfuerzo que el que requiere el cepillado y peinado de sus cabellos. Esto será particularmente eficaz para aquellas personas que tienen las facciones pequeñas y la piel oscura.

Cuando los genéticos portadores de cromosomas y los hombres del DNA obtengan luz verde para practicar su magia, las diferencias raciales podrán desaparecer, no sólo en el terreno de la anatomía y la fisiología, sino también en el campo amargamente debatido de la inteligencia. Todo el mundo que lo desee podrá tener un Cociente de Inteligencia de exactamente 199,95. Y una gente tan brillante como esa podrá adoptar las medidas necesarias para disminuir la natalidad, estabilizar la población mundial, restablecer los paisajes naturales de la tierra, dar a todo el mundo un trabajo que esté de acuerdo con sus aptitudes, y comprobar que la división del hombre en razas es un maravilloso regalo de la naturaleza, más bien que una fuente de animosidad.

Al contrario de los redactores del suplemento dominical del *Times*, serán capaces de decidir si quieren cuatro dedos o cinco en los pies, y los que se sientan suficientemente diabólicos podrán andar sobre pezuñas. Los centauros negros podrán jugar al polo contra los centauros blancos, con gnomos y duendes alentándoles ruidosamente desde las bandas. Esto suena como un sueño, o, si se prefiere, como una pesadilla. Pero, ¿lo es?

Computadoras, Biotecnología, Educación y Sentido Común

Los fabricantes de computadoras están profundamente interesados en las investigaciones de los cirujanos neurólogos, a fin de poder mejorar sus máquinas. No pasará mucho tiempo sin que podamos saber exactamente cuanta «inteligencia» está determinada genéticamente y cuánta está inducida ambientalmente. Una vez establecido este conocimiento, el problema de las diferencias interraciales en la capacidad genética de los individuos para el aprendizaje, toma de decisiones y ciertos aspectos de la conducta podrá ser leído directamente del propio cerebro. Esta nueva ciencia será para la frenología lo que la física atómica es para la alquimia. Habiendo determinado la capacidad de los individuos, los expertos en esta nueva ciencia podrán relacionar fácilmente sus hallazgos en términos de poblaciones y razas. Entonces podrá ser de interés académico resolver el problema de la validez de los Cocientes de Inteligencia y otras pruebas psicométricas. Los fabricantes de computadoras serán felices, y el problema de las diferencias raciales podrá ser trasladado del campo de batalla político al imperio de ingenieros y educadores.

Tal como B. F. Pierce ha señalado brillantemente, los ingenieros especializados en

lo que ellos llaman biotecnología, han realizado minuciosos estudios sobre la utilización de los recursos naturales en la industria y el perfeccionamiento de máquinas para tratarlos, pero han prestado mucha menos atención a la utilización eficaz del tercero y más importante componente: el ser humano, que es a la vez productor y consumidor de su producto. La utilización eficaz de los seres humanos requiere un conocimiento tan exacto de sus órganos y funciones como el que los físicos, químicos, biólogos e ingenieros poseen ya de las materias primas y de las máquinas. Una parte esencial del conocimiento necesario puede ser proporcionado por las investigaciones en neurología que tanto interesan a los fabricantes de computadoras. Aunque Pierce ha enfocado su trabajo desde el punto de vista de la utilización eficaz de las diferencias culturales, es evidente que las diferencias raciales están inevitablemente implicadas en la cuestión.

En este punto de la historia de la humanidad las ramas más avanzadas de la ciencia empiezan a reunirse para estudiar al hombre, ocupando el lugar de los antropólogos y sociólogos, que trabajan con herramientas, técnicas y conceptos más elementales. Sus esfuerzos combinados deben conducir a lo que ahora es una conclusión impopular. En vez de tratar de homogeneizar las culturas del mundo mediante el «desarrollo» de los pueblos y naciones «subdesarrollados» —y en vez de continuar ignorando las diferencias raciales del mismo modo que estamos acostumbrados a evitar el mencionar el cáncer—, los científicos prácticos y responsables planearán y recomendarán unos sistemas encaminados a que a todos los miembros de todas las razas y culturas les sean asignadas unas tareas interesantes y que estén de acuerdo con sus aptitudes, o bien se les permita vivir tranquilamente de acuerdo con sus propias normas tradicionales mientras ellos lo deseen.

El éxito de los educadores sería un triunfo mayor que la conquista de la muerte, el éxito del DNA, u otra propuesta moderna: los cruces en masa para eliminar las razas. Y sus posibilidades serían también mayores que las de cualquiera de los otros equipos. Hay más gente interesada en educar a sus hijos que en construir Frankensteins o incluso en vivir indefinidamente. Ninguna iglesia importante, ningún partido político, se oponen a la educación. Nadie desea el desempleo o la pobreza, que en la mente pública van unidos a la inferioridad de oportunidades educativas. Gane quien gane, nuestra predicción acerca del futuro de las razas del hombre continua siendo la misma. Nosotros predecimos que si las cosas continúan como hasta ahora, los Australoides y los Capoides serán eventualmente absorbidos por sus vecinos, aunque su desaparición como razas puras puede tardar en producirse más de lo que algunos antropólogos creen. Predecimos también que los Caucasoides, los Mongoloides y los Congoides estarán con nosotros como unidades independientes durante mucho, muchísimo tiempo. No hay nada asombroso en estas predicciones, y confiamos en que nadie quedará decepcionado por ello.

PREHISTORIA

Hasta que construyamos una máquina del tiempo tendremos que satisfacer nuestra curiosidad acerca del pasado interpretando los libros, las tablillas y las inscripciones de las civilizaciones muertas. Podemos comprender también algo de sus vidas cotidianas examinando los restos de sus estatuas, de sus jarrones y de sus joyas. De hecho, en lo que respecta a todos los grupos y culturas que vivieron y murieron antes de la invención de la escritura, esos son los únicos testimonios de que disponemos. Pero, a falta de hechos, un escritor puede utilizar la fantasía y especular a su antojo... siempre que sus especulaciones resulten interesantes. Aunque la capacidad de los hombres para controlar y domesticar el fuego debió llegar como resultado de un largo proceso de aprendizaje, quizás repetido muchas veces en diversas partes del mundo, Roy Lewis nos estimula a creer, en «El Hombre en Evolución», que un solo individuo lo hizo todo en el curso de su propia vida.

Robert C. Suggs nos demuestra que hay más Ciencia-Ficción a nuestro alrededor de lo que suponemos. Los hombres que viajaron a bordo de la balsa *Kon-Tiki* eran valientes y osados; su aventura fue peligrosa y excitante. Esto es evidente. Pero parece ser que la teoría histórica de Thor Heyerdahl tiene mucho de Ciencia-Ficción. «El Mito de la *Kon-Tiki*» pone de manifiesto que la teoría de Heyerdahl es tan despreocupada en lo que respecta al tiempo como lo era la del Padre en «El Hombre en Evolución».

La invención de la escritura no registró automáticamente todos los detalles de la historia del hombre. Además, sólo ha sobrevivido una pequeña parte de todo lo que se escribió. Recuérdese el incendio de la biblioteca de Alejandría. Y piénsese en los abundantes archivos que hubieran llegado a nosotros si los Romanos hubiesen conocido el uso del papel... De nuevo, la fantasía puede llenar el vacío dejado por la ausencia de hechos, tal como hace el general W. C. Hall con su «Una Medalla para Horatius» un fragmento de historia burocrática que es tan buena que debería ser cierta.

El hombre en evolución

Roy Lewis

El fuego nos daba luz después de que el sol se había ocultado, y aprendimos a gozar del enorme placer de reunirnos en torno a él cuando se espesaban las sombras, masticando nuestra comida, chupando la médula de un hueso y contando historias. Estas procedían casi siempre del Padre; y la mejor de todas era la historia de cómo conquistó para nosotros el fuego salvaje. La recuerdo palabra por palabra.

«Todos recordáis —decía el Padre, instalándose cómodamente con un palo para aguzar, ya que nunca permanecía ocioso— lo mal que se pusieron las cosas en aquellos días. Estábamos siendo perseguidos y cazados implacablemente... Perdisteis tíos, tías, hermanos y hermanas en la matanza. Los carnívoros se habían vuelto contra nosotros, debido a la escasez de animales vertebrados en esta región. No estoy seguro de los motivos de la escasez. Quizás fue provocada por una serie de sequías que agostaron sus pastos. Quizás: alguna nueva enfermedad había diezmando los rebaños. Sea como fuere, en cuanto los felinos probaron nuestra carne se acostumbraron rápidamente a su sabor y, desde luego, descubrieron que éramos unas presas más accesibles.

»Es posible que os preguntéis por qué no decidí llevaros a unas zonas más seguras. Desde luego, medité muchísimo en esa posibilidad. Pero, ¿a dónde podíamos ir? ¿Hacia el norte, penetrando más en las llanuras, donde los carnívoros podían acompañarnos y comernos mientras avanzábamos?

»¿Hacia los bosques, donde incluso ahora Vanya encuentra cada vez más difícil la existencia? Yo no podía resignarme a sacrificar los esfuerzos de centenares de miles de años de evolución y la cultura de la Edad de Piedra y a empezar de nuevo como hombre-mono. Mi anciano padre se hubiera levantado de su tumba, la cual es un cocodrilo, si yo hubiera traicionado todos sus ideales de progreso. Teníamos que quedarnos, pero teníamos que utilizar nuestros cerebros. Teníamos que encontrar algún medio para evitar que los leones nos comieran de una vez para siempre. ¿Cuál sería ese medio? Al final descubrí que esa era la pregunta clave. Tal es la belleza del pensamiento lógico; le capacita a uno sistemáticamente para eliminar las alternativas hasta dejarle con la pregunta básica».

Padre cogió una rama chamuscada de la fogata y contempló pensativamente su extremo humeante.

«Sabía, como sabemos todos, que los animales temen al fuego. Nosotros mismos lo tememos, siendo animales como los demás. De cuando en cuando lo habíamos visto llamear y hervir en las laderas de las montañas, incendiando bosques; y todas

las especies huían de él, aterrorizadas. Nosotros corríamos casi con tanta rapidez como los ciervos, y el peligro hermanaba a los hombres y a los leones. Hemos visto montañas enteras estallar en humo y llamas, y a todos los animales corriendo enloquecidos de un lado para otro. No sucede a menudo; pero todos sabemos lo que ocurre cuando sucede. No hay ningún dolor tan intenso como el de una quemadura, ni una muerte tan horrible como la que produce el fuego. O, al menos, así parece. De modo que mi problema consistía en conseguir el efecto de un volcán, sin que las consecuencias me afectaran a mí mismo. Lo que yo necesitaba era un pequeño volcán portátil. La idea general se me presentó con repentina claridad una noche, cuando estaba levantando las barricadas. Pero la idea general —la solución teórica— es una cosa; y la aplicación práctica, otra. Las ideas en el cerebro no expulsan a los osos de las cavernas. Yo estaba muy ufano por la bondad de mi teoría, pero me di cuenta de que si no hacía algo más que recrearme en ella no tardaría en ser comido con el resto de mi familia.

»¿Cómo funcionaba el fuego? Mi segunda idea decisiva, que se me ocurrió poco después, fue la de que debía subir a un volcán y ver lo que sucedía allí. Era una cosa obvia, una vez se había caído en ello, y me maldije a mí mismo por no haberlo pensado antes. Tendría que hacerlo en medio de una emergencia. Pero no cabía duda de que mi única esperanza de encontrar la clase de fuego limitado, de tamaño familiar, estribaba en subir a un volcán y tratar de conseguir allí un poco de fuego. De modo que decidí arriesgarme.

»Subí al Ruwenzori, guiándome por las llamas que brotaban de la cumbre. La montaña está rodeada por un cinturón de árboles, en su mayor parte alcanforeros y euforbios, y los crucé lo más rápidamente que pude, en parte corriendo, en parte deslizándome de árbol en árbol. Al principio tenía la compañía de animales, monos, felinos y pájaros; bandadas de pájaros. Pero a medida que los árboles iban aclarándose, me encontré más y más solo. Se oían una especie de rugidos subterráneos, semejantes a los de un león. Al final me encontré en un terreno en el cual se veían rocas ennegrecidas, rodales de hierba y árboles canijos. El frío era allí muy intenso, e incluso podían verse algunos rodales de nieve. El aire estaba cada vez más enrarecido y yo tenía que respirar a boqueadas. Me encontraba completamente solo, y un viento helado empezó a soplar mientras alcanzaba una región desolada en la cual mis hombros temblaban de frío en tanto que las rocas que pisaba despedían un extraño calor que quemaba las plantas de mis pies. Empecé a preguntarme por qué había ido allí; me encontraba ante una extensión de lava solidificada y, en lo alto, debajo de un palio de humo negro, se abrían los agrietados labios del cráter. Confieso que en aquel momento estuvo a punto de fallarme el valor; experimenté unos enormes deseos de dar media vuelta; pero comprendí que regresar con las manos vacías equivalía a no regresar; y lo insólito del escenario me arrastró.

»Mi persistencia se vio recompensada súbitamente. Descubrí que no podía, como había intentado, trepar en línea recta hasta el borde del cráter; las rocas se erguían aun

a más de un centenar de pies por encima de mí. Lo único que podía hacer era abrirme camino en espiral alrededor del cráter; pero, al llegar al otro lado de la montaña, vi algo que reanimó todas mis esperanzas. Vi que no sería necesario que trepara hasta la misma cumbre, lo cual podría haberme llevado varios días, suponiendo que pudiera sobrevivir una noche al aire libre en aquel lugar. Ya que acababa de ver en aquel lado de la montaña el humo y el vapor que brotaban del suelo, un poco más arriba del lugar donde me encontraba. En consecuencia, allí tenía que haber fuego. Efectivamente, en aquel paraje la montaña parecía haber sido hendida por un enemigo, y por el boquete brotaban sus rojas entrañas. O quizás la montaña sufría un ataque de bilis y estaba vomitando. Creo que aquello me aproximó sobremanera a la verdad de cómo estaba hecho el mundo; pero, por desgracia, sólo disponía de tiempo para efectuar algunas apresuradas observaciones. Lo que me interesó inmediatamente fue que cuando el rojo vómito alcanzó a un árbol que se erguía en su camino, aquel árbol se incendió con una gran llamarada.

»Aquí estaba, pues, lo que yo deseaba: una conexión entre el fuego básico de la tierra y el fuego portátil que yo estaba buscando. Mientras lo observaba, comprendí súbitamente el secreto de la cosa: ya que cuando un árbol se incendiaba, cualquier árbol que tocara se incendiaba a su vez. Aquí estaba el principio de la transmisión del fuego, demostrado al natural. Si uno toca un fuego con algo combustible, ese algo combustible arde a su vez. Todo esto es muy evidente ahora para vosotros, pero recordad que yo lo estaba viendo por primera vez.

»El volcán era el fuego-padre; los árboles eran hijos e hijas, pero también ellos podían convertirse en fuegos-padres si establecían contacto con otro árbol combustible. Comprendí rápidamente que lo único que tenía que hacer era recoger una rama caída, aplicarla contra uno de los árboles que ardían y llevármela. Hice la prueba inmediata mente, con un éxito total: ¡la rama se encendió! Tenía fuego en mis manos. Grité de alegría mientras me alejaba de los árboles en llamas, sosteniendo la rama en alto. Comprobé que encima de mi cabeza ardía y humeaba un pequeño volcán. Con aquella terrible antorcha en mis manos podía asustar a cualquier león. Sin más demora, emprendí el camino de regreso. Llevaba recorrida una milla cuando descubrí que mi llameante rama había dejado de arder y no era más que un negro tizón que me quemaba la mano».

La rama que Padre había sacado del fuego había dejado de humear, y padre empezó a frotar la ennegrecida punta con un trozo de pedernal, sin tener conciencia de lo que estaba haciendo.

«Tuve que hacer marcha atrás y efectuar otros experimentos. Comprobé que un fuego pequeño no tarda en devorar su alimento; hay que darle más para que no muera. De modo que establecí una especie de relevo. Empecé por encender una rama. Luego la llevé tan lejos como pude hasta que casi se apagó; entonces arranqué otra rama de un árbol, la encendí con la anterior y así sucesivamente. Todo muy sencillo y muy lógico una vez que se ha visto. Y así os traje el fuego con el cual hemos asustado

desde entonces a los leones, y que desde entonces no se ha apagado. Pero aunque se apagara, sería muy fácil...».

Padre se interrumpió súbitamente, y se quedó contemplando la rama que sostenía en su mano.

«¡Tiene gracia! —exclamó—. Mientras os he estado hablando, y sin pensar siquiera en ello, he inventado algo todavía más importante: la lanza pesada de caza, con la punta endurecida al fuego...».

El mito de la Kon-Tiki

Robert C. Suggs

Los nativos del atolón de Raroia en el Archipiélago de Tuamotu de la Oceanía francesa, quedaron muy sorprendidos un día al ver aparecer en el horizonte una extraña vela. Paulatinamente la vela se acercó, arrastrando una embarcación todavía más extraña, completamente distinta de las que suelen recorrer aquellas islas en busca de cargamentos de copra. Navegaba muy hundida en el agua, con las olas casi a nivel de su cubierta. Mientras los raroianos la contemplaban con interés, la embarcación se acercó al peligroso arrecife que rodeaba la isla, sin efectuar ninguna maniobra para tratar de escapar de los rompientes que la lanzaban contra el dentado baluarte de coral. Los tripulantes de la balsa —ya que se trataba de una gran balsa provista de una vela— eran evidentemente incapaces de controlarla con precisión. Finalmente, fue a estrellarse contra el coral, esparciendo ocupantes, latas de conserva, equipo de radio y otros aparejos en todas direcciones. Por último encalló detrás del arrecife. Los cinco ocupantes de la balsa, altos, curtidos, barbudos y afortunadamente ilesos, se incorporaron rápidamente y empezaron a recoger sus pertenencias de entre los espinosos erizos de mar que flotaban en las aguas poco profundas.

Para Thor Heyerdahl, el jefe de aquel grupo de osados navegantes, aquel día fue memorable por más de un concepto. Sus compañeros y él acababan de completar un viaje de 101 días desde la costa de América del Sur a bordo de la balsa de troncos *Kon-Tiki*, y su llegada a Raroia ponía punto final a una travesía llena de peligros. Sin embargo, era más importante el hecho de que Heyerdahl, con su travesía sobre la balsa desde la América del Sur hasta la Polinesia, se había asegurado una prueba adicional para una teoría que desde hacía mucho tiempo había tratado inútilmente de que aceptaran los antropólogos del mundo.

La teoría de Heyerdahl, familiar para muchos profanos a través del popular relato del viaje de la *Kon-Tiki*, afectaba al origen de la raza polinesia. Disintiendo de los antropólogos, Heyerdahl creía que los polinesios no procedían de Asia, sino que eran indios americanos que habían navegado desde la costa del Nuevo Mundo, la cual se encontraba mucho más cerca del triángulo polinesio que la costa de Asia. La teoría no era nueva. Había sido expuesta por primera vez por un misionero español en las Filipinas, el Padre Joaquín M. de Zúñiga, en su libro *Historia de las islas Filipinas*, atribuyendo un origen americano a los nativos de aquellas islas. La teoría atrajo a otro erudito misionero, William Ellis, el cual no pudo aceptarla completamente como aplicable a los polinesios. En tiempos más recientes la posibilidad de una relación polinesio-peruana ha sido resucitada en varias ocasiones, pero nunca ha merecido una

sería atención.

Según la hipótesis de Heyerdahl, dos grupos independientes de indios estarían implicados en esta población de las islas de Polinesia. Primero, un grupo de indios peruanos navegaron en sus balsas desde la costa del Perú hasta las islas de la Polinesia Oriental, tocando la isla de Pascua y moviéndose posteriormente hacia el oeste a través de las islas Marquesas y Sociedad hasta el límite occidental de la Polinesia. Más tarde, un grupo de indios del Noroeste del Pacífico de los Estados Unidos y Canadá abandonaron sus cedros y sus ídolos y remaron hasta Hawai en sus piraguas, después de lo cual se infiltraron gradualmente en las islas meridionales del triángulo polinésico, mezclándose con los peruanos que moraban ya en aquella zona. Esto presupone evidentemente un extraordinario desarrollo muscular en los remeros indios de la costa del Noroeste, aunque esta fuerza física no es más notable que la infinita paciencia demostrada por los menudos peruanos en su recorrido a través de las islas.

Hagamos una breve pausa para examinar la propia *Kon-Tiki*. ¿Demostró realmente Heyerdahl con su viaje que los indios peruanos pudieron llegar a la Polinesia en aquella clase de balsas? La respuesta es rotundamente negativa. La balsa *Kon-Tiki* es un tipo de embarcación desarrollada por los peruanos *después* de que los españoles les enseñaron a utilizar las velas. Aunque los peruanos utilizaban balsas para viajar a lo largo de sus costas mucho antes de la llegada del hombre blanco, aquellas balsas no usaban velas, sino que eran propulsadas a fuerza de remos. Las balsas a vela del tipo de la *Kon-Tiki* no fueron utilizadas nunca por los indios prehistóricos. Además, los indios peruanos, lo mismo si usaron velas o remos, que si se dejaron arrastrar por las corrientes, no gozaron de las ventajas de los alimentos en conserva, de los modernos alambiques solares para extraer agua potable del mar, de las radios, mapas e instrumentos de navegación, ni del conocimiento del lugar al cual se dirigían. La *Kon-Tiki* disfrutó de todas esas ventajas, y puede afirmarse que sin ellas el viaje hubiese terminado rápidamente en tragedia. Cuando la *Kon-Tiki* encalló en los arrecifes de Raroia, llevaba aún a bordo 1.500 latas de conserva. Por lo tanto, se supone que la tripulación no podía sustentarse únicamente con lo que el mar les proporcionara. ¿Por qué habrían podido sobrevivir los indios, peor equipados y sin velas?

En resumen, el viaje de la *Kon-Tiki* no constituyó en modo alguno una demostración de la capacidad marinera de los antiguos peruanos. Lo único que demostró fue que utilizando un tipo de balsa a vela moderno, posterior a la llegada de los europeos a América, con instrumentos de navegación y equipo modernos, unos hombres podían sobrevivir a un viaje de 101 días entre Perú y Polinesia.

No hace falta decir que cuando la teoría de Heyerdahl se hizo pública, la reacción de la comunidad científica fue unánimemente negativa. Como ya hemos señalado, no era la primera vez que la hipótesis era aireada, y la versión de Heyerdahl era la misma vieja historia, envuelta en un nuevo ropaje y apoyada por una propaganda

sensacionalista. Pero la teoría de la emigración peruana no ganó ningún adepto entre los científicos, los cuales están acostumbrados a exigir a sus colegas la misma objetividad que se exigen a sí mismos. Unos cuantos hombres de ciencia dedicaron algunos esfuerzos a señalar en revistas científicas varios de los numerosos fallos y contradicciones de la teoría y de la evidencia sobre la cual se basaba. La publicación de la teoría de la *Kon-Tiki* estimuló ulteriores trabajos científicos en el campo de la antropología polinésica, los cuales se tradujeron en pruebas adicionales contra la teoría, en vez de contribuir a sostenerla. El público, desconociendo en absoluto las conclusiones de la antropología en lo que respecta a los polinesios y a los indios americanos, estaba dispuesto a aceptar la hipótesis tal como era presentada en las numerosas publicaciones populares que hablaban del viaje de la balsa. El innegable arrojó de la tripulación al enfrentarse con el poderoso Pacífico sobre una embarcación tan frágil contribuyó evidentemente a hacer más atractiva la teoría, suponiendo que no fuera la causa principal de su popularidad.

Después del inicial estallido de entusiasmo popular, el interés del público se apagó gradualmente, en tanto que los científicos continuaban sus trabajos, interrumpiéndose ocasionalmente para practicar unos cuantos agujeros más en la teoría que, de todos modos, había mostrado su inconsistencia desde el primer momento.

Sin embargo, Heyerdahl no descansaba, y en 1956 dirigió la Expedición Noruega a Polinesia. El objetivo de la expedición era el de ahondar en la prehistoria de la Polinesia Oriental, concentrándose de un modo especial en la Isla de Pascua. Heyerdahl esperaba encontrar argumentos en apoyo de la teoría de la *Kon-Tiki*, naturalmente. Su obra más reciente, intitulada *Aku-Aku*, es un resultado de aquella tarea, y nos sirve de fuente principal de conocimiento del trabajo de los miembros de la expedición en la Isla de Pascua y en otras partes. *Aku-Aku* se encuentra en la misma línea de las obras anteriores, difiriendo únicamente en que su posición es más extremista. El estilo general de la obra corresponde al de los libros de aventuras tales como *Infierno Verde* y *Todos los Ríos Corren hacia el Este*. El aura de misterio que rodea la Isla de Pascua alcanza en el libro un clímax fantástico, sin que se haga ninguna referencia, prácticamente, a los excelentes estudios antropológicos efectuados por Métraux, Lavachéry, Routledge y otros. Aunque Heyerdahl evita el mencionar tales fuentes, es indudable que está familiarizado con ellas, como observará cualquiera que haya leído las obras de Métraux.

Habiendo establecido así para el lector profano que la Isla de Pascua y su cultura son *térrea incógnita* para el mundo antropológico, Heyerdahl pasa a contar lo que él pudo descubrir con sus propios métodos especiales durante la estancia de cinco meses de la expedición. Los isleños de Pascua, desde luego, resucitaron la suma total de su esotérica para aquel visitante de excepción, revelándole todos los secretos hasta entonces ocultos a los ojos del hombre blanco. Aquellos secretos incluían cavernas ancestrales, a las cuales se llegaba únicamente por peligrosos caminos excavados en

las entrañas de la isla y atestadas de extrañas esculturas de *aku-aku*, o demonios; el modo de mover y levantar las grandes estatuas; el secreto de la escritura de la Isla de Pascua... En realidad, se tiene la impresión de que los nativos de la Isla de Pascua representaron un espectáculo para Heyerdahl, poniendo en escena la «Historia de la Isla de Pascua» con música de Dimitry Tiomkin.

Lo cierto es que las estatuas de piedra descubiertas en las profundidades de las cavernas ancestrales son el más burdo de los fraudes, de un modelo que confeccionan los isleños para vendérselo a los turistas y marineros. Las desastrosas proporciones, la abominable técnica escultórica, permiten dictaminar su falsedad incluso a través de una fotografía. Comparadas con las finas y delicadas tallas en madera del pasado pagano del «Ombligo del Mundo», aquellas figuras de piedra son monstruosidades. Sin embargo, resulta alentador comprobar que los nativos de la Isla de Pascua reconocen con tanta rapidez las posibilidades para engañar a un novato, e impresiona de veras la creatividad de su imaginación en este y en algunos de los otros «secretos» que revelaron.

En cuanto al secreto de la escritura de la Isla de Pascua, los trabajos del Dr. T. Barthel posteriores a la estancia en la isla de la Expedición Noruega permitieron identificar la verdadera naturaleza del sistema de signos utilizados en las tablillas *rongorongo*. El Dr. Barthel señala que la escritura fue traída a la isla por los primeros pobladores y es de origen polinesio.

Aparte de los interludios de excitación y suspense, el libro contiene las habituales afirmaciones. Por ejemplo, Heyerdahl se atribuye a sí mismo los primeros trabajos de arqueología llevados a cabo en las Marquesas. Por desgracia, llegó treinta y siete años demasiado tarde. En efecto, aquel honor corresponde a Ralph Linton, que efectuó unas excavaciones en 1919, y yo mismo estaba realizando la primera excavación estratigráfica en Noku Hiva un mes antes de que el buque de Heyerdahl echara el ancla en la Bahía de Taiohae.

Heyerdahl pretende también que es el primer hombre blanco que vio la famosa estatua de dos cabezas que se encuentra en el valle de Taipivai, en Noku Hiva. En realidad, aquella estatua fue vista por primera vez por Karl von den Steinen, el famoso etnógrafo alemán, en 1898, y debidamente anotada en su libro sobre arte marquesiano. Desgraciadamente, el supersticioso temor de su guía nativo impidió que von den Steinen fotografiara la estatua.

Otro de los descubrimientos que Heyerdahl se atribuye es el del fuerte de Morongo Uta en Rapa Iti. El lugar fue localizado y estudiado por J. G. Stokes, del *Bernice Bishop Museum*, en los años veinte, aunque el informe no fue publicado. Pero los funcionarios del museo no trataron nunca de ocultar el hecho de que Stokes trabajó allí.

El cuadro general de la prehistoria de la Isla de Pascua que se desprende del *Aku-Aku*, es que las islas fueron pobladas primeramente por indios peruanos y posteriormente invadidas por polinesios (que en realidad eran indios de la Costa

Noroeste), al final del período prehistórico. Basándose en una antigua leyenda de la Isla de Pascua que alude a una guerra entre dos facciones llamadas, respectivamente, los Orejas Largas y los Orejas Cortas, Heyerdahl identifica a los Orejas Largas como peruanos, y a los Orejas Cortas como polinesios. Muestra unas cuantas fotografías de Orejas Largas supuestamente puros que viven aún en la Isla de Pascua, y cuyo aspecto, añado yo por mi cuenta, es notablemente caucásico. Heyerdahl atribuye esto al hecho de que los conquistadores peruanos no eran realmente indios, después de todo, sino hombres blancos de cabellos rojos. (¿Se oculta aquí una hipótesis nórdica?). El hecho de que no aparezca ninguna población caucásica prehistórica en todo el Perú carece de importancia para la teoría, desde luego. La repentina aparición de hombres blancos en la teoría de Heyerdahl resulta desconcertante, después de que el propio Heyerdahl ha tratado tan desesperadamente de demostrar que la sangre polinesia es similar a la sangre india americana en clasificaciones-tipo. Entonces, ¿qué relaciones raciales tienen esos blancos con los indios? ¿Poseen acaso los mismos tipos de sangre que los indios? Si es así, el tipo de sangre y el fenotipo físico no se corresponden, lo cual contradice su teoría.

La fecha de colonización de la Isla de Pascua ha sido fijada en el año 380 de nuestra Era. La cultura de los colonos peruanos, según Heyerdahl, es la de la época que los arqueólogos sudamericanos conocen como el período Tiahuanaco. Sin embargo, la cultura Tiahuanaco, brotó en las altiplanicies de Bolivia (cerca del lago Titicaca) alrededor del año 750. De modo que los peruanos que llegaron, a la Isla de Pascua llevaron allí la cultura Tiahuanaco 400 años antes de que existiera. ¡Una gran hazaña, incluso para los fabulosos peruanos! Sin embargo, resulta aun más asombroso el hecho de que aquellos peruanos llevaron con ellos la técnica de construir paredes de mampostería, la cual no apareció en Perú hasta mucho más tarde, aproximadamente en el año 1500.

Por otra parte, los descubridores tiahuanacos de la Isla de Pascua, carecían extrañamente de todas las cosas típicas, de la cultura Tiahuanaco. El período Tiahuanaco se caracteriza por una abundancia de hermosa alfarería, decorada con pinturas de felinos, deidades antropomórficas y zopilotes. En la Isla de Pascua, sin embargo, no se encontró ninguna pieza de alfarería. En Bolivia, centro de la cultura Tiahuanaco, se encuentran las ruinas de grandes edificios y varias, estatuas de gran tamaño. No existe el menor parecido entre las estatuas de la Isla de Pascua, representando figuras, humanas casi desnudas, y las de Tiahuanaco, representando seres antropomórficos con colmillos de felinos y vestidos con pesados ropajes. En lo único que coinciden es en que son de piedra, pero no creemos que esto sea muy significativo.

Otra característica de la cultura Tiahuanaco son sus telas maravillosamente tejidas con las fibras de una gran variedad de plantas y utilizando numerosas técnicas. Nada de eso ha sido encontrado en la Isla de Pascua.

La emigración que condujo a este grupo paradójicamente no Tiahuanaco de

indios Tiahuanacos a la Isla de Pascua estaba dirigida al parecer por el gran dios Viracocha. Pero el culto de Viracocha, un dios creador, puede remontarse en el Perú al año 750 de nuestra Era, como máximo, aunque esto no es seguro. Se supone que Viracocha fue un inca que sólo adquirió importancia cuando se desarrolló el imperio incaico después del 1500, e incluso puede ser una deidad tribal limitada únicamente a los incas. Desde luego, no existe ninguna prueba de que fuera un hombre real, del mismo modo que no puede probarse que existieran Apolo o Zeus.

Los peruanos de Heyerdahl disponían seguramente del artilugio clásico de la Ciencia-Ficción, la máquina del tiempo, ya que aparecieron en la Isla de Pascua el año 380, acaudillados por un dios-héroe incaico del año 750, poseedores de unas técnicas desarrolladas en el año 1500, y sin ninguna de las características del período Tiahuanaco en Perú y Bolivia. Esto equivale a decir que América fue descubierta en los últimos días del Imperio Romano por el rey Enrique VIII, el cual llevó a los aborígenes el Ford Falcon.

En resumen, la teoría de la *Kon-Tiki* se nos aparece como *fantasma* del pasado, envuelto en un sudario más atractivo. Su base es esencialmente el éxito de un moderno viaje en balsa que ni siquiera ha podido demostrar nada acerca de la antigua navegación peruana.

Las evidencias científicas en apoyo de la teoría son completamente inconsistentes, incluso en las escasas ocasiones en que resultan aceptables. Por otra parte, las similitudes que se citan para demostrar las relaciones polinesio-peruanas son completamente equívocas.

La teoría de la *Kon-Tiki* es casi tan plausible como las leyendas acerca de la Atlántida, de Mu y de los «Hijos del Sol». Al igual que la mayor parte de teorías semejantes, su lectura se hace apasionante; pero como ejemplo de método científico, resulta decepcionante.

Una medalla para Horatius

General William C. Hall

Roma, XI Abril, CCCLX

ASUNTO: Recomendación para la Medalla de Honor del Senado.

A: Departamento de Guerra, República de Roma

I: Se recomienda a Gaius Horatius, Capitán de Infantería, CMXIV, para la Medalla de Honor del Senado.

II: El Capitán Horatius ha servido XVI años, siempre con honor.

III: El III de marzo, durante el ataque a la ciudad por Lars Porsena de Cladium y su ejército Toscano de CMX hombres, el Capitán Horatius, voluntariamente, con el Sargento Spurius Lartius y el Cabo Julius Herminius, contuvo a todo el ejército Toscano en un extremo del puente, hasta que la estructura pudo ser destruida, salvando así la ciudad.

IV: El capitán Horatius luchó valientemente y mató en combate individual a un Mayor Picus de Clusium.

V: El valor ejemplar y el sobresaliente caudillaje del Capitán Horatius corresponden a la más alta tradición del Ejército Romano.

Julius Lucullus

Comandante de la II Legión de Infantería.

Ier. Ind. General Ayudante

Abril, CCCLX

A: Sección de Instrucción.

I: Para comentario.

Comandante General

IIº Ind. Sección de Instrucción

IX Mayo, CCCLX

A: Información.

I: Para comentario y despacho.

II: Cambiar final del párrafo III. Donde dice «salvando así la ciudad» poner «disminuyendo la efectividad del ataque enemigo». El ejército Romano estaba bien dispersado tácticamente; la reserva no había entrado en juego. La frase, tal como está escrita, podría ser tomada como un reproche a nuestro excelente ejército.

III: Cambiar la frase del párrafo V «sobresaliente caudillaje» por «loable iniciativa». El Capitán Horatius estaba al mando de XI hombres: sólo I/IV de un

escuadrón.

IIIº Ind. Información

II Junio, CCCLX

A: Personal

I: Omitir número de fuerzas Toscanas en el párrafo III. Esta información es reservada.

II: Un informe valorado como B-XI afirma que el oficial era un Capitán Pinous de Tifernum. Recomendamos cambiar «Mayor Picus de Clusium» por «un oficial de las fuerzas enemigas.

T.J.

IVº Ind. Personal

IX Enero, CCCLXI

A: Juez Letrado

I: El nombre completo es Gaius Cocles Horatius.

II: Cambiar años de servicio de XVI a XV. Un año en Jóvenes Exploradores, del Capítulo Rómulo, ha sido considerado como servicio militar erróneamente.

H.J.

Vº Ind. Juez Letrado

II Febrero, CCCLXI

A: General Ayudante.

I: La expedición Porsena no tuvo lugar en tiempo de guerra; el templo de Jano estaba cerrado.

II: La acción contra la expedición Porsena, ipso facto, fue una acción de policía.

III: La Medalla de Honor del Senado no puede ser concedida en tiempo de paz (Código, Capítulo CVII, párrafo XII).

IV: Sugerimos concesión Medalla del Soldado.

P.B.

VIº Ind. General Ayudante

IV Abril, CCCLXI

A: Sección Personal.

I: De acuerdo con párrafo IV, Vº Ind.

L.J.

VIIº Ind. Personal

I Mayo, CCCLXI

A: General Ayudante

I: La Medalla del Soldado se concede por salvar vidas: sugerimos Estrella de Bronce como más apropiada.

E.J.

VIII° Ind. General Ayudante

III Junio, CCCLXI

A: Juez Letrado

I: Para opinión.

G.C.

IX° Ind. Juez Letrado

XI Septiembre, CCCLXI

A: General Ayudante.

I: Han transcurrido XVII meses desde acontecimiento descrito en informe básico.

La Estrella de Bronce no puede ser concedida cuando han transcurrido XV meses.

II: El oficial puede optar al Rollo de Papyrus con Arete de Metal.

P.B.

X° Ind. General Ayudante

I Octubre, CCCLXI

A: Personal.

I: Para propuesta al Rollo de Papyrus con Arete de Metal.

XI° Ind. Personal

XX Octubre, CCCLXI

A: Información.

I: Nuestras excelentes relaciones actuales con Toscana podrían deteriorarse con perjuicio de las actuales y delicadas negociaciones si en estos momentos se diera publicidad a las acciones del Capitán Horatius.

T.J.

XII° Ind. Información

V Noviembre, CCCLXI

A: Personal.

I: Un informe (clasificado D-IV), parcialmente comprobado, asegura que Lars Porsena se muestra muy sensible acerca del asunto Horatius.

E.T.

XIII° Ind. Personal

XXI Noviembre, CCCLXI

A: General Ayudante.

I: En vista de la información contenida en los precedentes Endorsos XI° y XII°, prepare inmediato traslado del Capitán G. C. Horatius a una de nuestras guarniciones de ultramar.

II: Se le recordará de un modo especial el párrafo XII de la Ordenanza Militar, que prohíbe las entrevistas o conversaciones con gaceteros antes de llegar al destino final.

L.T.

I Abril, CCCLXII

ASUNTO: Investigación Informe del DEPARTAMENTO DE GUERRA.

A: Capitán Gaius Caius Horatius, III Legión, V Falange.

I: Sus declaraciones relativas a la pérdida de su escudo y su espada en el río Tíber el III de Marzo, CCCLX, han sido cuidadosamente estudiadas.

II: Se admite que en aquella fecha entró usted en acción contra ciertos elementos hostiles. Sin embargo, el Sargento Spurius Lartius y el Cabo Julius Herminius tomaron parte en la misma acción y no perdieron ninguna pertenencia del gobierno.

III: Se ha ordenado al Oficial Pagador que descunte de su próxima paga XIV talentos, importe de la espada y escudo.

IV: Queda usted advertido para que en lo sucesivo preste una mayor atención a la conservación de las pertenencias del gobierno.

H. Hocus Pocus

Teniente de Caballería

Oficial de Investigación.

ARQUEOLOGÍA

No existe ninguna emoción que pueda compararse a la de pasar los dedos por encima de los símbolos cincelados en la Piedra Rosetta que se conserva en el Museo Británico, tocando el fragmento de historia viviente. El misterio de los jeroglíficos egipcios no fue desvelado hasta que se descubrió aquella increíble piedra con sus jeroglíficos... más unos textos idénticos en demótico y en griego. Con aquella única clave pudieron iniciarse las tareas de traducción. Pero ¿qué sucedería si en algún lejano planeta se encontraran los archivos de una cultura completamente alienígena? ¿Cómo podríamos traducir una palabra de su escritura, siendo físicamente imposible la existencia de un eslabón con cualquier lenguaje o sistema de escritura terrestres? Esta es la pregunta que H. Beam Piper formula en «Omnilingual»... y que él mismo contesta de un modo muy ingenioso y lógico.

Seguramente, mientras extraía los diminutos fragmentos de un cacharro roto, más de un arqueólogo habrá deseado descubrir alguna versión prehistórica de las dos cápsulas del tiempo enterradas en los terrenos de la Feria Mundial, en Nueva York. Dean McLaughlin imagina esa clase de posibilidad en «Para los que Vengan Detrás».

Charles W. Ward y Timothy J. O'Leary se permiten un comentario humorístico acerca de los trabajos de investigación arqueológica en su delicioso relato «Una Investigación Preliminar de un Solar de un Hombre Primitivo en el Valle del Delaware».

Omnilingual

H. Beam Piper

Martha Dane se detuvo, levantando la mirada hacia el cielo cobrizo teñido de púrpura. El viento había cambiado desde el mediodía, mientras ella estaba a cubierto, y la tormenta de polvo que barría los elevados desiertos soplaba ahora sobre Syrtis. El sol, amplificado por la calina, era una brillante bola de color magenta, tan grande como el sol de la Tierra, a la cual Martha podía mirar directamente. Aquella noche, algo de aquel polvo que descendía de la capa superior de la atmósfera añadiría otra capa a las que habían estado enterrando la ciudad durante los últimos cincuenta mil años.

El rojizo loes se posaba sobre todas las cosas, cubriendo las calles y los espacios abiertos de parques y plazas, ocultando las pequeñas cosas que habían quedado aplastadas debajo de aquel fino légamo. En el lugar donde Martha se encontraba, las antiguas calles estaban a más de un centenar de pies debajo de la superficie; la brecha que habían practicado en la pared del edificio detrás de ella se había abierto en el sexto piso. Martha podía mirar hacia abajo y ver el grupo de barracones y cobertizos prefabricados, sobre el terreno cubierto de maleza que había sido el muelle cuando este lugar era un puerto de mar del océano que ahora se había convertido en la Depresión Syrtis; el reluciente metal estaba ya cubierto por una delgada película de polvo rojizo. Martha pensó, una vez más, en lo que costaría limpiar esta ciudad, en términos de tiempo y de trabajo, de personal, de suministros y de equipo traídos a través de cincuenta millones de kilómetros de espacio. Tendrían que utilizar máquinas; no había otro modo de hacerlo. Excavadoras, palas mecánicas y tractores; trabajaban aprisa, pero no realizaban una tarea selectiva. Martha recordaba las excavaciones alrededor de Harappa y Mohenjo-Daro, en el valle del Indo, y los pacientes y cuidadosos obreros nativos: los picadores y los paleadores, las largas hileras de peones llevándose los capazos de tierra... Lentos y primitivos como la civilización cuyas ruinas estaban poniendo al descubierto, sí, pero podían contarse con los dedos de una mano las veces que uno de aquellos obreros había dañado un objeto valioso enterrado. Gracias a los obreros nativos, mal retribuidos y resignados, la arqueología no continuaba en el estado en que la encontró Winckelmann. Pero en Marte no había obreros; el último marciano había muerto hacía quinientos siglos.

Algo empezó a repiquetear como una ametralladora, a cuatrocientos o quinientos metros a su izquierda. Era un martillo mecánico: Tony Lattimer había decidido ya qué edificio quería abrir a continuación.

Había diez personas en la oficina principal del Barracón Número Uno cuando

Martha entró. En cuanto se hubo descargado de su equipo de oxígeno, encendió un cigarrillo, el primero desde el mediodía, y luego contempló a los reunidos. El anciano Selim von Ohlmhorst, el turco-germano, uno de sus dos compañeros arqueólogos, sentado al extremo de la larga mesa, fumando su gran pipa curvada y hojeando un cuaderno de notas. La oficial de artillería, Sachiko Koremitsu, entre dos lámparas de pie al otro extremo de la mesa, con la cabeza inclinada sobre su trabajo. El coronel Hubert Penrose, de la Fuerza Especial CO, y el capitán Field, del servicio de información, escuchando el informe de uno de los pilotos que acababa de regresar de un vuelo de reconocimiento. Un par de muchachas, tenientes de Transmisiones, preparando el comunicado televisado que sería transmitido al *Cyrano*, en órbita a cinco mil kilómetros del planeta, y retransmitido desde allí a la tierra vía Lunar. Sid Chamberlain, el representante de la Agencia de Noticias Trans-Espacio, estaba con ellas. Al igual que Selim y que la propia Martha era un paisano; llevaba una camisa blanca y un jersey azul sin mangas. Y el Comandante Lindemann, el oficial de Ingenieros, y uno de sus ayudantes, discutiendo sobre algunos planos sobre un tablero de dibujo. Martha confió, sacando del depósito agua caliente para lavarse las manos, en que estuvieran ocupándose de la conducción de agua.

Martha llevó los cuadernos de notas al lugar donde Selim von Ohlmhorst estaba sentado, y luego, como hacía siempre, se apartó a un lado y se dedicó a observar a Sachiko. La muchacha japonesa estaba restaurando lo que había sido un libro, hacía cincuenta mil años; sus ojos estaban tapados por una lupa binocular, cuya cinta negra resultaba invisible contra su abundante mata de cabellos color azabache. Daba gusto verla trabajar; todos sus movimientos eran tan graciosos y precisos como los de un músico después de haber ensayado un centenar de veces.

—Hola, Martha. Es temprano aún, ¿verdad? La muchacha habló sin levantar la cabeza, casi sin mover los labios, como si temiera que el más leve soplo desordenara el maltrecho material que tenía delante de ella.

—Sí, no son más que las tres y media. Yo ya he terminado mi trabajo. Y no he encontrado más libros, si esa es una buena noticia para ti.

Sachiko se quitó la lupa y se echó hacia atrás en su silla, cubriéndose los ojos con las manos.

—No, me gusta hacer esto. Yo lo llamo hacer micro-rompecabezas. Este libro, por ejemplo, está hecho polvo. Selim lo encontró al aire libre, con varios objetos pesados encima; las páginas están literalmente destrozadas. —Vaciló unos instantes—. Si al menos sirviera para algo, después de tanto trabajo...

Era una especie de reproche, y Martha se dio cuenta de que adoptaba un tono defensivo al contestar.

—Servirá, algún día. Recuerda lo que se tardó en interpretar los jeroglíficos egipcios, incluso después de disponer de la Piedra Rosetta.

Sachiko sonrió.

—Sí, lo sé. Pero ellos *disponían* de la Piedra Rosetta.

—Y nosotros no. No existe ninguna Piedra Rosetta, en ninguna parte de Marte. Toda una raza, toda una especie, murió mientras el primer artista Cro-Magnon dibujaba renos y bisontes en las paredes de una cueva, y a través de cincuenta mil años y cincuenta millones de kilómetros no existió puente de comprensión.

»Nosotros encontraremos uno. Tiene que haber algo, en alguna parte, que nos dará el significado de unas cuantas palabras, y nosotros las utilizaremos para descubrir el significado de más palabras, y así sucesivamente. No viviremos lo suficiente para aprender este lenguaje, pero pondremos la primera piedra y, algún día, alguien completará el edificio.

Sachiko apartó las manos de sus ojos, procurando no mirar directamente las luces, y sonrió de nuevo. Esta vez Martha estaba segura de que no se trataba de sonrisa japonesa de cortesía, sino de la sonrisa universalmente humana de amistad.

—Eso espero, Martha; de veras. Sería maravilloso que fueras tú la primera en hacerlo, y sería maravilloso para todos nosotros poder leer lo que aquella gente escribió. Sería como volver a la vida esta ciudad muerta. —La sonrisa se desvaneció lentamente—. Pero esto es soñar despierto.

—¿No has encontrado más grabados?

Sachiko sacudió la cabeza. Y no es que la cosa tuviera demasiada importancia. Habían encontrado centenares de grabados con membretes; nunca habían podido establecer una relación positiva entre algún objeto dibujado y alguna palabra impresa. Ninguna de las dos muchachas dijo nada más, y al cabo de unos instantes Sachiko volvió a colocarse la lupa e inclinó su cabeza hacia el libro.

Selim von Ohlmhorst levantó la mirada de su cuaderno de notas, quitándose la pipa de la boca.

—¿Todo está terminado, allí? —preguntó, exhalando una bocanada de humo.

—Todo —respondió Martha—. El capitán Gicquel ha empezado a abrir una brecha en el edificio del quinto piso para abajo, con una entrada en el sexto; cuando termine de abrir la brecha instalará los generadores de oxígeno.

El coronel Penrose levantó la mirada rápidamente, como si tomara mentalmente nota de algo que debía hacer más tarde. Luego volvió su atención al piloto, que estaba señalando algo en un mapa. Von Ohlmhorst asintió.

—¿Sabe usted en qué edificio ha decidido penetrar Tony a continuación?

—En aquel tan alto que está rematado por una especie de apagavelas, creo. Oí que estaban taladrando los agujeros para colocar los barrenos por aquella parte.

—Bueno, espero que resulte ser uno de los que estuvieron ocupados hasta el final.

El último no lo había estado. Lo habían vaciado de su contenido poco a poco, al parecer durante un largo período de tiempo. Durante siglos, mientras moría, esta ciudad había ido consumiéndose a sí misma, por un proceso de autocanibalismo. Martha dijo algo a ese respecto.

—Sí —asintió Selim—. Siempre nos encontramos con eso... excepto en lugares como Pompeya, desde luego. ¿Ha visto usted alguna de las otras ciudades romanas en

Italia? ¿Minturnae, por ejemplo? Primero los habitantes rompieron esto para remendar aquello, y luego, cuando hubieron abandonado la ciudad, llegaron otras gentes y rompieron lo que quedaba, y quemaron las piedras para hacer yeso, o las trocearon para empedrar caminos, hasta que sólo quedaron los cimientos. En este aspecto estamos de suerte; éste es uno de los lugares donde la raza marciana pereció, y no hubo bárbaros que llegaran más tarde y destruyeran lo que ellos habían dejado. —Chupó lentamente su pipa—. Un día de estos, Martha, voy a penetrar en uno de esos edificios y descubriré que estuvo habitado hasta el último momento. Entonces nos enteraremos de la historia del final de esta civilización.

Y si aprendemos a leer su lenguaje, nos enteraremos de toda la historia, y no sólo del obituario. Martha vaciló, sin atreverse a traducir en palabras el pensamiento.

—Algún día lo descubriremos, Selim —dijo, consultando su reloj—. Voy a trabajar un poco en mis listas, antes de cenar.

Por un instante, el rostro del anciano se frunció en un gesto de desaprobación; empezó a decir algo, cambió de idea y volvió a colocarse la pipa en la boca. Sin embargo, Martha captó aquel breve gesto y supo lo que Selim estaba pensando. El anciano creía que ella estaba desperdiciando tiempo y esfuerzos; tiempo y esfuerzos que no le pertenecían a ella, sino a la expedición. Y Selim podía estar en lo cierto, Martha lo admitía. Pero tenía que estar equivocado, tenía que existir un medio para hacerlo. La muchacha se alejó silenciosamente y fue a instalarse en su propio asiento, en el centro de la mesa.

Fotografías y facsímiles de páginas restauradas de libros y reproducciones de inscripciones se amontonaban delante de ella, al lado de los cuadernos en los cuales compilaba sus listas. Martha se sentó, encendió otro cigarrillo y cogió un facsímil de lo que parecía la primera plana de una especie de periódico. La muchacha lo recordaba; lo había encontrado ella misma, dos días antes, en un armario en el sótano del edificio que acababa de examinar.

Martha lo contempló unos instantes. Podía leerse, en el sentido de que ella había establecido un sistema de valores fonéticos puramente arbitrarios pero convenientemente pronunciables para las letras. Los largos símbolos verticales eran vocales. Sólo había diez de ellas; no demasiadas, permitiendo formar símbolos separados para los sonidos largos y cortos. Había veinte de las letras horizontales cortas, lo cual significaba que sonidos como -ng o -ch o -sh eran letras sencillas. Había millones de probabilidades contra una de que su sistema tuviera algo que ver con el sonido original del lenguaje, pero ella había anotado varios millares de palabras marcianas, y podía pronunciarlas todas.

Pero no había pasado de ahí. Podía pronunciar de tres a cuatro mil palabras marcianas, y no podía asignar un significado a una sola de ellas. Selim von Olhmhorst creía que no lo conseguiría nunca. Tony Lattimer opinaba lo mismo, y se mostraba mucho menos reticente al respecto. Sachiko Koremitsu compartía también esa opinión. Y había ocasiones en que la propia Martha empezaba a temer que

tuvieran razón.

Las letras de la página que tenía delante de ella parecían danzar, esbeltas vocales con obesas y pequeñas consonantes. Martha estaba acostumbrada a contemplar aquella danza en sueños. Y había otros sueños en los cuales las leía tan fácilmente como el inglés; al despertar, trataba desesperada e inútilmente de recordar. La muchacha parpadeó y apartó los ojos de la página; cuando volvió a mirarla, las letras habían recobrado de nuevo la compostura. Había tres palabras en la parte superior de la página, con una línea encima y otra debajo, lo cual parecía ser el sistema marciano de empleo de mayúsculas. *Mastharnorvod Tadavas Sorn-hulva*. Martha las pronunció mentalmente, mientras hojeaba sus cuadernos de notas para comprobar si las había encontrado antes, y en qué contexto. Las tres estaban anotadas. Además, *masthar* era una palabra muy corriente, lo mismo que *norvod* y que *nor*, pero *-vod* era un sufijo y nada más que un sufijo. *Davas* era una palabra, también, y *ta-* era un prefijo corriente; *sorn* y *hulva* eran palabras corrientes. Martha había decidido hacía tiempo que aquel lenguaje tenía que ser semejante al alemán; cuando los marcianos habían necesitado una nueva palabra, se habían limitado a unir un par de palabras que ya existían. Probablemente resultaría algo horrible desde el punto de vista de la gramática. Bueno, los marcianos habían publicado revistas, y una de ellas se llamaba *Mastharnorvod Tadavas Sorn-hulva*. Martha se preguntó si habría algo semejante a la *Revista Arqueológica Trimestral*, o algo más por el estilo de *Sexy Stories*.

Una línea más pequeña, debajo del título, era indudablemente el número y la fecha del ejemplar. Habían sido encontradas bastantes cosas numeradas en serie para permitirle identificar las cifras y establecer que había sido utilizado un sistema decimal de numeración. Este era el ejemplar mil setecientos cincuenta y cuatro, de Doma, 14837; por lo tanto, Doma tenía que ser el nombre de uno de los meses marcianos. La palabra había aparecido ya varias veces. Martha se encontró chupando furiosamente su cigarrillo mientras buscaba en los cuadernos de notas y en los montones de material examinado ya.

Sachiko estaba hablando con alguien, y una silla fue arrastrada al extremo de la mesa. Martha levantó la cabeza y vio a un hombre robusto, de cabellos rojizos y faz rubicunda, vestido con el uniforme verde de la Fuerza Espacial con la estrella de comandante en la hombrera, que se sentaba. Era Iván Fitzgerald, el médico. Estaba levantando pesos de encima de un libro similar al que la muchacha japonesa restauraba.

—Últimamente no he tenido tiempo —estaba diciendo, en respuesta a la pregunta de Sachiko—. Esa muchacha, Finchley, continúa enferma, y no he sido capaz aún de diagnosticar su dolencia. Y he estado analizando unos cultivos de bacterias, y en mis ratos libres he disecado ejemplares para Bill Chandler. Bill ha encontrado finalmente un mamífero. Parece un lagarto, y sólo tiene cuatro pulgadas de longitud, pero es un verdadero animal de sangre caliente, gamogenético, placentario y vivíparo. Excava galerías subterráneas, y parece alimentarse de lo que aquí es el equivalente de los

insectos.

—¿Hay bastante oxígeno para algo como eso? —preguntó Sachiko.

—Eso parece, al menos cerca del suelo —Fitzgerald se colocó su lupa—. Encontró esto en el fondo de un barranco... ¡Vaya! Esta página parece estar intacta; si consigo sacarla en una sola pieza...

Continuó hablando inaudiblemente para sí mismo, levantando lentamente la página y deslizando una de las hojas transparentes de plástico debajo de ella, trabajando con suma delicadeza. No con la delicadeza de las pequeñas manos de la muchacha japonesa, moviéndose como las zarpas de un gato al lavarse la cara, sino como un martillo a vapor partiendo una nuez. La arqueología requiere también cierta delicadeza de tacto, pero Martha contempló a la pareja con envidiosa admiración. Luego volvió a su propio trabajo, terminando el Sumario.

La página siguiente era el comienzo del primer artículo anotado; la mayoría de las palabras eran desconocidas. Martha tuvo la impresión de que se trataba de una revista científica o técnica; los párrafos tenían un aspecto amazacotado, sólido.

Al fin, Iván Fitzgerald profirió una exclamación:

—¡Ja! ¡Ya lo tengo!

Martha levantó la mirada. Fitzgerald había despegado la página y estaba pegando otra hoja de plástico encima de ella.

—¿Hay algún grabado? —preguntó Martha.

—En este lado, no. Espere un momento. —Volvió la hoja—. Y en este otro, tampoco.

Fitzgerald cogió su pipa y volvió a encenderla.

—Encuentro esto muy divertido —continuó—, y es una buena práctica para mis manos, de modo que no crea que me estoy quejando. Pero, ¿cree usted sinceramente, Martha, que alguien va a sacar algo en limpio de todo esto?

Sachiko levantó un pedacito del silicio plástico que los marcianos habían utilizado como papel, cogiéndolo con sus pinzas. Tenía casi una pulgada cuadrada.

—Mire: tres palabras enteras en este fragmento —dijo—. Usted ha cogido el libro más fácil, Iván. Fitzgerald no se dio por vencido.

—Todo esto carece de significado —insistió—. Lo tuvo hace cincuenta mil años, cuando fue escrito, pero ahora no posee ninguno.

Martha sacudió la cabeza.

—El significado no es algo que se evapora con el tiempo —objetó—. Todo esto tiene el mismo significado que tuvo siempre. Lo que pasa es que no hemos aprendido a descifrarlo.

—Desde luego —intervino Selim von Olhmohrst—. Porque no existe ya ningún medio para descifrarlo.

—Encontraremos uno —dijo Martha, dándose cuenta de que hablaba más para estimularse a sí misma que con la intención de discutir.

—¿Cómo? ¿A través de grabados y pies de grabado? Hemos encontrado grabados

con el correspondiente pie, y, ¿qué nos han dado? Se supone que el pie ha de explicar el grabado, y no lo contrario. Supongamos que alguien extraño a nuestra cultura encontrara un grabado de un hombre con una barba y un bigote blancos aserrando un tronco. Creería que el pie significaba: «Hombre Aserrando Madera». ¿Cómo podría saber que en realidad decía: «Guillermo II en el Exilio en Doorn»?

Sachiko se había quitado su lupa y estaba encendiendo un cigarrillo.

—Hay grabados destinados a explicar sus pies —dijo—. Los de los diccionarios enciclopédicos, por ejemplo...

—Bueno, si encontramos algo así... —empezó a decir Von Olmhorst.

—Michel Ventris encontró algo así, en los años Cincuenta —dijo la voz de Hubert Penrose, directamente detrás de Martha.

La muchacha volvió la cabeza. El coronel estaba de pie junto a la mesa de los arqueólogos; el capitán Field y el piloto se habían marchado.

—Encontró un montón de inventarios griegos de almacenes militares —continuó Penrose—. La escritura era Cretense Lineal B, y cada una de las listas estaba encabezada por un pequeño grabado, una espada, o un casco, o una cocina de trípode. Eso fue lo que le dio la clave para descifrar la escritura.

—El coronel va a convertirse en un verdadero arqueólogo —comentó Fitzgerald—. En esta expedición, todos estamos aprendiendo las especialidades de los demás.

—Me enteré de eso mucho antes de que se pensara en llevar a cabo esta expedición —dijo Penrose, sacando un cigarrillo de su pitillera de oro—. Me enteré antes de la Guerra de los Treinta Días, en la Academia del Servicio de Información, cuando era teniente. Y se citaba como una hazaña del criptoanálisis, no como un descubrimiento arqueológico.

—Ya, criptoanálisis —dijo Von Olmhorst—. La lectura de un lenguaje conocido en una forma desconocida de escritura. Las listas de Ventris estaban en lenguaje conocido, griego. Ni él ni nadie leyó una sola palabra del lenguaje cretense hasta que se descubrió el bilingüe griego-cretense en 1963, porque sólo con un texto bilingüe, con un lenguaje conocido ya, puede aprenderse un antiguo lenguaje desconocido. Y, pregunto yo, ¿qué esperanza tenemos de encontrar aquí algo semejante? Usted, Martha, ha trabajado en esos textos marcianos desde que llegamos aquí, es decir, desde hace seis meses. Dígame, ¿ha encontrado una sola palabra a la cual pueda asignar positivamente un significado?

—Sí, creo que tengo una —respondió Martha—. *Doma*.

Es el nombre de uno de los meses del calendario marciano.

—¿Dónde la ha encontrado? —preguntó Von Olmhorst—. ¿Y cómo ha podido establecer...?

—Aquí —Martha cogió *el* facsímil y se lo entregó al anciano—. Yo llamo a esto la primera plana de una revista.

Selim examinó el facsímil unos instantes en silencio.

—Sí, eso parece —dijo finalmente—. ¿Tiene usted algo del resto?

—Estoy trabajando en la primera página del primer artículo, anotado ahí. Un momento... Sí, aquí está todo lo que encontré. —Le dijo dónde lo había obtenido—. Se lo entregué a Geoffrey y a Rosita para que sacaran el facsímil; esta página es la primera que he examinado.

El anciano se puso en pie y se dirigió al lugar donde estaba sentada la muchacha; dejó la primera plana sobre la mesa y hojeó rápidamente el montón de facsímiles.

—Sí, y aquí está el segundo artículo, en la página ocho, y aquí está el siguiente. —Terminó de examinar los facsímiles—. Faltan un par de páginas al final del último artículo. Resulta sorprendente que algo así haya sobrevivido tanto tiempo.

—¡Oh! Lo raro no es que haya sobrevivido el material. Hemos encontrado muchos libros y documentos en excelente estado. Pero sólo una cultura realmente vital publica revistas, y esta civilización permaneció en estado agónico durante centenares de años, antes del final. Es posible que ese tipo de actividades cesara un milenio antes de que la civilización muriera del todo.

—Bueno, tenga en cuenta el lugar donde lo encontré: en un armario, en un sótano. Tirado allí y olvidado, y luego ignorado cuando vaciaron el edificio. Estas cosas suelen ocurrir.

Penrose había cogido la primera plana y la estaba examinando.

—No creo que pueda existir la menor duda de que esto es una revista —dijo. Leyó otra vez el título, moviendo silenciosamente los labios—. *Mastharnorvod Tadavas Sorn-hulva*. Me pregunto qué significa... Pero tiene usted razón en lo de la fecha: *Dorna* parece ser el nombre de un mes. Sí, ya tiene usted una palabra, doctora Dane.

Sid Chamberlain, atento siempre a las posibles novedades, abandonó la mesa en la que estaba trabajando y se acercó al grupo. Después de examinar la primera plana y algunas de las páginas interiores, empezó a susurrar por el estenógrafo que había sacado de su cinturón.

—No trate de airear esto como una gran noticia, Sid —le advirtió Martha—. Lo único que tenemos es el nombre de un mes, y sólo Dios sabe cuánto tiempo pasará antes de que descubramos de qué mes se trata.

—Bueno, por algo se empieza, ¿no? —replicó Penrose—. Grotefend sólo tenía la palabra equivalente a «rey» cuando empezó a leer el pérsico cuneiforme.

—Pero yo no tengo la palabra equivalente a «mes»; sólo el nombre de un mes. Todo el mundo conocía los nombres de los reyes persas, mucho antes de Grotefend.

—No se trata de eso —dijo Chamberlain—. Lo que al público de la Tierra le interesa es saber que los marcianos publicaban revistas, lo mismo que nosotros. Algo familiar; hace que los marcianos resulten más reales. Más humanos. Tres hombres habían entrado y se estaban despojando de sus mascarillas, cascos y tanques de oxígeno. Dos de ellos eran tenientes de la Fuerza Espacial; el tercero era un paisano de aspecto juvenil, de cabellos rubios muy cortos, que llevaba una camisa de lana a cuadros. Tony Lattimer y sus ayudantes.

—No me digan que Martha ha sacado por fin algo en limpio de esos desperdicios —dijo, acercándose a la mesa. Su tono era sarcástico.

—Sí; el nombre de uno de los meses marcianos —explicó Hubert Penrose, mostrando el facsímil.

Tony Lattimer lo cogió, lo examinó y volvió a dejarlo caer sobre la mesa.

—Resulta verosímil, desde luego, pero no es más que una suposición. Es posible que esa palabra no signifique el nombre de un mes: puede significar «editado,» o «autorizado», o algo por el estilo. Ni siquiera podemos estar seguros de que eso sea una revista. —Descartó el tema y se volvió hacia Penrose—. He escogido el próximo edificio en el que vamos a entrar; es ese tan alto, con el remate cónico. Creo que el interior ha de encontrarse en buenas condiciones; el remate cónico no habrá permitido la acumulación de polvo, y desde fuera no parece haber nada hundido ni aplastado. El nivel del suelo es más alto que el del otro, alrededor del séptimo piso. He encontrado un lugar a propósito y he efectuado las perforaciones para los barrenos; mañana abriré un agujero, y si puede usted prescindir de algunos hombres para que me ayuden, empezaremos a explorarlo inmediatamente.

—Sí, desde luego, doctor Lattimer. Puedo facilitarle una docena de hombres, y supongo que podrá encontrar unos cuantos paisanos voluntarios —dijo Penrose—. ¿Qué clase de equipo necesitará?

—¡Oh! Media docena de barrenos; los haremos estallar juntos. Y lo de costumbre en lo que respecta a luces, herramientas y otro material. Nos dividiremos en dos grupos. Nada debe ser examinado por primera vez sin que esté presente un arqueólogo. Y si Martha puede arrancarse a sí misma de ese catálogo de incomprendibilidades sistematizadas el tiempo suficiente para trabajar en algo realmente útil, los grupos serán tres.

Martha enrojeció. Se disponía a replicar furiosamente, pero Hubert Penrose se le anticipó.

—La doctora Dane está haciendo tanto trabajo, y tan importante, como usted —dijo bruscamente—. Un trabajo *más* importante, me atrevería a decir.

Von Olmhorst estaba visiblemente apurado; volvió los ojos hacia Sid Chamberlain y apartó apresuradamente la mirada de él. Temía que trascendiera la historia de una disensión entre arqueólogos.

—Trabajar en un sistema de pronunciación mediante el cual el lenguaje marciano pueda ser transcrito a nuestro idioma es una importante contribución —dijo—. Y Martha lo ha hecho casi sin ayuda.

—Sin la ayuda del doctor Lattimer, en cualquier caso —añadió Penrose—. El capitán Field y la teniente Korenmitsu han hecho algún trabajo, y yo he ayudado un poco, pero las nueve décimas partes de la tarea han corrido a cargo de ella.

—Puramente arbitrario —dijo Lattimer en tono desdeñoso—. Ni siquiera sabemos si los marcianos podían emitir la misma clase de sonidos vocales que nosotros.

—¡Oh, sí, lo sabemos! —protestó Iván Fitzgerald, seguro del terreno que pisaba—. No he visto ningún cráneo marciano, pero a juzgar por las estatuas, bustos y grabados que he tenido ocasión de ver, yo diría que sus órganos vocales eran idénticos a los nuestros.

—Bueno, admitamos eso. Y admitamos que será impresionante cacarear los nombres de los notables marcianos cuyas estatuas hemos encontrado, y que si podemos atribuir algún nombre a estos lugares, sonarán mucho mejor que los latinajos que los antiguos astrónomos esparcieron sobre el mapa de Marte —dijo Lattimer—. Lo que no me parece bien es que la doctora Dane pierda el tiempo en algo inútil cuando hay tanto trabajo por hacer y andamos tan escasos de personal.

Aquella era la primera vez que se hablaba del asunto con tantas palabras. Y Martha se alegró de que lo hubiera dicho Lattimer y no Selim von Olmhorst.

—Lo que usted quiere decir —replicó— es que esta tarea no es tan importante, desde el punto de vista propagandístico, como la de descubrir estatuas.

Por un instante, pudo ver que el tiro había dado en el blanco. Luego, Lattimer, mirando de soslayo a Chamberlain, respondió:

—Lo que quiero decir es que usted está tratando de encontrar algo que cualquier arqueólogo, incluida usted misma, debería saber que no existe. No me importa que se juegue usted su reputación profesional y que se convierta en el hazmerreír de todos; lo que me preocupa es que los errores de un arqueólogo puedan desacreditar los trabajos de los demás a los ojos del público.

Aquello parecía ser lo que más preocupaba a Lattimer, en efecto. Martha se disponía a contestar, cuando el timbre de comunicación resonó estridentemente y el altavoz anunció:

«¡Es la hora del aperitivo! La cena se servirá dentro de una hora. El aperitivo se servirá en la Biblioteca, Barracón Número Cuatro».

La Biblioteca, que era también sala de descanso y de recreo, estaba ya muy concurrida; la mayoría de los presentes se habían instalado ante la larga mesa cubierta con una especie de láminas de plástico que habían servido para cubrir las paredes de uno de los edificios derruidos. Martha se sirvió un martini y se dirigió hacia el lugar donde estaba sentado Selim von Olmhorst.

Empezaron hablando del edificio que acababan de explorar, y luego recordaron su trabajo en la Tierra: el de Von Olmhorst en el Asia Menor, con el Imperio Hitita, y el de Martha en el Pakistán, excavando las ciudades de la civilización Harappa. Terminaron sus bebidas —los ingredientes eran abundantes; alcohol y extractos sintetizados de vegetación marciana— y Von Olmhorst cogió los dos vasos y fue a llenarlos de nuevo.

—¿Sabe una cosa, Martha? —dijo, cuando regresó—. Tony tenía razón en algo de lo que dijo. Se está usted jugando su reputación profesional. Toda la experiencia arqueológica está en contra de la posibilidad de que pueda ser descifrado un lenguaje tan absolutamente muerto como éste. Entre todos los otros lenguajes antiguos había

una continuidad: Champollion aprendió a leer el egipcio porque sabía el griego; el hitita pudo leerse porque se conocía el egipcio. Por eso usted y sus colegas no fueron capaces de traducir los jeroglíficos harappa: porque no existía esa continuidad. Si insiste en que este lenguaje completamente muerto puede ser leído, su reputación se verá en peligro.

—En cierta ocasión le oí decir al coronel Penrose que un oficial que teme arriesgar su reputación militar difícilmente se creará una reputación. Ocurre lo mismo con nosotros. Si realmente deseamos descubrir cosas, hemos de arriesgarnos a cometer errores. Y yo estoy mucho más interesada en descubrir cosas que en mi reputación.

Martha miró hacia el otro lado de la estancia: Tony Lattimer estaba sentado con Gloria Standish, hablando ansiosamente, mientras Gloria sorbía uno de los martinis falsificados y escuchaba. Gloria era la aspirante número uno al título de «Miss Marte, 1996», aunque Tony se hubiera mostrado igualmente atento con ella si la muchacha hubiese sido un adefesio, ya que Gloria era la comentadora de la *Pan-Federation TV* de la expedición.

—Sé quién es usted —estaba diciendo el anciano turco-germano—. Por eso, cuando me pidieron que nombrara otro arqueólogo para esta expedición, la nombré a usted.

No había nombrado a Tony Lattimer; Lattimer había sido incluido en la expedición debido a las presiones de su Universidad. En la formación de la expedición hubo sus más y sus menos, debido a toda una serie de maniobras que a Martha le hubiera gustado conocer. Ella había conseguido mantenerse al margen de las Universidades y de su política; todas sus excavaciones habían sido patrocinadas por entidades no académicas o por museos de arte.

—Tiene usted un excelente historial; mucho mejor que el mío, a su edad. Por eso me preocupa su insistencia en que el lenguaje marciano puede ser traducido. De veras que no se me alcanza cómo puede confiar en el éxito.

Martha se encogió de hombros y bebió unos sorbos más de su combinado. Luego encendió otro cigarrillo. Se estaba cansando de tratar de traducir en palabras algo que era pura sensación.

—Tampoco a mí, ahora, pero lo conseguiré. Tal vez encuentre algo como lo que sugirió Sachiko. Sólo llevamos aquí seis meses. Puedo esperar el resto de mi vida, si es preciso, pero conseguiré algo.

—Yo no puedo esperar tanto —dijo Von Olhthorst—. El resto de mi vida serán únicamente unos cuantos años, y cuando el *Schiaparelli* entre en órbita, regresaré a la Tierra en el *Cyrano*.

—Me gustaría que no lo hiciera. Este es el nuevo mundo para la arqueología. Literalmente.

—Sí —El anciano apuró el contenido de su vaso, contempló su pipa como preguntándose si debía volver a encenderla faltando tan poco tiempo para la cena y

terminó por guardársela en el bolsillo—. Un mundo nuevo, pero yo estoy envejeciendo y no es para mí. Me he pasado la vida estudiando a los hititas. Puedo hablar el lenguaje hitita, aunque es posible que el Rey Muwatallis no entendiera mi moderno acento turco. Pero aquí he tenido que aprender muchas cosas: química, física, ingeniería, cómo efectuar pruebas analíticas sobre vigas de acero y aleaciones de beriloplatina y plásticos y silicios. Me encuentro más a mis anchas con una civilización que viajaba en carrozas y luchaba con espadas y estaba aprendiendo a trabajar el hierro. Marte es para los jóvenes. Yo no soy más que un viejo general de caballería que no puede aprender a mandar tanques y aeronaves. Usted tiene tiempo para aprender muchas cosas sobre Marte. Yo no.

Su reputación como decano de los hititólogos era sólida y segura, también, añadió Martha mentalmente. Pero en seguida se avergonzó de haberlo pensado. Selim von Olmhorst no podía ser clasificado como Tony Lattimer.

—Vine aquí únicamente para poner el trabajo en marcha —continuó el anciano—. El Gobierno de la Federación creyó que se necesitaba a alguien con experiencia para eso. Bien, ahora ya está en marcha; usted y Tony y los que lleguen en el *Schiaparelli* deben sacarlo adelante. Usted misma lo ha dicho: tienen todo un mundo nuevo. Esto es sólo una ciudad del final de la civilización marciana. Detrás de ella tienen la Cultura de las Altiplanicies, y los Constructores de Canales, y todas las civilizaciones y razas e imperios hasta llegar a la Edad de Piedra marciana. —Vaciló unos instantes—. No tiene usted idea de todo lo que ha de aprender, Martha. Esta no es una época para empezar a especializarse demasiado.

Se apearon del camión, flexionaron las piernas y levantaron la mirada hacia el alto edificio rematado por el extraño casquete cónico. Las cuatro pequeñas figuras que habían estado ocupadas contra su pared treparon al jeep y empezaron a retroceder lentamente, la más pequeña de ellas, Sachiko Koremitsu, soltando un cable eléctrico detrás. Cuando llegaron al lado del camión, se apearon; Sachiko conectó el extremo libre del cable a una batería electro-nuclear. Inmediatamente, una nube de humo gris y anaranjado brotó de la pared del edificio y, un segundo después, resonó la múltiple explosión.

Martha, Tony Lattimer y el comandante Lindemann subieron al camión, dejando el jeep en la carretera. Cuando llegaron al edificio, la pared mostraba una brecha de anchura satisfactoria. Lattimer había colocado sus barrenos entre dos de las ventanas; ambas habían saltado con la pared que las unía y estaban en el suelo, intactas. Martha recordó el primer edificio en el cual habían entrado. Un oficial de la Fuerza Espacial había cogido una piedra y la había arrojado contra una de las ventanas, creyendo que sería lo único que necesitaría hacer. La piedra había rebotado. Entonces, el oficial había desenfundado su pistola —todos ellos llevaban armas de fuego, en aquellos días, basándose en el supuesto de que lo que no conocían de Marte podría dañarles fácilmente— y efectuado cuatro disparos. Las balas rebotaron también, dejando

cuatro pequeñas desconchaduras en la ventana. Alguien disparó a continuación con un rifle de gran calibre; el proyectil resquebrajó la hoja de aspecto cristalóide, sin atravesarla. Utilizando un soplete de oxiacetileno, habían tardado más de una hora en cortar la ventana; el personal del laboratorio, instalado a bordo de la nave, estaba todavía tratando de descubrir qué clase de material era aquél.

Tony Lattimer se había adelantado y paseaba la luz de su linterna de un lado para otro, hablando petulantemente, con una voz metalizada por el amplificador de su casco.

—Creí que la brecha nos abriría paso a un vestíbulo, pero esto parece ser una habitación. Cuidado, el suelo está lleno de escombros de la explosión, y hay que dar un salto de medio metro, aproximadamente...

Pasó a través de la brecha; los otros empezaron a descargar material de los camiones: picos y palas, palancas de hierro, focos, cámaras, una escalerilla extensible, e incluso cuerdas, garfios y espiochas de alpinista. Hubert Penrose llevaba algo que parecía una ametralladora surrealista pero que en realidad era un taladro electronuclear. Martha escogió una de las piquetas de montañero, con la cual podía excavar, o cortar, o hurgar, o ayudarse a avanzar a través de los escombros.

Las ventanas, cubiertas por una costra de cincuenta milenios de polvo, apenas dejaban penetrar la claridad del exterior; incluso la brecha de la pared, a aquella hora temprana, iluminaba únicamente una pequeña superficie del suelo. Alguien encendió un foco, apuntándolo al techo. La amplia habitación estaba vacía y desnuda; el polvo se espesaba sobre el suelo y enrojecía las paredes, otrora blancas. —¡Ha sido vaciado hasta el séptimo piso! —exclamó Lattimer—. Está completamente limpio hasta el nivel de la calle.

—Podremos utilizarlo para alojamientos y almacenes —dijo Lindemann—. Añadidos a los otros, bastarán para todos los que lleguen en el *Schiaparelli*.

—Parece que hubo un montón de aparatos eléctricos o electrónicos a lo largo de esta pared —comentó un oficial de la Fuera Espacial—. Hay diez o doce casquillos. —Barrió el polvo de la pared con su guante y luego escarbó el suelo con el pie—. Puedo ver perfectamente las conexiones.

La puerta estaba cerrada. Selim von Olmhorst trató de abrirla, inútilmente. Hubert Penrose solucionó el problema con su taladro. Pasaron al vestíbulo situado al otro lado de la puerta. Casi todas las otras puertas estaban abiertas; encima de cada una de ellas había un número y una sola palabra, *Darfhulva*.

Una de las voluntarias, una profesora de ecología natural de la Universidad de Pennsylvania, estaba recorriendo el vestíbulo.

—¿Saben una cosa? —dijo—. Aquí me siento como en casa. Creo que esto era una especie de academia, y éstas eran las clases. Esa palabra que figura encima de las puertas era la materia que se enseñaba, o el departamento. Y esos aparatos electrónicos eran medios audiovisuales de enseñanza.

—¿Una Universidad de veinticinco pisos? —inquirió Lattimer en tono sarcástico

—. Un edificio como éste hubiera albergado a treinta mil estudiantes.

—¿Y por qué no? —dijo Martha, movida principalmente por el deseo de contradecir a Lattimer—. Esto era una gran ciudad, a fin de cuentas.

—Sí, pero piense en el jaleo que se armaría en los vestíbulos, cada vez que tuvieran que cambiar de clase. Habrían tardado más de una hora en trasladarse todos de un piso a otro —Lattimer se volvió hacia Von Olmhorst—. Voy a subir arriba, doctor. El edificio ha sido vaciado hasta aquí, pero existe la posibilidad de que haya algo en los pisos superiores.

—Yo me quedaré en este piso, de momento —dijo el anciano—. Quiero examinarlo y registrarlo todo. Luego pueden entrar en acción los hombres del comandante Lindemann.

—Bueno, si nadie más quiere hacerlo, yo iré hacia abajo —dijo Martha.

—Yo iré con usted —se apresuró a decir Hubert Penrose—. Si los pisos inferiores no tienen ningún valor arqueológico, los convertiremos en alojamientos. Me gusta este edificio; es suficientemente amplio para que todo el mundo se sienta a sus anchas. —Miró hacia abajo—. Supongo que encontraremos escaleras.

El suelo del vestíbulo estaba cubierto con una espesa capa de polvo. La mayoría de las habitaciones abiertas estaban vacías, pero unas cuantas contenían muebles, incluidos unos pequeños pupitres. La teoría de que aquello podía haber sido una Universidad cobraba fuerza ante el hallazgo de lo que era propio de un aula. Había escaleras, ascendentes y descendentes, a ambos lados del vestíbulo y en el pasillo que se abría a la derecha.

—Así es cómo manejaban a los estudiantes, entre dos clases —comentó Martha—. Y apuesto a que encontraremos otras más adelante.

Avanzaron por el pasillo y desembocaron en un amplio vestíbulo central, rectangular. En dos de los lados había ascensores, y otras cuatro escaleras. Pero lo que llamó su atención fueron las paredes, y las pinturas que las cubrían. Estaban muy sucias —Martha trató de imaginar el aspecto que habían tenido, al tiempo que calculaba el trabajo que representaría limpiarlas—, pero eran aún distinguibles, lo mismo que la palabra *Darfhulva*, en letras doradas sobre cada uno de los cuatro lados. Transcurrieron unos minutos antes de que Martha se diera cuenta, por los murales, que por fin había encontrado una palabra marciana que tenía un significado. Los murales era un amplio panorama histórico que se desarrollaba alrededor de la estancia, girando en el sentido de las agujas del reloj. Un grupo de salvajes sentados en el suelo, con las piernas cruzadas, en torno a una fogata. Cazadores con arcos y lanzas, cargados con el cadáver de un animal ligeramente parecido al cerdo. Nómadas a lomos de unos animales de patas muy largas y cuerpos esbeltos, semejantes a ciervos sin cuernos. Campesinos labrando y sembrando; aldeas de chozas de barro y ciudades; procesiones de sacerdotes y desfiles de guerreros; batallas con espadas y arcos, y con cañones y fusiles; embarcaciones a vela, y naves sin medios de

propulsión visibles, y aeronaves. Cambiantes vestidos, y armas, y máquinas y estilos de arquitectura. Un feraz paisaje, surgiendo paulatinamente de unos desiertos inhóspitos: la época de los grandes riegos en el planeta. Los Constructores de Canales: hombres con máquinas identificables como palas y grúas a vapor, excavando acueductos a través de las vacías llanuras. Más ciudades... Cuatro diminutas figuras humanoides y un vehículo semejante a un carro de combate en el centro de una plaza invadida por la maleza, figuras y vehículo minimizados por la imponente masa de los edificios deshabitados que les rodeaban. Martha no tuvo la menor duda: *Darf-hulva* significaba Historia.

—¡Maravilloso! —estaba diciendo Von Olmhorst—. Toda la historia de esta raza. Bueno, si el pintor reprodujo exactamente los vestidos, las armas y las máquinas de cada período, podremos dividir la historia de este planeta en eras y períodos y civilizaciones.

—Puede estar seguro de que son auténticos —dijo Martha—. Los rectores de esta Universidad insistirían en la autenticidad en el Departamento de *Darf-hulva*..., es decir, de Historia.

—¡Sí *Darf-hulva*, Historia! ¡Y su revista era de *Sorn-huhlva*! —exclamó Penrose—. ¡Tiene usted una palabra, Martha! —La joven tardó unos instantes en darse cuenta de que Penrose la había llamado por su nombre de pila, y no doctora Dane. No estuvo segura de que aquello no fuera un triunfo mayor que el haber aprendido una palabra del lenguaje marciano—. Sola, supongo que la palabra *hulva* significa algo como «ciencia», o «conocimiento», o «estudio»; combinada, equivaldría a nuestra «logia». Y *darf* significaría algo como «pasado», o «tiempos antiguos», o «acontecimientos humanos», o «crónicas».

—¡Eso le da a usted tres palabras, *Martha*! —comentó Sachiko alegremente—. Lo ha conseguido.

—No nos apresuremos —dijo Lattimer, prescindiendo por esta vez de su sarcasmo habitual—. Admito que *darf-hulva* es la palabra marciana equivalente a «historia» como un tema de estudio; admito que *hulva* es la palabra general y que *darf* la modifica y nos da a entender a qué objeto se refiere. Pero en cuanto a afirmar significados específicos, no podemos hacerlo porque ignoramos cómo pensaban los marcianos, científicamente o en otros sentidos.

Se interrumpió bruscamente, desconcertado por la luz blanco-azulada que brotó cuando la cámara de Sid Chamberlain empezó a funcionar. Cuando cesó el zumbido de la cámara, Chamberlain explicó:

—Esto es lo más importante hasta ahora; toda la historia de Marte, desde la Edad de Piedra hasta el final, en cuatro paredes. La estoy tomando rápidamente, pero la proyectaremos a cámara lenta, desde el principio hasta el fin. Tony, quiero que usted ponga la voz, haciendo un comentario, una interpretación de cada escena, a medida que aparezca en la pantalla. ¿Tiene usted algún inconveniente?

¡Vaya una pregunta!, pensó Martha. Si Lattimer hubiese tenido una cola, en aquel

momento la estaría agitando furiosamente.

—Bueno, tiene que haber más murales en los otros pisos —dijo en voz alta—. ¿Quién quiere bajar con nosotros? Sachiko y Fitzgerald se mostraron dispuestos a acompañarla. Sid decidió subir a los pisos altos con Tony Lattimer, y Gloria Standish optó por ir con ellos. La mayor parte del grupo se quedaría en el séptimo piso, para ayudar a Selim von Olmhorst. Tras tantear cuidadosamente la escalera con su piqueta, Martha inició el descenso.

El sexto piso era *Darfhulva*, también; historia militar y tecnológica, a juzgar por los murales. Dieron una vuelta por el vestíbulo central y bajaron al quinto piso; era igual que los pisos superiores, salvo que el gran rectángulo estaba atestado de muebles y de cajas cubiertas de polvo. Iván Fitzgerald, que llevaba el foco, lo hizo girar lentamente. Aquí, los murales reproducían a unos marcianos, de aspecto tan humano como para semejar miembros de su propia raza, cada uno de ellos sosteniendo algún objeto: un libro, o un tubo de ensayo, o un aparato científico, y detrás de ellos había escenas de laboratorios y de fábricas, llamas y humo, relampagueantes fogonazos. En las cuatro paredes figuraba una palabra con la cual Martha estaba ya familiarizada: *Sornhulva*.

—¡Eh, Martha! Ahí está esa palabra —exclamó Iván Fitzgerald—. La que hay en el título de su revista. —Miró las pinturas—. Química, o física.

—Ambas —dijo Hubert Penrose—. No creo que los marcianos establecieran ninguna distinción definitiva entre ellas. Vea, el viejo de las patillas debe ser el inventor del espectroscopio: tiene uno en las manos, y un arco iris detrás de él. Y la mujer de la saya azul que está a su lado trabajaba en química orgánica: vea los diagramas de las cadenas moleculares detrás de ella. ¿Qué palabra transmitiría la idea de la química y la física tomadas como una sola entidad?

—*Sornhulva* —sugirió Sachiko—. Si *hulva* equivale a «ciencia», *sorn* tiene que significar «materia», o «substancia», u «objeto físico». Tenía usted razón, Martha. Una civilización como ésta tenía que dejar detrás de ella algo que fuera explícito en sí mismo.

—Esto contribuirá a borrar del rostro de Tony Lattimer esa absurda sonrisa de superioridad —comentó Fitzgerald, mientras bajaban al cuarto piso—. Tony quiere ser una *vedette*. Cuando uno quiere ser una *vedette*, no puede soportar la posibilidad de que cualquier otro se convierta en una *super-vedette*, y quienquiera que abra un camino para la lectura de este lenguaje, será la mayor *super-vedette* que haya producido nunca la arqueología.

Era verdad. Martha no había pensado en ello, hasta aquel momento, y ahora trató de no pensar en ello. No quería convertirse en una *vedette*. Quería ser capaz de leer el lenguaje marciano, y descubrir cosas acerca de los marcianos.

Dos pisos más abajo, llegaron a un entresuelo alrededor de un amplio vestíbulo central situado al nivel de la calle, con el suelo cuarenta pies debajo de ellos y el techo treinta pies encima. Sus luces iluminaron objeto tras objeto abajo: un enorme

grupo de figuras esculpidas en el centro; algún tipo de vehículo a motor colocado sobre unos caballetes para ser reparado; cosas que parecían ametralladoras y cañones automáticos; largas mesas, atestadas de objetos heterogéneos cubiertos de polvo; maquinaria; cajas, cestos y recipientes.

Descendieron hasta allí y anduvieron entre aquel revoltijo, omitiendo un centenar de cosas por cada una que veían, hasta que encontraron una escalera que conducía al sótano. Había tres sótanos, uno debajo de otro. Finalmente llegaron al fondo de la última escalera, sobre un suelo de hormigón, paseando el foco portátil sobre montones de cajas y barricas y bidones cubiertos de polvo. Las cajas eran de materia plástica —no se había encontrado en la ciudad nada hecho de madera—, y las barricas y los bidones eran de metal o de cristal o de alguna sustancia parecida al cristal. Estaban externamente intactos.

Encontraron también salas de refrigeración, y utilizando la piqueta de Martha y el vibrador en forma de pistola que Sachiko llevaba al cinto, consiguieron abrir una de ellas y encontraron montones disecados de lo que habían sido verduras, y correosos trozos de carne. Muestras de aquellos alimentos, enviadas a la nave, permitían calcular cuanto tiempo hacía que el edificio había sido ocupado. La unidad de refrigeración, completamente distinta de todo lo que su propia cultura había producido, había estado alimentada con energía eléctrica. Sachiko y Penrose, hurgando en ella, encontraron los interruptores todavía conectados; la máquina sólo había dejado de funcionar cuando la fuente de energía, cualquiera que fuese, se agotó.

El sótano central también había sido utilizado, al menos hacia el final, como almacén; estaba partido en dos por un tabique con una sola puerta. Tardaron media hora en forzarla, y estaban a punto de ir en busca de herramientas más pesadas cuando se abrió lo suficiente como para permitirles pasar. Fitzgerald, que iba en cabeza con la luz, se paró en seco, miró a su alrededor y luego profirió un gruñido que brotó a través del amplificador de su casco como el aullido de una sirena.

—¡Oh, no! ¡No!

—¿Qué sucede, Iván? —preguntó ansiosamente Sachiko, entrando detrás de él.

Fitzgerald se hizo a un lado.

—¡Véalo usted misma, Sachi! ¡Vea lo que nos espera!

Martha entró detrás de su amiga, miró a su alrededor y se quedó inmóvil, sorprendida y maravillada. Libros. Estanterías sobre estanterías de libros, medio acre de estanterías, quince pies hasta el techo. Fitzgerald, y Penrose, que había entrado detrás de ella, estaban hablando excitadamente; Martha sólo oía el sonido de sus voces, pero no sus palabras. Tenía delante de sus ojos la Biblioteca de la Universidad: toda la literatura de la desaparecida raza de Marte. En el centro, al fondo de un pasillo entre las estanterías, pudo ver el hueco cuadrado del escritorio del bibliotecario, y una escalera que conducía al piso de encima.

Martha se dio cuenta de que estaba andando hacia delante, con los otros, hacia aquella escalera. Sachiko estaba diciendo:

—Yo soy la que peso menos; subiré primero.

—Yo diría que los peldaños son seguros —respondió Penrose—. Las dificultades que nos han planteado las puertas, demuestran que el metal no se ha deteriorado.

Finalmente, la japonesa abrió la marcha, más felina que nunca en su cautela. La escalera resistía perfectamente, a pesar de su frágil apariencia, y todos siguieron a Sachiko. El piso de encima era un duplicado de la estancia en la que habían entrado y contenía casi la misma cantidad de libros. En vez de perder el tiempo forzando la puerta de este piso, prefirieron bajar al sótano central y subir por la misma escalera que habían utilizado al bajar.

El sótano superior contenía cocinas eléctricas, algunas de ellas con ollas y cacerolas encima, y una amplia sala que debió ser el comedor de los estudiantes, aunque últimamente había sido utilizada como taller. Tal como esperaban, el salón de lectura de la Biblioteca se encontraba en el piso situado al nivel de la calle, directamente encima de los sótanos. Parecía haber sido convertido en una sala de estar ordinaria por los últimos ocupantes del edificio. Un auditorio contiguo había sido transformado en laboratorio de química; había calderas y aparatos de destilación, y una torre fraccionadora de metal que se extendía a través de un boquete practicado en el techo a setenta pies de altura. Las otras salas del piso también parecían haber sido dedicadas a talleres de fabricación y reparación; después de que la universidad dejó de funcionar como tal, el edificio debió albergar una importante industria durante un largo período.

En el segundo piso encontraron un museo; muchos de los objetos exhibidos continuaban siendo medio visibles en el interior de las vitrinas de cristal. También hubo allí oficinas administrativas. Las puertas de la mayoría de ellas estaban cerradas, y no perdieron tiempo tratando de forzarlas, pero las que estaban abiertas habían sido convertidas en alojamientos. Tomaron notas y dibujaron planos de los pisos para que les sirvieran de guía en futuras y más minuciosas exploraciones; era casi mediodía cuando regresaron al séptimo piso.

Selim von Olmhorst estaba en una habitación del ala norte del edificio, señalando la posición de los objetos antes de examinarlos y de reunirlos para llevarlos fuera. Ha marcado el suelo con tiza, como si fuera un tablero de ajedrez, numerando cada uno de los cuadros.

—Hemos fotografiado todo lo de este piso —dijo—. Tengo tres equipos haciendo bocetos y tomando medidas. Al paso que vamos, y contando con una hora para almorzar, terminaremos a media tarde.

—Han trabajado ustedes muy aprisa. Por lo visto, no se ha mostrado usted demasiado exigente en lo que respecta a la conveniencia de que entre primero en las habitaciones un «arqueólogo calificado» —comentó Penrose.

—¡Bah, tonterías! —exclamó el anciano impacientemente—. Esos oficiales suyos no son tontos. Todos ellos han pasado por la Academia del Servicio de Información y por la Escuela de Investigación Criminal. Algunos de los más cuidadosos

arqueólogos aficionados que he conocido eran militares o policías jubilados. Además, aquí no hay mucho trabajo. La mayoría de las habitaciones, o están vacías o tienen, como ésta, unos cuantos muebles rotos y unos trozos de papel. ¿Encontraron ustedes algo en los pisos inferiores?

—Bueno, sí —dijo Penrose, disimulando una sonrisa—. ¿Qué diría usted, Martha?

La joven empezó a contarle a Selim lo que habían descubierto. Los otros, incapaces de refrenar su excitación, la interrumpían a cada paso. Von Olhmohrst se había quedado boquiabierto, con una expresión de asombrada incredulidad en el rostro.

—Pero este piso estaba casi vacío, y los edificios en los cuales habíamos entrado antes se encontraban igualmente vacíos, a partir del nivel de la calle —dijo, finalmente.

—La gente que vació éste vivía aquí —replicó Penrose—. Tuvieron energía eléctrica hasta el final; hemos encontrado refrigeradores llenos de provisiones, y cocinas con la cena todavía sobre ellas. Debieron utilizar los ascensores para bajar las cosas de los pisos altos. Todo el primer piso eran talleres y laboratorios. Creo que este lugar debió ser algo semejante a un monasterio en los siglos de la Edad Media en Europa, o más bien a lo que hubiera sido uno de aquellos monasterios si los siglos en cuestión hubiesen seguido al ocaso de una civilización altamente desarrollada. A propósito, encontramos un montón de ametralladoras y cañones automáticos ligeros, y todas las puertas estaban cerradas. La gente que vivía aquí trataba de mantener en marcha una civilización después de que el resto del planeta había recaído en la barbarie; supongo que se vieron obligados a rechazar por la fuerza más de una incursión de los bárbaros.

—Espero, coronel, que no insistirá usted en convertir este edificio en alojamientos —dijo Von Olhmohrst ansiosamente.

—¡Oh, no! Este lugar alberga un tesoro arqueológico. Y me atrevería a decir, por lo que he visto, que nuestros técnicos pueden aprender aquí muchas cosas. Pero será mejor que limpien este piso lo antes posible. Instalaremos generadores de oxígeno y unidades de energía, y pondremos un par de ascensores en servicio. Para los pisos superiores podemos utilizar acondicionadores de aire y equipo portátil; cuando tengamos todas las cosas ventiladas, iluminadas y calentadas, usted, Martha y Tony Lattimer podrán trabajar sistemáticamente y con comodidad, y yo les facilitaré todos los ayudantes de los que pueda prescindir para los otros trabajos. Esta es una de las cosas más importantes que hemos encontrado hasta ahora.

Tony Lattimer y sus compañeros bajaron al séptimo piso un poco más tarde.

—No lo entiendo —dijo Lattimer, en cuanto se hubo reunido con ellos—. Este edificio no fue vaciado como los otros. Hasta ahora, el procedimiento seguido era el de vaciar los inmuebles empezando por abajo, pero aquí parecen haber vaciado primeramente los pisos altos. Todos, menos la cúpula. A propósito de la cúpula, he

descubierto que es un rotor accionado por el viento, y que debajo de él hay un generador eléctrico. Este edificio generaba su propia energía.

—¿En qué estado se encuentran los generadores? —preguntó Penrose.

—Bien. Todo está lleno de polvo, desde luego, que se introduce por debajo del rotor, pero yo diría que está en buenas condiciones. ¡Claro, ya caigo! Tenían energía eléctrica, de modo que la utilizaban para hacer funcionar los ascensores, y con ellos bajaron lo de los pisos altos. Aunque algunos no parecen haber sido tocados... — Hizo una breve pausa. Detrás de su mascarilla de oxígeno parecía estar sonriendo—. No sé si debería mencionar esto delante de Martha, pero dos pisos más arriba hemos encontrado una habitación que debió ser la biblioteca de uno de los departamentos. Hay en ella unos quinientos libros.

El sonido que le interrumpió, semejante al cacareo de una gallina, era la risa de Iván Fitzgerald brotando a través del amplificador de su casco.

El almuerzo en los barracones transcurrió entre un murmullo de excitadas conversaciones. Por la tarde, todos los trabajos fueron suspendidos y los cincuenta y pico de hombres y mujeres de la expedición concentraron sus esfuerzos en la Universidad. A media tarde, el séptimo piso había sido completamente examinado, fotografiado y dibujado, los murales del vestíbulo central cubiertos con encerados protectores y Laurent Gicquel y su equipo de ventilación trabajaban a marchas forzadas.

Al día siguiente, una hora antes del almuerzo, Martha estaba en el sótano inferior cuando salieron del ascensor dos oficiales de la Fuerza Espacial, que traían unos focos. La joven utilizaba aún equipo de oxígeno; y se dio cuenta de que los recién llegados no llevaban mascarillas y de que uno de ellos estaba fumando. Martha se despojó de su propio casco, respirando cautelosamente. El aire era frío y olía a moho y a vetustez, pero cuando la joven encendió un cigarrillo el mechero ardió sin dificultad, lo mismo que el tabaco.

Los arqueólogos, la mayoría de los otros científicos, unos cuantos oficiales de la Fuerza Espacial y los dos corresponsales de prensa, Sid Chamberlain y Gloria Standish, se trasladaron aquella misma tarde, instalando literas en habitaciones vacías. Acondicionaron el antiguo Salón de Lectura de la Biblioteca, poniendo en él fogones eléctricos y un refrigerador, y montaron un bar y un comedor. Durante unos días, el lugar estuvo lleno de ruido y de actividad; luego, paulatinamente, el personal de la Fuerza Espacial y la mayor parte de los paisanos volvieron a dedicarse a la tarea de acondicionar los edificios explorados anteriormente a fin de que pudieran alojarse en ellos, dentro de un año y medio, los quinientos miembros de la expedición principal. Además, tenían que ampliar el campo de aterrizaje para que pudiera posarse en él la nave cohete, y construir nuevos tanques para el combustible químico.

Otra de las tareas consistía en limpiar los depósitos de agua de la ciudad antes de que las lluvias primaverales hicieran circular el líquido elemento por los acueductos

subterráneos que todo el mundo llamaba canales traduciendo impropriamente el vocablo italiano de *Schiaparelli*. Un día después de que la Universidad quedó en condiciones de ser habitada, el trabajo en el edificio corrió a cargo de Selim, Tony Lattimer y Martha Dane, con la ayuda de media docena de oficiales de la Fuerza Espacial, en su mayor parte muchachas, y de cuatro o cinco paisanos.

Empezaron su tarea por el sótano inferior, dividiendo la superficie del suelo en cuadros numerados, midiendo, anotando, sacando croquis y fotografiando. Empaquetaron muestras de materia orgánica y las enviaron a la nave para que fueran analizadas en el laboratorio. Abrieron latas, jarras y botellas, y descubrieron que todo el líquido contenido en ellas se había evaporado, a través de los poros del vidrio, del metal y del plástico si no existía otra salida. Doquiera que miraban, encontraban pruebas de una actividad súbitamente suspendida y nunca reanudada. Una barra de metal a medio cortar con la sierra a su lado. Ollas y cacerolas con restos endurecidos de comida en ellas. Un correoso trozo de carne sobre una mesa, con un cuchillo a mano. Camas sin hacer, con las sábanas prestas a desintegrarse al tacto pero conservando aún la huella del cuerpo del durmiente. Papeles y material de oficina sobre escritorios, como si los escribientes se hubieran levantado con la intención de regresar al cabo de unos instantes para terminar su tarea.

Todo esto preocupaba a Martha. Irrracionalmente, se dejaba dominar por la impresión de que los marcianos no habían abandonado nunca aquel lugar; de que estaban todavía a su alrededor, contemplándola con desaprobación cada vez que cogía algo que ellos habían dejado allí. Ahora eran los marcianos, en vez de su enigmática escritura, los que turbaban sus sueños. Al principio, todos los que se habían trasladado a la Universidad ocuparon habitaciones separadas, satisfechos al poder escapar del hacinamiento y de la falta de aislamiento de los barracones. Después de unas cuantas noches, Martha se alegró cuando Gloria Standish se trasladó a su habitación, y aceptó la excusa de la periodista que alegó que se sentía muy sola sin tener a nadie con quien hablar antes de quedarse dormida. A la noche siguiente se unió a ellas Sachiko Koremitsu, y antes de acostarse la japonesa limpió y engrasó su pistola, diciendo que temía que hubiera empezado a oxidarse.

Los otros también eran víctimas de aquella impresión. Selim von Olmhorst adquirió la costumbre de volverse rápidamente y mirar detrás de él, como si tratara de sorprender a alguien o a algo que le estaba hablando. Tony Lattimer, mientras echaba un trago en el bar que habían improvisado en el Salón de Lectura, soltó su vaso y profirió una exclamación.

—¿Saben lo que es este lugar? ¡Un *Marie Celeste* arqueológico! —declaró—. Estuvo ocupado hasta el final. Todos hemos visto los recursos que utilizaron para mantener viva aquí una civilización. Pero, ¿en qué consistió el final? ¿Qué les sucedió? ¿A dónde fueron?

—Supongo que no esperaba usted que salieran a recibirnos con una gran pancarta: BIENVENIDOS, TERRÍCOLAS —dijo Gloria Standish.

—Desde luego que no. Todos ellos murieron hace cincuenta mil años. Pero si fueron los últimos marcianos, ¿por qué no hemos encontrado sus huesos, al menos? ¿Quién los enterró cuando murieron? —Contempló el vaso, que había sido encontrado, con otros centenares iguales, en un armario, como discutiendo consigo mismo la conveniencia de tomar otro trago. Se decidió en sentido afirmativo y alargó la mano hacia la jarra que contenía el combinado—. Y todas las puertas situadas al antiguo nivel del suelo estaban atrancadas desde dentro. ¿Cómo salieron? ¿Y por qué se marcharon?

Al día siguiente, a la hora del almuerzo, Sachiko Koremitsu tuvo la respuesta a la segunda pregunta. Cuatro o cinco mecánicos electricistas que habían bajado de la nave en el cohete habían pasado la mañana en la parte más alta del edificio, y Sachiko les había acompañado.

—¿Dijo usted que esos generadores estaban en buenas condiciones? —inquirió la japonesa, dirigiéndose a Tony Lattimer—. No lo están. Los soportes del rotor cedieron, y el peso aplastó todo lo que había debajo.

—Bueno, después de cincuenta mil años, no creo que sea de extrañar —replicó Lattimer—. Cuando un arqueólogo dice que algo está en buenas condiciones, no quiere dar a entender necesariamente que la cosa funcionaría en cuanto se pulse un interruptor.

—No observó usted que el desastre ocurrió mientras el generador estaba en marcha, ¿verdad? —inquirió uno de los mecánicos, molesto por el tono de Lattimer—. Todo se quemó y se fundió al mismo tiempo; he visto una barra de metal de ocho pulgadas de diámetro que se derritió como si fuera mantequilla. Es una lástima que no hayamos encontrado nada en buen estado, incluso arqueológicamente hablando. He visto un montón de cosas interesantes, cosas mucho más perfeccionadas que lo que nosotros utilizamos ahora. Pero se tardará un par de años en clasificar todo y calcular el aspecto que tenía cuando funcionaba.

—¿Parecía como si alguien hubiera intentado arreglarlo? —preguntó Martha.

Sachiko sacudió la cabeza.

—Debieron echarle una ojeada y comprobar que no tenía solución.

—Bueno, eso explica por qué se marcharon. Necesitaban energía eléctrica imprescindiblemente; sin ella, este lugar no resulta habitable.

—Entonces, ¿por qué atrancaron todas las puertas por dentro y cómo salieron? —quiso saber Lattimer.

—Para evitar que otros pudieran entrar y saquear el edificio. El último hombre probablemente atrancó la última puerta y se deslizó a la calle desde arriba utilizando una cuerda —sugirió Von Olmhorst—. Este truco de Houdiní no me preocupa demasiado. Acabaremos por descubrirlo.

—Sí, cuando Martha empiece a leer el marciano —dijo Lattimer en tono burlón.

—Es posible que sea entonces cuando lo descubramos —replicó Von Olmhorst seriamente—. No me sorprendería que hubiesen dejado algo escrito cuando

abandonaron este lugar.

—¿De veras toma usted en serio ese sueño descabellado de la doctora Dane? —inquirió Lattimer—. Lo sé, sería algo maravilloso, pero las cosas maravillosas no suceden simplemente porque son maravillosas. Suceden únicamente porque son posibles, y ésta no lo es. Permítame citar a un notable hititólogo, Johannes Friedrich: «Nada puede ser traducido partiendo de nada». O a otro hititólogo posterior no menos notable, Selim von Olmhorst: «¿Dónde va a obtener usted su bilingüe?».

—Friedrich vivió el tiempo suficiente para ver descifrado y leído el lenguaje hitita —le recordó Von Olmhorst.

—Sí, cuando encontraron bilingües hitita-asirios —Lattimer midió una cuchara de polvo de café en su taza y añadió agua caliente—. Martha, debería usted saber, mejor que nadie, lo reducidas que son sus posibilidades. Ha estado trabajando durante años enteros en el valle del Indo: ¿cuántas palabras de Harappa han sido capaces de leer, usted o cualquier otro?

—Ni en Harappa ni en Mohenjo-Daro encontramos una Universidad, con una biblioteca de medio millón de volúmenes.

—Y el primer día que entramos en este edificio establecimos el significado de varias palabras —añadió Selim von Olmhorst.

—Y desde entonces no han encontrado otra palabra que tuviera significado —dijo Lattimer—. Y sólo están seguros del significado general, no del significado específico de los elementos de la palabra, y tienen una docena de interpretaciones distintas para cada palabra.

—Es un punto de partida —insistió Von Olmhorst—. Grotefend partió de la palabra «rey». Pero yo voy a leer algunos de esos libros que hay aquí, aunque tenga que pasar *el* resto de mi vida en este lugar.

—¿Quiere usted decir que ha cambiado de idea y que no piensa marcharse en el *Cyranol* —preguntó Martha—. ¿Que va a quedarse aquí?

El anciano asintió.

—No puedo abandonar esto. Hay demasiadas cosas por descubrir. El perro viejo tendrá que aprender muchos trucos nuevos, pero a partir de ahora mi trabajo estará aquí.

Lattimer quedó asombrado.

—¡Están ustedes chiflados! —exclamó—. ¿Quiere usted decir que va a renunciar a todos los descubrimientos que puede depararle aún la hititología, para empezar de nuevo aquí en Marte? ¡Martha, si ha influido usted en esta absurda decisión, ha cometido un crimen!

—Soy lo bastante mayor para tomar decisiones por mi cuenta —replicó secamente Von Olmhorst—. Y en cuanto a la hititología, permítame recordarle que todo lo que sé sobre el Imperio Hitita está publicado y se encuentra al alcance de todo el mundo. La hititología es como la egiptología; ha dejado de ser investigada y arqueologizada y se ha convertido en erudición e historia. Y yo no soy un erudito ni

un historiador; soy un arqueólogo de los de pico y pala —un profanador de tumbas altamente especializado—, y en este planeta hay más trabajo de pico y pala del que podría realizar si viviera un centenar de vidas. Esto es algo nuevo; fui un estúpido al pensar que podía marcharme de aquí para dedicarme a escribir notas de pie de página acerca de los monarcas hititas.

—En hititología tenía usted un gran porvenir. Hay una docena de universidades que renunciarían a tener un equipo de fútbol vencedor en todas las competiciones a cambio de incluirle a usted en su cuadro de profesores. Pero, no. Tiene que ser usted el primero en marciología, también. No puede permitir que el lugar sea ocupado por otro arqueólogo...

Lattimer echó su silla hacia atrás y se puso en pie, abandonando la mesa con un juramento que era casi un sollozo de exasperación.

Tal vez sus sentimientos eran demasiado para él. Tal vez se daba cuenta, como había hecho Martha, de que se había traicionado. La joven permaneció sentada, evitando los ojos de los otros, mirando al techo, tan desconcertada como si Lattimer hubiera tirado algo sucio sobre la mesa, delante de ellos. Tony Lattimer había deseado desesperadamente que Selim se marchara en el *Cyrano*; la marciología era un campo nuevo; si Selim penetraba en él, aportaría la reputación que se había labrado ya en la hititología, apoderándose automáticamente del papel preponderante que Lattimer se había reservado para sí mismo. Martha recordó las palabras de Iván Fitzgerald: «Cuando uno quiere ser una *vedette*, no puede soportar la posibilidad de que cualquier otro se convierta en una *super-vedette*». La mofa que Lattimer hacía de los esfuerzos de Martha resultaba comprensible, también. No es que estuviera convencido de que Martha no aprendería nunca a leer el lenguaje marciano, sino que temía que lo consiguiera.

Iván Fitzgerald aisló finalmente el germen que había provocado la enfermedad sin diagnosticar de Miss Finchley. Poco después, la dolencia quedó limitada a unas fiebres benignas, de las cuales la muchacha se repuso. Nadie más parecía haberlas contraído. Fitzgerald estaba tratando de descubrir cómo había sido transmitido el germen.

Encontraron un globo de Marte, confeccionado cuando la ciudad había sido un puerto de mar. Localizaron la ciudad y se enteraron de que su nombre había sido Kukan... o algo con una proporción similar de consonantes y vocales. Inmediatamente, Sid Chamberlain y Gloria Standish empezaron a hablar de Kukan en sus crónicas televisadas, y Hubert Penrose utilizó el nombre en sus informes oficiales. También encontraron un calendario marciano; el año había sido dividido en diez meses más o menos iguales, y uno de ellos había sido Doma. Otro mes era Nor, y éste era una parte del nombre de la revista científica que Martha había encontrado.

Bill Chandler, el zoólogo, había estado profundizando cada vez más en el antiguo fondo marino de Syrtis. A cuatrocientas millas de Kukan, mató un pájaro. Al menos,

era algo que tenía alas y una especie de plumas, aunque sus características generales correspondían más a las de un reptil que a las de un ave. Iván Fitzgerald y él disecaron al animal. Las siete octavas partes de su capacidad corporal eran pulmones; ciertamente respiraba aire que contenía al menos la mitad del oxígeno suficiente para sostener la vida humana, o cinco veces más que el aire alrededor de Kukan.

Aquello desplazó el centro de interés de la arqueología, y empezó una nueva etapa de actividad. Todo el material de vuelo de la expedición —cuatro jetticópteros y tres aeronaves sin alas del servicio de reconocimiento— fue lanzado a una exhaustiva exploración de los fondos marinos, y el equipo de bio-ciencia ardía de excitación y efectuaba nuevos descubrimientos en cada vuelo.

La Universidad quedó en manos de Selim, Martha y Tony Lattimer, este último actuando por su cuenta en tanto que la muchacha y el anciano trabajaban juntos. Los especialistas en otros campos y los hombres de la Fuerza Espacial que habían estado colocando encerados, sacando croquis y manejando cámaras fotográficas, volaban ahora sobre el Syrtis inferior para descubrir cuanto oxígeno había allí y qué clase de vida había sostenido.

A veces se presentaba Sachiko, la cual pasaba la mayor parte del tiempo ayudando a Iván Fitzgerald a disecar ejemplares. Tenían cuatro o cinco especies de lo que podían ser llamados aves, y algo que podía ser clasificado fácilmente como un reptil, y un mamífero carnívoro del tamaño de un gato y garras como las de un ave, y un herbívoro casi idéntico al animal parecido a un cerdo representado en el gran mural *Darfhulva*, y otro semejante a una gacela con un solo cuerno en el centro de la frente.

El clímax se alcanzó cuando un grupo, a treinta mil pies bajo el nivel de Kukan, encontró aire respirable. Uno de los miembros del grupo sufrió un ataque de *sorroche* y tuvo que ser evacuado rápidamente, pero los otros no se vieron afectados en absoluto.

Las noticias que llegaban de la Tierra revelaban el aumento del interés por las cosas de Marte en el planeta madre. El descubrimiento de la Universidad había centrado la atención en el pasado muerto de Marte; ahora, el público estaba interesado en Marte como en un posible hogar para la humanidad. Tony Lattimer fue el que volvió a situar en primer plano las actividades arqueológicas de la expedición.

Martha y Selim estaban trabajando en el museo del segundo piso, rascando la suciedad de las vitrinas de cristal, tomando nota de su contenido y marcándolo todo; Lattimer y un par de oficiales de la Fuerza Espacial revisaban lo que habían sido las oficinas administrativas en el otro lado. Un día, un joven subteniente entró en el museo, muy excitado.

—¡Eh! ¡Martha! ¡Doctor Von Olmhorst! —gritó—. ¿Dónde están ustedes? ¡Tony ha encontrado a los marcianos!

Selim dejó caer su estropajo en el cubo; Martha dejó su bloc encima de la vitrina.

—¿Dónde? —preguntaron al mismo tiempo.

—En el ala norte. —El subteniente había recuperado el aliento y hablaba en tono más tranquilo—. Detrás de una de las antiguas oficinas del rectorado, en una sala de conferencias. Estaba cerrada por dentro, y tuvimos que forzar la puerta. Allí están. Dieciocho de ellos, alrededor de una larga mesa...

Gloria Standish, que había venido a almorzar, estaba en el entresuelo, gritando por una extensión radiofónica:

—... ¡una docena y media!... Desde luego que están muertos. ¡Vaya pregunta! Parecen esqueletos cubiertos de cuero... No, no sé de qué murieron... Bueno, olvídalo; me tiene sin cuidado que Bill Chandler haya encontrado un hipopótamo con tres cabezas... ¿Es que no se da cuenta, Sid? ¡Hemos encontrado a los marcianos!

Martha recordaba la puerta cerrada; en la primera inspección, no habían intentado abrirla. Ahora estaba en el suelo, quemada por el lado de la cerradura y por el de las bisagras. Dentro de la habitación había un foco, y Lattimer andaba de un lado para otro examinándolo todo, mientras el oficial de la Fuerza Espacial permanecía junto al umbral. En el centro de la estancia había una larga mesa; alrededor de ella se sentaban los dieciocho hombres y mujeres que habían ocupado la habitación durante los últimos cincuenta milenios. Había botellas y vasos sobre la mesa, delante de ellos, y, de haberles visto en la penumbra, Martha hubiese creído que estaban dormitando. Uno de ellos tenía una rodilla posada sobre el brazo de su sillón. Otro había caído hacia delante sobre la mesa, con los brazos extendidos. Esqueletos cubiertos de cuero, los había llamado Gloria Standish, y eso es lo que eran: rostros como calaveras, piernas y brazos como estacas...

Lattimer estaba entusiasmado.

—¡Se suicidaron colectivamente! —exclamó—. ¿Se han fijado en las esquinas?

En los cuatro ángulos de la habitación había una especie de braseros de metal y las paredes, encima de ellos, estaban ennegrecidas por el humo. Von Olmhorst se había fijado en ellos inmediatamente, y estaba hurgando en uno con su linterna.

—Sí, carbón. He visto un montón de carbón alrededor de un par de fraguas de mano en el taller del primer piso. Por eso está tan enrarecida la atmósfera: cerraron todas las aberturas y rendijas de la sala. Debían ser todos los que quedaban aquí. Se habían quedado sin energía eléctrica, se sentían viejos y cansados y en torno de ellos su mundo estaba moribundo. De modo que entraron aquí, encendieron los braseros y se sentaron a beber juntos hasta que cayeron dormidos. Bueno, ahora al menos sabemos lo que fue de ellos. Sid y Gloria aprovecharon la ocasión. El público de la Tierra deseaba tener noticias de los marcianos, y si no podían encontrarse marcianos vivos, una habitación llena de marcianos muertos era lo mejor que podía ofrecerse a su curiosidad. Y tal vez era preferible así; sólo habían transcurrido setenta años desde que Orson Welles había provocado una ola de pánico con su supuesta invasión. Tony Lattimer, el descubridor, estaba empezando a obtener dividendos de sus atenciones con Gloria y su congraciarse con Sid; de la noche a la mañana se había convertido, incuestionablemente, en el arqueólogo más conocido de la historia.

—Mi interés en todo esto no es personal —mintió, dos días después, tras escuchar las noticias llegadas de la Tierra—. Pero creo que es un acontecimiento muy importante para la arqueología marciana. Selim, ¿recuerda usted cuando Lord Carnavon y Howard Carter descubrieron la tumba de Tutankamón?

—¿En 1923? Yo tenía dos años, entonces —dijo von Olmhorst, con una sonrisa—. En realidad, no sé hasta qué punto sirvió el descubrimiento para la egiptología, desde el punto de vista de la propaganda. ¡Oh! Los museos dedicaron más espacio a las exhibiciones egipcias, y durante una temporada resultó más fácil obtener ayuda financiera para nuevas excavaciones. Pero, a largo plazo, no sé si puede resultar favorable esta excitación de la opinión pública.

—Bueno, yo creo que uno de nosotros debería regresar en el *Cyrano*, cuando orbite el *Schiaparelli* —dijo Lattimer—. Confiaba en que sería usted; su voz tendría más peso. Pero creo que es importante que uno de nosotros regrese, para ofrecer el relato de nuestro trabajo, de lo que hemos realizado y de lo que esperamos realizar al público en general, a las Universidades y a las sociedades científicas, y al gobierno de la Federación. Hay una gran tarea a realizar. No debemos permitir que los otros campos científicos y los llamados intereses prácticos monopolicen la ayuda académica y pública. De modo que creo que voy a regresar, al menos por una temporada, y veré lo que puedo hacer...

Conferencias. La organización de una Sociedad de Arqueología Marciana, con Anthony Lattimer, Doctor en Filosofía, como candidato lógico a la presidencia. Títulos, honores; la deferencia de los eruditos, y la adulación de los profanos. Cargos, con impresionantes salarios...

Martha aplastó su cigarrillo contra el cenicero y se puso en pie.

—Bueno, tengo que anotar aún lo que encontramos en el departamento de *Halvhulva* —Biología—. Mañana empezaré con lo de *Sornhulva*, y quiero tenerlo todo listo para someterlo a la opinión de los expertos.

Aquello era lo que Tony Lattimer deseaba quitarse de encima, el trabajo detallado y fatigoso. Dejad que la infantería avance arrastrándose sobre el barro; las gorras galoneadas obtendrán las condecoraciones.

Una semana después, Martha se disponía a almorzar en el antiguo salón de lectura del primer piso cuando llegó Hubert Penrose y se sentó a su lado, preguntándole por su trabajo actual. Martha le contó lo que estaba haciendo.

—Si pudiera usted prestarme un par de hombres, se lo agradecería mucho —añadió la joven—. No les entretendré más de una hora. Quisiera abrir un par de puertas del vestíbulo central del quinto piso. Corresponden a la sala de conferencias y a la biblioteca, si la distribución del piso es igual que la de los pisos inferiores.

—De acuerdo. Yo mismo soy un buen revientapuertas —dijo Penrose. Miró a su alrededor—. Allí está Jeff Miles; creo que servirá. Y pondremos a Sid Chamberlain a trabajar, también, para variar. Entre los cuatro abriremos sus puertas —Llamó a

Chamberlain, que estaba llevando su bandeja al mostrador—. ¡Sid! ¿Tiene usted algo que hacer durante la próxima hora?

—Iba a subir al cuarto piso para ver lo que está haciendo Tony.

—Olvédelo. Tony ha agotado su cupo de marcianos. Yo voy a ayudar a Martha a forzar un par de puertas; probablemente encontraremos todo un cementerio lleno de marcianos.

Chamberlain se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Detrás de una puerta cerrada puede haber cualquier cosa, y ya sé lo que está haciendo Tony: trabajo de rutina.

Jeff Miles, el capitán de la Fuerza Espacial, llegó acompañado por un miembro del personal del laboratorio de la nave, que había bajado el día anterior en el cohete.

—Esta es su especialidad, Mort —le estaba diciendo Miles a su compañero—. Departamento de química y física. ¿Viene con nosotros?

Mort Trauter asintió.

Martha terminó su café y su cigarrillo, y el grupo se dirigió al vestíbulo, recogió las herramientas y subió al quinto piso.

La puerta del salón de conferencias era la más próxima; la atacaron en primer lugar. Con las herramientas de que disponían no representó ningún problema, y al cabo de diez minutos estaba abierta. El interior de la habitación estaba completamente vacío y, al igual que la mayoría de las estancias cuyas puertas estaban cerradas, apenas había polvo. Los estudiantes, al parecer, se habían sentado de espaldas a la puerta, dando frente a una baja plataforma, pero sus asientos y la mesa del conferenciante habían sido retirados. Las dos paredes laterales tenían inscripciones: en la de la derecha, unos círculos concéntricos que Martha reconoció como un diagrama de estructura atómica, y en la de la izquierda una complicada tabla de números y palabras, en dos columnas. Trauter estaba señalando el diagrama de la derecha.

—Llegaron hasta el átomo de Bohr —dijo—. Bueno, no del todo. Conocían los electrones, pero dibujaron los núcleos como una masa sólida. No hay ninguna indicación de la estructura protón-neutrón. Apuesto a que cuando consigan traducir sus libros científicos descubrirán que para ellos el átomo era la partícula final e indivisible. Eso explica que no se haya encontrado ninguna prueba de que los marcianos utilizaran energía nuclear.

—Eso es un átomo de uranio —dijo el capitán Miles.

—¿De veras? —inquirió Sid Chamberlain, en tono excitado—. Si es así, tenían que conocer la energía atómica. El hecho de que no hayamos encontrado ningún grabado reproduciendo las setas de la bomba A no significa...

Martha volvió la mirada hacia la otra pared. Mientras estudiaba la disposición de los números y palabras, oyó que Trauter decía:

—Tonterías, Sid. Nosotros conocíamos el uranio mucho antes de que alguien descubriera lo que podía hacerse con él. El uranio fue descubierto en la Tierra por

Klaproth, en 1789.

En la tabla de la pared de la izquierda había algo familiar. Martha trató de recordar lo que le habían enseñado en la escuela acerca de la física, y lo que había aprendido de un modo casual más tarde. La segunda columna era una continuación de la primera: había cuarenta y seis renglones en cada una, numerados consecutivamente...

—Probablemente utilizaron uranio porque es el mayor de los átomos naturales — estaba diciendo Penrose—. El hecho de que no haya nada detrás de él demuestra que no habían creado ninguno de los transuránicos. Cualquiera de los noventa y dos elementos...

¡Noventa y dos! Eso era: había noventa y dos renglones en la tabla de la pared de la izquierda. El número uno era el Hidrógeno: Uno, *Sarfaldsorn*. El dos era el Helio: *Tirfaldsorn*. Martha no consiguió recordar qué elemento venía a continuación, pero en marciano era *Sarfalddavas*. Por lo tanto, Sorn debía significar «materia» o «substancia». Y *davas*... ¿qué podía ser? La joven se volvió rápidamente hacia los otros, cogiendo el brazo de Hubert Penrose con una mano y agitando su bloc con la otra.

—Mire eso —dijo, en tono excitado—. ¿Qué cree usted que es? ¿Podría ser una tabla de los elementos?

Todos se volvieron a mirar. Mort Trauter fue el primero en hablar.

—Podría serlo —dijo—. Si supiera lo que significan esos signos...

—Si pudiera usted leer los números, ¿le servirían de algo? —preguntó Martha, empezando a anotar en el bloc los dígitos arábigos y sus equivalentes marcianos—. Es el sistema decimal, el mismo que utilizamos nosotros.

—Desde luego. Si eso es una tabla de elementos, lo único que necesitaría serían los números. Gracias —añadió, mientras Martha arrancaba una hoja del bloc y se la entregaba.

Penrose conocía los números y se adelantó a Trauter.

—Noventa y dos renglones, numerados consecutivamente —dijo—. El primer número sería el número atómico. Luego una sola palabra, el nombre del elemento. A continuación el peso atómico...

Martha empezó a leer los nombres de los elementos.

—Conozco el hidrógeno y el helio. ¿Cuál es *tirfalddavas*, el tercero?

—Litio —dijo Trauter—. Los pesos atómicos aparecen en números redondos. El hidrógeno es uno —más, suponiendo que ese signo en forma de doble garfio signifique más; el helio es cuatro— más, correcto. Y el litio es siete, lo cual no es correcto. Su peso atómico es seis coma noventa y cuatro. A no ser que esa cosa rara que hay al final signifique «menos».

—¡Desde luego! Mire: el signo más es un garfio, para colgar las cosas juntas, y el signo menos es un cuchillo, para cortar algo de algo... Vea, el pequeño lazo es el mango, y la línea alargada es la hoja. Estilizado, desde luego, pero no cabe duda de

que es un cuchillo. Y el cuarto elemento, *kiradavas*, ¿qué es?

—Berilio. Se le da un peso atómico de nueve-y-un-garfio; en realidad es nueve-coma-cero-dos.

Sid Chamberlain estaba decepcionado porque no podía contar que los marcianos habían desarrollado la energía atómica. Tardó unos cuantos minutos en comprender lo que estaba pasando, pero finalmente lo captó.

—¡Eh! —exclamó—. ¡Está usted leyendo eso! ¡Está leyendo marciano!

—Exactamente —dijo Penrose—. Lo está leyendo correctamente. Lo que no se me alcanza son los dos datos que figuran después del peso atómico. Parecen meses del calendario marciano. ¿Qué cree usted que son, Mort?

Trauter vaciló.

—Bueno, después del peso atómico deberían figurar los números del período y del grupo. Pero eso son palabras.

—¿Cuáles serían los números para el primer elemento, hidrógeno?

—Período Uno, Grupo Uno. El helio pertenece también al Período Uno, pero figura en el grupo de los elementos inertes.

—*Trav, Trav...* *Trav* es el primer mes del año. Y el helio es *Trav, Yenth; Yenth* es el octavo mes.

—Los elementos inertes pueden ser llamados Grupo Ocho, sí. Y el tercer elemento, litio, es Período Dos, Grupo Uno. ¿Coincide?

—Sí. *Sanv, Trav; Sanv* es el segundo mes. ¿Cuál es el primer elemento en Período Tres?

—El sodio, Número Once.

—Exactamente; es *Krav, Trav*. Desde luego... Los nombres de los meses son simplemente números, del uno al diez, en letras.

—*Doma* es el quinto mes —dijo Penrose—. O sea, *doma* significa «cinco». Y si *davas* significa «metal» y *sornhulva* es «química» y/o «física», apuesto a que *Tadavas Sornhulva*, traducido literalmente, equivale a «Conocimiento de la Materia Metal». Metalurgia, en otras palabras. Me pregunto qué puede significar *Mastharnorvod* —A Martha le sorprendió que, al cabo de tanto tiempo, Penrose pudiera recordar aquella palabra—. Algo así como «Periódico», o «Revista», o tal vez «Trimestral».

—Resolveremos eso, también —dijo Martha, en tono optimista. Después de esto, nada parecía imposible—. Tal vez podamos encontrar... —Se interrumpió bruscamente—. Usted dijo «Trimestral». Y yo creo que es «Mensual». La revista llevaba la fecha de un mes específico, el quinto. Y si *nor* es «diez», *Mastharnorvod* podría ser «Año-Décimo». Y apuesto a que descubriremos que *masthar* significa «año». —Se volvió de nuevo hacia la tabla—. Bueno, vamos a continuar con esas palabras, traduciendo todas las que podamos.

—Sugiero que nos tomemos unos minutos de descanso —dijo Penrose, sacando sus cigarrillos—. Y luego trabajaremos cómodamente. Jeff, usted y Sid podrían

acercarse a la otra habitación, al otro lado del vestíbulo, y ver si encuentran una mesa o algo que pueda ser utilizado como mesa, y unas cuantas sillas. La tarea será larga.

Sid Chamberlain se había estado contorsionando, como atacado por un batallón de hormigas, tratando de contenerse. Pero ahora estalló.

—¡Esto es algo realmente grande! —exclamó, en tono excitado—. Algo *importante*, mucho más importante que el descubrimiento de los depósitos de agua, o las estatuas, o este edificio, o incluso los animales y los marcianos muertos. ¡Esperen a que Selim y Tony vean esto! ¡Esperen a que lo vea Tony: me gustará ver la cara que pone! ¡Y cuando envíe la noticia, toda la Tierra se estremecerá de emoción! —Se volvió hacia el capitán Miles—. Jeff ¿le importaría ir a echar una ojeada a la otra habitación, mientras yo envío a buscar a Selim y a Tony? Y a Gloria, desde luego; esperen a que vea esto...

—Tómeselo con calma, Sid —le advirtió Martha—. Será mejor que me permita revisar su artículo antes de enviarlo. Esto es sólo un comienzo; tardaremos años y años antes de poder leer alguno de esos libros que hay abajo.

—La cosa será más rápida de lo que cree, Martha —dijo Hubert Penrose—. Todos trabajaremos en ella, y enviaremos material por teleradio a la Tierra, y allí habrá mucha gente que trabaje en ella. Les enviaremos todo lo que podamos... y copias de libros, y copias de sus listas de palabras...

Y encontrarían otras tablas —tablas astronómicas, tablas de física y mecánica, por ejemplo—, en las cuales palabras y números fueran equivalentes. Las estanterías de la Biblioteca estarían llenas de ellas...

Sachiko Koremitsu asomó la cabeza a través de la puerta y luego entró en la sala.

—¿Puedo ayudar en algo? —inquirió. Y luego—: ¿Qué pasa? ¿Algo importante?

—¿Importante? —estalló Sid Chamberlain—. ¡Mire eso, Sachi! ¡Lo estamos leyendo! ¡Martha ha descubierto el modo de leer el marciano! —Agarró al capitán Miles por el brazo—. Vamos, Jeff; quiero llamar a los otros...

Continuaba hablando atropelladamente cuando salió de la habitación.

Sachiko contempló la tabla.

—¿Es cierto? —preguntó. Y luego, antes de que Martha pudiera seguir adelante con su explicación, le echó los brazos al cuello—. ¡Oh! ¡Lo ha conseguido usted! ¡Cuánto me alegro!

Martha tuvo que empezar a explicarse de nuevo cuando entró Selim von Olhmhorst. Esta vez pudo terminar.

—¿Está usted realmente segura, Martha? Sabe muy bien que aprender a leer este lenguaje es tan importante para mí como para usted. Pero, ¿cómo puede estar segura de que esas palabras significan realmente cosas como hidrógeno, y helio, y bario y oxígeno? ¿Cómo sabe usted que su tabla de elementos era como la nuestra?

Trauter, Penrose y Sachiko le miraron, asombrados.

—Eso no es la tabla marciana de elementos; es *la* tabla de elementos. Es la única que existe —dijo Mort Trauter—. Mire, el hidrógeno tiene un protón y un electrón. Si

tuviera más protones o más electrones, no sería hidrógeno, sería otra cosa. Y lo mismo puede decirse del resto de los elementos. Y el hidrógeno de Marte es el mismo hidrógeno de la Tierra, o de Alfa Centauro, o de la próxima galaxia...

—Anote esos números, en ese orden, y cualquier estudiante de química de primer año podrá decirle qué elementos representan —intervino Penrose—. Es decir, podrá hacerlo si espera aprobar el curso.

El anciano sacudió la cabeza lentamente, sonriendo.

—Temo que yo no lo aprobaría. Una de las cosas que voy a pedir que me traigan en el *Schiaparelli* será un tratado elemental de química y física, asequible para un niño de diez o doce años. Al parecer, un marciólogo tiene que aprender un montón de cosas de las cuales no habían oído hablar los hititas ni los asirios.

Tony Lattimer, al entrar, oyó la última parte de la explicación. Miró rápidamente hacia las paredes y, habiendo descubierto lo que había sucedido, avanzó y cogió a Martha por la mano.

—¡Lo ha conseguido usted, Martha! ¡Encontró su bilingüe! Nunca creí que fuera posible; permítame felicitarla.

Probablemente esperaba que aquello borraría todas las mofas y sarcasmos del pasado. Sin embargo, para Martha, la amistad de Lattimer significaba tan poco como sus burlas.

—Esto es algo que podemos mostrar al mundo, para justificar cualquier inversión de tiempo y de dinero en los trabajos de arqueología marciana. Cuando regrese a la Tierra, me ocuparé de que sean reconocidos sus méritos por este descubrimiento.

—No tendremos que esperar tanto —le dijo Hubert Penrose secamente—. Mañana voy a enviar un informe oficial; puede estar seguro de que los méritos de la doctora Dane serán reconocidos, no sólo por éste sino también por sus anteriores trabajos, que han hecho posible este descubrimiento.

—Y puede usted añadir que lo han hecho posible a pesar de las dudas y de las objeciones de sus colegas —dijo Selim von Olmhorst—. Dudas y objeciones en las que me avergüenzo de tener que confesar que he participado.

—Usted dijo que teníamos que encontrar un bilingüe —observó Martha—. Estaba usted en lo cierto, también.

—Esto es algo mejor que un bilingüe, Martha —dijo Hubert Penrose—. La ciencia física se expresa en un lenguaje universal. A partir de ahora, los arqueólogos sólo tendrán que ocuparse de las culturas precientíficas.

Para los que vengan detrás

Dean Mc Laughlin

La Historia se convierte en fábula; los hechos son objeto de dudas y controversias; las inscripciones se borran de las tablillas; las estatuas caen de los pedestales. Columnas, arcos, pirámides, ¿qué son sino montones de arena? Y sus epitafios, ¿qué son sino signos escritos en el polvo?

Washington Irving

La ciudad ha sido construida para que permanezca a través de toda la eternidad. Pero el tiempo transcurre lentamente y los años son largos.

Las ruinas no eran simplemente viejas. Eran antiguas. Habían sido viejas cuando las pirámides estaban aún por construir. Pertenecían a una época anterior a Babilonia y a la Ur de los Caldeos. Se desmoronaban ya cuando las ciudades de Persia eran construidas con el barro de unos ríos que hace muchísimo tiempo se secaron y abandonaron sus cauces al polvo y al desierto.

Johnathan Millar podía intuir la antigüedad de las ruinas, aunque no hubiese podido analizar de un modo racional sus sensaciones. Era, quizás, el conocimiento de que esta ciudad derruida había sido joven en la época anterior a aquella que presencié cómo un animal, en las selvas prehistóricas, se alzaba y andaba sobre dos patas, en vez de hacerlo sobre cuatro. Eso, y la vista de aquellas inmensas colinas de escombros que continuaban revelando las huellas de un inteligente arquitecto. El hecho de que las huellas permanecieran después de tantos siglos era en sí mismo un testimonio de capacidad profesional.

Millar se movió entre las torres derruidas, proyectando la luz de su linterna sobre las profundas sombras, preguntándose dónde debía empezar el trabajo. La ciudad había esperado durante cien mil años: podía esperar otra semana mientras se dibujaban los planos para una excavación sistemática.

La arqueología no resultaba fácil, ni en su país natal, ni allí. Especialmente allí. Deducir toda una cultura de unos cuantos fragmentos de alfarería con una antigüedad de milenios y una herramienta rota; estudiar una espada oxidada y elaborar una teoría acerca de los hombres que la habían empuñado. Tratándose de la propia raza ya resultaba bastante difícil. Tratándose de una raza extranjera, ahora desaparecida por completo, ¿era posible hacerlo?

De modo que Millar examinaba las ruinas con una extraña mezcla de

sentimientos: anticipación, curiosidad y pesimismo.

Johnathan Millar había planeado consigo mismo su caminata a través de las ruinas; abandonar su campamento y a sus compañeros arqueólogos y estudiantes para penetrar en las ruinas por la orilla occidental, luego dar la vuelta hacia el norte y regresar al campamento ladeando el contorno.

Desde arriba, las ruinas habían parecido grandes. Ahora, en medio de la mampostería y de los destrozados esqueletos de metal, Millar comprobó su verdadera inmensidad. Cuando estaban recién construidas, hacía milenios, las estructuras, habían sido aún mayores, y más armónicas. Entonces habían sido una ciudad; ahora eran escombros: montaña tras montaña de escombros. Sus constructores habían sido una gran raza: tenían que haber sido grandes para construir con tanta maestría. Pero ahora aquella raza había desaparecido. ¿Por qué? Y sus obras se habían derrumbado, como se había derrumbado la propia raza.

«Lo malo que hacen los hombres vive después de ellos. Lo bueno queda enterrado a menudo con sus huesos».

No, eso no era cierto. ¿Qué era, entonces? ¿Qué palabras podían ser dignas de este monumento de una raza muerta mucho antes del nacimiento del hombre? Esto no era algo malo. Aquellas ruinas eran un tributo, un epitafio y un panegírico al mismo tiempo.

Millar pasó más allá de la orilla de la antigua metrópoli, a través de la periferia de menos escombros, para salir a los campos cubiertos de verdor. Empezaba a oscurecer —en este globo extranjero los días eran más cortos que en la Tierra—, y desde el lugar en que ahora se encontraba su campamento era invisible, tapado por unos cerros. Para comprobar su situación, Millar ascendió por una colina que se erguía al oeste de él mismo y en consecuencia, suponía Millar, al norte del campamento.

Y así era, en efecto. Desde la cima de la colina, localizó rápidamente el campamento a través de sus prismáticos de campaña. Se hallaba casi en el lugar exacto que él había previsto. Se felicitó mentalmente a sí mismo mientras descendía por la ladera meridional.

Llegó a la caverna situada cerca de la base de la colina. En el primer momento creyó que era natural, pero luego vio que su contorno era demasiado regular. Iluminó el orificio con su linterna. La luz penetró hasta muy adentro, pero no reveló la pared del fondo. Y el interior era un círculo perfecto. Aquella cueva no se había formado sola; había sido construida.

Millar sintió la tentación de explorar la cueva en aquel momento, pero la razón le aconsejó en sentido contrario. Los días eran demasiado cortos, y el sol, que no era El Sol, avanzaba rápidamente hacia su cita astronómica con el horizonte. Tenía que llegar pronto al campamento, si no quería extraviarse en la oscuridad.

—Yo diría que fue evolución —declaró uno de los arqueólogos más viejos—. Los dinosaurios evolucionaron hasta el punto de desaparecer. Superespecialización. Tal

vez fue eso lo que les ocurrió a ellos.

Era un hombre dé pelo canoso aunque robusto, y su nombre era corriente: Robert Smith. Su voz era recia y expresaba un convencimiento que él no sentía. Pero la discusión tenía la mecha prendida.

La claridad de la fogata iluminaba los rostros de los hombres instalados a su alrededor. Smith miró aquellos rostros, uno detrás de otro, buscando el que replicaría a su afirmación.

Tomó la palabra un joven recién graduado, Alfred Nieheimer.

—Creo que ha olvidado usted una cosa. Ellos tenían algo que los saurios no poseían. Ellos tenían cerebros pensantes. Me remito a esas ruinas como prueba. Yo opino que desaparecieron porque no evolucionaron, precisamente.

Smith sonrió. Aquel muchacho tenía ideas. Y era más ágil mentalmente que sus más expertos camaradas. Nieheimer haría grandes cosas.

—De acuerdo, joven —le retó—. Explíquese.

Nieheimer extendió las manos delante de él, con las palmas hacia abajo.

—Bueno —dijo—, ya conoce usted la ley de selección natural: supervivencia de los más aptos. Únicamente aquellos que son aptos para sobrevivir y propagar la raza. Los más aptos tienen más posibilidades de supervivencia y, por tanto, de propagación. De ese modo, las características de no-supervivencia quedan eliminadas, y las características de supervivencia más poderosas son heredadas por la generación siguiente.

»Pero la regla sólo se aplica a los animales. El hombre, y ellos —quienquiera que fuesen— se distinguen de los animales por su inteligencia. Pueden aplicar su inteligencia a la medicina, capacitando así a los no aptos —los que son susceptibles de enfermedad o deformación, o simplemente inferiores— para sobrevivir y transmitir sus características. Eso puede aceptarse desde el punto de vista de la ética, pero perjudica a la evolución. Las malas características no son eliminadas. Se transmiten. Paulatinamente, la raza queda contaminada con esas malas características. De modo que una raza inteligente no evoluciona de un modo continuo. Evoluciona hasta que alcanza un grado de civilización en el cual la medicina está muy desarrollada. Entonces se produce la degeneración; la civilización sufre un colapso y la raza retorna a la barbarie. Luego empieza de nuevo la evolución. La raza se levanta y vuelve a caer. En una raza inteligente, la evolución no sigue una línea recta. Forma un círculo, un ciclo.

Smith se sintió complacido. La idea tenía su mérito. Pero tenía también sus fallos.

—Una excelente exposición, Mr. Nieheimer, pero ha omitido usted varios puntos —Smith hizo una pausa y contempló la primitiva fogata... mucho más satisfactoria que la eficaz estufa del campamento—. En primer lugar, ha pasado por alto las posibilidades del control genético, y en segundo lugar, da por sentado que su ética era similar a la nuestra.

Pero Nieheimer no se dio por vencido.

—Su teoría es indefendible, Mr. Smith —replicó—. El control genético impediría la Superespecialización, tanto como la degeneración; y en cuanto a la ética —hizo una breve pausa, dando forma a su argumento—, en cuanto a la ética, en una raza inteligente sería más parecida a la nuestra que a la del dinosaurio. Una raza que pudo construir una ciudad como esta tuvo que tener forzosamente una ética similar a la nuestra. Resulta imposible un alto grado de civilización sin tener en cuenta a los individuos como tales. Un breve repaso a la Historia le mostrará los resultados de la ética totalitaria.

Smith buscó otro punto débil.

—Dice usted que la degeneración se detiene al llegar a cierto punto y empieza *de nuevo* la evolución. ¡Le recuerdo que esta raza ha desaparecido!

Como un actor de segunda categoría, extendió un brazo hacia las silenciosas ruinas, ocultas ahora en la oscuridad bajo las constelaciones que eran sutilmente distintas de las que se veían desde la Tierra.

—Eso no apoya su teoría —replicó Nieheimer—. Una serie de ciclos degeneración-evolución produciría, a largo plazo, una tendencia general decadente, dado que las características de no-supervivencia son más predominantes que las pro-supervivencia. Sólo hay un camino correcto, y muchos, muchos caminos erróneos.

Smith frunció el ceño. Seguían habiendo fallos, pero no pudo encontrarlos inmediatamente. Dirigiéndose al grupo tanto como a Nieheimer, dijo:

—Eso es una lógica resbaladiza, hijo. Hay en ella demasiados «quizás». Tendremos que comparar notas dentro de cinco años y comprobar quién está en lo cierto: usted, yo o algún otro individuo. Sin embargo, sospecho que había algo de ignorancia por su parte, en uno u otro sentido.

Leyendo entre líneas, Nieheimer le devolvió la sonrisa a Smith y la discusión se interrumpió.

Poco después, el campamento quedó en silencio. Todos los miembros de la expedición se guarecieron en sus tiendas ya que las noches, al igual que los días, eran cortas.

Y la noche era oscura, ya que al contrario de la Tierra este mundo no tenía luna.

Millar volvió a la cueva —o al túnel, como lo consideraba ahora— por la mañana. Había confiado en traerse a un estudiante, preferiblemente Nieheimer, con él, pero tuvo que renunciar a la idea debido a que los equipos y suministros no habían terminado de llegar. Y no invitó a ninguno de sus colegas, ya que cada uno de ellos tenía sus propios intereses.

Cuando se puso en marcha, completamente equipado para un día entero de exploración, se divirtió a sí mismo con un lema para arqueólogos, y particularmente para los miembros más jóvenes de una expedición: «Nosotros hacemos el trabajo sucio de la Historia». Pero el lema fue olvidado rápidamente mientras, al cruzar las lomas que separaban el campamento de la cueva, se detuvo a contemplar las ruinas.

Predominaba el color blanco, aunque aquí y allá aparecían el rojo, el azul, el gris y el púrpura formando un diseño irregular en los montones de escombros. Y Millar pensó súbitamente que los cimientos de aquellas antiguas estructuras tenían que haberse corroído por completo, desde que la ciudad fue abandonada y antes de la llegada del hombre. Nada más podía explicar la extensión de las ruinas, ya que no quedaba en pie ninguna pared.

Y tuvo, también, el súbito convencimiento de que la ciudad había sido construida para resistir a todas las amenazas, menos aquella. Aquellas torres habían sido construidas para aguantar los peores golpes —los vientos huracanados, el fuego de los volcanes, los propios terremotos—, ya que incluso ahora veíanse los esqueletos de los edificios, retorcidos por su repentina y antigua caída, pero enteros y fuertes y sin oxidar bajo el cielo abierto.

Ya que ellos habían sido una raza de constructores, y conocían su arte.

Pensaba aún en esto cuando llegó a la cueva. ¿Cuántos millares —o millones— de años debe permanecer deshabitada una ciudad antes de que el terreno sobre el cual se asienta sea barrido por los elementos? Millar lo ignoraba, pero los cálculos aproximados le produjeron una especie de vértigo.

La colina en la cual penetraba la cueva estaba salpicada de rocas pizarrosas, desgastadas por el tiempo. ¿Qué altura tendría la colina cuando la ciudad era nueva?, se preguntó Millar. Y luego comprobó que las ruinas habían reposado sobre su ladera, hacía muchísimo tiempo.

Millar desenfundó la linterna que llevaba al cinto y entró en el túnel. Este era muy espacioso, y su diámetro no parecía disminuir a medida que el arqueólogo continuaba avanzando.

Cuando hubo recorrido varios centenares, de pies, Millar se volvió para calcular lo que había avanzado, y vio que el túnel se había desviado ligeramente hacia la derecha y hacia abajo, como una espiral descendente. Cuando volvió a mirar atrás, la entrada había desaparecido y no había más luz que la de su linterna eléctrica y nada que ver, aparte las negras paredes lisas del pasadizo.

Sus pasos despertaban ecos a lo lejos, precediéndole en vanguardia y resonando detrás de él. Y, súbitamente, Millar se sintió muy solo. Existía allí una sensación de tiempo y de ausencia de tiempo, de juventud y de vejez, de lo que era pasado y de lo que aún tenía que ser. Y, como un contrapunto, el eco de sus pasos, un continuo y persistente sonido de cíclica intensidad.

No pudo calcular la extensión de su avance ni de su descenso por el túnel en espiral. No encontró ningún pasadizo lateral, un hecho que le tranquilizó, ya que un túnel con ramificaciones hubiera dificultado su regreso. En un momento determinado su linterna disminuyó la intensidad de su luz, y Millar se vio obligado a reemplazar sus descargadas baterías a oscuras antes de proseguir su avance.

Finalmente, sin embargo, llegó al final de su paseo. Una pared bloqueaba todo el pasillo. En ella, llenando la mayor parte de su superficie, había una cuadrada y

maciza puerta... cerrada. Pero en la pared, al lado de la puerta, había una rueda, y debajo de la rueda y conectados con ella, una serie de ejes entrelazados. Millar lo identificó como un mecanismo para abrir la puerta, pero vio también que faltaba uno de los ejes. Lo encontró en el suelo, a sus pies. Colocándolo en su lugar hizo girar la rueda.

La puerta se abrió muy lentamente. Más allá, Millar encontró otra puerta similar, abierta, y después de aquella, una serie de puertas semejantes.

Y más allá de la sucesión de puertas, una sala muy amplia.

Era de forma rectangular, del tamaño de una sala de espera de una estación del Metropolitano. Millar entró por una de las paredes más largas y, un momento después, había luz. No pudo localizar la fuente de iluminación, pero toda la sala se le reveló de golpe. Apagó su linterna y volvió a colgársela al cinto. Luego empezó a examinar la sala.

La característica más sorprendente se hallaba al pie de la pared opuesta. Allí, una zanja semicircular recorría toda la longitud de la sala y desaparecía bajo un arco en cada uno de sus extremos. Y reposando en la zanja, como un buque en su dique, había un objeto en forma de cápsula, de un diámetro ligeramente menor que el de la zanja y, en consecuencia, equivalente al del túnel exterior.

Los extremos de la cápsula eran hemisféricos, y su cuerpo central un cilindro. Faltaba una sección del cuerpo, dejando al descubierto el interior, hueco. Proyectando la luz de su linterna en aquel interior, Millar no pudo encontrar nada que pudieran ser unos mandos, aunque estaba seguro de que aquello era algún medio de transporte. Tal vez era automático. Pero lo más asombroso era que la cápsula no tocaba en ningún punto la zanja sobre la cual reposaba. Había varias pulgadas de espacio libre entre el vehículo y el camino. Millar supuso que había sido utilizada la repulsión magnética, pero el procedimiento exacto se le escapaba.

Intrigado, examinó otras características de la sala. Como telón de fondo de la cápsula y de su carril, había una pintura que cubría toda la longitud y altura de la pared. Millar la había visto antes, pero el extraño vehículo acaparó su atención. Ahora estudió el cuadro.

Una ciudad reposaba sobre la suave ladera de una vieja y erosionada montaña, una montaña que era poco más que una gran colina, en su forma y en su aspecto. Las torres de la ciudad revelaban una maestría arquitectónica; su atrevida angularidad y los teñidos dedos de piedra se amalgamaban en una composición de belleza funcional y estética. Así, pensó Millar, había aparecido la ciudad antes de que el tiempo iniciara su tarea.

Súbitamente, Millar recobró la conciencia del presente y, consultando su reloj, comprobó que la tarde estaba muy avanzada. Decidió aplazar una exploración más minuciosa del lugar. Su tarea inmediata era la de regresar al campamento antes de que se hiciera de noche, cosa que no tardaría en producirse.

A pesar de su apresuramiento, la estrella vespertina del planeta brillaba en el cielo

antes de que Millar llegara al campamento.

Y cuando por fin se tendió bajo su manta a la luz de las estrellas en una anticipación del sueño, pensó en los extraños caprichos del destino. He aquí una raza que había sido, según todas las apariencias, más avanzada de lo que la humana era ahora. Pero no había conquistado las estrellas, como las habían conquistado los hombres, y ahora estos últimos estaban hurgando en las ruinas de las mayores estructuras de aquella raza desaparecida desde hacía muchísimo tiempo.

¿Por qué no habían emprendido la conquista del espacio, a pesar de sus evidentes capacidades científicas? ¿Y por qué se habían desvanecido? ¿Por qué estaban los hombres aquí, y ellos no?

Tal vez conocía la respuesta. Tal vez le había sido dada la noche anterior por Nieheimer.

Millar empezó a sentirse soñoliento, y se alegró súbitamente de que este mundo no tuviera una luna que se reflejara en sus ojos vueltos hacia el cielo.

Despertó al amanecer; una fría llovizna mojaba su rostro. Recogió sus mantas y fue a guarecerse en una de las tiendas.

Volvió a quedarse dormido.

Cuando se hizo de día, continuaba lloviendo. Sin embargo, Millar decidió visitar el túnel otra vez. Pero no lo haría solo, ni a pie. Su vehículo, construido para viajar por toda clase de terrenos y en las peores condiciones climatológicas, daba continuos saltos y se encabritaba mientras recorrían el terreno que se extendía entre el campamento y la entrada de la cueva. Nieheimer, el estudiante, conducía, en tanto que Millar trataba de conservar en su sitio su desayuno, apresuradamente engullido. El vehículo había sido construido para andar por terrenos difíciles, pero este no era el caso del estómago del arqueólogo.

—¿Por qué no dejó que los otros vinieran? —inquirió Nieheimer—. Lo estaban deseando, desde luego.

—¿Para qué? —replicó Millar—. Al fin y al cabo, yo soy el único que va a bajar.

—¡Eh, un momento! Creí que me permitiría acompañarle...

—Me gustaría mucho, pero no sabemos en qué estado se encuentra el tubo. Un centenar de miles de años no es precisamente anteayer.

Cuando se acercaron a la entrada de la cueva Nieheimer encendió los faros y penetró por la abertura, siguiendo las indicaciones de Millar.

Dejaron la máquina delante de la primera puerta y continuaron a pie; en total, había ocho puertas. La sala situada al final del túnel se iluminó cuando penetraron en ella.

Millar dejó a Nieheimer allí.

—Tome fotografías de este lugar y todas las notas que considere oportunas —le dijo—. Si no he regresado una hora antes de la puesta del sol, regrese al campamento

y dé la voz de alarma. ¿De acuerdo?

Nieheimer asintió. Parecía decepcionado.

Millar se introdujo en la cápsula. Examinó el interior más minuciosamente que el día anterior, utilizando su linterna.

—No sé si funcionará —le dijo a Nieheimer—. No puedo encontrar ningún mando.

Pero, en el preciso instante en que pronunciaba aquellas palabras, Nieheimer desapareció de su campo visual y una especie de dosel se tendió sobre la abertura. Se oyó un *click* y el vehículo empezó a moverse suavemente, aunque no en la dirección que Millar esperaba. Perdió el equilibrio y cayó sobre el acolchado suelo.

Cerró los ojos mientras la cápsula proseguía su avance en dirección descendente, al parecer. Súbitamente, el vehículo se detuvo. El dosel volvió a deslizarse, esta vez en sentido contrario, y Millar se incorporó trabajosamente.

Salió por la abertura de la cápsula y se encontró en una cámara cuyo tamaño no era mucho mayor que el de la propia cápsula. Delante de él se extendía un pasadizo abovedado, el final del cual se hallaba oculto en una semipenumbra.

Avanzó por aquel pasadizo, y cuando hubo recorrido varios centenares de metros se encontró bruscamente en una sala inmensa. En la pared del fondo había una gigantesca estatua adosada a una especie de nicho. La forma de aquella estatua era claramente animal, pero Millar la encontró extraña y fea. A pesar de todo, echó a andar hacia ella. Inmediatamente, la esfera de luz que rodeaba a la figura esculpida se hizo más amplia, permitiendo a Millar observar la sala a sus anchas.

Su extensión era enorme. Medía al menos un kilómetro de anchura por dos de longitud. Y estaba llena de máquinas, todas ellas de un raro diseño. A lo largo de las paredes había una hilera de pesados ficheros metálicos. Su objetivo era evidente: el conocimiento de una raza desaparecida.

Construyeron esta bóveda, pensó Millar, confirmando sus sospechas, *como un monumento a sí mismos*.

La cuarta pared, parcialmente eclipsada por la estatua, contenía una inscripción. La escritura era de un tipo completamente desconocida para Millar.

Para ver la totalidad de la inscripción, aunque no pudiera leerla, Millar se situó en un punto que coincidía exactamente con el centro matemático de la estatua. Y, bruscamente, los símbolos de la pared adquirieron significado para él, como si una voz hablara en su mente, repitiendo las palabras, traducidas.

¿Telepatía? ¿Con una raza muerta? Mecánica, quizás. ¿O era simple imaginación? En aquel momento, tales detalles carecían de importancia, y Millar no se interrogó al respecto. Su mente estaba concentrada en comprender lo que había sido escrito por los que construyeron y llenaron esta bóveda.

Leyó:

A ti, que por tu inteligencia y tu curiosidad has alcanzado esta bóveda,

nosotros, como agentes de nuestra raza y de nuestra civilización, ofrecemos lo que has encontrado aquí. No podemos saber si estas reliquias serán de alguna utilidad para ti y para tu pueblo, ni podemos conocer tu identidad. El futuro no nos pertenece, y la solución debe darla el destino.

Pero la raza no tiene importancia para nosotros. Aunque nuestra raza puede existir todavía, nosotros ya estaremos muertos. Es posible que sea la vanidad lo que nos empuja a enterrar estos residuos de nuestra cultura. En parte, al menos, es así. Pero también confiamos en que este detritus de nuestra moribunda civilización pueda ayudar a aquellos a quienes pertenece el futuro.

Te ofrecemos nuestra historia, nuestras artes y nuestra ciencia. Pero nuestra ciencia puede ser primitiva para ti, y nuestro arte puede ser ingenuo o deforme. En tal caso, sólo podremos ofrecerte nuestra historia. Ojalá te revele las verdades ocultas para nosotros. Pues, aunque vemos desintegrarse a nuestro alrededor nuestra cultura, como se desintegraron otras culturas anteriores de nuestra raza, no se nos alcanzan los motivos de esa desintegración. Nuestra cultura está viciada; el vigor de la juventud la ha abandonado en la vejez. No sabemos por qué. Y realmente, si conociéramos nuestras deficiencias, procuraríamos superarlas, en vez de erigir este monumento. Y si, como es muy posible, posees ya ese conocimiento que nosotros no supimos encontrar, acepta esta bóveda como lo que es: un gesto inútil y vacío de una cultura que no sobrevivió al juicio de la existencia.

Aunque sabemos que para nosotros no fueron suficientes, confiamos en que nuestros ofrecimientos puedan ayudaros, a ti y a los tuyos, en vuestra lucha por la supervivencia. Es posible que nos mueva la vanidad, pero eso no empequeñece la sinceridad de nuestra esperanza. Ya que ninguna cultura ni ninguna raza ha fracasado del todo si su recuerdo permanece.

La bóveda era tan inmensa que sus pasos no despertaron el menor eco cuando dio media vuelta y echó a andar; mientras pasaba por delante de la gigantesca estatua que ya no era fea, sino que estaba llena de dignidad y grandeza; mientras pasaba por delante de las largas hileras de máquinas silenciosas, un tesoro arqueológico; mientras cruzaba, finalmente, los portales, dejando atrás los archivos de una raza muerta, el sueño de un enciclopedista.

Y una vez más allá del umbral, se detuvo como obligado por una orden silenciosa, se volvió y contempló una vez más aquella espléndida semejanza de un hombre que no era humano. Y mientras la contemplaba, la luz se apartó de ella, dejando sombras y oscuridad detrás. La luz se desvaneció lentamente, hasta que sólo quedó iluminada la pared más lejana. Como un planeta en tránsito, la estatua permanecía erguida, una sombra mayestática, una masa negra contra la inscripción grabada en la pared.

Ellos no conocían sus propias mentes, pensó Millar, como nosotros conocemos las nuestras.

El portal se cerró ante sus ojos.

Nieheimer estaba esperándole cuando llegó a la cámara superior. El estudiante ayudó a Millar a salir de la cápsula.

—¿Ha encontrado algo? —le preguntó en tono deliberadamente casual, que no conseguía ocultar la impaciencia de su mente.

La respuesta de Millar fue sobria.

—He aprendido por qué estamos aquí nosotros, y ellos no —dijo, y empezó a desgranar en voz alta los pensamientos que llenaban su mente—. Para tener éxito, una raza inteligente ha de fijarse una frontera, o, a falta de ella, comprenderse a sí misma. Nosotros tenemos las dos cosas: hemos alcanzado las estrellas y conocemos nuestras mentes. Ellos no tenían ninguna luna que les hiciera señas, de modo que no conquistaron el espacio y en consecuencia perdieron su frontera. Y no poseían el conocimiento que les hubiera permitido sobrevivir sin una frontera. De modo que ahora han desaparecido.

Luego, como recordando algo de repente:

—¿Qué antigüedad tiene este lugar?

—No lo sé —respondió Nieheimer—. La máquina estaba parada.

—¿Parada?

—Sí. No estaba estropeada, y tenía abundante energía. Pero... —Nieheimer se encogió de hombros— se paró.

—¿Por qué? ¿Lo sabe usted?

—Bueno, ya sabe cómo funciona un reloj de radio. Encierra usted un poco de radio en una caja y calcula el tiempo por el descenso de la radiación. Matemáticamente, la radiación es perpetua. Así es como su máquina medía el tiempo. Y esto es todo lo que queda.

Y le mostró a Millar un pequeño ladrillo de color gris oscuro: plomo puro.

Ellos habían construido su monumento para que durase a través de todos los tiempos. En eso, al menos, habían tenido éxito.

Una investigación preliminar del solar de un hombre primitivo en el valle del río Delaware

Charles Ward y Timothy J. O'leary

UN INFORME SOBRE LA SEMIDETALLADA INVESTIGACIÓN DEL LLAMADO SOLAR DEL EMBARCADERO, SOLAR DEL EMBARCADERO DE ROSENKRANS, O EL GIRE-A-LA-IZQUIERDA-AL-LLEGAR-AL-PRIMER-CRUCÉ-Y-CUANDO-H A Y A-PASADO-EL-MONUMENTO-PREGUNTE-POR-EL-SOLAR-DE-ALICIA, SITUADO JUNTO AL RÍO DELAWARE A UNA MILLA AL OESTE DEL SUDESTE DE LA PEQUEÑA CIUDAD DE FLATBROOKSVILLE (21-23 7-8-8-9 y 21-33-1-19-27, 8), DEL CONDADO DE SUSSEX, AL NOROESTE DE NUEVA JERSEY, Y DIRECTAMENTE A TRAVÉS DEL RÍO DESDE LA PEQUEÑA CIUDAD DE BUSHKILL, DEL CONDADO DE PIKE, PENNSYLVANIA, LA CUAL FUE LLEVADA A CABO EN UNA ÉPOCA DEL AÑO EN QUE LAS CONDICIONES ERAN DESFAVORABLES DEBIDO A UNA PLAGA DE PEGAJOSOS MOSQUITOS, CON UNA ATENCIÓN ESPECIAL A LA INTERESANTE Y PROVOCATIVA AUSENCIA DE RESTOS DE CERÁMICA Y DE VIVIENDA, Y DE OBJETOS COLONIALES DE TRAFICO. JUNTO CON COMENTARIOS, VALIOSAS OBSERVACIONES Y, FINALMENTE; VARIAS CONCLUSIONES DUDOSAS.

Nota: A fin de ahorrar tiempo y espacio, y para no agotar la paciencia del lector, en este documento nos referiremos al llamado Solar del Embarcadero, Solar del Embarcadero de Rosenkrans o Gire-A-La-Izquierda-Al-Llegar-Al-Primer-Cruce-Y-Cuando-Haya-Pasado-El-Monumento-Pregunte-Por-El-Solar-De-Alicia, diciendo simplemente *El Solar*.

El Solar (Véase Nota anterior).

El solar está situado en la cima de una escarpa de 40 pies, con una inclinación de 12,7 grados desde la vertical, ligeramente al sur del emplazamiento del Embarcadero de Rosenkrans. El embarcadero ya no existe, por haberse derrumbado, o algo por el estilo (las fuentes locales no están de acuerdo) en alguna época sin especificar del pasado. El solar consiste en un pequeño huerto de 30 metros de longitud por 70 metros de anchura, o viceversa, el cual se extiende a lo largo del borde septentrional

de la escarpa. Los tallos de un viejo maizal, las piedras, las ortigas y las zarzas dificultan la investigación.

Método de Investigación Preliminar

La expedición pasó la mayor parte de tres horas realizando un minucioso reconocimiento de la región situada entre Culver Lake y Flatbrooksville, antes de decidirse, tras el cuidadoso estudio de los factores implicados (Policía del Estado, marmotas, fangales, etc.), sobre el emplazamiento del solar. Observaciones muy interesantes sobre la etnología de la región fueron anotadas cuidadosamente y serán publicadas más tarde, siempre que los investigadores reciban otra asignación para ello. La investigación preliminar del solar fue llevada a cabo andando de un lado a otro entre las hileras de tallos del viejo maizal, en una posición semiencorvada y con los ojos clavados en el suelo. Se efectuaron ocasionales paradas a fin de hurgar con el dedo índice en los interesantes objetos que las recientes lluvias habían limpiado parcialmente del barro que los cubría (los investigadores futuros deberán protegerse adecuadamente contra los efectos de la flora y la fauna del solar, evidentemente ponzoñosas, que hacen imposible una completa investigación). Se celebraron ocasionales conferencias para examinar algunos hallazgos dudosos. La mayoría de ellos fueron finalmente descartados.

Métodos de Investigación Intensiva

El solar no fue objeto de ninguna investigación intensiva, por tres motivos: 1) los investigadores fueron víctimas de los mosquitos y de las ortigas; 2) la subvención era demasiado pequeña para cubrir semejante tarea; 3) los investigadores se habían comprometido a estar en casa a la hora de la cena.

Excavación

No se efectuó ninguna excavación en el solar por cuatro motivos: 1) los investigadores se habían olvidado de traer una pala; 2) la subvención era demasiado pequeña (véase párrafo anterior); 3) los propietarios del terreno podrían haber entrado en sospechas si nos hubiesen visto excavando en su huerto; 4) parte de una pala de hierro encontrada por el más joven de los autores no fue utilizada para excavar debido a que era un objeto demasiado valioso para exponerlo a los peligros de una utilización efectiva (véase más adelante «Objetos Coloniales de Tráfico»).

Artefactos de Piedra

Los artefactos de piedra encontrados en el solar pueden, ser clasificados como sigue:

1. Puntas de proyectiles.
2. Rascadores.
3. Trozos de Piedra Heterogéneos.

Puntas de proyectiles

Unidades encontradas: 1

Estado: Bueno

Tipo: Ángulo Mellado

Material: Jaspe

Situación: Esquina meridional más próxima a la orilla del río.

Rascadores

Unidades encontradas: 1

Estado: Muy bueno

Tipo: Redondo

Material: Calcedonia blanca

Situación: Centro del solar

Trozos de Piedra Heterogéneos

Unidades encontradas: 40

Estado: De regular a buena

Tipo: Heterogéneo

Material: Pedernal negro (23);

Pedernal gris (5);

Jaspe amarillo (9);

Jaspe rojo (3);

Calcedonia blanca (1);

Calcedonia roja (1)

Situación: Todos sobre el lugar.

Artefactos de Hueso

El único material óseo que se encontró fue una tibia (?) de lo que parecía ser un

pollo (*Gallinácea*). No estaba labrado, si la opinión de los investigadores de que las leves incisiones en la superficie eran simplemente marcas de dientes es correcta. El estado del hueso, y el hecho de que fuera encontrado en las proximidades de un montón de basura contemporáneo —el cual contenía desperdicios tan modernos como latas de café y botellas de cerveza— abonan la conclusión de que su origen era muy reciente, posiblemente de la actual administración. Este hallazgo fue finalmente abandonado. Los investigadores opinan que la ausencia de material óseo prehistórico da pie a varias deducciones. Caben dos alternativas: 1) no había hueso disponible para ser utilizado, lo cual podría indicar posiblemente la existencia de una fauna sin hueso (no clasificada hasta la fecha) en la vecindad del solar; 2) los habitantes aborígenes padecían una deficiencia cálcica crónica, como resultado de la cual los huesos de la fauna eran machacados en morteros de madera (no se encontraron morteros de piedra, y los morteros de madera se habían podrido sin duda alguna desde la ocupación prehistórica), para hacer tortillas de huevos. Un dato interesante que hace más plausible esta última teoría es que los primitivos habitantes del lugar cultivaban evidentemente una variedad de maíz sin grano, ya que todas las mazorcas que encontramos no tenían granos. Dado que no tenemos ninguna prueba de lo contrario, podemos suponer que cultivaban las mazorcas de maíz para confeccionar pipas con ellas. Este detalle es sumamente interesante, puesto que no existe ningún otro caso, que los investigadores sepan, de indios que confeccionaran pipas antes de establecer contacto con los europeos.

Discusión de la Punta de Proyectoil

>

El más joven de los autores no está de acuerdo con la interpretación de que el objeto en cuestión era una punta de proyectil. Arguye que no pudo haberlo sido por dos motivos: 1) la manufactura era demasiado fina para el período en cuestión, ya que su dueño se exponía a perderla en un accidente de caza; 2) por la forma del artefacto es evidente que se trataba de un objeto ceremonial. Para cualquier observador enterado, su forma es la de un pez; y no un pez cualquiera, sino concretamente una lija, doblando el tamaño de este habitual inquilino de aguas tropicales. Dado que un artista primitivo no se sacaba las formas de la manga, es evidente que disponía de un modelo. Por lo tanto, dado que el solar está situado junto al río Delaware, no cabe duda de que en la época en que el artista efectuó la reproducción había lijas en el río Delaware. Esta conclusión está llena de posibilidades. Dado que las lijas sólo viven en climas cálidos, el clima de la región debió ser mucho más cálido que en la actualidad. Ahora bien, este período cálido tuvo que coincidir con los comienzos de la Era Terciaria, o con el *Climatic Optimum* postulado por Antevs. Decir que el solar se remonta a la Era Terciaria sería llevar demasiado lejos las cosas (aunque la posibilidad no puede descartarse del todo), de modo que lo más probable es que se

remonte al *Climatic Optimum*, es decir, que tenga una antigüedad de cuatro a seis mil años, lo cual convertiría el lugar en uno de los primeros en ser descubiertos en la parte oriental de los Estados Unidos.

Naturalmente, el más joven de los autores está dispuesto a admitir que puede haber algún error en la fecha asignada al *Climatic Optimum*, pero esto no desvirtúa la importancia del descubrimiento en su conjunto. Ahora bien, como medida de precaución, podemos decir que el lugar se remonta a una fecha aproximativa.

Cerámica

No se encontraron rastros de ningún material cerámico. Los investigadores consideran del mayor interés este hecho. «Véanse las conclusiones al final de este informe».

Viviendas

La presencia de ventanas de cristal, puertas correderas, perros, gatos y seres humanos en el interior, obligó a los investigadores a llegar a la conclusión de que todas las viviendas descubiertas en la zona eran completamente modernas. Esta hipótesis quedó reforzada por el hecho de que la conversación con los habitantes puso de relieve el hecho de que desconocían por completo el lenguaje aborigen. No se efectuaron mediciones craneanas, pero los sujetos parecían pertenecer a la raza europea. Ninguno de ellos se mostró hostil.

>

Objetos Coloniales de Tráfico

Los investigadores fueron incapaces de llegar a una conclusión acerca de este tema. Aunque había numerosos objetos esparcidos por el solar —especialmente, en el montón de basura mencionado anteriormente—, la mayoría de ellos tuvieron que ser descartados porque los precios señalados en las etiquetas no correspondían a las posibilidades de una comunidad primitiva de cazadores y agricultores. Dado que la abundancia de este material tendía a enturbiar el cuadro, los investigadores decidieron abstenerse de formular ninguna conclusión.

Conclusiones

Los investigadores se dan cuenta de que lo limitado de las investigaciones y los obstáculos surgidos en el curso de ella pueden proyectar alguna sombra sobre la

validez de las conclusiones que puedan extraerse acerca de los habitantes prehistóricos del solar. Sin embargo, dos de los descubrimientos realizados nos conducen a unas hipótesis muy interesantes. Las trataremos por separado en el orden siguiente:

I. Ausencia de cerámica.

II. Ausencia de viviendas prehistóricas.

I. Ausencia de cerámica

Los investigadores encontraron muy significativa la ausencia de cerámica. Dado que se sabe perfectamente que todos los montañeses que han habitado en esta zona han utilizado algún cacharro para cocinar, llegamos a la conclusión de que los habitantes prehistóricos del solar no pertenecían al grupo montañés, sino que fueron un enclave protoprimitivo que fue capaz de subsistir durante algún tiempo en medio de vecinos hostiles.

II. Ausencia de viviendas

La ausencia de viviendas abona la teoría de que los primitivos habitantes del solar procedían del lejano norte.

Dado que durante la mayor parte del año no podían encontrar nieve para sus igloos, se vieron obligados a vivir al aire libre.

Podemos añadir que la falta de cerámica puede conducir a la conclusión de que los habitantes del solar comían su carne cruda, un argumento más en favor de la teoría del lejano norte.

Finalmente, nos gustaría formular la hipótesis de que los habitantes del lugar eran nómadas procedentes de otro clima, que vivían al aire libre, que creían en un dios en forma de pescado (probablemente un espíritu benigno, como lo demuestra el que escogieran al pez ángel para representarlo), y que fueron finalmente expulsados por iroqueses y algonquianos hostiles (aquí debemos excluir a los Neutrales).

(A los investigadores les gustaría decir que esas conclusiones son provisionales y que se dan cuenta de que una investigación más exhaustiva —probablemente de una duración de un día entero— podría sacar a luz materiales que lo contrarrestarían todo. Este párrafo ha sido insertado como una especie de preparativo para una retirada ordenada en caso de ataque).

Bibliografía

La cuestión del uso de una bibliografía para la presente obra fue objeto de

interminables discusiones entre los miembros de la expedición; el más viejo de los autores opinó que dado que la región explorada pertenece a las épocas oscuras de la arqueología, por así decirlo, el uso de una bibliografía no estaba indicado. Sin embargo, el más joven de los autores, cuyo adiestramiento profesional ha inculcado en él el deseo de trabajar siempre a conciencia, opinaba que tendría que haber una bibliografía. Finalmente se dejó convencer y renunció a seguir discutiendo, en parte por respeto al más viejo de los autores, y en parte porque el más viejo de los autores había proporcionado el medio de transporte para la expedición, y estaba dispuesto a dejar al más joven de los autores en el lugar si insistía en su terca actitud.

COSTUMBRES LOCALES

¿Una esposa o diez? ¿Hay que quemar incienso en el altar... o el corazón de un sacrificio humano? El antropólogo tiene que actuar como un agente de espionaje. Se lanza en paracaídas sobre una sociedad desconocida y allí aprende a encontrar su camino y descubrir cosas nuevas. Luego presenta un informe acerca de sus descubrimientos. Horace M. Miner se ha dejado caer en paracaídas sobre su propia sociedad a fin de descubrir costumbres familiares. Su informe: «Ritos Corporales entre los Nacirema».

Es evidente, por tanto, que los antropólogos no necesitan viajar a tierras lejanas para estudiar sociedades exóticas. Lo único que tienen que hacer es mirar más profundamente en su propia sociedad. Lo exóticas que pueden ser las costumbres en el interior de la propia América es lo que nos sugiere Kit Reed en su relato «La Espera». Se refiere a un pueblo muy semejante a los que todos conocemos... aunque completamente distinto a todos ellos.

Lao Shaw, en una traducción del original chino, examina su propia sociedad del mismo modo que lo hicieron Jonathan Swift y H. G. Wells, infundiendo rasgos humanos a una raza alienígena.

Aquí no hay selenitas ni liliputienses, sino las personas Gatos de Marte: «Todomundismo en la Ciudad de los Gatos».

Ritos corporales entre los Nacirema

Horace M. Miner

El antropólogo ha llegado a familiarizarse hasta tal punto con la diversidad de comportamientos de diferentes pueblos en situaciones similares, que no es fácil que puedan sorprenderle las más exóticas de las costumbres. De hecho, si todas las combinaciones de conducta lógicamente posibles no han sido encontradas en alguna parte del mundo, el antropólogo tiende a sospechar que deben estar presentes en alguna tribu que aún no ha sido descrita. Este punto de vista fue expresado por Murdock en lo que respecta a la organización de clanes (1949:71). En este aspecto, las creencias y las prácticas mágicas de los Nacirema ofrecen una tal singularidad que parece deseable describirlas como ejemplo de los extremos a que puede llegar la conducta humana.

El Profesor Linton fue el primero en llamar la atención de los antropólogos sobre los Nacirema, hace veinte años (1936:326), pero la cultura de este pueblo continúa siendo» una especie de misterio. Son un grupo norteamericano que habita en el territorio situado entre el de los indios canadienses y el de los Yaquis y Tarahumaras de Méjico y los Caribes y Arawaks de las Antillas. Se desconoce su origen, aunque la tradición afirma que proceden del Este. Según la mitología nacirema, su nación descende de un héroe, famoso por dos grandes hazañas: el haber arrojado un trozo de *vampum* a través del río Pa-to-mac y el haber derribado un cerezo en el cual residía el Espíritu de la Verdad.

La cultura nacirema se caracteriza por una desarrollada economía de mercado que ha evolucionado en un *hábitat* natural muy rico. Aunque la gente dedica la mayor parte de su tiempo a las actividades económicas, un gran porcentaje de los beneficios de esas actividades y una considerable porción del día son dedicados a los ritos. El foco de estos ritos es el cuerpo humano, cuyo aspecto y estado físico constituyen la preocupación dominante de la gente. Aunque semejante preocupación no es desusada, sus aspectos ceremoniales y la filosofía que comportan son realmente únicos.

La creencia fundamental en la que se basa todo el sistema parece ser la de que el cuerpo humano es feo, y tiende de un modo natural a la debilidad y a la enfermedad. Encarcelado en semejante cuerpo, la única esperanza del hombre reside en desviar esas características mediante el uso de las poderosas influencias del rito y de la ceremonia. Todos los hogares tienen una o más capillas destinadas a este propósito. Los individuos más poderosos en la sociedad tienen varias capillas en sus casas y, de hecho, la opulencia de una familia suele medirse por el número de centros rituales

que posee. La mayoría de las casas están construidas a base de argamasa, pero las capillas de los más ricos tienen las paredes de piedra. Las familias más pobres imitan a los ricos aplicando planchas de barro cocido a las paredes de sus capillas.

Aunque cada familia tiene al menos una de esas capillas, los ritos asociados con ellas no son ceremonias familiares, sino privadas y secretas. Normalmente, sólo se habla de los ritos con los niños, y únicamente durante el período en que están siendo iniciados en aquellos misterios. Sin embargo, yo tuve ocasión de entablar relaciones de amistad con los nativos, hasta el punto de que me permitieron examinar aquellas capillas y me describieron los ritos.

El punto central de la capilla es una caja o baúl en el cual se conservan muchos sortilegios y pócimas mágicas que los nativos consideran indispensables para vivir. Esos preparados se obtienen a través de numerosos especialistas en filtros y hechizos. Los más poderosos de esos especialistas son los médicos-brujos, cuya asistencia debe ser recompensada con regalos en especies. Sin embargo, los médicos-brujos no preparan las pócimas curativas para sus clientes, sino que se limitan a decidir qué ingredientes deben figurar en ellas y luego los escriben en un idioma antiguo y secreto. La escritura sólo la entienden los médicos-brujos y los herbolarios, los cuales, a cambio de otra recompensa, proporcionan la pócima necesaria.

La parte de la pócima que no se utiliza no se tira, sino que se guarda en la caja o baúl de la capilla. Dado que esos materiales mágicos son exclusivos para determinadas enfermedades y que las dolencias reales o imaginarias de la gente son muchas, las cajas o armarios suelen estar llenos a rebosar. Los paquetes mágicos son tan numerosos que la gente llega a olvidar para qué sirven y teme usarlos de nuevo. A pesar de que los nativos se muestran muy poco explícitos acerca de este punto, podemos suponer que el hecho de conservar todos los antiguos materiales mágicos se debe a la idea de que su presencia en la caja de sortilegios, ante la cual se desarrollan los ritos corporales, protegerá de algún modo al adepto.

Debajo de la caja de sortilegios hay una pequeña fuente. Cada día, todos los miembros de la familia, uno después de otro, entran en la capilla, inclinan su cabeza ante la caja de sortilegios, mezclan diversas clases de aguas sagradas en la taza de la fuente y efectúan unas abluciones. Las aguas sagradas proceden del Templo del Agua de la comunidad, donde los sacerdotes practican unas complicadas ceremonias para que el líquido sea ritualmente puro.

En la jerarquía de los practicantes de la magia, inferiores en prestigio a los médicos-brujos, se encuentran unos especialistas designados con un nombre que puede traducirse por «brujos de la boca». Los Nacirema sienten un terror casi patológico a todo lo que se relaciona con la boca, cuyo estado creen que ejerce una influencia sobrenatural sobre todas las relaciones sociales. Están convencidos de que si no fuera por los ritos bucales se les caerían los dientes, sangrarían sus encías, sus amigos se apartarían de ellos y sus amantes les rechazarían. Creen también que existe una estrecha relación entre las características bucales y las morales.

Las prácticas diarias realizadas por todo el mundo incluyen un rito bucal. A pesar de que aquella gente es tan meticulosa en lo que respecta al cuidado de la boca, el rito en cuestión consiste en introducir en ella un pequeño manojito de cerdas, junto con unos polvos mágicos, y frotarse repetidamente los dientes y las muelas.

Además del rito bucal particular, la gente acude una o dos veces al año a casa del brujo de la boca. Este posee una impresionante serie de aparatos, con los cuales se dedica a exorcizar los diablos de la boca, aunque para ello tortura al cliente de un modo casi increíble. El brujo abre la boca del cliente y, utilizando una gran diversidad de herramientas, ensancha los agujeros que la putrefacción pueda haber ocasionado en los dientes, y los rellena con materiales mágicos. Desde el punto de vista del cliente, el objetivo de esas manipulaciones es el de detener la putrefacción y atraer amigos. El carácter sagrado y tradicional del rito se pone de manifiesto en el hecho de que los nativos visitan al brujo de la boca año tras año, a pesar de que sus dientes continúan pudriéndose.

Cabe esperar que cuando se efectúe un estudio completo de los Nacirema podremos disponer de datos suficientes acerca de la estructura de su personalidad. Al contemplar cómo brillan los ojos de un brujo de la boca mientras manipula en los dientes y en las encías de sus clientes, nos invade la sospecha de que nos encontramos ante un caso de sadismo. Si esto puede ser demostrado, las deducciones serán muy interesantes, ya que la mayoría de la población muestra unas definidas tendencias masoquistas. El Profesor Linton se refería a esas tendencias al hablar de una parte determinada del rito corporal diario, practicado únicamente por los hombres. Esa parte del rito implica el rascar la superficie de la cara con un instrumento afilado. Hay ritos femeninos especiales que sólo se practican cuatro veces durante cada mes lunar, pero lo que les falta de frecuencia les sobra de barbarie. Como parte de esta ceremonia, las mujeres cuecen sus cabezas en pequeños hornos por espacio de una hora, aproximadamente. Lo interesante, desde el punto de vista teórico, es que un pueblo que parece ser preponderantemente masoquista ha desarrollado especialistas sádicos.

Los médicos-brujos tienen un templo imponente, o *latipso*, en cada una de las comunidades. Las ceremonias más complicadas que se requieren para el tratamiento de pacientes muy enfermos sólo pueden realizarse en ese templo. Esas ceremonias involucran no sólo al taumaturgo sino también a un grupo permanente de vírgenes vestales que se mueven silenciosamente por las cámaras del templo con vestidos y cofias especiales.

Las ceremonias del *latipso* son tan rigurosas que sólo una ínfima proporción de los nativos realmente enfermos que ingresan en el templo recobran la salud. Se han dado casos de niños, cuyo adoctrinamiento es todavía incompleto, que se han resistido a ir al templo diciendo que allí es «donde se va a morir». A pesar de este hecho, los adultos enfermos se muestran no sólo bien dispuestos sino incluso ávidos por someterse al largo y fastidioso rito de purificación. Por enfermos que estén los

aspirantes o por grave que sea la emergencia, los guardianes de muchos templos se niegan a admitir un cliente si éste no puede ofrecer un valioso donativo al custodio. Y después de haber conseguido la admisión y de haber sobrevivido a las ceremonias, los guardianes no permiten que el neófito se marche hasta que ha hecho otro donativo.

Al ingresar en el templo, el peticionario es despojado de todas sus ropas. En la vida cotidiana, los Nacirema evitan la exhibición de sus cuerpos y de sus funciones naturales... El baño y los actos excretorios se realizan únicamente en la intimidad de la capilla del hogar, donde forman parte de los ritos corporales. La súbita privación de esa intimidad al ingresar en el *latipso* provoca verdaderos *shocks* psicológicos. Un hombre, cuya propia esposa no le ha visto nunca realizar un acto excretorio, se encuentra repentinamente desnudo y ayudado por una virgen vestal mientras realiza sus funciones naturales en un recipiente sagrado. Este tipo de ceremonia es necesario debido a que los excrementos son utilizados por un adivino para predecir el curso y la naturaleza de la enfermedad del cliente. Las mujeres, por otra parte, tienen que soportar que los médicos-brujos examinen, manoseen y pinchen sus cuerpos desnudos.

La mayoría de los peticionarios que ingresan en un templo sólo tienen fuerzas para permanecer tendidos en sus lechos. Las ceremonias cotidianas, tales como los ritos de los brujos de la boca, implican incomodidad y tortura. Con precisión ritual, las vestales despiertan a los enfermos cada mañana y les mueven de un lado para otro sobre sus lechos; de dolor mientras efectúan las correspondientes abluciones, en cuyo cometido las vírgenes están perfectamente adiestradas. En otras ocasiones introducen varitas mágicas en la boca de los enfermos, o le obligan a comer sustancias supuestamente curativas. De cuando en cuando, los médicos-brujos visitan a sus clientes y clavan mágicamente unas agujas en su carne. El hecho de que esas ceremonias realizadas en el templo puedan resultar inútiles, e incluso puedan matar al neófito, no debilita la fe que la gente tiene en los médicos-brujos.

Hay otra clase de brujo, conocido como un «oyente». Este brujo tiene poder para exorcizar los demonios que se alojan en los cerebros de las personas que han sido hechizadas. Los Nacirema creen que los padres hechizan a sus propios hijos. Las madres resultan particularmente sospechosas de embrujar a los niños mientras les enseñan los ritos corporales secretos. La contramagia del brujo se distingue por su falta de ritual. El paciente se limita a contarle al «oyente» todas sus preocupaciones y temores, empezando por las primeras dificultades que puede recordar. La memoria exhibida por los Nacirema en esas sesiones de exorcismo es realmente notable. Muy a menudo el paciente hace remontar el origen de su dolencia psíquica a su época infantil, y algunos individuos la atribuyen incluso a los efectos traumáticos de su propio nacimiento.

Para terminar, debemos mencionar ciertas prácticas que tienen su base en la estética de los nativos pero que en realidad se fundan en la congénita aversión al

cuerpo humano y a sus funciones. Hay ritos para conseguir que la gente gorda adelgace, y ritos para conseguir que la gente delgada engorde. Otras ceremonias están destinadas a aumentar el volumen de los senos de las mujeres si son pequeños, y a reducirlo si son grandes. Unas cuantas mujeres aquejadas de un desarrollo casi inhumano son tan idolatradas que se ganan muy bien la vida recorriendo las ciudades y permitiendo que los nativos contemplan sus senos previo pago de cierta cantidad de dinero.

Ya hemos mencionado el hecho de que las funciones excretorias están ritualizadas y relegadas al secreto. Lo mismo ocurre con las funciones reproductoras. Se procura evitar el embarazo utilizando materiales mágicos o limitando el acoplamiento a ciertas fases de la luna. En realidad, la concepción es muy infrecuente. Cuando están embarazadas, las mujeres se visten de un modo que disimule su estado. Los partos tienen lugar en secreto, sin la presencia de amigos ni parientes, y la mayoría de las mujeres no crían a sus hijos.

Nuestra reseña de la vida ritual de los Nacirema ha puesto de manifiesto, evidentemente, que se trata de un pueblo regido por la magia. Resulta difícil comprender cómo han sido capaces de existir durante tanto tiempo bajo el peso de la carga que se han impuesto a sí mismos. Pero incluso esas costumbres tan exóticas adquieren un verdadero significado cuando se las contempla con el discernimiento que reveló Malinowski al escribir (1948:70):

Contemplada desde lejos y desde arriba, desde nuestras elevadas posiciones de seguridad en la civilización desarrollada, resulta fácil ver toda la crudeza y la irrelevancia de la magia. Pero, sin su poder y su guía, el hombre primitivo no hubiera dominado sus dificultades prácticas del modo que lo ha hecho, ni hubiese avanzado hacia las fases superiores de la civilización.

Referencias citadas

Linton, Ralph

1936, *The Study of Man*, Nueva York, D. Appleton-Century Co. Malinowski, Broneslaw

1948, *Magic, Science and Religion*. Clencoe, The Free Press. Murdock, George P.

1949, *Social Structure*, Nueva York, The Macmillan Co.

La espera

Kit Reed

A través de un parabrisas lleno de calcomanías de todas las atracciones turísticas, desde Luray Caverns a Silver Springs, Miriam leyó el nombre que figuraba en el poste indicador.

—Estamos en Babilonia, Georgia, mamá. ¿Podemos parar?

—Desde luego, cariño. Lo que tú quieras —la menuda y obesa mujer se quitó las gafas de sol—. Después de todo, es tu viaje.

—Lo sé, mamá, lo sé. Lo único que quiero es un refresco, no la Torre Eiffel.

—No seas descarada.

Regresaban a casa, después del viaje de graduación de Miriam a través del Sur.

(Mamá lo había planeado durante años enteros, y se había tomado dos meses de vacaciones, también, en pleno verano, y habían salido inmediatamente después de la ceremonia de fin de curso. «Mr. Margulies dice que puedo tomarme todo el verano, después de haber estado con Mr. Kent y con él tanto tiempo —había dicho—. ¿No es maravilloso poder ir a alguna parte juntas, querida?». Miriam había suspirado, pensando en el largo verano que se extendía delante de ella. «Sí», había dicho).

Hoy se habían salido de la 301, en alguna parte, y habían recorrido millas y millas de la polvorienta Georgia, sin ver otro automóvil ni otra persona, excepto a un negro que conducía un tractor por la ablandada carretera de asfalto, y a dos niños paseando por una campiña aparentemente desierta. Ahora entraban lentamente en un pueblo vacío porque eran las dos de la tarde y el sol caía a plomo sobre las calles. Tenían que detenerse, pensó Miriam, con el pretexto de beber algo fresco. Tenían que convencerse a sí mismas de que había otras personas en el pueblo, en Georgia, en el mundo.

En la plaza soñolienta había un hombre tumbado en el suelo. Se incorporó sobre sus codos cuando vio el automóvil e hizo señas a Miriam, con una mueca que quería ser una sonrisa.

—Mamá, ¿ves ese establecimiento? ¿Te importaría que trabajara en un lugar como ése?

Pasaron por delante del *drugstore*, un palacio cromado con unos grandes escaparates.

—¡Oh, Miriam! No empecemos de nuevo con eso. ¿Cuántas veces he de decirte que no quiero que trabajes en un *drugstore* cuando regresemos? —su madre pasó de largo ante un lugar de estacionamiento y dio otra vez la vuelta a la plaza—. ¿Para qué crees que te he enviado a la Escuela Superior? Quiero que obtengas un buen empleo.

¿Qué clase de amigos podrías hacer vendiendo refrescos? No quiero que tengas que trabajar durante toda tu vida. Lo único que tienes que hacer es conseguir un buen empleo, y conocer a un buen partido, tal vez en tu misma oficina, y casarte, y no tener que volver a trabajar.

Estacionó el automóvil y se apeó, abanicándose. Se quedaron de pie bajo los árboles, discutiendo.

—Mamá, aunque deseara conocer a tus buenos partidos, no tendría nada que ponerme. Necesito comprarme unos cuantos vestidos bonitos y un automóvil. Conozco un lugar donde sólo hay que pagar cuarenta dólares al mes. En el *drugstore* ganaría treinta y cinco dólares a la semana...

—Y te los gastarías todos en caprichos, supongo. ¿Cuántas veces he de decirte que los buenos partidos no trabajan en lugares como ése? Desde que murió tu padre te he criado, te he alimentado, te he vestido, y ahora, cuando quiero que tengas un buen porvenir, pretendes echarlo todo por la ventana por un par de vestidos de fantasía... —Sus labios temblaron—. Aquí me tienes sin poder sostenerme prácticamente en pie, para que goces de un hermoso viaje, y de una oportunidad de aprender mecanografía y taquigrafía y tener un buen porvenir...

—¡Oh, mamá! —La muchacha golpeó la acera con la punta del zapato y suspiró. Dijo lo que interrumpiría la discusión—. Lo siento. Supongo que me gustará, cuando haya empezado.

Obesa y decidida, su madre echó a andar delante de ella, trotando sobre sus tacones demasiado altos.

—Lo principal, cariño, es ser una *buena* chica. Si los muchachos te ven detrás de un mostrador de refrescos, pueden suponer lo peor. Pueden pensar que estás dispuesta a salir con el primero que se presente, y tratar de aprovecharse...

En una esquina de la plaza, tendido sobre un jergón a pleno sol, un joven las miró. Dijo algo, llamándolas.

—No le prestes atención —dijo la madre—. Y si los muchachos saben que eres una *buena* chica, algún día conocerás a uno que querrá casarse contigo. Tal vez un hombre de negocios, o un banquero, si tienes un buen empleo de taquimecanógrafa. Pero si él cree que puede aprovecharse, nunca se casará contigo. Tienes que andar con pies de plomo y no permitir que los muchachos se aprovechen de ti...

—¡Oh, mamá! —exclamó Miriam, dolida.

—Lo siento, cariño, pero deseo tanto que seas una buena chica... ¿Me estás escuchando, Miriam?

—Mamá, parece que aquella señora me está llamando. La que está allí, tendida sobre el colchón. ¿Qué puede querer de mí?

—No lo sé. Bueno, no te quedes parada. Parece una buena mujer. Acércate a ver lo que desea. Supongo que estará tomando baños de sol, pero tiene un aspecto raro, como si estuviera acostada. Vamos, Mirry.

—¿Quiere trasladarme a la sombra, joven?

La mujer, evidentemente una de las matronas principales del pueblo, estaba tendida sobre un delgado colchón. La sombra del árbol debajo del cual se encontraba se había movido con el sol, dejándola bajo sus rayos.

Poniendo en juego todas sus fuerzas, Miriam tiró de los extremos del delgado colchón, arrastrándolo hasta la sombra.

—¿Quiere acercarme mi agua y mi frasco de medicina, por favor?

—Sí, señora. ¿Está usted enferma, señora?

—Desde luego. La cosa empezó con calambres y desarreglos íntimos, ¿entiende? Y ahora me arde continuamente la cabeza tengo un dolor en el costado izquierdo que no me deja vivir.

—¡Cuánto lo siento!

—¿Ha tenido su madre alguna vez esa clase de molestias? ¿Qué le recetó el médico? ¿Conoce usted a alguien que haya tenido algo parecido? Ese dolor empieza en la parte baja de las costillas, y sube hacia arriba, en una especie de zigzag...

Miriam echó a correr.

—Mamá, he cambiado de idea. No quiero un refresco. Vámonos de aquí, por favor. ¿Mamá?

—Si no te importa, cariño, quiero tomar algo fresco —Su madre se dejó caer sobre un banco—. No me encuentro bien. La cabeza...

Entraron en el *drugstore*. Más allá de los cromados de la fachada, era como todos los *drugstores* que habían visto en todos los pueblos de la costa oriental, fresco, oscuro y un poco sucio en la parte trasera. Se sentaron ante una de las pequeñas y redondas mesas de madera, y una melancólica camarera les sirvió lo que pidieron.

—¿Qué dijeron Stanny y Bernice cuando las hablaste de nuestro viaje de vacaciones?

La madre de Miriam sorbió su refresco, respirando con dificultad.

—¡Oh! Les pareció muy bien.

—Bueno, espero que les cuentes todos los detalles cuando regresemos. No son muchas las jóvenes que tienen la oportunidad de ver todos los monumentos históricos. Apuesto a que Bernice no ha estado nunca en Manassas.

—Supongo que no, mamá.

—Supongo que Stanny y esa Mrs. Fyle quedarán muy impresionados cuando regresemos y les cuentes dónde hemos estado. Apuesto a que Mrs. Fyle nunca pudo llevar a ninguna parte a Toby con ella.

—Supongo que no, mamá.

En la parte trasera de la tienda, una joven que llevaba unos *shorts* blancos bastante sucios sostenía de la mano a su hijito y hablaba con la camarera. El niño, que tendría unos dos años, se sentó en el suelo.

—Pronto será tu cumpleaños, ¿verdad? —dijo la mujer, soltando la mano del niño.

—Sí. ¡Oh! Tendrías que ver mi vestido blanco. Es divino, Anne. Confío en que no

tendré que esperar demasiado. Anne, ¿qué es lo que se siente?

La joven apartó la mirada de la camarera, y en su rostro apareció la misteriosa expresión de las casadas, que no hablan de ciertas cosas.

—Myla fue la semana pasada, y sólo tuvo que esperar un par de días. No se lo digas a nadie, porque va a casarse con Harry la semana próxima, pero a Myla le gustaría poder verle otra vez...

La joven movió un pie y golpeó accidentalmente al niño.

Este se echó a llorar, y su madre lo cogió en brazos, consolándole.

Miriam se puso en pie de un salto.

—Vamos, mamá. No llegaremos a Richmond esta noche. ¡Ya nos hemos salido del camino dos veces!

Su madre se levantó. Dejaron caer dos monedas de cinco centavos sobre el mostrador y salieron del establecimiento. Cruzaron la plaza de nuevo, ignorando a las tres personas que yacían sobre el césped haciéndoles señas y llamándolas con repentina urgencia. Miriam subió al automóvil.

—¡Mamá, vamos! ¡Mamá!

Su madre estaba de pie junto a la portezuela del lado del volante, apoyada en la manecilla. Miriam se deslizó a través del asiento delantero para abrir la portezuela. Hizo girar impacientemente la manecilla, y se sobresaltó al ver que la cara y la parte superior del cuerpo de su madre se deslizaban hacia abajo a lo largo de la ventanilla en una lenta caída hacia el pavimento.

—¡Oh, *sabía* que nunca debimos venir! —exclamó Miriam.

Con el rostro enrojecido, furiosa, se apeó del automóvil y dio la vuelta al vehículo para ayudar a su madre.

Los enfermos tumbados sobre el césped se incorporaron en sus jergones. Acudían hombres y mujeres de todas partes. Aparecieron unos automóviles, se detuvieron y se acercaron más personas. Arrodillada en el suelo, Miriam consiguió poner a su madre boca arriba. Le frotó las manos, le hizo viento con un pañuelo, sin dejar de decirle cosas, y cuando vio que no recobraba el sentido ni se movía, Miriam levantó la mirada hacia los rostros que la rodeaban, presa de un súbito terror.

—¡Ayúdenme, por favor! Estamos solas aquí. Avisen a un médico, por favor. Mamá no se había desmayado nunca —los rostros parecían interesados, pero nadie se movió. Casi llorando, Miriam añadió—: No importa. Ayúdenme solamente a subirla al automóvil. Si cuando hayamos recorrido unas cuantas millas no está mejor, la llevaré a un médico. —Y luego, frenéticamente—: ¡Sólo quiero llevármela de aquí!

—No tiene ninguna necesidad de hacer eso, querida. No se preocupe —un hombre calvo, de rostro simpático, que debía rondar la cincuentena, se arrodilló al lado de la muchacha y apoyó una mano en su hombro—. Dentro de nada tendremos el diagnóstico y empezaremos la cura. ¿Puede usted decirnos cómo ha sucedido esto?

—Lo ignoro, doctor.

—No soy médico, querida.

—Lo ignoro —repitió Miriam—. Lo único que sé es que estaba muy caliente —dos de las mujeres del grupo intercambiaron una mirada y un gesto de asentimiento—. Creí que era debido al calor, pero supongo que era la fiebre —la multitud estaba esperando—. Y tiene una herida sin cerrar en el pie: se la produjo en una excursión que hicimos a Tallahassee.

—Bueno, querida, tal vez sea mejor que le echemos una mirada.

Cuando le quitó el zapato, los hombres y las mujeres se acercaron todavía más, cuchicheando acerca de la húmeda y descarnada llaga.

—Si por lo menos pudiésemos llegar a Queens —dijo Miriam—. Si pudiésemos llegar a casa, sé que todo iría bien.

—Sabremos lo que tiene en un santiamén —el hombre calvo se incorporó—. ¿Alguien de vosotros ha tenido algo parecido recientemente?

Los hombres y las mujeres conferenciaron en voz baja.

—Bueno —dijo un hombre—. La hija de Harry Perkins tuvo una fiebre como ésa; resultó ser pulmonía, pero ella no tenía nada como eso en el pie. Creo que le aplicaron antibióticos para la fiebre.

—Yo tuve algo parecido a eso en el brazo —dijo una mujer que tenía un brazo amputado a la altura del codo—. No había modo de curarlo, hasta que me dijeron que me moriría si no me hacían esto.

La mujer agitó el muñón.

—No queremos recurrir aún a medidas tan extremas. Podría tratarse de algo distinto —dijo el hombre calvo—. ¿Alguien más?

—Podría ser tétanos.

—Podría ser tifus, pero no lo creo.

—Apuesto a que se trata de una infección de estafilococos.

—Bueno —dijo el hombre calvo, en vista de que no parece haber nadie capaz de recetar algo en este momento, supongo que será mejor que la instalemos en la plaza. Cuando lleguéis a casa, llamad a vuestros amigos y preguntadles si saben algo de esto. Si no hay ninguno que lo sepa, tendremos que confiar en los turistas.

—De acuerdo, Herman.

—Adiós, Herman.

—Hasta luego, Herman.

—Adiós.

La madre, que había recobrado el sentido durante el diálogo y lo había escuchado con aterrada fascinación, tragó una pócima y un vaso de agua que el farmacéutico había traído del otro lado de la calle. De la tienda de muebles llegó el aprendiz con un delgado colchón. Alguien trajo un par de sábanas, y cuatro hombres instalaron a la madre sobre el colchón y la transportaron a un lugar de la plaza que quedaba muy cerca de la mujer que tenía el dolor en el costado.

Cuando Miriam se separó de su madre, ésta hablaba con la mujer en tono soñoliento, casi dispuesta a aceptar que la droga la durmiera del todo.

Asustada, pero satisfecha de alejarse del olor de la enfermedad, Miriam siguió a Herman Clark hacia una calle transversal.

—Usted puede venir a casa conmigo, querida —dijo Herman—. Tengo una hija de su edad, aproximadamente, y cuidaremos de usted hasta que su madre se cure.

Miriam sonrió, tranquilizada, acostumbrada a seguir a sus mayores.

—Supongo que se estará preguntando en qué consiste nuestro sistema —añadió Clark, ayudando a Miriam a subir a su automóvil—. Con tanta especialización, hemos llegado a un extremo en que los médicos saben muy poco, hacen muchas preguntas y cobran demasiado. Aquí, en Babilonia, hemos descubierto que en realidad no les necesitamos. Prácticamente todos los habitantes de este pueblo han padecido alguna enfermedad, y con lo que a las mujeres les gusta hablar de sus dolencias, hemos aprendido mucho acerca de los tratamientos. Ya no necesitamos a los médicos. Nos limitamos a aprovecharnos de la experiencia de los demás.

—¿Experiencia?

Miriam estaba convencida de que nada de aquello era real, pero Clark tenía el aire autoritario de un padre veterano, y ella sabía que los padres siempre tienen razón.

—Naturalmente —dijo Herman Clark—. Si usted tuviera varicela, por ejemplo, y se colocara en un sitio donde todo el pueblo pudiera verla, no tardaría en presentarse alguien que hubiera padecido la misma enfermedad. Esa persona le diría a usted qué dolencia padecía y lo que ella hizo para curarse. Y usted se ahorraría la visita del médico. Cuando mi esposa sufrió un serio arrechucho, utilicé el tónico nervioso de Silas Lapham. Ahora, mi esposa se encuentra perfectamente; no nos costó ni un centavo, aparte del tónico, claro está. De modo que si alguien está enfermo le dejamos en la plaza y permanece allí hasta que se presenta alguien que reconoce los síntomas de la enfermedad. Desde luego, no permitimos que ninguno de los enfermos abandone la plaza hasta que se ha curado; no queremos que contagie a los demás.

—¿Cuánto tiempo tendrá que pasar allí mi madre?

—Bueno, probaremos algunas de las medicinas que utilizó Maysie Campbell... y la penicilina de Gilyard Pinckney. Si no dan resultado, tendremos que esperar hasta que pase un turista. No se preocupe, querida. Usted se viene a casa conmigo, y nosotros cuidaremos de su madre.

Miriam conoció a la esposa de Clark y a la familia de Clark. Durante la primera semana, no deshizo sus maletas. Estaba segura de que se marcharían pronto.

Suministraron a su madre el tónico de Asa Whitleat, y le untaron la herida del pie con la pomada que curó los forúnculos de Harmon Johnson. Le inyectaron la penicilina de Gilyard Pinckney.

—No parece haber mejorado —le dijo un día Miriam a Clark—. Tal vez si pudiera llevarla al hospital de Richmond o de Atlanta...

—No podemos dejarla salir de Babilonia hasta que esté curada, querida. Es la ley. Podría llevar su enfermedad a otras ciudades. Además, si la curamos no nos enviarán

enfermeras del departamento de sanidad del condado, tratando de cambiar nuestros métodos. Y el viajar podría resultar perjudicial para ella. El pueblo acabará por gustarle a usted, querida.

Aquella noche, Miriam deshizo las maletas. El lunes empezó a trabajar como dependienta en un bazar.

—Tú eres la nueva, ¿eh? —La muchacha que estaba detrás del mostrador de bisutería se acercó a ella, amigable, interesada—. ¿Has esperado ya? No, supongo que no. Pareces demasiado joven.

—No, nunca he esperado a los clientes. Este es mi primer empleo —dijo Miriam confidencialmente.

—No me refiero a esa *clase* de espera —dijo la muchacha en tono burlón. Luego, sin que viniera a cuento—: He oído decir que eres de una gran ciudad. Probablemente ya te has acostado con chicos y todo eso. No tendrás que esperar.

—¿Qué quieres decir? Nunca he hecho eso. ¡Nunca! ¡Soy una *buena* chica!

Casi llorando, Miriam echó a correr hacia la oficina del encargado. La pusieron en el departamento de bombonería, varios mostradores más allá. Aquella noche permaneció despierta hasta muy tarde con un mapa de carreteras y una linterna, pensando, pensando...

Al día siguiente quitaron el cartel de PROHIBIDAS LAS VISITAS del árbol del parque, y Miriam fue a ver a su madre.

—No sabes cuánto lamento que tengas que trabajar en ese bazar, mientras yo estoy aquí, bajo estos árboles encantadores. Recuerda lo que siempre te he dicho, y no permitas que ninguno de los muchachos del pueblo se propase contigo. El hecho de que tengas que trabajar en un bazar no significa que no seas una joven respetable, y en cuanto pueda levantarme te sacaré de ese empleo. ¡Oh! ¡Qué ganas tengo de que termine todo esto!

—¡Pobre mamá! —Miriam alisó las sábanas y puso unas cuantas revistas cinematográficas junto a la almohada de su madre—. ¿Cómo puedes soportar el estar tendida aquí todo el día?

—No se está tan mal, en realidad. Y, ¿sabes?, esa mujer Whitleaf parece haber dado en el quid de mi enfermedad. Lo cierto es que no me he encontrado bien desde que tú tenías nueve años.

—Mamá, creo que deberíamos salir de aquí. Hay cosas que no me gustan...

—Yo lo encuentro todo admirable. Mira, dos de las señoras me han traído un poco de caldo esta mañana.

Miriam sintió deseos de agarrar a su madre y sacudirla hasta que se mostrara de acuerdo en levantarse del colchón y marcharse con ella. Dándole un beso de despedida regresó al bazar.

A la hora del almuerzo oyó conversar a dos de las dependientas.

—Iré la semana próxima. Quiero casarme pronto con Harry Phibbs, de modo que espero que no tendré que estar allí demasiado tiempo. A veces pasan tres años...

—¡Oh! Tú eres muy guapa, Donna. No tendrás que Esperar mucho.

—Estoy un poco asustada, ¿sabes? Me pregunto qué se sentirá.

—Sí, Yo también me pregunto qué se sentirá. Te envidio, Donna.

Asustada sin saber por qué, Miriam se dirigió precipitadamente a su mostrador.

Aquella noche dio un paseo hasta las afueras del pueblo, siguiendo la carretera por la que habían llegado su madre y ella. Cerca del polvoriento letrero que señalaba los límites del pueblo vio a dos hombres muy delgados. Miriam no se atrevió a aproximarse a ellos y dio media vuelta, atemorizada, pensando. Se paró unos instantes en la estación de autobuses, preguntándose cuánto costaría un billete para salir de allí. Pero no podía abandonar a su madre, desde luego. Estaba examinando el automóvil familiar, todavía estacionado junto a la plaza, cuando Tommy Clark se acercó a ella.

—Ya es hora de volver a casa, ¿no? —dijo, y echaron a andar juntos.

—Mamá, ¿sabes que resulta casi imposible salir de este pueblo? —le dijo Miriam a su madre una semana más tarde.

—No te preocupes, cariño. Sé que es duro para ti tener que trabajar en ese bazar, pero eso no durará siempre. ¿Por qué no tratas de encontrar un empleo más agradable, querida?

—Mamá, no me refiero a eso. ¡Quiero volver a casa! Mira, se me ha ocurrido una idea. Puedo coger las llaves del coche de tu bolso, y esta noche, antes de que te trasladen al ayuntamiento para dormir, podemos montar en el automóvil y marcharnos.

—Querida —suspiró su madre—, sabes perfectamente que no puedo moverme.

—¡Oh, mamá! ¿No puedes *intentarlo*?

—Cuando esté un poco más fuerte, querida, tal vez lo intentemos. La Pinckney me traerá mañana unas hierbas que le sentaron muy bien a su hija... Escucha, ¿por qué no tratas de quedarte aquí? Los Pinckney tienen un hijo muy guapo... ¡Miriam! ¡Vuelve aquí inmediatamente y dame un beso!

Tommy Clark había invitado a Miriam al cine, y habían regresado a casa cogidos de la mano. En la segunda cita, Tommy había tratado de besarla, pero ella dijo: «¡Oh, Tommy! No conozco las normas de Babilonia», porque sabía que no estaba bien besar a un muchacho al que no conocía a fondo. Ofreciendo a Tommy la mitad de su bocadillo, Miriam dijo:

—¿Podemos ir al partido de rugby, esta noche? Juega la Legión Americana.

—Esta noche no, pequeña. A Margy le ha llegado el turno.

—¿Qué turno?

—¡Oh! —Tommy enrojció—. Ya sabes.

Aquella tarde, a la hora de salir del trabajo, Tommy pasó a recogerla y fueron a la fiesta organizada en honor de la hija mayor de Herman Clark. Radiante, Margy iba vestida de blanco. Era su decimoctavo cumpleaños. Cuando terminó la fiesta, a punto

ya de oscurecer, Margy y su madre salieron de la casa.

—Mañana por la mañana te llevaré un poco de comida, querida —dijo Clark.

—Cuídate mucho.

—Adiós.

—¡Feliz Espera, Margy!

—Tommy, ¿a dónde va Margy? —preguntó Miriam.

En la fiesta y en los ojos de Margy había visto algo que la había asustado.

—¡Oh! Ya sabes. Donde van todas. Pero no te preocupes. —Tommy le cogió la mano—. Regresará pronto. Es muy bonita.

Al día siguiente, en el parque, Miriam susurró al oído de su madre:

—Mamá, ha pasado casi un mes. ¡Por favor, por favor, tenemos que marcharnos! ¿No quieres intentarlo por mí? —Se arrodilló junto a su madre, hablando muy aprisa—: Se han llevado el automóvil. Anoche fui a echarle una mirada, y había desaparecido. Pero he estado pensando que si conseguimos llegar a la autopista, podemos encontrar a alguien que nos lleve. Mamá, tenemos que salir de aquí —su madre suspiró—. Siempre me has dicho que no querías que fuera una mala chica, ¿no es cierto, mamá?

Su madre frunció el ceño.

—No estarás dejando que ese Tommy Clark se aproveche...

—No, mamá. No. No se trata de eso. Pero me he enterado de algo horrible. Ni siquiera quiero hablar de ello. Es una especie de ley. ¡Oh, mamá, por favor! Estoy asustada.

—Vamos, cariñito, no tienes por qué preocuparse. Dame un poco de agua, ¿quieres? ¿Sabes una cosa? Creo que por fin van a curarme. Helvia Smythe y Margaret Box han venido a verme todos los días y me han traído unas píldoras de penicilina con leche caliente que me han sentado muy bien.

—Estoy asustada, mamá.

—Te he visto pasar con el chico de los Clark, ¿sabes? Los Clark son una buena familia y tú has tenido mucha suerte al ir a parar a su casa. Helva Smythe dice que el chico va a heredar el negocio de su padre. Lo único que tienes que hacer es jugar tus cartas correctamente y, acuérdate: tienes que ser una buena chica.

—¡Mamá!

—He decidido que nos quedemos aquí hasta que me encuentre completamente restablecida. La gente se ha portado muy bien conmigo. En una gran ciudad nadie le presta atención a una, pero en un pueblo las cosas son muy distintas.

Alisó sus mantas con aire satisfecho y se instaló cómodamente para dormir.

Aquella noche, Miriam se sentó en la mecedora del porche con Tommy Clark. Hablaron mucho y de muchas cosas. de modo que supongo que tendré que ayudar a papá en el negocio —estaba diciendo Tommy—. A mí me gustaría marcharme a Wesleyan, o a Clamson, o a otra ciudad importante, pero papá dice que mi porvenir está aquí. ¿Por qué no dejan nunca que hagamos lo que queremos?

No lo sé, Tommy. Mi madre quiere que vaya a una academia de Secretariado en Nueva York, y que el próximo otoño busque un empleo de taquimecanógrafa.

—Y a ti no parece gustarte demasiado la idea, ¿eh? —No me gusta nada. Aunque ahora mismo estoy deseando regresar allí, marcharme de este pueblo.

El rostro de Tommy se nubló.

—¿No te gusta nuestro pueblo? ¿No te soy simpático?

—¡Oh, Tommy! Me eres *muy* simpático. Pero me estoy haciendo mayor, y quiero volver a Nueva York y empezar a trabajar.

—No tan mayor. No representas más de quince años.

—¡Uy! Cumpliré dieciocho la semana próxima... ¡Oh! No debí decírtelo. No quiero que tus padres se crean obligados a celebrar mi cumpleaños. Prométeme que no les dirás nada.

—De modo que vas a cumplir los dieciocho, ¿eh? ¡Dios mío! ¡Ojalá no te hubiese conocido!

—¡Tommy! ¿Qué quieres decir? ¿Acaso no te gusto?

—Eso es lo malo, que me gustas. Mucho. Si fuera un forastero, podría romper tu Espera.

—¿Espera? ¿Qué clase de espera?

—¡Oh! —Tommy se ruborizó—. Ya sabes...

Una semana más tarde, después de una desalentadora visita a su madre en el parque, Miriam llegó a la casa de los Clark y se dirigió directamente a su cuarto. Incluso su madre se había olvidado de que era su cumpleaños. Deseaba hundir su cabeza en la almohada y buscar alivio a su congoja en las lágrimas, hasta la hora de la cena. Se dejó caer sobre la cama, para incorporarse inmediatamente. Un vestido blanco, vaporoso, de felpa larga, colgaba de la puerta del armario. Miriam se asustó. Herman Clark y su esposa entraron ruidosamente en la habitación, deseándole un feliz cumpleaños.

—El vestido es para ti.

—Son ustedes muy amables, pero...

La esposa de Clark echó a su marido del cuarto y ayudó a Miriam a vestirse. La muchacha descendió a la planta baja, con los metros de gasa blanca susurrando y ondeando alrededor de sus caderas.

Nadie más se había vestido de un modo especial para la fiesta de cumpleaños. Algunas de las mujeres de la vecindad contemplaron con los ojos húmedos cómo Tommy ayudaba a Miriam a cortar el pastel.

—No parece tener la edad...

—No creo que tenga que Esperar mucho.

—Es muy bonita. Me pregunto si Tommy estará enamorado de ella...

—Apuesto a que el hijo de Herman Clark desearía no, haberla conocido.

Miriam habló con todo el mundo, tratando de disimular el temor que llenaba su

corazón.

—Adiós, pequeña —dijo Tommy, apretando su mano.

Fuera empezaba a oscurecer.

—¿A dónde vas, Tommy?

—A ninguna parte, tonta. Te veré dentro de un par de semanas. Es posible que quiera hablarte de algo, si las cosas salen bien.

Los hombres se habían marchado, uno a uno. Las sombras eran cada vez más intensas, pero a nadie se le había ocurrido encender las luces. Las mujeres se reunieron alrededor de Miriam. Mrs. Clark, con los ojos brillantes, se acercó a ella.

—Y aquí está el mejor de los regalos de cumpleaños —dijo, mostrándole un gran ovillo de cordón azul.

Miriam la miró, sin comprender. Tartamudeó unas palabras de gratitud.

—Ahora, querida, ven conmigo —dijo la esposa de Clark.

Asustada, Miriam trató de salir corriendo de la habitación. La esposa de Clark y Helva Smythe la cogieron por los brazos y la condujeron cariñosamente fuera de la casa.

—Vamos a ver si conseguimos colocarte cerca de Margy —dijo la madre de Tommy.

Echaron a andar, a la incierta claridad del crepúsculo de agosto.

Cuando llegaron al campo, Miriam pensó que las mujeres estaban atareadas recolectando algo, pero luego vio que las jóvenes solteras, en gran número, estaban sentadas sobre pequeñas banquetas a intervalos en el campo aparentemente interminable. Había gente entre los arbustos que se erguían a orillas del campo. De cuando en cuando, uno de los hombres echaba a andar, siguiendo uno de los cordeles de colores brillantes, hacia la mujer sentada al final del cordel, vestida de blanco, esperando. Asustada, Miriam se volvió hacia Mrs. Clark.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué? ¡Explíquese, Mrs. Clark! —La pobre niña está un poco nerviosa. Supongo que todas nosotras lo estuvimos, cuando pasamos por el trance —le dijo la esposa de Clark a Helva Smythe—. Tranquilízate, querida. Quédate aquí y espera un poco, hasta que te acostumbres a la idea. Recuerda que el hombre tiene que ser un forastero. Nosotros vendremos a traeros comida a Margy y a ti el domingo, a la hora de visita. Ahora, tranquilízate. Y cuando vayas allí, procura colocarte cerca de Margy. De este modo la Espera se os hará menos pesada.

—¿Qué espera?

—La Espera de las Vírgenes, querida. Adiós.

Aturdida, Miriam se quedó de pie a orillas del inmenso campo, contemplando el pequeño mundo entrecruzado por docenas de cordeles de colores. Se acercó un poco más, tratando de ocultar su cordel debajo de su falda, tratando de no mirar a nadie en particular. Pero vio a dos hombres que echaban a andar hacia ella, uno guapo, el otro sin afeitar y espantoso; pero cuando se dieron cuenta de que Miriam no había

penetrado aún en el campo, se detuvieron, esperando.

Sentada cerca de ella, Miriam vio a una de las dependientas del bazar que había dejado su empleo hacía dos semanas y había desaparecido repentinamente. Parecía estar muy nerviosa, y dirigía encendidas miradas a un joven que a su vez la miraba con evidente interés. Mientras Miriam miraba, el joven tiró del cordel de la ex dependienta, sin pronunciar una sola palabra, y dejó caer unas monedas en el regazo de la muchacha. Sonriendo, la joven se puso en pie y la pareja se alejó en dirección a los arbustos. La muchacha que se encontraba ahora más cerca de Miriam, una joven increíblemente fea, alzó la mirada del jersey a medio terminar que estaba confeccionando.

—Bueno, ahí va otra —le dijo a Miriam—. Las guapas tienen más salida. Pero algún día no habrá ninguna guapa a mano, y entonces llegará mi oportunidad. —Contempló melancólicamente su labor—. Este es mi jersey número catorce... Vaya, ya tenemos aquí al viejo Fats. —Señaló a un viejo de ojos legañosos que merodeaba por allí—. Lo malo es que incluso el viejo Fats prefiere a las guapas. Tendrías que ver cuando se acerca a una de esas reinas de final de curso... ¡La ley estipula que no pueden decir que no!

Llena de curiosidad, temblando de pies a cabeza, Miriam se acercó un poco más a la muchacha.

—¿Adónde... adónde van?

La fea la miró suspicazmente. Su vestido blanco estaba lleno de manchas.

—¿De veras no lo sabes? —Señaló hacia un lugar próximo donde los arbustos se espesaban—. A acostarse con ellos. Es la ley.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá!

Con la falda de su vestido enredándosele entre las piernas, Miriam penetró en la plaza, corriendo. Faltaba muy poco para que se llevaran a los enfermos a dormir al vestíbulo del ayuntamiento.

—¡Qué guapa estás, querida! —dijo la madre. Y añadió—: Siempre he oído decir que el color blanco atrae a los hombres.

—Mamá, tenemos que marcharnos de aquí —dijo Miriam, respirando con dificultad.

—Creí que ya habíamos arreglado eso...

—Mamá, siempre has dicho que querías que fuera una *buena* chica.

—Desde luego, querida.

—Mamá, ¿te das cuenta? Tienes que ayudarme... Tenemos que marcharnos de aquí, o alguien a quien ni siquiera conozco... ¡Oh, mamá! ¡Por favor! Yo te ayudaré a andar. Te vi el otro día dando unos pasos con la ayuda de Mrs. Pinckney...

—Bueno, querida, siéntate aquí y cuéntamelo todo. Tranquilízate.

—¡Escucha, mamá! Hay algo que todas las muchachas de aquí tienen que hacer cuando cumplen dieciocho años. Ya sabes que no utilizan a los médicos para nada...

—Miriam vaciló, sin saber cómo continuar—. ¿Recuerdas cuando Violeta se casó y se hizo visitar por el doctor Dix para una revisión?

—Sí, querida... Ahora, tranquilízate y cuéntaselo todo a mamá.

—Bueno, se trata de una especie de revisión, ¿comprendes? Sólo que esta revisión es más... práctica.

—¿Qué diablos estás tratando de decirme?

—Mamá, las muchachas tienen que ir a ese campo, y sentarse allí, y sentarse allí hasta que un hombre deje caer dinero en su regazo. ¡Entonces tienen que ir a los arbustos Y acostarse con un desconocido!

Miriam se puso en pie y empezó a tirar del colchón, histéricamente.

—Tranquilízate. ¡Tranquilízate!

—Pero, mamá, yo quiero portarme tal como tú me has dicho siempre que debía portarme. ¡Quiero ser buena!

Vagamente, su madre empezó a hablar.

—¿Dijiste que estabas saliendo con aquel chico de los Clark? Su padre es administrador de fincas. Un buen negocio, querida. Es posible que no tuvieras que trabajar...

—¡Oh, mamá!

—Y cuando yo me haya curado, podría quedarme a vivir contigo. Aquí, todo el mundo ha sido muy bueno para mí: es la primera vez que encuentro personas que se han preocupado de veras por mi estado de salud. Y si tú te casaras con ese simpático muchacho, que algún día heredará el negocio de su padre, un buen negocio, podríamos tener una casa encantadora, para los tres.

—Mamá, tenemos que marcharnos de aquí. No puedo hacerlo. *No puedo.*

La muchacha se había dejado caer de nuevo sobre el césped.

Furiosa, su madre acabó por estallar.

—¡Miriam! ¡Miriam Elsie Holland! Desde que tu padre murió, te he alimentado, te he vestido y te he cuidado. Y tú has sido siempre egoísta, egoísta, egoísta. ¿No puedes hacer algo por mí? Primero deseaba que fueses a la academia de Secretariado, para que pudieras obtener un buen empleo y conocer a personas interesantes, y dijiste que no. Luego se te presenta la oportunidad de instalarte en un hermoso pueblo, con una buena familia, y sigues diciendo que no. Sólo piensas en ti misma.

—¡Mamá, no quieres comprender!

—Sabía lo de la Espera desde la Primera semana que llegamos aquí. Ahora, dame un vaso de agua, y cumple con tu obligación de buena hija. Haz lo que Mrs. Clark te ha dicho.

—¡Madre!

Sollozando, tropezando, Miriam se marchó corriendo de la plaza. Se dirigió hacia las afueras del pueblo. Llegó al borde de la autopista, y vio a dos hombres de aspecto desastrado que conversaban tranquilamente junto al poste indicador. La muchacha dio

media vuelta y se adentró en un campo recién labrado. Detrás de ella vio a los jóvenes Pinckney. Delante de ella, los Campbell y los Dodge cruzaban el campo en sentido contrario al que ella seguía.

Las sombras nocturnas empezaban a espesarse.

Miriam errabundeó por los campos durante la mayor parte de la noche. Cada uno de ellos estaba bloqueado por un Campbell, o un Smythe, o un Pinckney; los hombres, de aspecto impresionante, llevaban rifles y linternas, y se saludaban alegremente cuando se encontraban, y hablaban de una cacería del zorro. Miriam se dirigió a la casa de los Clark y se encerró en su cuarto. Nadie de la familia prestó atención a su llanto mientras paseaba como una fiera enjaulada de un lado a otro de la habitación.

Aquella noche, llevando aún el sucio y desgarrado vestido blanco, Miriam salió de su cuarto y descendió a la planta baja. Se detuvo delante del espejo del vestíbulo para aplicarse un poco de carmín a los labios y peinar sus revueltos cabellos. Alisó los arrugados pliegues de su vestido de raso.

Y echó a andar hacia el lugar donde Esperaban las vírgenes. Antes de llegar al campo, Miriam se paró, estremeciéndose al ver al hombre al que llamaban viejo Fats que la estaba observando. Unos metros más allá vio a otro hombre, joven, esbelto, de cabellos ondulados, esperando.

Suspiró mientras contemplaba a una mujer, acompañada de un muchacho alto con pantalones tejanos, alejándose del campo en dirección a los arbustos.

Suspirando de nuevo, ató su cordel a una estaca en la orilla del inmenso campo. Deslizándose por debajo de los numerosos cordeles de brillantes colores, pasando por delante de las muchachas vestidas de blanco, Miriam buscó un lugar bien visible y se sentó.

Todomundismo en la ciudad de los gatos

Lao Shaw

—Dime —pregunté—, ¿qué es el «Todomundismo»?

—Es una especie de sistema político —me explicó mi marciano informador— en el cual todo el mundo vive para todo el mundo. Bajo este sistema, todo el mundo trabaja, todo el mundo es feliz, todo el mundo goza de seguridad. La sociedad es una gran máquina, y todas las personas están integradas en ella como mecanismos que funcionan alegremente. ¡Un gran sistema!

—¿Y hay países en Marte que practican este sistema?

—Los hay.

—¿Y en tu país?

Mi informador hizo una larga pausa, y finalmente confesó de mala gana:

—Bueno, nosotros hemos estado jugando con él. Eso es, jugando con él. Pero en realidad nunca hemos llegado a *practicar* el sistema.

—No acabo de entenderlo —dije.

—Trataré de explicártelo —dijo el marciano—. Desde los tiempos más remotos siempre hemos tenido un emperador que gobernaba el país. El pueblo no tenía voz ni voto. Un día, llegó hasta nosotros la noticia de que los pueblos de otros países manejaban de un modo real sus propios asuntos, y pensamos que aquella era una gran idea. De manera que la tomamos prestada y decidimos implantarla. Los Gatos son así. En cuanto oyen hablar de una reforma en otro país, se apresuran a imitarla. Con el resultado de que las reformas en los otros países son verdaderas reformas, y nosotros continuamos siendo los mismos de siempre: más desordenados, cuanto más acudimos a unos sistemas políticos tomados de prestado.

—Lo que tratas de decirme es que vosotros, los Gatos, no os dedicáis a construir vuestras propias casas sino que alquiláis siempre la casa de otro, ¿no es eso?

—¡Exactamente! Y lo mismo ocurrió con el Grupo Todomundista.

—¿Grupo? —inquirí, intrigado.

—Sí, lo que vosotros, los terrestres, llamáis un partido político.

—¡Oh! —dije.

Mi informador continuó:

—El Todomundismo empezó a actuar, y después de años y años de revolución su Grupo consiguió finalmente que el Emperador fuera destronado. Todo empezó con la cuestión económica, y la idea era matar a todo el mundo excepto a los obreros y campesinos, para que el poder cayera en manos del pueblo trabajador.

—Y los miembros que gobernaban ese Grupo —pregunté—, ¿procedían de las

masas?

—¡Santo cielo, no! Ni pensarlo. Las masas no tenían educación, ni conocimientos, ni cultura. ¡Nada! Sin embargo, la idea era exterminar a todos los que no pertenecieran a ellas, y dejar que las masas manejaran sus propios asuntos. El matar no era ninguna novedad: los Gatos nunca han tenido escrúpulos para eso. Y el plan de eliminar a todos los que no fueran auténticos obreros o campesinos era perfectamente realizable. Pero los Gatos son Gatos, a fin de cuentas. Y si uno sobornaba a alguien no le mataban, y si uno tenía a alguien que intercediera por él no le mataban.

Los que tenían que haber muerto no murieron, y viceversa. Y los que no murieron se introdujeron en el Grupo y corrompieron toda la idea de la cosa. La idea era tomar de cada uno según su capacidad de trabajo, y dar a cada uno según sus necesidades sobre una base de igualdad. Pero en el Grupo Todomundista no había nadie que entendiera en asuntos económicos, y todavía menos en reformas educativas, destinadas a enseñar a todo el mundo a vivir para todo el mundo. El resultado fue que todos los días eran eliminadas muchas personas sin el menor motivo. Se armaron un lío con la reforma agraria, debido a que en el Grupo Todomundista no había nadie que supiera una palabra sobre campesinos y agricultura; los obreros, por su parte, estaban dispuestos a trabajar, pero no había suficientes puestos de trabajo industriales. De modo que la solución consistía en eliminar gente para librarse de un molesto exceso de población.

—Eso equivale a afirmar que si a uno le pica la piel tiene que arrancársela — comenté.

—Exactamente —asintió mi informador—. Eso es lo que ocurrió con el Todomundismo. Y es lo que ocurre siempre cuando tomamos prestada alguna teoría política nueva. Ahora, el jefe del Grupo Todomundista se ha convertido en Emperador. No es de extrañar en un país como el nuestro. El Todomundismo no ha dado el resultado que se esperaba, pero al menos nos ha proporcionado un Emperador.

El marciano se echó a llorar.

ANTROPOLOGÍA APLICADA

Al igual que la biología marina, la antropología es una ciencia de observación y anotación, un intento de extraer conclusiones razonables de una gran masa de material diverso. Pero la biología marina puede ser también una ciencia aplicada: asesorando a las compañías petrolíferas para la excavación de sus pozos a través del análisis de sus capturas. No hay ningún motivo para que la antropología no sea también una ciencia aplicada, y resulta tentador creer que los antropólogos serían mejores gobernantes que los políticos. El objeto de estudio en la antropología cultural es la sociedad humana; su aplicación es por definición de naturaleza política, aunque nunca hasta el extremo que Julián Chain expresa en «Los Cautivos». Sus antropólogos poseen unos omnímodos poderes dictatoriales, al estilo del benévolo-déspota de Hobbes, una idea que siempre ha atraído a los escritores de Ciencia-Ficción. Este es un tema constante en el género, aunque vale la pena observar que los autores; nunca desean vivir en esas sociedades: siempre se describen a sí mismos como los protagonistas que huyen de ellas.

En realidad, existen programas de antropología aplicada, organizados para afrontar los problemas actuales y futuros. Harold D. Lasswell preparó «Hombres en el Espacio» para un simposium sobre este tema, y tomó en consideración la Ciencia-Ficción así como la ciencia para redactar sus conclusiones y ofrecer una guía para cualquier futuro primer contacto con formas inteligentes de vida alienígena.

El contacto con formas de vida alienígenas ha sido el tema central de numerosos relatos de Ciencia-Ficción desde que Wells dejó caer sus malvados marcianos sobre la Tierra. Habitualmente, con los mismos resultados destructivos. Sin embargo, Chad Oliver, antropólogo además de escritor, nos ofrece un relato mucho más apacible. En «Desde Luego», considera la posibilidad de que los visitantes alienígenas puedan tener sus propios Lasswell que les instruyan para su primer contacto con los alienígenas de la Tierra.

Hombres en el espacio

Harold D. Lasswell

Viaje de ida

No trataré de anticipar muchos de los problemas que surgirán en el curso de la expedición. Sin embargo, unos cuantos puntos son importantes como una guía para la investigación del viaje de ida, la visita y el regreso.

Trabajo.

Hay que tener en cuenta la importancia del trabajo para la salubridad de la expedición. Nadie duda de que el trabajo es esencial. Afortunadamente, el nivel científico y mecánico de motivación y competencia será suficientemente elevado para garantizar que los miembros de la compañía no tendrán problemas en este sentido. Las tareas de archivo, el análisis de los datos, la lectura y la reflexión pueden ocupar las horas —o los años— disponibles.

Relajación.

Con una compañía tan cultivada, no tendremos que tratar con autómatas. En consecuencia, hay que prestar alguna atención a los problemas del relajamiento. Desde luego, cabe esperar que los alojamientos no estarán atestados como lo estaban, por ejemplo, a bordo del submarino alemán U-977 que navegó desde la costa de Noruega hasta Buenos Aires durante la II Guerra Mundial. Con una tripulación de treinta y dos hombres, el submarino permaneció sumergido durante sesenta y seis días; y esto ocurrió antes de que se perfeccionaran los modernos artilugios. El aislamiento resultaba imposible y el aburrimiento se intensificaba. En los buques de superficie el problema no era tan agudo. En el *Atlantis*, una práctica normal era el «permiso a bordo», el cual significaba aislamiento y reposo en la enfermería. Se concedían ocho días a toda la tripulación, en tandas de doce.

Es de esperar que se llevarán a cabo experimentos más amplios con ciudades orbitales o plataformas espaciales, así como con naves-cohete, antes de emprender viajes más largos.

Disciplina.

La disciplina es una materia acerca de la cual disponemos de conocimientos más heterogéneos. Como de costumbre, tenemos la desventaja de la falta de testimonios que ofrezcan una imagen suficientemente concreta de los hombres que fueron objeto de medidas punitivas o de aquellos que las impusieron. El éxito de las medidas disciplinarias implantadas en el U-977 es muy elocuente. Cuando la moral era más

baja, un miembro de la tripulación robó unas raciones de chocolate, un delito muy grave teniendo en cuenta la escasez de víveres. Asimismo, un oficial se negó a obedecer unas órdenes, lo cual podía conducir a la desintegración total. En ambos casos, el comandante hizo prevalecer su autoridad y castigó severamente a los culpables, exponiéndose a una reacción desfavorable del resto de la tripulación. Pero la crisis se superó, e incluso sirvió para reafirmar los objetivos comunes. En realidad, sabemos muy poco acerca de las motivaciones de cada personalidad y de las reacciones que podrían producir las violaciones significativas de la disciplina durante el difícil viaje.

La Visita

Uno de los problemas más peliagudos, debido especialmente a que no puede ser planteado hasta que la expedición llegué a su destino, es el de si va a encontrarse alguna clase de vida, y particularmente vida evolucionada, en el objetivo. Afortunadamente, en la Tierra tenemos experiencia en lo que respecta a entablar comunicación con pueblos primitivos. Podemos incluir en la tripulación de la nave un antropólogo-lingüista con una mentalidad tan práctica como teórica.

Comunicación.

¿Tendría sentido llevar una serie de diapositivas o de películas destinadas a mostrar de dónde procede nuestra tripulación y declarar sus intenciones pacíficas? Esto no es tan sencillo como parece, puesto que sabemos que la interpretación de imágenes inmóviles o en movimiento depende de la enseñanza. ¿Podemos preparar series alternativas de películas educativas capaces de impartir una enseñanza acerca de las formas de vida en diversos niveles de desarrollo?

Otra posibilidad es la de preparar un robot para establecer nuestros contactos iniciales.

Aptitudes y habilidades infrecuentes.

Podría recurrirse también a buscar en la Tierra individuos superdotados, los cuales, incluidos en la tripulación, tal vez podrían ayudar a resolver el problema de la comunicación. En otras partes, el desarrollo intelectual puede haber seguido unas líneas distintas a las de la Tierra. Pensemos, por ejemplo, en el espiritismo y sus fenómenos colaterales, cuya autenticidad todavía se discute entre nosotros. No creo que se perdiera nada utilizando a individuos dotados de facultades que hemos dado en llamar «extraterrestres». Podríamos escoger entre los miembros de la Sociedad de Investigaciones Psíquicas, los parasicólogos de Occidente y los místicos de Oriente.

Si las culturas son simples. Debemos estudiar por anticipado algunos problemas que pueden plantearse si descubrimos que hemos ido a parar a un lugar cuya cultura sea comparable a la de las comunidades rurales de la Tierra. Es de suponer que seremos lo bastante persuasivos, o que estaremos suficientemente bien armados, para

mantener la posición establecida y dejar una guarnición, si el viaje de regreso es factible. En tales condiciones, los miembros de la expedición tendrán tiempo de comunicar a la Tierra los problemas de astropolítica que se planteen. Debemos anticipar claramente, si es posible a través de las Naciones Unidas, la común responsabilidad para el desarrollo pacífico de nuestros nuevos vecinos. En el pasado hemos desarrollado una estrategia de tratar con las sociedades subdesarrolladas a base de tentativas y errores, o, para ser más exactos, de nuestros errores y de sus tentativas. Quizá podamos hacerlo mejor la próxima vez.

Si la civilización es similar a la nuestra. Es importante también anticipar los problemas que se plantearán si la civilización que encontramos es similar a la nuestra. En primer lugar, conviene saber si el planeta está dividido políticamente en unidades hostiles, como el nuestro, o si está unido.

Si el planeta, o satélite, está políticamente dividido, ¿con quién tenemos que establecer contacto? La expedición puede aterrizar presumiblemente dentro del dominio de una gran potencia, de una potencia mediana, o de una pequeña potencia. Correspondientes, por así decirlo, a Estados Unidos, Francia o Suiza. Otro aspecto de la cuestión es si el aterrizaje tendrá lugar entre proscritos o bajo una autoridad establecida.

Nuestros movimientos estratégicos no pueden ser anticipados tan claramente como en el caso de las sociedades subdesarrolladas. Para complicar más las cosas, los nativos pueden mostrarse opuestos a que nuestra expedición aplase cualquier decisión sobre la política a seguir hasta que la Tierra conteste al informe que le habrá sido enviado.

Debemos prever toda la gama de relaciones posibles. Tal vez los elementos gobernantes del nuevo planeta estén dispuestos a entablar negociaciones pacíficas con la Tierra. También es posible que pueda identificarse a una minoría o a elementos disidentes, los cuales, si se les ayuda a obtener el poder, adopten una política de negociación. Otra posibilidad es la de que el nuevo mundo esté dominado por una tiranía, o bien por un sistema libre de ideología y organización, o que el poder esté repartido entre varios sistemas.

Un problema más sutil se planteará si el nuevo mundo ha conseguido desarrollar un sistema de orden público que mantiene la paz y la libertad. ¿Cuáles serían las consecuencias de poner a una Tierra dividida en activo contacto con semejante sistema? ¿No podrían reproducirse antiguos brotes de desunión y violencia si los partidos minoritarios o las facciones conseguían obtener el apoyo de grupos terrestres? ¿Se sentirían justificados los miembros de la expedición al actuar como instrumentos cuando nuevas olas de discordia se extendieran entre formas de vida avanzadas?

Si la civilización es científicamente superior a la nuestra. No debemos pasar por

alto la más dramática de todas las posibilidades. Quizás existe una civilización superior a la nuestra en el dominio de la ciencia y de la tecnología, y se permite aterrizar a nuestra expedición a fin de obtener un ejemplar de la vida terrícola. En tales circunstancias, los miembros de la expedición pueden verse obligados a auto-destruirse inmediatamente, si les es posible, a fin de evitar convertirse en instrumentos involuntarios de una eventual invasión de la Tierra.

Sin embargo, el anterior supuesto podría provocar auténticos conflictos de lealtad. Suponiendo que los exploradores se convencieran de la estabilidad y de la honradez del sistema vigente en el nuevo mundo gracias al desarrollo superlativo de la ciencia, y que lo comparasen con la desunión y el atraso científico de la Tierra, ¿no es concebible que los miembros de la expedición se prestaran voluntariamente a colaborar en una acción de policía destinada a conquistar y unificar la Tierra, y a convertirla en una colonia del nuevo orden?

El Regreso

Los que se queden.

Si es factible para la nave el regreso a la Tierra, una cuestión fundamental será la de los individuos que tengan que quedarse. Actualmente no podemos calcular la gravedad de esa decisión. Quizás aterricen varias expediciones al mismo tiempo y las comunicaciones entre el nuevo mundo y la Tierra sean completas y libres. Si conseguimos establecer contacto amistoso con habitantes civilizados, el problema perderá mucha de su aparente trascendencia.

Si los individuos que se queden han de vivir necesariamente entre fuerzas hostiles, la situación será más bien familiar. Muchas de las precauciones de que hemos hablado quedarían justificadas por esas condiciones adversas.

¿Regreso con un visitante?

Una cuestión que puede surgir es la de si el regreso ha de efectuarse con un visitante a bordo. El significado de esto depende de muchos factores, especialmente de los relacionados con el nivel de civilización. En el nivel más bajo, el deseo del científico por ejemplares, o el deseo de un norteamericano por un *souvenir*, serían motivaciones suficientes. Si el contacto se establece con civilizaciones más desarrolladas, la expedición de regreso tomaría a un personaje científico o político.

¿Interceptación?

En el viaje de regreso puede estallar abiertamente cualquier conflicto político latente entre los miembros de la expedición. Puede plantearse el problema de dónde aterrizar sobre nuestra Tierra, tan dividida políticamente.

Además, no debe excluirse la posibilidad de que la rivalidad sea lo suficientemente intensa como para provocar tentativas de interceptación —de «secuestro»— durante el viaje de regreso.

Comentario final

No continuaré comentando los problemas de largo alcance que pueden plantearse al ampliar las plataformas espaciales, naturales o artificiales, en las que se mantienen seres vivos. Me limitaré a recomendar a los científicos que, al trazar sus planes tecnológicos no pierdan de vista el futuro.

Por lo demás, todo se basa en la suposición de que los habitantes de la Tierra serán capaces de llevar a la práctica programas del tipo que hemos mencionado. El significado de los objetos voladores no identificados (OVNI) puede ser el de que estamos siendo objeto de la suspicaz vigilancia de civilizaciones más avanzadas, y que nuestras tentativas para poner pie en otras partes pueden ser rechazadas como una amenaza a otros sistemas de orden público.

No estamos en condiciones de emitir un juicio definitivo sobre esas materias. Sin embargo, podemos utilizar todos los medios de que disponemos para identificar y aclarar los problemas que indudablemente se nos presentarán. Anticipando la forma de los futuros desarrollos, podemos prepararnos para la tarea de adaptación al nuevo papel que los hombres de la Tierra han de desempeñar en el mundo.

Desde luego

Chad Oliver

En Berna, Suiza, a hora muy temprana de la mañana, el Presidente despertó con un espantoso dolor de cabeza. Llevaba tres semanas sin dormir con un sueño regular, y la última noche había sido peor que de costumbre. Permaneció unos minutos en la cama, contemplando el techo con el ceño fruncido. No podía negarse que la situación era muy desagradable. Sin embargo, el Presidente tenía confianza. Con su historial desde el Congreso de Viena, en 1815, la perspectiva era buena para su país. El Presidente esbozó una sonrisa. La escogida sería Suiza, desde luego.

En Moscú, Rusia, sentado al extremo de una larga mesa, el Primer Ministro escuchaba atentamente a sus principales asesores militares. No le gustaba lo que oía, pero no permitió que asomara a su rostro ninguna expresión. No le gustaba la posición en la que se encontraba, pero no estaba realmente preocupado. No podía haber duda de que el elegido sería el Soviet Supremo. ¡Desde luego!

En Londres, Inglaterra, el Primer Ministro salió del número 10 de Downing Street con aire decidido. Subió a su automóvil para dirigirse a Palacio, y entrelazó sus fuertes manos. Podía haber su pequeño tira y afloja, pero el Primer Ministro estaba tranquilo. Inglaterra, con su gloriosa historia, era la única elección posible. ¡Desde luego que sería Inglaterra!

Al este del Lago Victoria, en África, el alto y delgado Sumo Sacerdote de los Masai, el Laibon, extendió la mirada sobre los rebaños que pastaban en los prados y sonrió. Había un solo Dios verdadero, Em-Gai, y los bucólicos Masai eran orgullosos. ¡Por fin, los antiguos errores serían corregidos! Los Masai eran la única elección lógica. Desde luego... Y así por el estilo, alrededor del mundo.

El orondo caballero de las gafas sin montura y el traje cruzado tenía un nombre: Morton Hillford. Y tenía un título para acompañar al nombre: asesor presidencial.

En aquel momento, paseaba de un lado para otro.

—¿Dice usted que ha investigado *todas* las posibilidades, general? —preguntó—. ¿Todos los... um-m-m... ángulos?

El general, cuyo nombre era Larsen, tenía un porte erguido y unos cabellos de color gris-hierro, dos características muy útiles cuando había que impresionar a los senadores. Era un general que conocía su negocio. Naturalmente, estaba trastornado.

Dijo:

—Han sido exploradas todas las posibles líneas de acción, Mr. Hillford. Todos los ángulos han sido estudiados minuciosamente.

Morton Hillford dejó de pasear. Apuntó con su dedo índice al general, como si

fuera un «45». Su expresión indicaba claramente que si hubiese habido un gatillo podría haberlo apretado.

—¿Quiere usted decirme, general, que el Ejército de los Estados Unidos es impotente?

El general frunció el ceño. Carraspeó.

—Bueno —dijo—, dejémoslo en que el Ejército de los Estados Unidos está *indefenso* en esta ocasión.

—¡No me importa la clase de palabras que utilice! ¿Puede usted *hacer* algo?

—No —dijo el general—, no podemos. Y lo mismo puedo decir de la Marina, de la Aviación...

—... y de los guardacostas —le interrumpió Morton Hillford en tono sarcástico. Reanudó sus paseos—. ¿Por qué no *puede* usted hacer nada? Ese es su trabajo, ¿no?

El general Larsen enrojeció.

—Lo siento, Mr. Hillford. Nuestro trabajo, como usted dice, consiste en defender a este país. Estamos preparados para realizarlo del mejor modo posible, a pesar de las dificultades...

—¡Oh! Olvídelo, Larsen. Nunca he puesto en duda su capacidad. Y comprendo su posición en este asunto. Pero creo que esta mañana no me ha sentado bien el desayuno. La situación resulta... engorrosa.

—Es lo menos que puede decirse —asintió el general Larsen—. Pero me atrevo a decir que hemos pensado en todo, desde las bombas de hidrógeno hasta la guerra psicológica. No tenemos absolutamente nada que signifique una remota posibilidad de éxito. Un movimiento hostil por nuestra parte sería el suicidio para todos nosotros, Mr. Hillford. Detesto el melodrama, pero los hechos son los hechos. No debemos permitir que la gente sepa hasta qué punto estamos en su poder, pero es evidente que estamos atrapados y que no disponemos de ningún medio para soltarnos. Seguiremos intentándolo, naturalmente, pero el Presidente debe conocer los hechos en su verdadera dimensión. Y en los actuales momentos no hay nada que podamos hacer.

—Bien, general, aprecio su sinceridad, aunque tenga usted poca cosa más que ofrecer. Al parecer, tendremos que limitarnos a mantener los dedos cruzados, esperando que la suerte nos sea propicia. Al Presidente no va a gustarle, Larsen.

—Tampoco a mí me gusta —dijo Larsen.

Morton Hillford se detuvo junto a una ventana y miró a través de ella hacia las calles de Washington. Era verano, y el calor del sol mantenía a la mayoría de la gente en el interior de sus hogares, aunque podían verse unos cuantos helicópteros y automóviles. Los antiguos y familiares edificios y monumentos estaban allí, no obstante, y le infundían a Hillford cierta sensación de estabilidad, ya que no de seguridad.

No es el calor —pensó—, es la sumisión.

—Supongo que tendremos que confiar en su buen criterio —dijo Morton Hillford en voz alta—. Podría ser peor.

—Mucho peor —asintió el general—. La posición actual de los Estados Unidos en el mundo...

Hillford le interrumpió bruscamente.

—¡No cabe la menor duda! Ese es nuestro problema. Los Estados Unidos serán los elegidos, *desde luego*.

—Desde luego —repitió el general.

—Y luego todo volverá a la normalidad, ¿no es cierto, Larsen?

—¡Desde luego!

—De todos modos —dijo Morton Hillford—, encuéntrenos un arma que dé resultado, y hágalo aprisa.

—Lo intentaremos, Mr. Hillford.

—*Hágalo*, general. Eso es todo, de momento.

El general se marchó, reservándose su opinión.

Morton Hillford, asesor presidencial, reanudó sus paseos. Catorce pasos hasta la ventana, catorce pasos en sentido contrario. Encendió un cigarrillo. Catorce pasos hasta la ventana...

—Desde luego —dijo en voz alta—, serán los Estados Unidos.

Y su mente añadió una posdata:

Es MEJOR que sean los Estados Unidos.

Hacía tres semanas, la nave había surgido del espacio.

Era una nave enorme, al menos desde el punto de vista de la Tierra. Tenía media milla de longitud, y era gruesa y reluciente, como un pez bien alimentado navegando por un mar profundo y solitario. No hizo absolutamente nada. Se limitó a permanecer suspendida en el aire, a una gran altura, directamente encima del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York.

Esperando.

Como un enorme cigarro trucado a punto de estallarle a uno en la cara.

Coincidiendo con su aparición, todos los gobiernos de la Tierra recibieron un mensaje. Todos los gobiernos recibieron el mismo mensaje. La nave no se mostró exigente a la hora de definir los «gobiernos». Estableció contacto con toda clase de divisiones políticas. En algunos casos en que los receptores eran analfabetos, el mensaje fue entregado verbalmente.

Todos los mensajes fueron enviados en el idioma nativo. Este simple hecho bastaba para darle qué pensar al hombre. En la Tierra se hablaban muchísimos idiomas, y muchos de ellos no habían sido nunca escritos.

Los ocupantes de la nave, por lo que pudo verse de ellos, tenían un aspecto completamente humano.

La aparición de la nave espacial y los mensajes provocaron numerosos comentarios y una frenética actividad. En primer lugar, hasta entonces nadie había visto una nave espacial. Sin embargo, aquella novedad dejó pronto de serlo. La gente

había estado esperando más o menos una nave espacial, y la aceptaron filosóficamente, como habían aceptado la electricidad, los aviones, el teléfono y las bombas atómicas. Un excelente logro, naturalmente. ¿Qué vendría a continuación?

El mensaje era harina de otro costal.

Las Naciones Unidas y los Estados Unidos acogieron a la nave del espacio con una satisfacción plagada de reservas. El contacto con otros mundos era muy dramático e importante, pero planteaba una serie de desagradables problemas.

Resulta difícil negociar a menos de que uno tenga algo que ofrecer, o sea lo bastante fuerte para no verse obligado a claudicar.

Supongamos que la nave no llegara en plan amistoso...

Los Estados Unidos rebuscaron en su bolsa de artilugios militares e investigaron. No actuaron precipitadamente. Nadie perdió la cabeza y trató de dejar caer una bomba de hidrógeno sobre una entidad desconocida. Se admitió inmediatamente que dejar caer una bomba sobre la nave podría ser lo mismo que cazar un tigre con una pistola de juguete.

Los militares estudiaron el asunto sutilmente.

Efectuaron algunas pruebas en el mayor de los secretos.

Los resultados no fueron alentadores, precisamente.

La nave estaba rodeada por una especie de campo magnético. Al menos, ése fue el nombre que se le dio, a falta de otro mejor. En concreto, era una especie de pantalla de energía... y nada fue capaz de atravesarla. Era absolutamente inexpugnable. El último grito en corazas.

Si un hombre dispone de una armadura a prueba de penetraciones y otro no, este último puede decir que está perdido.

Los militares no podían luchar.

Después de digerir el mensaje, tampoco los diplomáticos parecían encontrarse en condiciones de hacer algo útil.

El mensaje no contenía ninguna amenaza explícita; era simplemente una declaración de intenciones. En todo caso, pecaba de una fastidiosa vaguedad que hacía difícil imaginar con exactitud *qué* iba a hacer la nave.

El mensaje decía:

«NO OS ALARMÉIS, POR FAVOR. HEMOS VENIDO EN SON DE PAZ EN UNA MISIÓN DE BUENA VOLUNTAD. NUESTRA TAREA CONSISTE EN DECIDIR CUÁL DE VUESTROS PUEBLOS POSEE UNA CIVILIZACIÓN MÁS AVANZADA SERÁ NECESARIO QUE NOS LLEVEMOS A UN REPRESENTANTE DE VUESTRA CIVILIZACIÓN MÁS AVANZADA, CON FINES DE INVESTIGACIÓN. A CAMBIO DE ÉL, NOS COMPROMETEMOS A AMPLIAR SU CULTURA EN LA MEDIDA DE SUS DESEOS Y DE NUESTRAS POSIBILIDADES. CONFIAMOS SINCERAMENTE EN QUE NO OS CAUSAREMOS

NINGUNA MOLESTIA MIENTRAS TRABAJAMOS. SUGERIMOS QUE NO TRATÉIS DE ESTABLECER COMUNICACIÓN CON ESTA NAVE HASTA QUE HAYAMOS ANUNCIADO NUESTRA ELECCIÓN. Y SUGERIMOS TAMBIÉN QUE EVITÉIS CUIDADOSAMENTE CUALQUIER ACTO DE HOSTILIDAD. HEMOS VENIDO EN SON DE PAZ, Y DESEAMOS MARCHARNOS DEL MISMO MODO CUANDO HAYAMOS COMPLETADO NUESTRA TAREA. GRACIAS POR VUESTRO CONSENTIMIENTO.

Nada más.

El mensaje, aunque significara un hecho sin precedente, no resultaba demasiado alarmante. Sin embargo, provocó una serie de reacciones en cadena.

Supongamos, pensaron los Estados Unidos, que la nación elegida era Rusia. Y supongamos que «la medida de los deseos» de Rusia fuera la posesión de un arma infalible para utilizarla contra los Estados Unidos.

Supongamos, pensó Rusia, que la nación elegida eran los Estados Unidos...

La situación era decididamente incómoda.

Y la empeoraba el hecho de que los contendientes no podían hacer absolutamente nada para modificarla.

Lo único que podían hacer era esperar.

Desde luego, cada uno de los gobiernos estaba completamente seguro de que la elección favorecería a su país. Y de que los demás países quedarían muy sorprendidos.

No se equivocaban en lo de la sorpresa.

Morton Hillford, asesor del Presidente, se enteró de la noticia a través del jefe de la delegación norteamericana en las Naciones Unidas. El jefe de la delegación no había confiado a nadie *aquella* primicia; se presentó en persona, y quemando etapas, como suele decirse.

Cuando se enteró de la noticia, Morton Hillford se dejó caer sobre una butaca, asombrado.

—Eso es absurdo —dijo.

—Lo sé —admitió el delegado.

Había digerido parcialmente la noticia, y se mantuvo de pie.

—No lo creo —dijo Morton Hillford—. Lo siento, Charlie, pero no lo creo.

El delegado le entregó el mensaje.

—Léalo.

Hillford lo leyó. Su primer impulso fue el de echarse a reír.

—¡Esos individuos están locos!

—No lo creo.

Hillford consiguió ponerse en pie y reanudó sus paseos. Sus gafas sin montura se estaban empañando a causa del calor, de modo que las frotó con su pañuelo.

—Estoy hecho un verdadero lío —dijo finalmente. Sacudió el mensaje, casi rabiosamente—. ¿Está seguro de que no se trata de una broma, Charlie?

—La cosa va muy en serio. Mañana exhibirán al hombre en Nueva York. Después, le exhibirán en todas las otras capitales de la Tierra. Después...

Se encogió de hombros.

Morton Hillford notó una especie de vacío en la boca del estómago.

—¿Quiere usted decírselo al Mandamás, Charlie?

—No —dijo el delegado—. Mil veces no. Tengo que regresar a las Naciones Unidas, Morton. *Usted* se lo dirá.

—¿Yo?

—¿Quién, si no?

Morton Hillford aceptó la carga con todo el estoicismo que pudo reunir.

—Antes, echemos un trago, Charlie —dijo—. Lo necesito.

Resultó que se lo dijeron los dos.

El Presidente les miró como si no diera crédito a sus oídos.

Le mostraron el mensaje.

El Presidente no era un hombre guapo, pero había firmeza en sus facciones. Sus fríos ojos azules tenían una expresión despierta e inteligente, y rara vez seguían el impulso de su boca cuando sonreía.

Aunque ahora no sonreía.

—Bueno —dijo Morton Hillford—, ¿qué vamos a hacer ahora?

El Presidente frunció el ceño.

—Hay que preparar una emisión especial por la TV lo antes posible —dijo, hablando con autoridad—. Tenemos que decirle *algo* a la gente. Que Doyle y Blaisie se ocupen de eso inmediatamente, Mort... y dígales que subrayen los aspectos positivos del asunto, si pueden. Que hablen de la ciencia desconocida, de los factores misteriosos, etcétera. Después de eso, tendremos que estudiar a fondo todo este asunto —Leyó de nuevo el mensaje—. Hm-m-m... Dicen que volverán dentro de cien años para discutir el problema con nosotros. ¡Muy bien! Confío en que para entonces dispondremos de argumentos más convincentes que los que ahora podríamos esgrimir. Compadezco al hombre que ocupará mi puesto cuando vuelvan... y espero que sea un miembro de la oposición. Ahora, vamos a averiguar qué hay detrás de todo esto.

El delegado se aventuró a preguntar:

—¿Cómo?

El Presidente se sentó delante de su escritorio y encendió un cigarrillo. Exhaló el humo a través de sus apretados labios, lentamente. Era una buena pose, y le gustaba. En realidad, al Presidente le gustaba enfrentarse con problemas difíciles... incluso con este. Le gustaba la acción, y la rutina le fastidiaba.

—Necesitamos un científico —anunció—. Y esta vez no ha de ser un físico nuclear. Necesitamos a alguien que pueda decirnos algo acerca de esa gente. Un

científico *social*.

Morton Hillford advirtió:

—No deje que se enteren los del *Tribune*. Le crucificarían a usted.

El Presidente se encogió de hombros.

—Actuaremos con prudencia —dijo—. Bueno, tal como he dicho, necesitamos un científico social. Pero, ¿de qué tipo?

—Un psicólogo, no —murmuró Morton Hillford—. Todavía no, en todo caso. Temo que necesitamos un sociólogo. Si los del *Tribune* se enteran...

—¡Olvídese de los periódicos! Esto es importante.

El Presidente marcó un número en su teléfono privado.

—¿Henry? Hay novedades. Quiero que venga aquí inmediatamente y que se traiga a un sociólogo. Eso es, un *sociólogo*. ¿Cómo? ¡Sí, sé lo del *Tribune*! Entren por la puerta de atrás.

A su debido tiempo se presentó Henry (que era el Secretario de Estado). Le acompañaba un sociólogo. El sociólogo tenía un aspecto inesperadamente normal, y escuchó respetuosamente lo que el Presidente dijo. Le sorprendió oír en quién había recaído la elección de los de la nave, pero se repuso rápidamente.

El sociólogo era un hombre honrado.

—Lo siento mucho, señor Presidente —dijo—. No me importaría ocuparme del asunto, pero lo que usted necesita es un antropólogo.

El Presidente se volvió hacia el Secretario de Estado.

—Henry —le dijo—, tráigame en seguida un antropólogo.

Henry salió apresuradamente.

Cuatro horas más tarde el antropólogo era introducido en el despacho del Presidente. Se llamaba Edgar Vincent, llevaba barba y fumaba en una pipa de aspecto extranjero.

—¿Es usted antropólogo? —preguntó el Presidente.

—Eso creo —dijo el Dr. Vincent.

—¡Muy bien! —dijo el Presidente. Se retrepó en su sillón y entrecruzó las manos—. Ahora estamos llegando a alguna parte.

El Dr. Vincent le miró, desconcertado.

—Dígame, doctor —inquirió el Presidente—, ¿qué sabe usted de los esquimales?

El desconcierto del antropólogo fue en aumento.

—¿Quiere usted decir...?

Para ahorrar tiempo, el Presidente le tendió el mensaje que la nave había enviado a las Naciones Unidas.

—Puede leerlo, doctor —dijo—. De todos modos, dentro de una hora será enviado a los periódicos, y todo el mundo se enterará.

Edgar Vincent leyó el mensaje:

«ESTE ES UN MENSAJE DE SALUTACIÓN Y DESPEDIDA. LA

TAREA QUE NOS TRAJO A VUESTRO PLANETA HA SIDO REALIZADA. HEMOS DESCUBIERTO QUE LA CULTURA MÁS AVANZADA ENTRE VOSOTROS ERA LA DE LOS ESQUIMALES DE BAFFIN LAND. HEMOS ESCOGIDO A UN MIEMBRO DE AQUELLA CULTURA QUE NOS ACOMPAÑARÁ COMO OBJETO DE ESTUDIO. TAL COMO SEÑALÁBAMOS EN NUESTRO ANTERIOR MENSAJE, LE RECOMPENSAREMOS AMPLIANDO SU CULTURA EN LA MEDIDA DE SUS DESEOS. EL REPRESENTANTE DE LA CIVILIZACIÓN MÁS ELEVADA DE VUESTRO PLANETA SERÁ EXHIBIDO EN TODOS VUESTROS CENTROS POLÍTICOS, A LAS HORAS QUE SE INDICARAN EN OTRO COMUNICADO, PARA DEMOSTRAROS QUE NO HA SUFRIDO EL MENOR DAÑO. REGRESAREMOS A VUESTRO MUNDO DENTRO DE CIEN AÑOS TERRESTRES, PARA DISCUTIR CON VOSOTROS PROBLEMAS MUTUOS. GRACIAS DE NUEVO POR VUESTRA AMABILIDAD».

—¿Bien? —inquirió el Presidente.

—Apenas sé qué decir —murmuró el antropólogo—. Es fantástico.

—Eso ya lo sabemos, doctor. Diga *algo*.

Edgar Vincent encontró una silla y se sentó. Se acarició la barba pensativamente.

—En primer lugar —dijo—, yo no soy el hombre que usted necesita.

Henry gruñó:

—Es usted antropólogo, ¿no es cierto?

—Sí, sí, desde luego. Pero soy un antropólogo *físico*. Ya sabe: huesos, evolución, tipos sanguíneos y todo esto. Temo que no sea eso lo que ustedes buscan... —Alzó una mano, conteniendo una oleada de protestas—. Lo que ustedes necesitan es un etnólogo o antropólogo social, y el mejor de todos es Irvington. —Alzó de nuevo la mano—. ¡Un momento, caballeros, por favor! Necesitan ustedes a Irvington. Pero no podrán disponer de él inmediatamente. Sugiero que le envíen un telegrama —actualmente está en Boston—, y entretanto yo les informaré lo mejor que pueda. Sé un *poco* de antropología cultural; nosotros no estamos tan especializados como todo eso.

Henry salió a poner el telegrama y regresó apresuradamente. Vincent se permitió una leve sonrisa. ¡Hacía mucho tiempo que no tenía un auditorio tan atento!

—¿Se le ocurre a usted algún posible motivo para que haya sido escogido un esquimal? —preguntó Morton Hillford.

—Francamente, no.

—¿Una civilización secreta? —sugirió el delegado en las Naciones Unidas—. ¿Una tribu perdida? ¿Algo por el estilo?

Vincent se encogió de hombros.

—Sabemos que los esquimales viven en igloos —dijo el Presidente.

Vincent sonrió.

—Ni siquiera eso es completamente cierto —dijo—. Perdona que le contradiga, señor Presidente, pero los esquimales no *viven* en igloos la mayor parte del tiempo. En verano viven en tiendas confeccionadas con pieles, a principios del invierno en casas de piedra y tierra...

—Eso no tiene importancia —dijo el Presidente.

—¿Cómo lo sabe? —inquirió Vincent.

—¿Qué? ¡Oh! Sí, comprendo lo que quiere decir.

—Me alegra oírle decir eso, señor Presidente —dijo Vincent.

—Perdona —intervino Morton Hillford—. No pretendo discutir sus conocimientos en la materia, doctor, pero no creo que sea descabellado afirmar que los esquimales no representan la civilización más avanzada de este planeta. Nuestra tecnología está centenares de años por delante de la suya, ignoran lo que es la ciencia... ¡Les aventajamos en todo! Los esquimales no están a nuestra altura, ni muchísimo menos.

Vincent volvió a encogerse de hombros.

—Para usted, no —dijo—. Pero no es usted quien ha de decidirlo.

Morton Hillford insistió.

—Supongamos que usted tuviera que elegir, doctor. ¿Escogería a un esquimal?

—No —admitió el antropólogo—. Probablemente no. Pero yo veo el asunto con los mismos ojos que usted. Yo también soy norteamericano.

—Creo que comprendo el problema —dijo el Presidente lentamente—. La gente que iba en aquella nave tiene que estar mucho más adelantada que nosotros, pues de no ser así no viajaría en una nave como esa. En consecuencia, su escala de valores es distinta de la nuestra. No ven las cosas como las vemos nosotros. ¿No es cierto, doctor?

Vincent asintió.

—Eso es lo que yo diría, si tuviera que aventurar una hipótesis. Resulta razonable. Tal vez nuestra cultura ha descuidado algo importante: algo que tiene más valor que los grandes edificios, y la producción en masa, y el sufragio universal, y todo lo demás. ¿Cómo podemos saberlo?

El Presidente tamborileó con los dedos sobre su escritorio.

—Vamos a enfocarlo de este modo —sugirió—. ¿Es posible que los valores espirituales sean más importantes que el progreso tecnológico?

Vincent meditó unos instantes.

—No creo que sea eso —dijo finalmente—. Puede ser algo por el estilo, pero, en tal caso, ¿por qué escoger a los esquimales? Hay muchos pueblos inferiores a ellos en el aspecto tecnológico: los esquimales poseen notables aptitudes mecánicas. Han inventado una serie de cosas, tales como anteojos contra la nieve, técnicas de caza y complicadas puntas de arpón. No creo que podamos arrojar por la ventana a la

tecnología; no es tan sencillo como todo eso. En cuanto a los «valores espirituales», yo no me atrevería a decir que los esquimales los posean en mayor medida que otros pueblos. En la India, por ejemplo, existe una profunda religiosidad.

El delegado en las Naciones Unidas intervino.

—¿Entonces, ¿qué es lo que tienen los esquimales?

—Sólo puedo dar una respuesta a esa pregunta —dijo Vincent—. No lo sé. Tendrán que esperar a Irvington, y sospecho que él quedará tan sorprendido como nosotros. Por mi parte, no tengo la menor idea del motivo por el cual han sido escogidos los esquimales. Tendremos que averiguarlo... y eso significa que tendremos que aprender un poco más de lo que ahora sabemos acerca de todos los grupos humanos de nuestro planeta, para descubrir qué tienen los esquimales que los otros no tengan.

—Más dinero —suspiró el Presidente, con una mueca que quería ser una sonrisa—. Doctor, ¿no puede darnos algo para empezar, una teoría provisional? Dentro de una hora he de reunirme con los miembros del gobierno, y tendré que decirles algo. Después vendrán la televisión, y los periódicos, y los diplomáticos extranjeros, y el Congreso... Todo un problema. ¿No se le ocurre nada, doctor?

Vincent meditó unos instantes.

—Los esquimales han sabido adaptarse perfectamente a su entorno —dijo finalmente—. A menudo son presentados como ejemplo de adaptación al medio. Recuerdo que un antropólogo mencionaba el hecho de que en su idioma no figuraba ninguna palabra que designara el concepto de «guerra». Esto podría ser un buen punto de partida para elaborar una teoría. Pero insisto en que Irvington podrá resolver el problema mejor que yo.

—Muchas gracias, doctor Vincent —dijo el Presidente—. Aprecio su ayuda en lo que vale. Y, ahora, vamos a echar un trago. Creo que nos lo hemos ganado.

Pasaron a otra habitación. Morton Hillford fue el último en salir del despacho del Presidente.

—Esquimales —dijo tristemente, sacudiendo la cabeza—. *Esquimales*.

A la mañana siguiente, de acuerdo con el plan previsto, una nave más pequeña despegó de un costado de la enorme nave espacial posada muy alta en el cielo encima del edificio de las Naciones Unidas en Nueva York.

Para los millones de espectadores, presentes y vía televisión, fue como si un cigarrillo surgiera de un gran cigarro plateado.

La pequeña nave aterrizó en el centro exacto de la zona prevista. Una burbuja de energía, brillando ligeramente al sol matinal, rodeaba la nave. Se abrió una escotilla circular y empezó la exhibición.

Dos hombres de elevada estatura y facciones correctas salieron de la nave, sin traspasar el escudo de energía. Iban vestidos exactamente igual, en un estilo más bien conservador. Se inclinaron hacia la escotilla, como si hablaran con alguien.

Un poco a regañadientes, el esquimal salió al exterior. Llevaba un traje nuevo y parecía sentirse incómodo dentro de él. Era bajito, más bien rechoncho y sus cabellos aparecían revueltos, como si nunca se hubiese peinado.

Contempló la ciudad de Nueva York con la boca abierta.

Sonrió con ingenuo placer.

Luego agitó alegremente la mano en dirección a la multitud que se había reunido para verle. Permaneció allí, sonriendo, durante un par de minutos, y después volvió a entrar en la nave.

La exhibición había terminado.

De acuerdo con lo previsto, se repitió en otras partes.

En Berna, Suiza.

En Moscú, Rusia.

En Londres, Inglaterra.

En el territorio de los Masai, en el África Oriental.

En China, Suecia, Australia, Méjico, Finlandia, Brasil, Samoa, Turquía, Grecia, Japón, Tibet...

En todo el mundo.

Y, desde luego, en todas partes la nave provocó enojosas preguntas. Desde luego, todos los gobiernos sabían que se había cometido algún error.

De un modo tan súbito como había llegado, la enorme nave espacial se marchó. Dejando detrás de ella una estela de fuego atómico, se desvaneció en el oscuro mar del cual había llegado.

Se dirigía hacia Procyon, a once años-luz de distancia, para comprobar los resultados de un experimento que se había iniciado cien años antes.

El esquimal andaba de un lado a otro de la nave, masticando pescado y tratando de imaginar lo que iba a ocurrir. Dos hombres le observaban, divertidos pero no impresionados.

—Bueno —dijo uno de ellos—, a su gente no les faltarán las focas a partir de ahora.

—Es cierto —asintió su compañero—. Y podremos dejarle en Armike: se sentirá como en su propio hogar.

—Ya era tiempo de que le echáramos un vistazo a la Tierra —dijo el primero—. Ese planeta se está convirtiendo en la pesadilla de nuestro sector.

—¡Oh! La Tierra rectificará —dijo el segundo—. Estoy convencido de ello.

El esquimal escogió otro pescado de su cubo particular y miró a los dos hombres sin el menor interés.

—Supongo que se llevarían una gran sorpresa cuando le escogimos a él. Es un tipo simpático, aunque un poco primitivo.

—Un ligero estímulo nunca está de más, amigo mío. Mientras tratan de descubrir los motivos de que hayamos escogido a ese esquimal, construirán una nueva y verdadera ciencia.

El primer hombre bostezó y se desperezó.

—Y cuando regresemos, dentro de cien años —dijo—, sabremos cuál de sus pueblos posee una civilización *realmente* avanzada, para que podamos ofrecerle un puesto en la CIVILIZACIÓN.

El segundo hombre asintió.

—Desde luego —dijo, y sonrió.

El esquimal cogió otro pescado del cubo y empezó a masticarlo lentamente.

FIN